

**JOYAS Y ALHAJAS. O SEA SU HISTORIA EN
RELACIÓN CON LA POLÍTICA, LA GEOGRAFÍA,
LA MINERALOGÍA, LA QUÍMICA, ETC., DESDE
LOS PRIMITIVOS TIEMPOS HASTA EL DÍA.**

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida
directamente al castellano por J. F. y V.

Prologo y edición por Manuel Espinar Moreno



**LIBROS EPCCM
GRANADA, 2024**

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA SU HISTORIA EN RELACIÓN CON LA POLÍTICA, LA GEOGRAFÍA, LA MINERALOGÍA, LA QUÍMICA, ETC., DESDE LOS PRIMITIVOS TIEMPOS HASTA EL DÍA.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

Prologo y edición por Manuel Espinar Moreno



LIBROS EPCCM

GRANADA, 2024

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA SU HISTORIA EN RELACIÓN CON LA POLÍTICA, LA GEOGRAFÍA, LA MINERALOGÍA, LA QUÍMICA, ETC., DESDE LOS PRIMITIVOS TIEMPOS HASTA EL DÍA.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

Prologo y edición por Manuel Espinar Moreno



LIBROS EPCCM

GRANADA, 2024

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2024

Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la Política, la Geografía, la Mineralogía, la Química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V. Prólogo y edición por

Manuel Espinar Moreno

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Vista de las joyas usadas por Margarita de York y la reina Isabel la Católica, sacadas de internet

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549

Digibug <http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales y del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete. Colaboración del Departamento de Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

Prólogo

El tema de las joyas y alhajas ha sido en todos los tiempos muy solicitado, unas veces por el interés humano que suscitan estos objetos, otras veces por su interés histórico y geográfico en el que se ven los tiempos y lugares donde estas han sido objeto de admiración. Por regla general estos trabajos a pesar de su importancia económica y de lujo no han proporcionado muchas investigaciones ya que suelen guardarse en lugares seguros y no es muy atrayente que se conozcan estos tesoros evitando que los amantes de lo ajeno traten de hacerse con ellas.

Hace poco tuvimos la ocasión de publicar un trabajo sobre este tipo de estudios relacionados con el mundo árabe, lo titulamos: *Las joyas en el Islam. Reflexiones sobre Arqueología y artes menores*, Libros EPCCM, Estudios, edición electrónica, www.librosepccm.com Col. HUM-165. Libros, 27, Digibug, identificador: <http://hdl.handle.net/10481/55444>, Granada, 2019. A partir de este momento nos dedicamos a recoger cuantas noticias pudieran enriquecer nuestros conocimientos relacionados con este tipo de investigaciones. Hoy damos noticia sobre otra de las obras editadas en fascículos o pequeños capítulos que se conservan en la Revista La América. Crónica Hispano-americana en los diferentes números editados a lo largo de 1871. La obra se titula: *Joyas y Alhajas. O sea su historia en relación con la Política, la Geografía, la Mineralogía, la Química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.*, es una de las verdaderas joyas sobre este tema tan escaso de estudios. Hemos tratado de obtener noticias sobre la autora y su traductor, pero nos ha sido imposible reunir algunos materiales

con lo que esperamos que algún día podamos conocer quién era esta señora que nos dejó esta interesante y atractiva obra, que hoy damos en toda su integridad a los que se sienten atraídos por este tipo de temas. Tampoco sabemos nada sobre el traductor ya que en la misma se nos dice que el original estaba en inglés y fue vertido directamente al castellano por J. F y V. Lo interesante que parece leer estas páginas nos ha llevado a atrevernos a editarla poniendo al principio este tipo de prólogo o introducción para que los estudiosos tengan otros materiales a que acogerse cuando nos ofrezcan estudios sobre joyas y alhajas.

Con ello queremos que se conozca esta importante aportación de 1871, donde se hace un repaso a las joyas y alhajas a lo largo de los tiempos, en los lugares donde abundan y como se obtienen y trabajan, sin olvidar algunas de las más famosas con noticias que nos hacen comprender este mundo que siempre ha fascinado al hombre y del que solo unos pocos pueden decir que lo han poseído y usado. Por ahora mi Grupo de Investigación y el Centro Documental que lleva mi nombre han colaborado para que lo demos a conocer y de esta manera no permanezca en el olvido de antiguas páginas que merecen estar a la luz. Tenemos que decir que hemos mantenido el texto tal como aparece en el original por lo que puede que algunos nos achaquen faltas de ortografía, pero así se escribía en el tiempo en que vio la luz, lleno de acentos que como las joyas merecen ser poco tratadas ya que el pulirlas puede que les quite valor aunque les de belleza.

Con todo ello vuelvo a recordar que merecería la pena que los jóvenes investigadores se dedicaran a estudiar el tema de las joyas y alhajas que siempre estuvo relacionado sobre todo con las mujeres. Hay suficiente material que nos ayudaría a conocer

la cultura material de los que nos han precedido y abrirían nuevos caminos a los estudios arqueológicos.

Manuel Espinar Moreno. Granada, Noviembre de 2024.





Imágenes sacadas de internet

**JOYAS Y ALHAJAS. O SEA SU HISTORIA EN
RELACIÓN CON LA POLÍTICA, LA GEOGRAFÍA,
LA MINERALOGÍA, LA QUÍMICA, ETC., DESDE
LOS PRIMITIVOS TIEMPOS HASTA EL DÍA.**

**Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida
directamente al castellano por J. F. y V.**

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

“Le luxe est un dessignes de la civilisation”

M. THIERS.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE LAS PIEDRAS PRECIOSAS A PROPÓSITO DEL LIBRO TITULADO JOYAS Y ALHAJAS.

Las piedras preciosas y las joyas parecerán a primera vista un asunto frívolo. Su enunciación, en efecto, recuerda desde luego la tienda de algún joyero o el tocador de alguna rica y elegante dama, cuyos magníficos diamantes, que pregonan su fortuna y su elegancia, satisfacen á la vez las exigencias de su posición y lisongan la vanidad de su triunfo sobre rivales menos favorecidas por la ciega deidad. Sin embargo, la ciencia y la economía política pueden investigar en ellas con no menos interés, la una, minerales cuyas propiedades merecen ser objeto de profundas investigaciones, y la otra capitales, creados, al parecer, por el mero capricho, pero que por unánime consentimiento de todas las naciones, aspiran á figurar entre los mas celebrados elementos de bienestar de la vida civilizada. Está escrito que «no solo de pan vive el hombre,» sino que vive de todo lo que el Criador ha implantado en su alma. Todo poder, religioso, civil, o particular ha necesitado de las piedras preciosas: así la cruz del obispo como los adornos de la consorte de un millonario, reclaman Joyas y Alhajas.

El placer que experimentan las personas de gusto y de refinada educación en la posesión de las joyas, no es inferior al que resulta de poseer raras antiguallas, librerías bien provistas, cuadros de los mejores maestros, etc., etc. Siempre que nuestra alma se eleva sobre los pequeños afanes cotidianos de la vida, desde los frívolos objetos del lujo y la moda, hasta las regiones de la música y la poesía, no hay duda que damos un paso más hacia la civilización.

Mucho se ha dicho contra el lujo, esto es, contra la demanda de objetos no indispensables a la existencia y á la vida material de las personas. Es cierto que todo el que vive de una manera superior á sus medios y posición social, defrauda, no solo á su familia, sino también á la sociedad; pero, por el contrario, no es menos evidente que el avaro, que posee la fortuna de un príncipe, incurre también en el crimen de *lesa sociedad*, puesto que con su sordidez cierra las puertas del trabajo á las clases industriosas que tienen un derecho á demandarlo.

Para probar la falacia de todas las exageradas teorías de economía no tenemos más que considerar al revés todas las cosas existentes. Todo lo que existe, existe como una consecuencia de la naturaleza del espíritu humano, y nadie puede dudar que la naturaleza emana de la suprema potencia creadora. Supongamos por un momento que los soberanos descendiesen de su trono para adoptar el traje y condición de las clases pobres, y necesariamente de este hecho se seguiría la destrucción de las industrias que nos abastecen de todo lo más necesario á la vida. Cuando la aristocracia se contentase con el arreo del pobre, no hay duda que éste se vería reducido al estado más deplorable. Si examinamos la cuestión atentamente, hallaremos que la

rivalidad y el lujo no son otra cosa que la interpretación del divino precepto del trabajo impuesto al hombre.

Dice Cicerón: «Yo pude haber permanecido ocioso» *licuit otioso esse mihi* Pero si para bien de su familia, para satisfacer los naturales deseos de su mujer é hijos, y para utilizar acertadamente el trabajo de sus conciudadanos, un hombre activo e inteligente inventa máquinas, bota buques al agua y cambia los productos de su industria por las diferentes producciones de lujo del mundo entero, su trabajo es tan provechoso á los demás como a él propio; y a la par que labra su prosperidad, se hace digno de la estimación pública, porque suple a la subsistencia de un gran número de personas que no son sino sus verdaderos coadjutores.

Jaime V, lamentándose del espíritu de independencia de la corporación de Londres, que á su manera de ver coartaba sus reales prerrogativas, la amenaza con retirarse á Windsor y privarles de su real presencia. «Vuestra majestad nos dejará, al menos el Támesis,» replicó muy atinadamente uno de los miembros. Se ha dicho ya que la distribución de las varias producciones de la tierra en diferentes localidades, no tuvo otro objeto sino el de que todos los países pudiesen participar de las ventajas repartidas en todo el mundo.

Otro argumento en favor del lujo es el de que la Providencia, habiéndonos dotado con la exquisita facultad de apreciar la belleza en todas las cosas, el *to kalon* de Platón, nos ha invitado á participar de todas las delicadas sensaciones de que es susceptible nuestro corazón á la vista de los tesoros del arte y de la naturaleza. Entre estos tesoros las piedras preciosas ocupan el

primer lugar. Ninguno de los dones de la naturaleza debe ser rechazado.

La ciencia está tan interesada como el mundo del lujo en el examen y estudio de las piedras preciosas. El estudio del diamante, el zafiro, el rubí, la esmeralda, el topacio, la amatista, el jacinto, el ópalo y otras joyas de colores menos primitivos, constituye una parte importante de la mineralogía, en la que con Brewster he hecho profundas investigaciones, á las que debo el haber sido admitido en el Instituto de Francia, honor que vale casi tanto como una dignidad. La mineralogía de Haüy, llama á los cristales flores de los minerales. Las piedras preciosas, que son las flores de los cristales minerales, son también las flores del lujo. Merecen en efecto, esta elegante denominación en todos conceptos, por su refulgente brillo, por sus variados y ricos colores, por su rareza, y finalmente, por su excesivo coste.

La lectura del libro *Joyas y Alhajas* me ha dado gran placer, y debo decir además que no ha sido menor el provecho que de ella he obtenido. Es un libro de ciencia, pero de ciencia adaptada á la sociedad del día: una obra de profundo y concienzudo trabajo, consagrada á lo que los antiguos y modernos han tenido siempre por lo más precioso de la tierra. La admiración y aprecio de las joyas vivirán mientras sean inherentes al alma humana el sentimiento de lo bello, el placer de las riquezas y el instinto de la vanidad, de la rivalidad y del orgullo en la ostentación. De aquí que con toda seguridad podamos predecir que su valor no será jamás puesto en duda, a menos, por supuesto, que el Criador, en su eterna sabiduría, no efectuase un cambio completo en los instintos de la humanidad.

El gran Haüy, sobre la base de elementos minerales, formó todos los cristales que debemos á la naturaleza y al arte juntos. En su profunda ciencia no se desdeñó de ofrecernos un libro consagrado a los diamantes y joyas. Establece la manera de comprobar su autenticidad, su naturaleza y su valor efectivo, y examina cada uno de los colores, desde el rojo, naranjado, amarillo, verde, azul y violeta, hasta los mixtos y menos apreciados; y fija el peso, el color, la doble é simple refracción, como otros tantos medios de reconocer la naturaleza de las piedras preciosas.

El autor de *Joyas y Alhajas* ha sondeado con perseverancia los anales antiguos y modernos, la historia romántica de las piedras preciosas, desde las que adornaron el ephod del gran sacerdote de los hebreos hasta los diamantes que brillan en las coronas de los reyes modernos. El comercio de las piedras preciosas, su origen geográfico, su valor y su posesión en general han sido para él motivo de interesantes investigaciones. En efecto, el cuadro de su distribución entre todas las naciones, constituye un capítulo de la historia de la civilización universal. Ved á César en el banquete de Cleopatra prodigando costosos vinos en copas de valor incalculable.

*Gemmae que capaces
Raecepere merum.»*

Y ved también allí al mal adeliñado cónsul de la época de la primera república romana.

«Sordidus etruscis abductus consul aratris.»

Ambos se muestran igualmente ávidos de enriquecer á su país con aquellos preciosos despojos de otras naciones.

Los vestigios del lujo de las naciones bárbaras muestran el mal gusto y atraso de aquellas épocas en que el mérito del oro consistía solo en su peso, y las piedras preciosas carecían de la talla que tanto realza su brillo y hermosura.

Las piedras preciosas son el lujo del lujo; y siendo el lujo y la riqueza en punto á hecho el resultado del trabajo en toda sociedad bien organizada, no hay duda que la actividad de las naciones puede apreciarse con exactitud según la riqueza adquirida por el medio más moral conocido, el trabajo, y sus inseparables compañeros la inteligencia, la ciencia, el arte, el poder y todo lo que constituye la superioridad de la civilización moderna. Napoleón I se vio precisado á confesar que en adelante el poder de la ciencia constituirla una parte de la ciencia del poder; y Watt interrogado por Jorge III acerca de sus trabajos contestó: «que se había ocupado en una cosa muy interesante al poder de los reyes.» Si lo miramos con detención, veremos que todo progreso en las fuerzas mecánicas, trae consigo un progreso de fuerza intelectual, porque se adquieren nuevos medios de someter la naturaleza física á la satisfacción de nuestras necesidades.

Cuando Prometeo (el primero que usó un anillo montado con una piedra del Caucaso) reveló el fuego al hombre, no pudo jamás, imaginarse que en nuestros tiempos el fuego, el agua y el hierro hablan de servir de medios de una celeridad de locomoción que parece increíble; y cuando Thales atraía leves pajas con un trozo de ámbar amarillo frotado en la ropa, estaba muy lejos de sospechar que este sencillo experimento, totalmente

ininteligible para él, sería un día el punto de partida del admirable telégrafo eléctrico. El genio audaz del hombre, que ha explotado las fuerzas productoras de la tierra, que ha sometido á su voluntad el aire, el agua y el fuego, ha logrado también, al fin, señalar al rayo el oficio de agente de su voluntad.

Joyas y Alhajas es propiamente una enciclopedia de las piedras preciosas: abraza todas las relaciones que existen entre ellas y la ciencia con el hombre. El autor ha tratado el asunto bajo todos sus aspectos: el histórico, político, económico, mineralógico, físico y químico, y diciendo acerca de todos ellos cuanto era necesario, sin traspasar los límites del sostenido interés del libro. La dama elegante hallará en él el arte, de apreciar la riqueza de sus aderezos: Los instruidos un estudio sobre mineralogía, y los políticos un capítulo sobre la historia de la riqueza de las naciones. Este lujo, este cuerno de Amaltea, ofrece un hermoso criterio para apreciar el progreso social; es el *dubitur insuper* del Evangelio; es, en una palabra, la cúspide de la pirámide de la prosperidad, y revela una extensa y poderosa base.

Tomaré como prueba las propiedades químicas de las joyas, que son las menos interesantes. El diamante es carbono cristalizado; el zafiro y el rubí se componen de arcilla cristalizada, el topacio, la esmeralda y la amatista, no son, en mayor ó menor grado de pureza, sino meros guijos, teñidos de ciertas partículas metálicas, y más especialmente de hierro, que es el gran colorista del reino mineral.

Parece como si el supremo poder creador y organizador de la naturaleza se hubiese propuesto manifestar su omnipotencia produciendo las más ricas sustancias de los más groseros elementos. Los antiguos químicos eran de opinión que la piedra

filosofal, que había de ser el talismán de la salud y la riqueza, debería componerse de los más ordinarios y viles elementos; y Dios solo sabe lo que ellos querían expresar con esta idea. Sin embargo, la ciencia moderna identificando el carbono y el diamante, la arcilla y el rubí, el ópalo y el guiño, ha confirmado la aserción de los alquimistas. El rey de los minerales, el diamante, no puede con todo triunfar de la humilde producción de las soberanas minas de carbón de piedra de la Inglaterra. En cantidad y producto el carbón fósil lleva la palma al altivo diamante, bien, así como el pueblo considerado en masa, excede en importancia al soberano que reina sobre él. Hace algunos años el comercio del carbono cristalizado, ó sea del diamante, ascendía á un millón de libras esterlinas, mientras que el negro diamante, ó sea el carbón, enriqueció á Inglaterra de veinte millones de libras esterlinas cada año.

Al terminar un artículo sobre objetos que tanto se han extendido en el adorno del bello sexo, no podemos dispensarnos de dirigir algunas palabras á las damas. En un artículo de la *Revue Européenne*, tuve ocasión de presentar un examen de cómo la Providencia ha vestido las plantas, los pájaros y animales terrestres desde el Ecuador hasta las regiones heladas de los polos.

Los ha provisto, en efecto, de vestidos de pieles ó plumas mas ó menos confortables, según el rigor de los climas en que fueron colocados. Pero la naturaleza no solo ha procurado preservar á los seres animados de las influencias meteorológicas, sino que también ha cuidado de su adorno. Salomón con toda su gloria no se vio tan magníficamente vestido como el lirio del valle. Honremos, pues, el ornamento, y especialmente aquellos de que se trata en esta obra. El autor ha tenido ocasión de ver en los

salones de las Tullerías dos mil damas cubiertas de diamantes; espectáculo digno de estudio para quien se ocupaba en escribir sobre piedras preciosas. San Agustín, dice, «que es medía virtud la limpieza» y así no hay dama que no concluya diciendo que un rico aderezo es la otra media.

BABINET,
(*del Instituto*).

PARTE PRIMERA.

HISTORIA GENERAL DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS.

CAPITULO I.

Introducción.

El hombre— y en lo genérico de esta palabra se comprende necesariamente á la otra más bella mitad del género humano— el hombre, decimos, se siente irresistiblemente atraído por los fulgores de la luz, mientras que las sombras le inspiran una aversión instintiva y la oscuridad un horror invencible. Todo lo que brilla y resplandece le agrada y seduce, y le disgusta y repele todo lo triste y sombrío. La luz de la aurora reanima su espíritu, despierta de nuevo en su corazón la esperanza y la alegría y regenera todo su ser. La refulgencia del sol en el zenit y los esplendentes colores que al ponerse derrama en el horizonte, excitan en el hombre el entusiasmo y la admiración.

Igual, si no mayor, es su encanto cuando al esplendor de la luz se añade la imponderable riqueza del color. El gayo tulipán, la colorada rosa, el dorado escarabeo, el suntuoso pavo real, las

infinitamente variadas tintas de la mariposa, el brillante plumaje del gainambí, todos fijan su atención y fascinan sus ojos.

De noche, la luz es aún máspreciada. La necesidad y el contraste acrecientan su valor. De aquí que el hombre no se canse nunca de contemplar el plácido resplandor de la luna y los innumerables brillantes que tachonan la bóveda celeste. Gózase en seguir con la vista sus esplendentes rayos, penetrando á intervalos por el follage de las arboledas, ó extendiendo una sábana de plata sobre las cristalinas aguas. Hasta el vago y engañoso resplandor del fuego fatuo tiene poder para atraerle, y ante su fatigado pié parece como acortársele el camino al verlo salpicado aquí y allí por esa nocturna hueste de breves estrellas terrestres, las luciérnagas y otros insectos luminosos.

Reflexionando sobre esta inclinación instintiva del hombre, no nos sorprende su pasión por el diamante, que concentra y multiplica tan brillantemente la luz, y por las demás piedras preciosas que reproducen y modifican las más vivas tintas del arco iris.

Sí él poseyese el poder que los poetas y pintores atribuyen á los ángeles y á los genios de adornar su frente con una de las estrellas que admira en el firmamento, no hay duda que la bóveda celeste quedaría pronto sumida en la oscuridad y la tristeza.

Los diamantes han suplido el lugar de las estrellas.

El hombre y la mujer, los soberanos y sus súbditos, todos, según sus medios y circunstancias, han poseído esta rara, preciosísima y brillante insignia para darse mayor esplendor en su rango,

acrecentar sus atractivos personales y llamar la atención de la multitud.

Los monarcas las ostentan en sus coronas, en sus cetros y en sus espadas. El pecho de los primeros **dignatarios de** las naciones resplandece con el brillo de costosas joyas. No son las damas las últimas en apreciar la importancia de este auxiliar de su belleza, y las entretengan en sus trenzas, las ostentan en su cuello, en sus brazos, en su cintura; adornan con ellas su pecho, orejas, dedos, tobillos, y aun en algunos países los dedos de los pies y la nariz; y en general usan de estos brillantes señuelos para atraer las miradas hacia aquellos encantos que consideran más dignos de admiración.

La grande estima en **que se** han tenido las piedras preciosas desde la antigüedad más remota, está comprobada por la Sagrada Escritura, donde las hallamos citadas para establecer las más elevadas comparaciones, y para denotar los más altos grados de perfección.

La Nueva Jerusalem, ó sea la Iglesia, fué revelada á San Juan bajo la figura de un vasto y soberbio edificio rodeado de un muro de jaspe con cimientos de toda clase de piedras preciosas, y en el cual era una perla cada una de sus doce puertas. (Apoc. XXI, 18, 19, 20 y 21.)

El racional del gran sacerdote contenía doce piedras de inestimable valor, y eran: un sardio, un topacio, una esmeralda, un carbunclo, un zafiro, un jaspe, un ligurio, una ágata, una amatista, un crisólito, un ónix y un berilo, en cada una de las cuales se leía grabado el nombre de una de las tribus de Israel.

En el Oriente, la riqueza se apreciaba mas por el valor de las joyas que cada uno poseía, que por el de ninguna otra clase de propiedad.

La fantasía oriental consideraba las joyas como el primer artículo en los bienes parafernales. Preciosas é infinitas son las metáforas que de ellas han derivado los poetas.

En el Talmud sé dice que Noé en el Arca no tenía más luz que la que despedían las piedras preciosas.

Las leyendas del Talmud dicen también que Abraham, celoso de sus numerosas mujeres las encerró en una ciudad de hierro que construyó con este objeto, cuyas murallas eran tan altas que sus prisioneras no podían ver el sol, la luna ni las estrellas, y que para proporcionarles luz les dio una fuente de piedras preciosas que iluminaban toda la ciudad.

De acuerdo con la misma respetable autoridad citada, parece que en la naturaleza solo un objeto podría exceder en valor á las perlas. Otra relación rabínica nos cuenta, que cuando Abraham se acercó á Egipto encerró á Sarah en una caja, á fin de que nadie pudiese ver su peligrosa hermosura; «mas cuando llegó al lugar donde se pagaban los derechos, los cobradores le dijeron: «Páganos los derechos.» Y él contestó: «Pagaré los derechos.» Ellos le dijeron. «Traes telas.» Y él replicó: «Pagaré por telas.» Ellos le dijeron entonces: «Traes oro.» Y él les respondió: «Pagaré por oro.» Y entonces ellos prosiguieron, diciéndole: «Seguramente que tú traes seda de la mas rica.» Y él les respondió: «Pagaré derechos por la mas rica seda.» Otra vez ellos le dijeron: «Serán indudablemente perlas lo que tú traes contigo.» Y él respondió solamente: «Pagaré por perlas.» Viendo

ellos que no nombraban cosa de valor por la cual el patriarca no estuviese dispuesto á pagar derechos, le dijeron: «No puede ser sino que abras la caja y nos dejes ver lo que contiene.» Ellos, pues, abrieron la caja, y toda la tierra de Egipto se iluminó por la esplendente hermosura de Sarah, mil veces superior á la de las perlas.»

Se sabe de hombres que sufrieron el destierro, la tortura y aun la muerte antes que separarse de sus joyas favoritas, y al caso que se refiere de Nonius, senador romano, que prefirió la proscripción á ceder á Augusto su ópalo, tasado en dos millones de sextercios, ó sean 1.680.000 rs., podrían oponerse algunos de no menos interesantes circunstancias con relación á los príncipes de la India en los tiempos modernos.

Estas hermosas producciones de la naturaleza, no solo han merecido la privanza de los espléndidos y frívolos hijos de la fortuna y de la moda, sino que también han tenido á su devoción hombres de talento apasionados por su estudio, cuyas profundas investigaciones é importantes descubrimientos son otras tantas antorchas en la región de la ciencia.

Un sabio de nuestros días (1)¹ observa que el estudio de las piedras preciosas, frívolo al parecer, considerándolas como mero ornamento, se eleva á gran altura cuando se las contempla bajo el importante punto de vista del comercio y en relación con la mineralogía y la óptica, dos ciencias que han hecho recientemente grandes progresos.

La exposición de una colección de piedras preciosas ha excitado siempre gran curiosidad y atracción. Los que se fijan en las raras

¹ (1) M. Babinet.

cualidades de belleza que tanto las enaltecen, se sentirán involuntaria y gradualmente llevados del deseo de conocer la geografía y la mineralogía de los países de donde proceden estas brillantes producciones, mientras que aun las bellas damas que se adornan con ellas, no podrán menos de considerar útil el conocimiento necesario para juzgar con acierto acerca del valor de sus joyas, de su hechura y valor, y hasta de la manera más propia de adaptarlas á su belleza.

Entre los méritos de este género de riqueza, no es de los menos importantes el que les da su cualidad eminentemente mueble en tiempos de dificultad y peligro. Son infinitos los medios que se conocen para ocultar y conducir con seguridad, en el espacio más reducido posible, estos cómodos compañeros en la fuga y el destierro, en los que se encierran grandes recursos para lo porvenir. El príncipe Palatino, después de haber perdido la batalla de Praga, se refugió en Holanda, donde nada le faltó para corresponder al buen recibimiento que le hicieron, gracias á haber llevado consigo por valor de un millón en joyas.

Ya hemos hablado de la gran estima de las piedras preciosas entre los antiguos. Plinio dice que las joyas resumen toda la majestad de la naturaleza en un breve espacio, y que ésta no ha producido nada tan admirable en ninguna de sus demás obras.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*.

Madrid 13 de Abril de 1871, Año XV, Numero 7. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 3-4. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuacion.)

Muchos se contentan solo con admirar las joyas que brillan en las coronas de los reyes, en la frente y cuello de las damas, o en las ricas colecciones de los aficionados *{amateurs}*, sin conocer ni tratar de conocer el origen, la naturaleza, ni la historia mercantil de aquello que fija su atención, y sin embargo, este estudio encierra el interés más seductor; y si pudiéramos trazar, digámoslo así, la marcha individual que han seguido ciertas joyas, obtendríamos ciertamente la solución de más de un enigma en la historia de las naciones, un conocimiento más profundo de los misterios del corazón humano, y materia larga y digna del poeta y del novelista.

¡Asombrosa debe de ser sin duda la historia de ciertas piedras que contemplamos con indolente admiración! Si pudiéramos retroceder y penetrar con ellas en las sombras de los pasados siglos hasta el día en que por primera vez lisonjearon la vanidad ó excitaron la envidia humana, tal vez en las joyas que adornan la tiara del Vicario de Cristo reconoceríamos aquellas que ostentaba el sphod de Aaron; alguna de Semíramis o Cleopatra

la veríamos brillar en la frente de alguna soberana del siglo XIX, y quizá en poder de alguna moderna Aspasia ó Rodope las preesas indestructibles que los Alcibiades o Períeles regalaron á las bellas hégras de la antigua Grecia.

La *dactiloteea* que la antigua fe consagraba en los templos á las divinidades paganas; los tesoros que la piedad de la Edad Media amontonaba en las basílicas cristianas, fueron asimismo desparramados y dispersos; pero muchas, muchísimas de las joyas escaparon á la acción destructora del hombre, y han desafiado la misma injuria del tiempo, pues existen y ostentan aun entré nosotros todo su esplendor, que no nos permite distinguir su origen, y con el que probablemente se conservarán en lo futuro á través de los siglos.

No puede menos de experimentarse una sensación de profunda tristeza al inspeccionar el catálogo de alguna joyería en venta, en el que se leen los nombres de antiguos poseedores anotados al pie de los efectos, con el fin de dar mayor importancia á su valor. Las joyas, en la mas importante acepción de la palabra, nunca son de *segunda mano*. Su valor, antes al contrario, se acrecienta las más veces por su antigüedad, con tal que su primitivo brillo y belleza permanezcan inalterables.

Cuando conocemos bien la historia de algún antiguo ilustre poseedor de una joya, no podemos menos de contemplarla con cierto melancólico interés, considerando que ha sobrevivido al dolor, á la alegría, al temor y á la esperanza de un corazón, cuya agonía no fué bastante para empañarla, y que ha pasado inalterable á brillar sobre nuevos infortunios. Extendido á nuestra vista se halla uno de esos catálogos cuyos artículos

contienen en breves frases el recuerdo del cataclismo de los imperios.

«Curiosos brillantes en forma de gotas, 49 granos.»

«Anteriormente en Saint-Esprit, pertenecientes á Luís XVI:»

«Brillantes, 100 granos y medio.»

Pertenecieron á María Antonieta:

«Magnífico diamante rosa, 63 granos.

Perteneció al sultán Selím.

«Hermosos brillantes, 100 granos y medio.»

Pertenecieron á José Bonaparte.

Cuatro nombres que encierran el terrible recuerdo de amotinadas muchedumbres, de degüellos en masa, de largos insomnios llenos de mortales terrores horriblemente realizados, de monarcas destronados, decapitados y ahorcados, o cuando menos fugitivos, proscriptos o muertos en tierra extraña.

Y sin embargo, las joyas incólumes de la sangre derramada serán mil veces quilatadas y atesoradas, mientras que la existencia de sus dueños y el punto de los acontecimientos con ellos relacionados serán tal vez asunto de controversia entre los futuros sabios. Y sin embargo, repetimos, ¡qué de tristes imágenes no evoca la fantasía al contemplar las joyas que lucieron con toda su ostentación, cuando acaso ni el menor

asomo de dolor, ni peligro, ni temor de la muerte perturbaba el corazón de las personas sobre cuyas cabezas pendía un fin tan desgraciado!

Adornaron tal vez rostros en los que brilló el entusiasmo por las artes ó el aún más fascinador halago de la lisonja; mientras que escondido bajo el velo con que la sabia Providencia oculta lo futuro, se levantaba el cadalso con la guillotina, donde sus dueños debían terminar la carrera de su vida.

Si las numerosas joyas importadas á Inglaterra desde las últimas terribles escenas de la India, pudiesen testificar las circunstancias de su origen, preguntaríamos si la vanidad podría ser tanta, que venciese el horror que inspiraran, y si las damas europeas se atreverían á ornar sus frentes á costa de tantas iniquidades.

Del corresponsal de *The Thimes*, en el ejército de Lucknow, tomamos el siguiente párrafo referente á estos sangrientos trofeos:

«Antes que esta carta llegue a Inglaterra, más de un diamante, esmeralda y preciosa perla, si hablaran, podrían haber relatado el brillante ataque y saqueo de Raíserbagh. Afortunadamente sus bellas poseedoras — bien que la pasión por el lujo prevalezca en ellas á todo otro sentimiento — no saben como se obtuvieron esos diges, ni conocen las escenas de sangre en que fueron arrebatados á sus legítimos dueños. Es cierto que la mayor parte de esas interesantes memorias del sitio de Lucknow, fueron compradas por los oficiales á los soldados, pero no lo es menos que hallándose estos aun calientes del saqueo, pudieron sacárselas á tan vil precio, que muchos de ellos han hecho literalmente su fortuna.»

CAPITULO II.

De las piedras preciosas en la antigüedad.

Hasta en la más remota antigüedad se encuentran algunos vestigios del gusto por las piedras preciosas, y aunque no puede determinarse con seguridad el punto donde se descubrieron, ni las naciones ó individuos que las usaron primitivamente, convienen muchas circunstancias en designar á la India como su país originario. Allí tienen asiento todo lujo, todas las raras y bellas producciones de la naturaleza á que el hombre concede mayor estima; todo cuanto puede lisonjear los sentidos y halagar la vanidad, así como toda riqueza en plantas, flores, perfumes, animales, pájaros, insectos, piedras preciosas y perlas. Los países más ricos y fértiles del mundo se hallan en Asia: el Asia Menor; las provincias del imperio de la Nueva Persia, desde el Tigris al Indo, el Norte del Indostán con las dos penínsulas á ambos lados del Ganges, Tíbet y la China propiamente dicha.

Desde tiempo inmemorial se han hallado los diamantes y las piedras preciosas en estas regiones favorecidas por la naturaleza. En la mitología de los indostanos, las piedras preciosas representan un gran papel y figuran en sus tradiciones sagradas, en sus poemas y en sus leyendas. Vischnou está representado por un joven de color azul radiante de luz. En una de sus cuatro manos tiene una concha, en otra una flor del loto, en la tercera una clava, y en la cuarta un anillo, *Sudarsim*, que con las piedras preciosas que brillan en su pecho difunde un resplandor que ilumina todo el Vaikonta ó templo sagrado.

La descripción de la ciudad de Ayodhya (1)², en el poema Ramayana, da una idea del lujo, esplendor y alto grado de civilización de aquella remota edad, cuando estaba llena de comerciantes y artesanos de todas clases, y se encontraban allí en gran abundancia el oro, piedras preciosas y otras ricas producciones, y todos usaban magníficos trajes, brazaletes y costosos collares.

La época á que se refiera el poema, corresponde á dos mil años antes de Jesucristo, cuando la India cayó bajo la dominación de conquistadores de una raza más civilizada que habitaba las elevadas montañas que rodean el Norte de la India. Quizá pudiéramos tachar de hiperbólico al autor del poema índico por los recargados colores con que pinta la riqueza de aquel país, si no los halláramos comprobados por una descripción que nos queda de un grave historiador de aquel paraíso terrenal. «Los pájaros, allí, dice Quinto Curcio, aprenden á hablar con facilidad; los elefantes son mayores que los de África, y su fuerza corre parejas con la magnitud del cuerpo; los lechos de los ríos son de oro, y las aguas se deslizan en ellos suavemente como si temieran remover las preciosas arenas; el mar arroja á la orilla abundantes perlas y preciosas piedras, y hé aquí de dónde procede la gran riqueza de aquellos habitantes, especialmente desde que comunicaron su suntuosidad á los extranjeros, porque nada de cuanto más rico espuma el mar y la tierra cria, tendría valor alguno, si el lujo no tendiera sus brazos ávidos de recibirlo.

² (1) Capital de la provincia del mismo nombre en la India superior. Se halla su descripción en el Ramayana, poema de la conquista de la India, por Rama, a quien el diablo le arrebató su mujer. El Mahabharata y el Ramayana son las dos más grandes epopeyas de la antigua India; poemas que han alcanzado hasta nuestros tiempos.

Allí, como en todas partes, la imaginación del hombre participa de las condiciones del clima y situación del país: los habitantes usan trajes de hilo, largos hasta los pies, sandalias y turbantes: los que se distinguen por su nacimiento o riqueza, llevan aretes de piedras preciosas y brazaletes de oro; cuidánse mucho las cabelleras, y tienen en gran estima una cabeza adornada con esmero: déjanse crecer el pelo de la barba propiamente dicha, y se afeitan el resto de ella. El lujo de sus reyes, que ellos llaman magnificencia, escede al de todas las naciones.

Cuando el rey aparece en público, le preceden algunos camareros que con incensarios de plata van perfumando el ambiente; llévanle en una litera guarnecida con guirnaldas de perlas que cuelgan por los cuatro lados; su traje es una ropa talar de hilo bordada de oro y púrpura: rodean la litera guardias armados, y muchos de ellos llevan ramas de árboles en las que se ven perchados pájaros de diferentes clases que con sus cantos le distraen y regocijan. Su palacio se eleva sobre columnas de oro circundadas de vides del mismo metal, con pájaros de plata entre su follaje. La morada del rey está abierta á todo el mundo, y mientras le adornan la cabellera, da audiencia á los embajadores y administra la justicia pública. Cuando le descalzan las sandalias, le ungen los pies con los más delicados perfumes.»

El mismo autor, en la descripción de la corte en el campo de Darío, nos da testimonio del gusto de los persas por las piedras preciosas, de la cantidad de ellas que poseían y del uso á que las destinaban:

«La caballería, armada á la usanza de doce naciones diferentes, marchaba en un solo cuerpo seguida de las tropas llamadas por los persas «los inmortales.» El número de todos ellos asciende á

diez mil hombres, y su magnificencia era superior á la de todas las milicias de las demás naciones bárbaras. Llevaban collares de oro y vestidos tejidos de oro, chaquetillas con las mangas guarnecidas de pedrería. A corta distancia seguía el primo del rey á la cabeza de quince mil hombres, vestidos más de mujeres que de soldados, y con un aparato mas notable por la exuberancia del lujo que por su aspecto guerrero. Detrás de éstos venían los Doriforos conduciendo el manto real y precediendo al rey que les seguía en un carro, como elevado sobre un trono. Los costados de este carro mostraban en bajo relieves de oro y plata las efigies de varios dioses, y sobre su yugo, tachonado de piedras preciosas, se elevaban de un codo de altura las estatuas de Niño y Belo entre las cuales una sagrada águila de oro extendía sus alas en actitud de lanzarse al espacio. Todo este aparato, sin embargo, no era nada comparado con la suntuosidad del rey. Vestía una túnica de púrpura bajo la cual caía en undosos pliegues un ropaje recamado de oro, en el que se veían representados dos gabilanes en el acto de lanzarse á la pelea. De su cinturón de oro, semejante al que usan las mujeres, pendía un alfange, cuya funda estaba engastada de piedras preciosas tan artística y primorosamente montadas que parecían como cuajadas en una pieza. Llevaba en la cabeza la tiara azul entrelazada de blanco, que es la corona real, llamada *Cydaris* por los persas. Diez mil piqueros con picas de plata adornadas de oro seguían al carro real. A cada lado de este marchaban como doscientos de sus parientes más cercanos, y treinta mil peones formaban la vanguardia de su ejército.» Lib. III, capítulo III

Entre los regalos presentados á Alejandro por el sátrapa Orsines, había carros incrustados de oro y plata, piedras preciosas, vasos de oro de gran tamaño y primorosamente trabajados, ropas de púrpura de Tiro y cuatro mil talentos en moneda.

El antiguo bello sexo de Egipto hace cuarenta siglos era tan apasionado por las joyas, como pueden serlo hoy día las mujeres del harem del virey. Las joyas halladas en los sarcófagos atestiguan que las mujeres de aquellos remotos tiempos se adornaban con diademas de perlas, collares de cuatro vueltas de piedras preciosas y gargantillas de oro: llevaban además brazaletes y aros de oro con adornos de ámbar y pendientes de tres colgantes. Los hombres llevaban los dedos cargados de anillos.

Isaías nos da noticia de que el ajuar de las jóvenes hebreas era tan abundante como puede serlo el de cualquiera de sus bellas descendientes del siglo XIX: el profeta las amenaza con la pérdida de sus «calzados, y las lunetas, y los collares, y los joyeles, y los brazaletes, y los bonetillos, y los partidores de pelo, y el atavío de las piernas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan de su frente, y las ropas de remuda, y las manteletas, y las gasas, y las agujas, y los espejos, y los lienzos delicados, y las cintas y los vestidos de verano,» donde se vé que las joyas y piedras preciosas entraban con gran profusión.

Al Antiguo Testamento consigna también el gusto de los fenicios por las piedras preciosas. La magnificencia de los tirios señores, exigía en su atavío nada menos que nueve piedras, un sardio, un topacio, un diamante, un berilo, un ónix, un jaspe, un zafiro, una esmeralda y un carbunclo.

Casi no es preciso decir que en Esparta las joyas no merecían grande aprecio como en nación donde las leyes de Licurgo proscribían todo refinamiento en las artes, eran un crimen el lujo

y la elegancia, y cuyos habitantes que se alimentaban con el negro gigote tradicional, desconocían la comodidad del lecho, dormían sobre cañas en viviendas de madera toscamente construidas, y no se mudaban los vestidos en ninguna estación. Pero los diferentes Estados de la Grecia diferían mucho entre sí en instituciones, leyes, costumbres, gustos y opiniones; los atenienses eran tan civilizados, elegantes, suntuosos y amables, cuanto inciviles, ásperos y descuidados los lacedemonios. Las bellas atenienses, cuyo único estudio y ambición consistían en el arte de agradar, se pasaban al tocador la mitad del día.

La espartana, al contrario, empleaba el tiempo en ejercicios propios para el desarrollo de sus fuerzas físicas y el aniquilamiento de las gracias de su sexo. Por una contradicción singular, las débiles mujeres que en Atenas ejercían tanto imperio sobre los más nobles y sabios hijos de aquel pueblo, no podían mostrarse en público adornadas de costosas joyas, al paso que en Esparta solo se permitía su uso á esta clase de mujeres, pues a las honorables matronas y doncellas todo género de adorno les era prohibido.

(Continuará).

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Abril de 1871, Año XV, Numero 8. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pág. 4. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

No solo hallamos en las Memorias de los primitivos tiempos del mundo antiguo vestigios de la pasión del hombre por las joyas, y de su admiración por las piedras preciosas: en las tradiciones de tiempos muy remotos de la América del Sur, en los vestigios antiguos de Méjico y del Perú, y aun en las ruinas de ciudades florecientes un día, que la perseverancia de los viajeros modernos han sacado á luz de entre los escombros de florestas primitivas, se ha encontrado la evidencia de que aquel gusto dominó también en el hemisferio occidental. En efecto, el estudio de las piedras preciosas nos conduce á establecer la analogía consignada por algunos sabios entre las extinguidas razas de la América del Sur y los judíos del tiempo de Salomón, y á probar la hipótesis que atribuye a ambas el mismo origen. En ambas, en efecto, las insignias de la soberanía y del poder, eran casi las mismas, y ambas usaban de las piedras preciosas con igual predilección, como símbolos y términos de comparación. El siguiente extracto de una obra no publicada todavía (1)³, muestra la semejanza de sus costumbres y ritos en este particular.

³ Zerrisenen Blätter aus dem Buche den Americanischen Völkern – Geschichte von Tito Visino.

«El ephod, el racional, la mitra, el cinturón y hábitos pontificales de los hebreos, eran de la misma forma que los ornamentos de los pontífices mejicanos, y como ellos, ricamente bordados y adornados de pedrería.

«Además de los numerosos dibujos y esculturas que representan los antiguos ornamentos pontificales de los mejicanos, semejantes en un todo á los que se preceptúan para los sacerdotes hebreos en el capítulo XXVIII del Éxodo, nos encontramos de nuevo con estas vestimentas bordadas de piedras preciosas y perlas, en el manuscrito de Bodleian, en las antiguas pinturas mejicanas, en la Biblioteca de Dresde, en la de Oxford, y en la colección Mendoza.

«Las insignias del poder eran las mismas en ambas naciones, y consistían en corona, brazaletes, cetro, sandalias y manto real.

»La corona real de los mejicanos y hebreos tenía más semejanza con la mitra sacerdotal que con la corona de los soberanos de Occidente. El Copilli y los brazaletes americanos, están representados en la plancha 57 de la colección Mendoza. En otros varios dibujos hallamos todos los diferentes artículos de la vestidura real y ornamentos de los antiguos pontífices (soberanos de Acahuac), tales como la diadema, cetro, manto, brazaletes, cinturón, sandalias, todo ricamente bordado de oro y tachonado de piedras preciosas.

»Los sellos pendientes de los brazos, y el racional, son enteramente de origen hebreo, y se usaron del mismo modo entre los monarcas mejicanos. Esto se expresa con toda claridad en las Escrituras.

»Y las atarás como por señal (Sello) en tu mano (brazo), y estarán y se moverán entre tus ojos. Deuteronomio VI. 9.

“Asentad estas mis palabras en vuestros corazones, y en vuestras almas, y tenedlas pendientes por señal (sello) en vuestras manos (brazos), y ponedlas entre vuestros ojos. Deut., XI., 18.

» Esta era también costumbre mejicana, como sabemos por testimonio de Cortés, Bernal Diaz, Sahagun, Torquemada y otros, así como por las antiguas pinturas en papel *maguey* y los restos de efigies plásticas. Los ornamentos imperiales de Motezuma, diferían muy poco de los de Moquitueix. Los incas del Perú hacían uso también de los Quipos, el Pschent omnipotente de los Faraones de Egipto, como insignias sagradas de la dignidad real.»

«Existen sellos y anillos mejicanos con la constelación Piscis grabada en piedras finas. Los antiguos mejicanos, como los hebreos, esperaban la venida del Mesías, el «Quebrantador de la Serpiente.» que debía ocurrir durante la conjunción de Júpiter y Saturno en Piscis, signo protector de la Siria y la Palestina.

Según la cosmografía de los Quichés, el segundo rey de aquella poderosa nación americana, se llamaba «Cocavib,» que quiere decir magnífico ornamento. Su riqueza en joyas era inmensa.

«Otro antiguo rey de los Quichés, se llamaba «Cuvatepech» o siete signos. «Ñoh» indicaba uno de los signos del antiguo Zodiaco, y era emblema de la razón, la inteligencia, la sabiduría y la prudencia. El rey Yucub-Noh-Cuvatepech llevaba este signo grabado en un smaragdus ó esmeralda, como el más precioso adorno y mas propio símbolo de su rango.

«Votan— el corazón del cielo— era simbólicamente representado en sus principales templos por una enorme esmeralda tallada en la forma de una alada serpiente. Su nombre en el cielo era «Chalchiluclit,» que significa la preciosa piedra del sufrimiento y la abnegación.

La esmeralda era una piedra tan sagrada entre los israelitas como entre los indios americanos: la piedra de los sellos que llevaban pendientes de sus brazos los pontífices de ambas naciones, y en su grande anillo del dedo índice de la mano derecha, era una esmeralda.

«El celo supersticioso de los primeros misioneros destruyó muchos preciosos objetos tallados en esmeraldas, piedras consagradas á Votan; pues fueron reducidos á polvo que se dispersó á los cuatro vientos como restos de execrables ritos paganos.

«Los antiguos americanos del Sur, entre otras ofrendas, llevaban á su deidad oro, plata, joyas, perlas y otras cosas preciosas, lo cual era tambien costumbre entre los hebreos. (Éxodo, XXXV.)

«Los conquistadores asirlos, que saquearon el templo de Salomón, hallaron en él un inmenso botín en joyas y vasos de oro y plata.

«Los templos de Méjico y del Perú, especialmente el de Verachocha-Pachacamac en Cuzco, ofrecieron igual cebo á los devastadores soldados de Pizarro.

«El deísta Netzahualcoyotl, rey de Acolhuan, el Salomón de los Anahuac, en sus cantos sagrados llenos de fe patriarcal en honor del Ser Supremo, compara el sol, símbolo de la Eterna Divinidad, con un diamante de mil facetas. Esta comparación a una joya que los mejicanos no poseyeron, es uno de los muchos ejemplos que ofrece su sagrado libro de los Cantos, de las metáforas usadas por los hebreos, y de la mención de cosas de que los mejicanos solo podían tener idea por tradición, dando en todo esto una prueba más de su origen judío.

Entre las bellas exhortaciones de una madre mejicana a su hija, recogidas por el piadoso misionero fray Andrés de Olmos, se halla la siguiente: — «Y tu padre te ha pulido y dado brillo como á una preciosa esmeralda, á fin de que puedas presentarte al mundo como una joya de virtud perfecta.»

«Huehuelapallan y Huethuetoilan — los antiguos Tlapallan y Totlan — eran las provincias de donde los mejicanos recogieron sus ricos colores y gran copia de piedras preciosas.

«Los antiguos mejicanos sobresalían en el arte de tallar las piedras finas, en el cual llegaron á una perfección que no pudieron alcanzar los artistas europeos, á pesar de sus instrumentos de metal. Los mejicanos carecían de la ayuda del hierro y acero, que les eran desconocidos, y practicaban la operación por medio de otras piedras duras o el polvo de ellas.

«Los chinos aseguran que el gran continente de «Fusang,» que según sus cosmografías se halla situado á 22.000 *Lé* al Oriente del Japón, les era conocido desde hace 4.000 años, y que en diferentes épocas habían enviado colonias para poblar aquel vasto territorio. En efecto, son infinitas las huellas que de este origen

se han deducido por los arqueólogos, de la aparente confusión de razas de la América. Si, por ejemplo, examinamos las figuras simbólicas de los cuatro últimos meses del año de los mejicanos, sin ninguna dificultad reconoceremos en tres de ellos, Panquetzalitzli, Titil y Izcalli, a *un* perfecto tipo chino, cuyos toscos trajes tachonados de perlas y piedras preciosas de aquella civilización estacionaria, en nada se diferencian del que usa actualmente el «hijo del sol,» emperador del Celeste Imperio.

«Fray Francisco Nuñez de la Vega, arzobispo de Chiapa, en una de sus frecuentes visitas á su diócesis, descubrió la cueva llamada «Casa oscura,» en la que se guardaron antes de la conquista el tesoro Tecamoxtli y las antorchas sagradas de Votan.

«Aquel tesoro consistía en grandes vasos de arcilla incrustados de esmeraldas y otras piedras preciosas de inmenso valor, y en otros varios y ricos objetos. El lugar donde se halla actualmente escondida esta riqueza real, ha burlado hasta ahora todos los esfuerzos hechos para su descubrimiento, si no es que ha desaparecido ó sido trasformada por lo menos, desde que la visitó aquel reverendo señor. Los vasos de arcilla, los escritos, los dibujos y las secas dantas ó hachas, así como el gran depósito de goma copal é incienso, han sido quemados ó destruidos; pero no hay duda alguna de que los objetos de oro y plata y las piedras preciosas existen todavía.»

Cualquiera que sea la conclusión que saque el lector de los precedentes extractos en favor del sistema del autor de quien los tomamos, no cabe dudar en que las piedras preciosas fueron tenidas en gran estima en ambos hemisferios, y que los usos á que se destinaban, y las creencias religiosas relacionadas con ellas en todas las partes del mundo, ofrecen una similitud tal, que

no pueden explicarse sino por el origen universal de todas las razas caucásicas de ambos continentes.

Los nobles del Perú, que intentaron defender su país contra la invasión de los españoles de Pizarro, llevaban yelmos enriquecidos de pedrería, ofreciendo una singular semejanza con los que usaban los caballeros de la Edad Media, de cuyo adorno solían cuidarse las hermosas damas.

En los bajo-relieves de Yucatán, Chiapa, Guatemala, y aunque parcialmente en el Norte de Méjico; en el gran medallón Temalacatle, en las pinturas al fresco de Mitla y en Chichen-Itza, se ven figurados guerreros con el casco romano, que era también el de los caballeros de la Edad Media, ricamente adornados de joyas y plumas.

Los Incas se reservaron el monopolio de las piedras preciosas para si y los nobles a quienes viniesen á bien de concedérselo; y sin embargo, cuando la primera expedición española desembarcó en Tacamez, en la provincia de Quito, hallaron que los habitantes de ambos sexos llevaban alhajas de oro y pedrería.

Los antiguos mejicanos y peruanos, aunque ardientemente apasionados por los ostentosos ornamentos, no poseían una gran variedad de joyas. Tenían abundancia de perlas del golfo de California, turquesas finas, ámbar, malaquita, grünstein, itztli (especie de piedra obsidiana, de la que hacían adornos semejantes á los de azabache hoy día), y diferentes clases de ágatas. De los cristales corindones, sin embargo, solo poseían la esmeralda, que ellos llamaban *chalchiviti*, a la que, como hemos visto, tenían en grande aprecio.

En el estrado principal de justicia llamado «Tribunal de Dios,» había un trono de oro puro tachonado de turquesas y otras piedras. Sobre un pedestal frontero al trono, se veía un cráneo humano rematado por una enorme esmeralda de forma piramidal, y sobre ella se balanceaba una garza de vistoso plumaje y rica pedrería. Cubría el trono un dosel de brillantes plumas, en cuyo centro resplandecían el oro y piedras preciosas.

El manto de Motezuma se sujetaba por un rico broche de esmeraldas, y gran profusión de ellas de gran tamaño y belleza engastadas en oro, adornaban la persona de aquel bárbaro.

Los tlascalans usaban almetes adornados de plumas y alhajas, y hasta sus escudos se veían enriquecidos de pedrería.

En las fiestas en honor de los difuntos Incas, «tal ostentación, dice un antiguo cronista, se desplegó en la gran plaza de Cuzco en vajillas de oro, plata y piedras preciosas, como no se vio jamás en Jerusalem, Persia, Roma, ni en ninguna otra ciudad del mundo.»

CAPÍTULO III

De las piedras preciosas entre los romanos.

El gusto por los esplendidos trages, los ricos adornos, y de consiguiente por las piedras preciosas, fué importado del Asia á la Grecia y de esta á Roma. Los griegos, como los más próximos vecinos del Asia, fueron los más sujetos al contagio del lujo, sirena engañadora que civilizó á los romanos para después precipitar su imperio.

La gola de Alejandro cubierta de piedras preciosas, y su manto bordado de oro y prendido de joyas, nos demuestran que también el héroe macedonio participó de la flaqueza afeminada de los persas. Entre los romanos el lujo dató, en realidad, de la conquista de Macedonia por Paulo Emilio.

El país, cuna de las artes, sometido por las victoriosas armas de los romanos, refinó el gusto y pulió las costumbres de sus invasores. El oro, la plata, las sedas, los perfumes, las perlas, las piedras preciosas y la púrpura y escarlata de las voluptuosas regiones del Oriente, de la zona tórrida africana, y aun del aterido Norte, reunido dentro de sus muros por la industriosa Cartago, provocaron en los austeros romanos nuevos gustos, nuevos placeres, nuevas necesidades, y despertaron en ellos aquella insaciable sed de riqueza, comparable solo á la de dominación y de gloria que les abrasaba.

Las subsiguientes presas que Pompeyo y Lúculo hicieron, llenaron á Roma, á la vuelta de sus ejércitos, de tantas modas de lujo y costumbres orientales, que para muchos autores data de aquella época el origen de la suntuosidad de los romanos, quienes muy luego excedieron en exageración, sino en buen gusto, a las naciones de donde tomaron aquellas novedades. La pasión por las piedras preciosas, especialmente, les condujo a las más desatentadas extravagancias.

(Continuará).

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 13 de Mayo de 1871, Año XV, Numero 9. Fundador y

propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pág. 4. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

Una colección de joyas tenía en Roma el nombre de *dactylotheca*. Scauro, yerno de Sila, fué el que poseyó la primera, formada probablemente de los despojos hechos por su suegro. Durante mucho tiempo no existió ninguna otra, hasta que Pompeyo, el Grande, entre otras ofrendas, consagró en el Capitolio la que había pertenecido á Mitridates, y que aventajaba en mucho á la de Scauro. Además de rubíes, topacios, diamantes, esmeraldas, ópalos, ónices y otras joyas, notables por su brillo y magnitud, aquella *dactylotheca*, la más rica y lujosa de los príncipes vencidos por los romanos, contenía un gran número de anillos, sellos, brazalete y cadenas de oro de un esquisito trabajo.

Esta grandiosa exposición quedó, sin embargo, oscurecida al lado de las maravillas de arte y de la naturaleza que se vieron en el tiempo de Pompeyo, entre las cuales eran las más importantes las siguientes: — Un juego de ajedrez con todas sus piezas de oro engastadas de pedrería; treinta y tres coronas de perlas; la famosa parra de oro de Aristóbulo, apreciada por el historiador Josefo en 500 talentos (9.120.000 reales); el trono y cetro de Mitridates; su carro resplandeciente de oro y pedrería, que había

pertenecido á Dario. El emperador mismo compareció con un manto bordado de oro y joyas, que se dijo ser el que había pertenecido á Alejandro. Después que estas maravillas hubieron deslumbrado al pueblo romano, se pusieron en parada las armas de Mitrídates, cuyo esplendor eclipsó todo cuanto se había visto hasta entonces. La diadema y funda de la espada del vencido monarca, ambas totalmente cuajadas de magnífica pedrería no aparecieron en la procesión por haber sido robadas: la funda sola costó (7.640.000 reales) 400 talentos.

César, siguiendo el ejemplo de Pompeyo, consagró á Venus Genitrix seis *dactylothecas*, y una Marcelo, hijo de Olimpia, á Apoto Palatino. Augusto presentó en un solo día en el templo de Júpiter Capitolino 16.000 libras de oro en barras, y piedras preciosas por valor de 10 millones de sextercios.

La descripción que hace Lucano en la Farsalia del salón en que Cleopatra dio un banquete en honor de César, nos parecería una invención poética, si tan portentosa suntuosidad no se viera confirmada por el testimonio de la severa historia. Columnas de pórfido, pórticos de marfil, pavimentos de ónix, umbrales de concha con una esmeralda engastada en cada una de sus manchas; muebles incrustados de jaspe amarillo, divanes adornados de pedrería, encantaron los ojos del laureado romano, mientras que su corazón y su entendimiento se sintieron subyugados por la belleza de su regia huésped, cuyas gracias realizaban ricos despojos del Mar Rojo, y en cuya frente brillaba un tesoro de joyas de una gran serie de Faraones. Con tal conjunto y *entourage*, no es maravilla que la Circe oriental obtuviese un fácil triunfo sobre César y Antonino, grandes maestros en el arte de la guerra, pero semi-bárbaros comparados con los suntuosos hijos de aquel país de refinada voluptuosidad.

Una vez introducido en Roma, el lujo hizo rápidos progresos. Piel de Scítia y tapices de Babilonia; ámbar de las riberas del Báltico al Danubio, y piedras preciosas; sedas y aromas del Oriente, eran importadas á cambio de la plata y el oro del imperio. La pérdida anual en este comercio se computó en 80.000.000 de reales, y sin embargo el producto de las minas suplía abundantemente las demandas del comercio (1)⁴.

No obstante los edictos con que trató de reprimir la locura de los demás, César era un infatigable colector de piedras preciosas, vasos cincelados, estatuas, pinturas, etc., especialmente de las obras de antiguos y famosos artistas. La cantidad de joyas de que César, debió disponer, no hay duda que pudo ser enorme. Calígula construyó barcos enteramente de cedro con las popas incrustadas de piedras preciosas: estas debieron ser piedras finas, tales como el ónix. El manto del emperador estaba cargado de piedras preciosas y bordados de oro, é Incitatus, su caballo favorito, salía cubierto de mantillas de púrpura y llevaba un collar de perlas.

En la casa de oro de Nerón, los entrepaños eran de nácar incrustado de oro y piedras preciosas. En los grandes juegos instituidos por este emperador, se arrojaban diariamente al pueblo como cosa de mil billetes de una lotería, cuyos premios consistían en gran número de pájaros, vasos de varias clases, trigo, oro, plata, trajes, perlas, piedras preciosas y pinturas; y en los últimos tiempos llegó á haberlas de buques, casas y tierras.

Pero en el reinado de Antonino fue cuando el lujo llegó al mas alto grado de exageración. El lujo en edificios, jardines, muebles,

⁴ (1) Gibbon. *Decline and fall of Rome*.

banquetes ó vestidos, halló historiadores que le ensalzaron y ridiculizaron desde los tiempos de Augusto; pero Plinio fué el primero que habló de las piedras preciosas.

Cuando el furor por las joyas llegó á su apogeo, ya no bastó á satisfacer la vanidad de aquellos dueños del mundo que sus aderezos fuesen apreciados en razón del trabajo artístico y belleza de las piedras preciosas, sino que era menester la jactancia de poseer esta ó aquella, de tal ó cual ilustre origen. Un anillo, un vaso, una sarta de perlas ó un camafeo, era preciso que por su genealogía ascendiesen hasta Cleopatra, Antonino ó algún otro insigne personaje. Esta vanidad dio á Marcial materia para un epigrama. Los hombres y las mujeres competían en su pasión por las joyas. Plinio refiere indignado que las mujeres, no contentas con usar adornos de oro en la cabeza, brazos, trenzas, dedos, orejas y cintura, llevaban collares de perlas en su seno y dormían con ellos, como para no separarse nunca de sus queridas joyas.

Se lamenta además de que llevasen adornos de oro en los pies, estableciendo así una especie de orden ecuestre entre la estola de la matrona y la túnica de la plebeya. Esto, sin embargo, era una extravagancia de poca monta al lado del antojo de la emperatriz Popea, que mandó poner a sus mulas herraduras de oro.

No podía, en verdad, esperarse moderación alguna de parte de las mujeres de aquellos patricios, que habiendo sometido imperios y hecho tributarios á los reyes, reinaban como soberanos en vastos dominios arrancados de diferentes naciones para engrandecimiento de Roma. «He visto, dice Plinio, á Lolía Paulina, mujer del emperador Calígula, cubierta de perlas y esmeraldas colocadas alternativamente para duplicar su brillo en

su cabeza, garganta, manos, brazos y cintura, por valor de 40.000 sextercios (reales 3.360.000) cuyo coste podía justificar en el acto con los correspondientes documentos; y sin embargo, no era aquella ocasión la de una fiesta o ceremonia solemnes, sino simplemente una boda de las más humildes.

Aquellas perlas, no las debía a la prodigalidad de su imperial esposo, sino que procedían de los despojos hechos en los países sometidos á Roma. Marco Lolio, su abuelo, dejó en el Oriente la fama más odiosa a causa de sus exacciones á los reyes, de lo que Tiberio tomó pretesto para degradarlo y condenarlo á muerte, á fin de que su nieta pudiese presentarse en público resplandeciente de joyas y pedrería.»

El crítico naturalista nos dice que era más fácil ver en la calle á un cónsul sin sus haces, que á una dama romana sin sus alhajas.

Los joyeros griegos y romanos variaron hasta tal grado la forma y estilo de los aderezos, que según opinión de los arqueólogos, nuestros más hábiles artistas modernos son al lado de ellos meros copistas ó imitadores. Las obras que tratan de la joyería de los antiguos, ofrecen un repertorio inagotable á los que exploran su profundidad científica.

Las diademas, collares, pendientes, brazaletes, anillos, alfileres, broches de todas formas y dimensiones, rematados con bustos, estatuítas, animales, pájaros, insectos, flores, etc., eran alhajas indispensables á una dama romana, mas apreciadas por su mérito artístico que por la materia de que estaban compuestas. Las agujas para el pelo constituían un artículo importante de la *toilet*: estaban primorosamente trabajadas, y sus cabezas

comunmente representaban figuras correctamente delineadas. Se sabe de una de estas agujas que costó 1.000.000 de reales. Entre los restos de Pompeya y Herculano que se hallan en el Museo real de Nápoles, existe una aguja que perteneció á la emperatriz Sabina, que representa la diosa de la Abundancia con el cuerno de Arquelao en una mano y acariciando á un delfín con la otra. Winkelman describe esta aguja en su carta sobre las antigüedades de Herculano.

Los collares solían ser de varias vueltas, cayendo la última sobre el pecho, y con un magnífico camafeo por broche. Por las antiguas joyas que se conservan en algunas colecciones de Europa, puede juzgarse del exquisito trabajo y buen gusto de los antiguos en este ramo.

Brazaletes de tres ó cinco sartas de perlas y brazaletes de oro con pedrería adornaban los brazos de las bellas romanas; llevaban anillos en todos los dedos, y ricos cinturones en sus talles. Muchas de estas alhajas han llegado á hacerse históricas. Así sabemos que el anillo de Faustina costó 200.000 duros, el de Domitia 300.000 duros; el brazaletes de Cesonia 400.000 duros; los zarcillos de Popea 600.000 duros, y el doble de esta suma los de Calpurnia, mujer de César. La diadema de Sabina, tan estimada por su trabajo como por su valor intrínseco, se evaluó en 1.200.000 duros.

Hasta las ligas de las damas romanas eran ricos joyeles en que el oro, la plata y las piedras preciosas se empleaban con verdadera prodigalidad. Sabina, la joven poseía un par de ligas, valoradas en 200.000 duros por los riquísimos camafeos de que estaban formados sus broches. Las mujeres de los patricios gastaban una

gran parte de sus fortunas en su loco frenesí de rivalidad en los adornos.

Las ligas de aquellos tiempos no se empleaban para las medias, porque estas prendas no estaban en uso, sino para sujetar una especie de calzones de hilo fino. A veces se llevaban como mero adorno en las piernas desnudas.

Nerón ofreció á Júpiter Capitolino los primeros mechones que cortó de sus barbas, en un vaso de oro ricamente engastado de perlas.

Heliogábalo usaba sandalias con piedras preciosas de gran valor, y nunca llevaba dos veces el mismo par.

Los emperadores sucesivos trataron en vano de detener los excesos extravagantes de un lujo que amenazaba arruinar á todas las clases. Entre otros artículos hallamos que les joyas eran a veces objeto de una ley.

Julio César, cuando hubo llegado al apogeo de su fama y poder, vio con dolor la relajación que sucedió á las antiguas costumbres, y mandó publicar un edicto prohibiendo el uso de la púrpura y de las perlas á todas las personas que no perteneciesen á cierto rango; y aun las últimas no les eran permitidas sino para concurrir á las ceremonias públicas. Se prohibió á las solteras el uso de las joyas, y este terrible golpe contra el celibato promovió el afán por el matrimonio en todo el imperio hasta el punto de que muchas mujeres incurrían sin reparo en el más repugnante perjurio por salir de aquel estado.

El mismo edicto prohibió el uso de las literas, moda importada del Asia.

El emperador León publicó el año 460 la última ley suntuaria, prescribiendo ciertas restricciones que prueban hasta qué punto había llegado el desenfreno de sus súbditos. A todas las personas, de cualquiera calidad que fuesen, se les prohibía adornar con perlas, esmeraldas y jacintos, sus fajas y las bridas y sillas de los caballos. Se les permitía adornarlas con cualquiera otra clase de piedras, pero no se consentía ninguna en el bocado de los caballos. Los hombres podían usar broches de oro en sus mantos y túnicas, y apurar en su forma y labor todos los recursos del arte; pero les estaba prohibido todo otro ornamento precioso.

(Continuará)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America. Madrid 28 de Mayo de 1871*, Año XV, Numero 10. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pág. 4. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

En la ignorancia de los tiempos que sucedieron a la ruina del imperio romano, las producciones y manufacturas del Oriente perdieron su estimación, y el comercio de aquel país, que amenazaba devorar la riqueza de Occidente, se hundió al fin en la oscuridad más completa.

CAPÍTULO IV.

De las piedras preciosas entre los galos, godos y francos.

Aunque los galos hacían gran aprecio de las telas de colores vivos y de los adornos de oro, no hallamos memoria de que hubiesen usado las piedras preciosas. Sus joyas se componían de ciertas piedras de poco valor como el ágata y el jayet. Los guerreros de fama llevaban collares de oro, brazaletes y sortijas; en sus brazos brillaban adornos de oro, plata y coral; sus sagums de lana — de los cuales la blusa moderna es el verdadero modelo — estaban salpicados de encendidos colores o adornados con flores de oro y lentejuelas, pero no parece que hayan usado perlas ni piedras preciosas, lo cual no deja de ser sorprendente atendido que los galos eran aficionados á todo lo que recreaba la vista y la imaginación. Deslumbrar a los amigos y aterrar á los enemigos era el gran objeto de su ambicion; y lo conseguían de manera que no es posible imaginarse nada de mas magestuoso y terrible al mismo tiempo, que el aspecto de un guerrero de aquella nación. Parece extraño, ciertamente, que los alegres o impresionables galos «que siguieron a Cesar bajo el estandarte de la Alondra, y marcharon alegremente a la conquista de Roma, Delfos y Jerusalem» no se engalanasen con las joyas que debieron tocarles del botin, y que los dos Brenos, al volver á sus bosques drúídicos y á sus fortificados lugares, dejasen abandonada

aquella gran parte de los ricos despojos de las más opulentas ciudades de la Grecia y la Italia.

Sin embargo, cuando los galos se establecieron definitivamente en los países que habían devastado, cuando sometido al yugo romano, adoptó el conquistado muchas de las costumbres del conquistador, aprendieron también á apreciar el valor y belleza de las joyas.

Los godos, amigos de la pompa y el lujo, conocían muy bien el valor de las piedras preciosas, y las usaban profusamente en el adorno de sus personas y para el esplendor de sus banquetes. Puede calcularse el valor del botín que debieron de juntar los godos al mando de Alarico cuando tomaron á Roma, por los regalos de boda que hizo á su novia Ataúlfo, hermano del conquistador. Cincuenta fuentes de piedras preciosas de inestimable valor presentadas á la princesa Placidia, forman una parte, considerable por cierto, del tesoro de los godos, sobre cuya grandeza pudiéramos hacer algunas citas notables de la historia de los sucesores de Alarico.

Las descripciones que han llegado hasta nosotros de vasos, tazas y copas famosas por su belleza y valor, y por el nombre de sus dueños, prueban que las piedras preciosas se empleaban con desmedida profusión. El general romano Aetio, regaló á Turismundo, rey de los visigodos y sucesor del gran Alarico, un *missorium* o plato de oro adornado de piedras preciosas y de peso de 500 libras.

Teodorico II, á quien Eurico arrebató el cetro con la vida el año de 467, al mismo tiempo que trató de extender sus dominios á espensas de los romanos, emuló su elegancia y refinamiento.

El esplendor y buen orden de la corte del príncipe visigodo, ofrecía hasta cierto punto una copia de la de los emperadores. y solo él se daba a conocer como bárbaro «por los largos mechones que cubrían sus orejas.»

El inmenso tesoro en joyas y vajillas de oro y plata reunido por los reyes ostrogodos y visigodos en Tolosa y Narbona, ofrece una prueba de su gusto en este particular. La primera de aquellas ciudades se consideró la más rica de la Galia. El año 508, esta capital de Eurico abrió las puertas a los Francos, y el palacio real con los tesoros que contenía, cayó en poder de Clovis; si bien la opinión común era que las mayores riquezas de los príncipes visigodos no estaban en Tolosa, sino que la ciudadela de Carcasona con sus torres fundadas sobre rocas inaccesibles, contenía el depósito de los despojos imperiales que se llevó Alarico de la conquistada Roma en el siglo precedente, y que se hallaban allí también los magníficos ornamentos del templo de Salomón, y los innumerables vasos guarnecidos de esmeraldas que pasaron a Roma después del saco de Jerusalem.

El inmenso número de curiosos ornamentos de oro puro, adornados con joyas que se encontraron en el palacio de los reyes visigodos en el saqueo de Narbona, nos parecería increíble si no nos fuera referido en sus detalles por autores dignos de toda confianza.

Entre los ricos ornamentos de que se apoderó Childeberto hijo de Clovis, en la iglesia de Toledo cuando devastó la España en el año 542, se hallaba una magnífica cruz rica en pedrería, que por tradición se decía haber pertenecido al rey Salomon. Treinta cálices, diez y seis patenas y veinte estuches en que se guardaban

las escrituras ricamente guarnecidos de piedras preciosas fueron también robados y regalados por el espoliador á varias iglesias de Francia.

En cuanto al destino de la famosa cruz, construyó una iglesia de su forma en los alrededores de París, y le hizo donación de ella, así como de otros ornamentos de gran valor.

A medida que el cristianismo se fue afirmando más y más entre los galos, godos y francos, las joyas de más valor pasaron á formar el tesoro de las iglesias. Después de haber robado y destruido los templos de un Dios que no conocían, aquellos caudillos convertidos los reconstruyeron y enriquecieron, y siguiendo al pie de la letra el precepto que impusiera San Remigio al primer príncipe franco que fué bautizado, quemaron lo que habían adorado, y adoraron lo que habían quemado.

Algunas veces, sin embargo, hacían las dos cosas a un tiempo, como cuando Rollo, el famoso jefe normando en su lecho de muerte, asaltado de dudas acerca de la vida eterna, cambiando el Walhalla de Odín por el del Paraíso de Cristo, consideró prudente obrar de modo que se asegurase un lugar en ambos, y á este fin mandó estrangular cien prisioneros cristianos como ofrenda propiciatoria a los dioses infernales de sus antiguas creencias, e hizo donación de cien libras á los templos cristianos.

Hacia fines del siglo XV, aunque los francos no habían degenerado de sus antiguos jefes, los teutones en valor y temerario arrojo, renunciaron, sin embargo; á la pobreza voluntaria y depusieron su odio sistemático á la civilización romana. Agathias llama á los francos el más civilizado de los pueblos bárbaros. Gustaban de la ostentación, de costosos

vestidos, de las joyas y de armas adornadas de metales preciosos, y favorecían particularmente á los comerciantes de artículos de lujo. Los judíos, los sirios y los habitantes de la Galia meridional y de otros países, eran los que negociaban en tales artículos, pues Los francos no tomaban parte nunca en ningún género de comercio. Las ganancias que obtenían los comerciantes eran enormes, no obstante, los innumerables riesgos que dificultaban sus viajes por mar y por tierra en tiempos en que cada príncipe y cada noble era un jefe de bandidos ó de piratas.

Los francos diferían de los romanos solo por el idioma y el traje, y en cuanto á éste, era tal que en cualquier tiempo se le hubiera considerado rico, elegante y pintoresco. Sidonio Apolinario, poeta, cortesano, obispo y testigo ocular de lo que refiere, nos ofrece una curiosa descripción del brillante porte del joven jefe Segísmer cuando entró en Lyon para celebrar sus nupcias con la hija de uno de los jefes de los borgoñeses. El joven príncipe iba precedido y seguido de caballos en cuyas mantillas resplandecía la pedrería. «Su cabello era como el oro que brillaba en su vestido; hermoso como el color de las franjas de escarlata de su traje, era su rostro; su cutis rivalizaba en belleza con la seda, blanca como la leche, de que se componía su vestido. Iba á pie, rodeado del cuerpo de jefes de las tribus (*regulorum*) y seguido de otro de compañeros (*antrustiones*) de terrible aspecto, aun en tiempo de paz; calzaban botas de pieles, traían las piernas desnudas, y sus cortos y ajustados jaiques de seda verde ribeteados de púrpura escasamente les llegaban hasta las rodillas. Llevaban espadas pendientes de ricos cínturones, lanzas corvas, hachas de jayet y escudos de bronce pulimentado.»

Por la cita precedente se ve que los francos, si bien conservaron su antiguo traje, adoptaron algunas de las extravagantes modas

de los romanos, y que adornaban también con joyas los arneses y caparazones de sus caballos.

El año 584, Chilperico, rey de los francos, al dar su hija en matrimonio á Recaredo, príncipe de los godos españoles, la hizo entrega de tesoros inmensos, á los cuales su reina Fredegunda añadió aun con mayor liberalidad una prodigiosa cantidad de oro, plata, joyas y costosos trajes. Cincuenta carros se cargaron con los cofres que contenían el *trousseau*, la vajilla y ornamentos de la princesa Rigonthe. Habiéndose detenido el convoy á pernoctar á tres leguas de París, cincuenta hombres de su escolta se escaparon á los próximos dominios del rey Childeberto, llevándose cien caballos de los mejores con sus *riendas de oro*, y dos largas cadenas del mismo metal precioso.

La pasión de los francos por el lujo, nunca se manifestó tan vehemente como á principios del siglo VII, durante el reinado del rey Dagoberto, cuya corte rivalizaba en magnificencia con la pompa de los monarcas del Oriente. Las piedras preciosas brillaban en los cinturones de oro y bandas de las damas y empleados de la casa real; el monarca y sus cortesanos vestían ropas de rica seda de la China, que traían del Asia con riesgo de la vida los mercaderes de la Siria, y que les costaban á peso de oro. En las ocasiones solemnes, Dagoberto ocupaba un trono de oro macizo, labrado nada menos que por el gran Eloy, que si bien después llegó á ser obispo de Noyons y el santo más popular de la Galia, fue por mucho tiempo el director de la fabricación de la moneda y el artífice joyero más hábil de aquellos tiempos.

Durante el reinado de Dagoberto se empleó un número inmenso de piedras preciosas para decorar las urnas y relicarios de los santos, crucifijos, cruces, vasos sagrados y otros objetos que Eloy

ideó y ejecutó para el rey. Hasta el traje de este artesano obispo, era excesivamente rico y elegante durante la vida de su real patrono, á quien la tradición y la leyenda nos le ofrece íntimamente ligado antes de que abandonase toda externa superfluidad con las vanidades del mundo.

Los vestidos del favorito de Dagoberto estaban espesamente bordados de oro con pedrería; llevaba un cinturón de oro adornado de piedras preciosas ó perlas; sus túnicas eran de rico lino bordado de oro, y su jaique (*sagum*) estaba ribeteado también de oro.

El aturdimiento de los revolucionarios modernos, ha mezclado ó destruido todo resto de la habilidad artística de este patrón de los joyeros, y aunque ha transcurrido poco más de medio siglo desde que existían aún muchas interesantes muestras del severo y sencillo estilo de aquellos tiempos, y de la forma de los vasos sagrados y ornamentos clericales que pertenecieron á San Eloy, todo ha desaparecido al golpe bárbaro de los iconoclastas de nuestro siglo.

En los tiempos de Carlo Magno se fue aún más allá que en los de Dagoberto respecto á prodigalidad en favor de las iglesias, y los príncipes, los obispos y los señores rivalizaban en el valor y belleza de las joyas que en ofrenda presentaban. Aunque aquel gran monarca, durante su vida, se mostró siempre sencillo en su porte, salvo en las ocasiones solemnes, su sepulcro encerraba un tesoro en alhajas y vajilla de oro, de las cuales desgraciadamente apenas se conserva resto alguno. La canonización de Carlo Magno en 1166 sugirió á Federico Barbaroja la pretensión de apropiarse la silla de oro en que se sentó al nuevo santo, vestido con sus ropas imperiales, pendiente al lado su espada, rica en

pedrería, con su diadema, escudo de oro y cetro adornado de piedras preciosas.

De todo esto y otros muchos preciosos objetos solo se conservan la corona y el cetro; aquella se halla en el tesoro imperial de Viena, y éste en la antigua tesorería de la corona en Paris. Entre los ricos presentes que Haroun-al-Rashid envió al rey de los francos, había piedras preciosas de un valor inmenso.

La muerte de este grande hombre fué como la señal de las desgracias que llovieron sobre la tierra. A las divisiones intestinas se siguió la irrupción extranjera más terrible de cuantas se habían conocido. La de los normandos, que en su tercera invasión el año 845 pusieron sitio á la capital destruyendo el comercio y devastando los países comarcanos, fué prevista según se dice por el genio portentoso de Carlos, pero sus sucesores, débiles y divididos, fueron impotentes para resistir á aquellos piratas septentrionales. Abbon, contemporáneo de entonces, que compuso un poema en latin bárbaro sobre el asedio de París por los normandas, reprocha á los francos tres vicios, á los cuales atribuye las calamidades que afligieron á su país. Esos vicios eran el orgullo, la disolución y el lujo. En la descripción que nos da este escritor del traje de los francos, hallamos una nueva prueba de la pasión de aquel pueblo por las joyas en el siglo noveno. «Un broche de oro sujeta la parte superior de vuestros vestidos; para resguardar del frío vuestros cuerpos, os cubrís con púrpura de Tiro; vuestro manto es forzoso que sea una clámide recargada de oro; el cinturón que ciñe vuestros lomos está adornado de pedrería; hasta el calzado y el bastón los lleváis cubiertos de oro.»

Bajo el reinado de los sucesores de Carlo Magno, empezaron á condensarse las nubes de la ignorancia, y las artes que servían á la piedad y al lujo decayeron rápidamente. El Oeste retrocedía aprisa al estado salvaje de donde le sacara el genio civilizador del poderoso Karl. El amor de lo bello en la naturaleza y el arte, parecía haberse extinguido totalmente cediendo su lugar á pasiones brutales y vicios degradantes. Las piedras y los metales preciosos desaparecieron como si se hubiesen ocultado en los recónditos senos de la tierra que los criara, y solo volvemos á encontrarnos con ellos, cuando se esparció aquel terror sobre el próximo fin del mundo, pronosticado para el año 1.000, por cuya virtud renacieron la piedad y la liberalidad de los cristianos.

La creencia de que el día del Juicio precedido del Antecristo se hallaba próximo, llevó cuantiosas y ricas ofrendas a los templos, y convencidas las gentes de que al cerrar del siglo todos los bienes de este mundo les habían de ser inútiles, cedían y entregaban todas sus propiedades á los templos y monasterios.

El miedo, venciendo la avaricia, renunciaba, no solo al oro y á toda clase de alhajas, sino que se desprendía también de castillos y vastos dominios. Al surgir de los primeros años del siglo XI se desvaneció aquella preocupación; pero las donaciones quedaron permanentes. La rapacidad y la avaricia restablecieron muy luego su imperio, y llevado de ellas Felipe I en los principios de su reinado por sugestion del preboste Etienne, se dispuso á apoderarse violentamente de los tesoros de la iglesia de San Germain-des-Prés. El oro, la plata y la pedrería de las urnas, crucifijos y vasos iban á ser ya botín de aquel príncipe y sus infernales consejeros, cuando se interpuso la voluntad divina de un modo tan manifiesto, que impidió se consumase aquel sacrilegio.

El audaz preboste que codiciaba poseer especialmente aquella riquísima cruz, espolio de España, que se llevó Chilperico, cegó en el acto mismo de extender el brazo para apoderarse de ella.

Aterrado el rey por este milagro huyó del templo, desistiendo para siempre de su proyecto impío.

CAPITULO V.

Siglos XII, XIII, XIV y XV.

(1100 a 1500.)

El renacimiento de las joyas y del arte de la joyería y platería data del siglo XII, en el que le dispensó gran protección Suger, abad de San Dénis y ministro de Luís VI. Aquel inteligente eclesiástico patrocinó liberalmente este arte, en el que á su vez era él un obrero inteligente. Las magníficas piezas de vajilla regaladas á la abadía é iglesia de San Dénis por Suger y el rey, eran esmaltadas y adornadas de piedras preciosas. Se exigía entonces que las ofrendas fuesen tan recargadas de pedrería, que muchas veces no había posibilidad de realizar el diseño de los dibujantes. Entre las dádivas más costosas que mandó fabricar aquel ministro, se cuenta una pantalla y crucifijo para un altar. Se ocuparon en el crucifijo seis ó siete oficiales alternativamente por espacio de dos años, y estuvo expuesto á quedar sin terminarse por falta de pedrería, cuando dos monges se presentaron ofreciendo en venta una gran cantidad de ella que había servido de adorno en los vasos y copas de Enrique I, rey de Inglaterra, y que fueron regaladas á varios conventos por Thibalt, conde de Champaña.

Por la insignificante suma de 400 libras esterlinas, Suger obtuvo una cantidad de piedras de un valor inmenso.

El crucifijo en que se empleó aquella pedrería se supone que fué fundido por los de la Liga el año 1590. El santuario y tesorería de San Dénis contenía anteriormente una gran riqueza en alhajas sagradas, entre las cuales se hallaban las siguientes muestras del arte de tiempos aún mas antiguos: el servicio del altar y otros apócrifos artículos que se suponía haber usado el santo patrón, tales como el anillo y el báculo pastoral cubierto de oro esmaltado y pedrería: el cetro de Dagoberto; el águila de oro adornada de zafiros y otras piedras preciosas que le servía de broche para el manto; las dádivas de Carlo Magno, á saber: su oratorio, que era un pequeño monumento con tres órdenes de arcos incrustados de oro y pedrería, y rematados por un antiguo camafeo; su corona (de autenticidad dudosa) enriquecida con záfiro, rubíes y esmeraldas; el cetro de oro de seis pies de largo; la espada, cuya guarnición y funda estaban tachonados de pedrería; sus espuelas de oro, etc., etc. Había también numerosas urnas, cruces y cálices de oro, esmaltados y con pedrería, debidos á la munificencia de Carlos el Temerario, y el ágata oriental, llamada copa de Tolomeo: este famoso antiguo camafeo, con su montura, que data del siglo IX, se ha conservado hasta nuestros días.

Luis VII, siguiendo el ejemplo de su predecesor y el consejo de Suger, igualó su liberalidad, y enriqueció el tesoro de San Dénis con vasos y urnas adornados de antiguas piedras ricamente engastadas por los joyeros de su época. Muchas de las dádivas de este rey existen todavía, aunque los ejemplares de bisutería y joyería del siglo XII, son mucho más raros en Francia que en

Alemania e Italia, donde el buen gusto y la piedad los respetaron á través de las revoluciones políticas.

Según nos cuenta un escritor moderno, existe todavía en Inglaterra un resto precioso de la joyería del siglo XII, que es nada menos que la curiosa copa de dar gracias de Thomas a Becket. La copa es de marfil montada en plata, tachonada en la base y en la parte superior de perlas y piedras preciosas. Una inscripción alrededor de la copa, dice: "*Vinum tuum bibe cum gaudio*», bebe tu vino alégremente; pero alrededor de la tapa se lee también en letras grabadas profundamente esta amonestación: "*Sobriiestote*» con las iniciales T. B. entrelazadas con la mitra, cuya forma rebajada atestigua peculiarmente la antigüedad de todo el objeto (1)⁵.»

La pedrería se empleaba con igual profusión en las alhajas profanas que en las sagradas; lo mismo se enriquecían de piedras preciosas los vasos sagrados, que el servicio de mesa de los potentados y las alhajas de sus atavíos personales. Para dar una idea de la profusión de joyas que requería el casamiento de una persona real en el siglo XIII, reseñaremos los regalos que Enrique III hizo a su nueva esposa, Leonor de la Provenza, que le costaron 150.000 duros, suma enorme en aquellos tiempos: «Leonor tenía nada menos que nueve guirnaldas de oro afilegranado y racimos de piedras preciosas de varios colores. Para las solemnidades públicas, una corona deslumbrante de pedrería, de valor de 7.500 duros en aquella época. Sus cinturones valían 5.000 marcos, y el presente que le hizo su hermana, reina Margarita, de Francia, para el día de su coronación, era un gran pavo real de plata, cuya cola estaba formada de záfiro, perlas y otras piedras preciosas engastadas en plata. Esta elegante pieza de joyería servía de

⁵ Miss Strickland.

depósito de aguas de olor, que saliendo por el pico le derramaban en una fuente de plata labrada (1)⁶. Hé ahí otro ejemplar que demuestra la habilidad de los plateros franceses de aquella época.

No satisfecho aun con aquellas nueve guirnaldas, el opulento monarca añadió muchas mas joyas al ajuar de su reina, y le costaron ciento cuarenta y cinco libras esterlinas y cuatro chelines «diez ricas guirnaldas de esmeraldas, perlas, zafiros y granates» (2)⁷. En el inventario de los efectos de Leonor, se cuenta una corona real adornada de rubíes, esmeraldas y grandes perlas; otra con perlas de la India; y otra corona grande de oro adornada con esmeraldas, zafiros del Oriente, rubíes y grandes perlas orientales (3)⁸.

Todas las cortes de Europa durante los siglos XIV, XV y XVI, llevaron su pasión por la joyería hasta la más desatenta la exageración. A pesar de sus dificultades personales, sus ruinosas guerras y el apuro de sus tesoros, y de que muchas veces se veían obligados á empeñar lo que habían comprado el día anterior, los soberanos, príncipes y nobles, hallaban siempre, según parece, los medios necesarios para satisfacer aquel ruinoso capricho. El vestido de los nobles en la Edad Media, estaba literalmente cubierto de oro y piedras preciosas. En la derrota de Poitiers, el inmenso botín en dinero, rica vajilla de oro y plata, joyas de gran valor, cinturones tachonados de pedrería y cofres llenos de costosos atavíos, sedujeron de tal modo á los ingleses y gascones, que por méritos de ello trataran a sus prisioneros con la mayor benevolencia, y por ser estos en tan gran número que no sabían

⁶ (1) Miss Strickland.

⁷ (2) Idem

⁸ (3) Idem.

qué hacer de ellos, les permitieron volver á sus casas á reunir el precio de sus rescates, que bajo su palabra se comprometieron á pagar en Burdeos el día de Navidad. ¡Tal era la seguridad que ofrecía el simple empeño de la palabra en aquellos tiempos!

Pero aquellos señores y caballeros, cuyo valor apreciaron y respetaron sus enemigos, hallaron en su país la acogida más bochornosa que podía esperarse. Eran tan generales las rechiflas é insultos que les dirigieron sus compatriotas, que apenas se atrevían á presentarse en las ciudades. Hasta los labradores competían con los habitantes de las ciudades en la insolencia de sus reproches. «Bien venidos seáis, hermanos,» les decían, «que á vosotros mejor os sientan las perlas y piedras preciosas, el oro labrado y las plumas de avestruz que la lanza y la espada. ¡En tales baratijas supisteis consumir el dinero que levantamos para la guerra, para ir después á ponerlas en manos de los ingleses!»

Los franceses, sin embargo, recobraron sus pérdidas en el reinado siguiente, a juzgar por el valor de las joyas y tesoros de Carlos V, de que se apoderó el duque de Anjou á la muerte de aquél, y que se dijo ascendían á la enorme suma de diez y nueve millones de libras esterlinas.

En el siglo XIV, las figuras heráldicas y emblemáticas de piedras de colores y esmaltes estaban tan en boga de tal manera, que aun las señoras no podían prescindir de llevarlas en sus vestidos. Los ornamentos pontificales de los sacerdotes estaban cuajados de pedrería. Isabel de Francia, consorte del rey Eduardo II, envió al Papa Juan varias capas pluviales bordadas de perlas de gran tamaño. Este género de trabajo se llamaba «bordado de piedra» y eran en él muy aventajados los operarios franceses. Los trajes que se hicieron al duque de Borgoña, Felipe el Valiente, para su

entrevista en Amiens con el duque de Lancaster en 1391, dan una idea del uso que se hacía de las joyas en los bordados, así como de la magnificencia de sus dueños.

El uno era un sobretodo de terciopelo negro; en la manga izquierda, que según la moda colgaba de todo el largo del traje, se veía bordada una gran rama de rosal con veinte rosas formadas de zafiros, rodeadas de perlas, unas, y otras de rubíes, y los capullos representados por perlas. El cuello estaba bordado por el mismo estilo. Los ojales del vestido en honor de la antigua orden de la gineta instituida por los reyes de Francia, estaban guarnecidos por una guirnalda que representaba una jaca española, con los cascos de perlas y zafiros. En el cuerpo del vestido se veían bordadas las iniciales del duque. P. Y.

El otro vestido era de terciopelo carmesí, y a cada lado de él, bordado de plata, se veía un oso, cuya boca, collar y cadena eran de rubíes y záfiro. Recorría todo el borde un rameado bordado con la divisa del rey, el sol de oro, y las iniciales del duque. Con esta ropa el duque llevaba un brazalete de oro montado de rubíes con un broche y cadena de lo mismo. Aquellos vestidos contenían un peso en oro de treinta y un marcos, y su hechura sola costó 14.885 duros.

Cuando el elegante y desgraciado Ricardo II se disponía a casarse con la joven Isabel de Valois, se hicieron grandes preparativos para las bodas en Francia y en Inglaterra: todos los plateros y bordadores se ocuparon en aquel trabajo, sus tiendas se llenaron de oro, plata, perlas, diamantes y telas preciosas. El ajuar de la princesa de Francia no tenía rival en ninguno de los conocidos hasta entonces. Entre sus trajes había «un vestido y un manto que no tenían iguales en Inglaterra; era de terciopelo con pájaros de

oro perchados en ramas de perlas y esmeraldas.» Poseía coronas, anillos, collares y broches por valor de 500.000 coronas. El novio no estaba menos ricamente abastecido: poseía una casaca estimada en 30.000 marcos.

El inventario de los efectos del duque de Orleans causa verdadera admiración por la inmensa suma reunida en aquellos agitados tiempos para adquirir tantas joyas como allí se enumeran, y tan ricas, que todas ellas eran verdaderas obras maestras del arte. La liberalidad de aquel semi-monarca escedió algunas veces á los grandes recursos de que disponía, y con frecuencia se le veía tomar prestado sobre su vajilla de oro para comprar nuevas preseas.

El día de año nuevo el duque Valentino de Milán y su señora con liberalidad exagerada distribuían regalos de un valor considerable, como collares, gargantillas, relicarios, rosarios, sortijas, cinturones, pendientes con piedras finas; y las iglesias y los santos acudían á participar de aquellas dádivas. En 1392 el duque colocó en la urna de Monseigneur S. Denis un broche de oro guarnecido con tres zafiros, tres grandes perlas y un rubí en el centro. El duque solo compraba para regalar. La partida, la vuelta, la boda, el bautizo, cualquier acontecimiento en relación con las personas que le rodeaban, era motivo bastante para el regalo de una joya. Hacia presentes al mismo rey, á la reina, al delfin y á las infantas. No se consagraba un obispo sin que el duque le obsequiase con alguna pieza de vajilla de plata; mientras que los regalos á sus parientes de la familia real consistían siempre en joyas. En 1395 envió al Papa «una alhaja de oro representando la cabeza de Santa Catalina, sostenida por dos ángeles de oro» y adornada con rubíes, zafiros y grandes perlas.

El catálogo del servicio y adornos de mesa de oro y plata esmaltados y adornados de pedrería de aquel príncipe, muestra la excelencia de los artistas de aquel tiempo, y la prodigalidad con que los protegía.

Es verdaderamente lamentable que hayan llegado hasta nosotros tan pocas de aquellas joyas, cuyo trabajo era tan delicado, raro y curioso. Esto se explica bien respecto de las que pertenecieron al duque de Orleans, cuya mayor parte, fabricadas á todo coste por los mejores joyeros de aquella época, se vendieron al peso después de su muerte á los cambiantes lombardos, quienes fundieron el oro y se lo llevaron con la pedrería fuera del reino.

Pero para encontrarnos con el lujo y esplendor de la Edad Media en toda su ostentación, debemos volvernos á la poderosa casa de Borgoña desde Felipe el Valiente á Carlos el Temerario. Aquellos grandes duques, que tributaron á la belleza del arte una especie de adoración, cuya brillante corte sobrepujó á la de sus soberanos los reyes de Francia, y oscureció la ruda grandeza de los emperadores alemanes, poseían magníficas colecciones de joyas así como de vajillas de oro y plata de un trabajo exquisito. Felipe el Valiente y Juan Sin Miedo gastaron mucho en tales objetos, y Felipe el Bueno y Carlos el Temerario hicieron puntillo de honor al gastar diez veces más en lo mismo.

Se duda sí ningún otro soberano de Europa pudo hacer adquisiciones tan numerosas y de tanto costo como las que absorbieron las rentas de la casa de Borgoña: compras, por lo demás, hechas con el mayor tino é inteligencia que pudieran desearse. No solo sus propios joyeros, sino los de Florencia, Luca, Génova y Venecia, y también los cambiantes de moneda, que hacian el oficio de prestamistas y logreros, les llevaban

continuamente maravillas en objetos de joyería y obras de lujo. Las coronas de Francia, Austria y Toscana, entre sus más preciadas joyas, poseen algunas originarias de los últimos de aquellos señores, sin que hayan perdido nada de su primitiva fama, á pesar de su remota procedencia.

Aunque el arte de cortar y pulir el diamante se ha atribuido erróneamente á Roberto de Berquen, que floreció en el reinado del último duque Carlos el Temerario, los diamantes se tuvieron en tal estimación durante los reinados de su padre, abuelo y antecesores, que no podemos menos de convencernos que debió ser conocido anteriormente, y que de Berquen probablemente no hizo más que perfeccionarlo. Los diamantes eran las primeras joyas en las fiestas y solemnidades, en cuyas descripciones se los cita á cada paso, ya se tratase de un triunfo ó de una derrota, de una boda ó de una defunción.

Cuando el hijo de Felipe el Valiente se casó en Cambray con la princesa de Babiera, en 1395, el duque distribuyó magníficos diamantes á las señoras que concurrieron a la ceremonia. Sus regalos se calcularon en 77.800 francos. Las señoras estaban vestidas de telas tejidas de oro y plata, traídas de Chipre y Lombardía. En el torneo que siguió al gran banquete, y en que corrieron los altos capitanes de la corte, montados en sus *chevaux de parade*, la duquesa de Borgoña entregó al vencedor el broche ó *fermail* de diamantes que llevaba al pecho.

El duque, que el año siguiente terminó las negociaciones del matrimonio entre Ricardo II y la primera Isabel de Valois, cuando tuvo la entrevista en Calais con el monarca inglés cambió con él un presente ó regalo. El de Ricardo era un fino diamante, y Felipe, á quien jamás aventajó nadie en liberalidad, le ofreció

dos piezas de vajilla de oro representando la Pasión y el Salvador en el sepulcro, y también una pieza de damasco ricamente bordada de oro.

En la mañana del 27 de Octubre del mismo año, los duques de Lancaster y Gloster y el conde de Rutland fueron á ponerse á las órdenes del rey de Francia para las ceremonias que debían tener lugar y trajes que habían de vestir ambos reyes en la entrevista convenida. Carlos les recibió benévola y les regaló á cada uno un buen diamante. Los duques de Berry, Borgoña y Borbon. se presentaron á Ricardo a su vez con análogo objeto, pero éste les replicó que la paz y la amistad no se probaban con el lujo de los ropajes, y que él por su parte no necesitaba de grandes ceremonias para una entrevista totalmente amigable y cordial.

Cuando el duque de Borgoña, regente durante la locura del rey, se encargó de impedir que la viuda de Juan, duque de Bretaña, se llevase sus hijos á Inglaterra, ejerció su munificencia con un propósito altamente laudable. Las generosidades del duque tuvieron más fuerza que las armas, para oponerse á las artes del príncipe inglés, que sí consiguió á la viuda por esposa, no pudo obtener la posesión del ducado con el joven heredero hijo de aquella. La victoria debió costarle al Regente una suma importante, puesto que los regalos, según costumbre, consistían en ricas alhajas.

A la conclusión del banquete que le dio la duquesa en Nantes, á donde le llevó su diplomática empresa, el duque Felipe la hizo el presente de una rica corona de *crystal* y otra de oro, adornada con perlas y piedras preciosas. Dio además al joven duque un broche de oro con perlas y rubíes, un precioso diamante, y una porción de vajilla de plata. A cada uno de los hermanos del duque,

Arturo, conde Richmond, y Julio, conde de Bretaña, les regaló un collar de oro con perlas y rubíes. La condesa de Rohan, tía de la duquesa, aceptó un diamante muy bueno de mano del galante negociador, y un rico broche cada una de las señoras que se hallaban presentes. Los señores que se hallaban de corte y los empleados de la casa de la duquesa, participaron también ampliamente de aquella regia distribución. El resultado, pues, no podía ser dudoso. El duque se granjeó así la confianza que deseaba, y se le nombró tutor de los niños y curador de su herencia. En un convite que dio al rey y á la corte en el Louvre en 1403, distribuyó regalos á sus huéspedes, y entre ellos se contaron once diamantes evaluados en 785 coronas.

En el casamiento de su segundo hijo, á todos los señores de los Países-Bajos que se hallaban presentes, les regaló piezas de terciopelo verde y raso blanco, y joyas por valor de 10.000 coronas.

Dos años después de su visita á Bretaña, este grande y poderoso fundador de la casa de Borgoña, cuyas inmensas rentas lo hacían uno de los príncipes más ricos de Europa, murió en la bancarrota: todo su almacén de ricas ropas y su colección de magníficas joyas, no hubieran sido suficientes para pagar sus deudas, á menos de no deshacerse de una parte de sus territorios; y á fin de mantener indivisa la grandiosa herencia de sus hijos, la empedernida duquesa afrontó el acto vergonzoso de declarar en quiebra á su marido.

A la entrada de Luis XI en París, en su advenimiento el año 1406, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, como era costumbre en los de su casa, superó la magnificencia de todos los demás nobles. La silla y frontal de su caballo estaban guarnecidas de diamantes,

así como su vestido, en el que resplandecían con profusión. La escarcela que pendía de su cinturón, fué objeto de admiración general, pues estaba totalmente cuajada de pedrería. Las joyas que llevaba estaban tasadas en 1.000.000 de francos.

En el grupo de príncipes y señores que asistieron á la inauguración del nuevo reinado, el duque Felipe era el que más sobresalía por su numerosa servidumbre. Cuando visitaba las iglesias, llevaba un séquito que no bajaba de cien caballeros, de los cuales no pocos eran príncipes y señores. Sus arqueros llevaban un suntuoso equipo. Mudaba de joyas diariamente; el cinturón que llevaba era á veces de diamantes, y de piedras preciosas su rosario, y no era raro verle salir con la gorra totalmente cubierta de pedrería. Los parisienses, que ya se habían hecho indiferentes á fuerza de ver tantos príncipes, corrían en tropel por las calles por ver al duque de Borgoña.

Felipe el Bueno, nieto del insolvente Felipe el Valiente, era cuando murió en 1467 el príncipe más rico de su tiempo, a pesar de haber superado en liberalidad á todos sus predecesores. Dejó 400.000 *corona*» en oro, 7.200 marcos en plata, y un valor inmenso en ricas cabalgaduras, joyas, vajilla de oro adornada de piedras preciosas, y además una buena librería. Solo en ajuar fué evaluado en 2.000.000 en oro. Ningún soberano de Europa tuvo más poder que este «Gran duque del Oeste» bajo el cual se unieron todas las provincias de los Países Bajos, desde Ems al Somme, unión que dio un nuevo impulso a la industria, al comercio y las bellas artes, ya florecientes en aquellos países.

Las artes de lujo durante el último reinado, llegaron á un extraordinario grado de perfección. La magnificencia de los trajes, armas, joyas y arreos, no tuvo rival en los tiempos

pasados, y pudiéramos casi añadir que ni en los posteriores. En siglo XVI, llamado del hierro a causa de la belleza y perfección de las armaduras y otros objetos de acero, con igual razón pudiera denominarse el siglo del oro y de las joyas.

El arte de la joyería, postergado en Francia por la indiferencia, así como por las leyes suntuarias de Luis XI, se desarrolló en los Estados de Borgoña y Flandes hasta un grado de perfección y elegancia sorprendentes. Terciopelos, rasos, tejidos de oro y de plata, toda tela ó ropa por costosa que fuese, se enriquecían aún más y más por la adición del oro y la pedrería. Los joyeros anteriores a Benvenuto Cellini hicieron maravillas en el arte, de tal manera, que eran muchos los casos en que el valor de la mano de obra de los objetos, excedía al del oro y piedras preciosas que contenían, á pesar de la profusión con que se las empleaba.

Carlos, llamado el Valiente por los escritores ingleses, y con más propiedad el Temerario por los franceses, eclipsó con su pompa y lujo a todos los príncipes de su casta, como quien debía hundirse con la riqueza, esplendor y poder de la casa de Borgoña. La magnificencia de los vasos y demás objetos sagrados de la capilla que se le preparó en Aix-la-Chapelle el año 1473, causó un verdadero asombro en los sencillos alemanes. Cuatro mesas cubiertas con tapetes tejidos de oro, ostentaban una riqueza inmensa: entre otros objetos descollaban los doce apóstoles de plata sobredorada; diez figuras de santos de oro macizo; un número considerable de grandes crucifijos de oro y plata del más exquisito trabajo, y ricos en diamantes; cuatro candelabros de plata maciza, y dos de oro macizo; una urna de oro y diamantes que contenía las reliquias de San Pedro y San Pablo, y un tabernáculo todo de oro. El más precioso entre todos aquellos hermosos y raros objetos, era un lirio de diamantes con

un clavo y un pedacito de madera de la verdadera cruz, en el cual se veía montado un diamante “de dos dedos de largo.»

En la entrevista que tuvieron en Treves el duque de Borgoña y el emperador algunos días después, se presentó aquel con una completa y preciosa armadura, sobre la que ostentaba un manto alhajado con oro y diamantes por valor de 200.000 ducados. El emperador vestía un traje largo de tejido de oro bordado de oro.

El duque se presentaba con igual porte donde quiera que hiciese su entrada oficial. En la de Dijon, aquel mismo año apareció deslumbrante por la profusión de perlas y diamantes, y en su entrada triunfal en Nancy, el año 1471, la corona ducal que llevaba sobre el gorro carmesí que cubría su cabeza, era tan rica en diamantes y perlas, «que ella sola valia bien todo un condado.»

Cuando la derrota que sufrió este temerario príncipe en Granson, en 1174, sus rudos é ignorantes vencedores tomaron por peltre su magnífica vajilla de plata, y el oro por metal dorado, y todo lo vendieron á vil precio. Las magníficas colgaduras de seda y terciopelo, bordadas de perlas; las sogas de oro que sostenían la tienda de campaña del duque, la ropa de oro adamascado, el encaje de Flandes, las alfombras y colgaduras de la famosa fábrica de Arras, de las que se encontraron en los cofres en cantidad inmensa, todas fueron cortadas y vendidas al menudeo.

La tienda del duque estaba rodeada de otras quinientas, en las que se alojaban los señores de su corte y los empleados y dependientes de su casa, y se distinguía al exterior por el escudo adornado de perlas y pedrería: en el interior estaba colgada de terciopelo carmesí, bordado de follaje de oro y perlas, y los

cristales de las aberturas, que se le hicieron á manera de ventanas, estaban encajados en bastidores de oro.

La silla en que se sentaba para recibir embajadas y dar audiencia, era de oro macizo. Su colección de armaduras, espadas, dagas y lanzas, con incrustaciones de marfil, era de un portentoso trabajo, con los puños y guarniciones tachonadas de rubíes, záfiro y esmeraldas. Su sello de dos marcos de oro de peso, sus pinturas en tabla guarnecidas de terciopelo, entre las que se hallaban su retrato y el de su padre, su insignia y collar del Toisón, y un infinito número de preciosas alhajas todas fueron saqueadas, dispersas y destruidas.

La tienda que servía de oratorio era de una riqueza inmensa, de la cual varios de los objetos que contenía causaron la admiración de los habitantes de Aix-la-Chapelle dos años antes, como ya de ello hemos hecho mención. El tesoro del duque cayó también en poder de los confederados suizos, y era tan inmenso que por ahorrar tiempo, en vez de pesar el dinero se distribuyó a sombreradas. De la historia de los tres famosos diamantes, y de otras de las principales joyas de la corona de Borgoña perdidas en aquel terrible día, nos ocuparemos en otro lugar.

Los españoles é italianos de los siglos XIV y XV ostentaban en su porte el lujo más desmedido. Tejidos de seda, y de oro y plata cargados de bordados y pedrería, eran las ropas de que se componían sus trajes, según se ve por los retratos de aquella época. El traje de una joven duquesa italiana de aquellos tiempos, era rico sobre toda ponderación.

Según las pinturas que hemos visto de la reina de Chipre, rodeada de sus nobles damas venecianas, el cuerpo de los trajes

de las señoras estaba adornado de pedrería con una profusión, que sin embargo no perjudicaba á la elegancia del conjunto.

El aderezo de Beatriz de Este era en extremo rico y elegante. Consistía en un grupo de perlas, y un adorno compuesto de piedras preciosas y caídas de perlas de gran tamaño, colocado cerca de la oreja. Llevaba además una sarta de grandes perlas que después de rodearla la garganta bajaba á posarse sobre su seno. Leonor, infanta de Portugal, y Federico, duque de Urbino, se cubrían materialmente de alhajas.

Entre los príncipes italianos más distinguidos por su importancia, magnificencia y buen gusto por las artes de lujo, se cuenta a Martin II, señor de Verona, Brescia, Parma y Lucca, que murió el año 1351. Sus vestiduras y armadura fueron las más ricas de aquel siglo. La casa de Visconti fué también famosa por su lujo. En la coronación de Galeas Visconti, la corona ducal de perlas y pedrería que le colocó en la cabeza el plenipotenciario imperial, estaba tasada en 200.000 florines, o sean 1.666.600 reales.

El vestuario de un noble milanés consistía en un gorro de terciopelo negro rodeado de una corona de perlas; un traje de brocado de oro ribeteado de terciopelo carmesí bordado de perlas, y lo completaban un rico collar de perlas con un broche de pedrería y espada con empuñadura de oro de martillo, según la exacta representación de una pintura de Bartolomé Montagna, del año 1498.

El lujo de los españoles marchó al nivel de los príncipes de Francia é Italia, mientras que en prodigalidad superaron a todos, excepto los príncipes de la casa de Borgoña. España fué la

primera en introducir la costumbre oriental de regalar alhajas á los convidados en los banquetes. Entre los innumerables ejemplos de esta regia munificencia, citaremos solo el del conde de Haro, que, en 1410, habiendo tenido el honor de hospedar en sus dominios á la reina de Navarra y su hija, preparó festejos, cuya descripción parece tomada de algún cuento de hadas. Al final de una de las fiestas, el noble huésped se arrodilló á los pies de la princesa, y ofreciéndola una joya de gran valor, la dio gracias por la señalada honra que á su casa había dispensado. La misma ceremonia se repitió con la reina, y á todas las señoras presentes se les hizo también el regalo de una alhaja, que no era nada menos que un anillo con un diamante, esmeralda ó rubí. A todos los caballeros del cortejo real se les hizo el presente de una mula, ó una pieza de rica seda, ó de brocado ó de una piedra preciosa.

Cuando los reyes de España y Francia se reunieron a conferenciar en las márgenes del Vidasoa el año 1614, ellos y su séquito respectivamente ofrecieron el contraste más singular.

El avariento y astuto Luis XI, descuidada y rústicamente vestido como acostumbraba, iba seguido de sus cortesanos mal ataviados por servil imitación de su príncipe; mientras que Enrique IV, en el rico y agraciado porte español de aquélla época, prendido de joyas, se presentó escoltado por su guardia morisca lujosamente equipada y con un séquito de nobles suntuosamente vestidos. D. Beltran de la Cueva, favorito del monarca castellano, se distinguió por el esplendor de su ropa sembrada de alhajas y sus botas bordadas de perlas. Su falúa estaba tapizada con tisú de oro, y las velas eran de tela de brocado.

A fines del siglo XV y principio del XVI, el comercio de piedras preciosas de toda Europa se reunió en las manos de los Fuggers y Obwexers, ricos comerciantes de Augsburgo.

CAPÍTULO VI.

Siglo XVI.

(1500 a 1560.)

Luis XI, que mostraba en su propio atavío personal la más sórdida avaricia, que se hacia servir la comida en vajilla de peltre, cuyos despilfarros en punto a joyas consistían en las pequeñas *enseignes* ó imágenes de santos de plomo con que las más veces adornaba su mugriento sombrero, no era de esperar que dispensase ningún género de protección al arte de la joyería, si bien estimulado por el miedo ó la codicia, no dejaba de llevar algunas ricas ofrendas á los templos para hacerse al cielo propicio.

Después del breve reinado de Carlos VIII, que puede decirse no comenzó hasta el año 1491, y terminó en 1496, el de Luis XII es el que debe ocuparnos. La corte de este monarca superó a las de sus predecesores, no solo en magnificencia, sino en buen gusto y elegancia. La aurora de aquel sol que había de glorificar el reinado de Francisco I, se apresuró por la discreta protección que las artes recibieron del cardenal d'Amboise. La liberalidad de este ministro, al paso que nutria al naciente genio y le impulsaba á un poderoso desarrollo ulterior, introdujo una nueva faz en el arte de la joyería y la platería. No podía darse perito más inteligente para apreciar el gusto italiano, como de ello se acreditó por los objetos que importó de Milán y Genova, y por

los artistas que atrajo á Francia, con cuyos elementos se introdujo en ésta el arte italiano que sobrevivió á Luís XII, y fijó el estilo de la época de su sucesor.

El número y valor de las joyas y vajillas que reunió el cardenal, eran tan considerables, qué á uno solo de sus sobrinos le dejó en su testamento una pieza de vajilla tasada en 200.000 coronas, toda su vajilla de plata sobredorada, y una parte de la de plata por valor de 5.000 marcos, quedando aparte la herencia pontifical, que se dejó intacta y se estimaba en 2.000.000, y el mobiliario de su castillo de Gaillon, que mandó para otro sobrino suyo.

Los retratos que se conservan de Francisco I y de los personajes de ambos sexos de la corte, muestran satisfactoriamente el buen gusto de aquella época. Señoras y caballeros ostentaban cinturones, bandas, cofias, cadenas de oro, collares y anillos cargados de pedrería. Con razón exclamaba uno de sus contemporáneos: «Esta gente se echa encima sus tierras y molinos.»

Los preciosos ornamentos de los reinados de Francisco I y sus inmediatos sucesores, eran tan ricos por el gran trabajo artístico, como por la pedrería de que estaban compuestos, y esto no tiene nada de sorprendente cuando sabemos que artistas como Leonardo de Vinci, Rosso, Nicolás Primaticio y sus discípulos, no se desdeñaban de diseñar los modelos de tan soberbias alhajas. En el inventario de las de Enrique II, hecho en 1.560, entre los anillos, pendientes, brazaletes y medallones, se hace mencion de muchos que fueron trabajados por Benvenuto Celliní. Desgraciadamente hace mucho tiempo que todos ellos han desaparecido. Aquel artista sobresalía en los medallones,

llamados retratos ó *enseignes*, de oro, que los hombres llevaban de adorno en sus sombreros y las señoras en la cabeza.

Ya en 1538, Benedicto Ramel (Ramelli) había hecho un retrato del rey, según aquella moda, que costó 300 libras tornesas. En el reinado de Enrique II estos medallones, tal como se los describe en el inventario, eran portentos del arte de la joyería, en los que se veían combinados de la manera más delicada é ingeniosa el oro, el esmalte, la plata y la pedrería de todas clases. El siguiente extracto del inventario, dará una idea de lo que eran esta clase de joyas: «Un medallón de oro representando varias figuras, guarnecido de diamantes rosa; otro también de oro, fondo de lápiz-lázuli, figura de Lucrecia; otro medallón con marco de oro, con la figura de Céres en una ágata, el cuerpo de plata, el ropaje de oro; otro medallón con un David y un Goliat, la cabeza, brazos y piernas de ágata.»

Brantome da una descripción de los trajes de las señoras, representando ninfas y diosas en un espectáculo con que la reina de Hungría divirtió á sus regios parientes el emperador Carlos V, su hijo el rey de España, y la reina Leonor. Las seis oreades llevaban cada una un diamante medía luna en la frente. Palas y sus ninfas iban vestidas de plata tachonada de perlas. Pomona, representada por una niña de nueve años, hija de una de las señoras de la corte de Leonor, llevaba en la cabeza un adorno de esmeraldas, en representación del fruto á que se supone preside aquella diosa. Al emperador y su hijo presentó palmas de esmalte verde cargadas de grandes perlas y piedras preciosas, y lo que aquella diminuta diosa ofreció á la reina Leonor fué un abanico en cuyo centro se hallaba un espejo guarnecido de pedrería de una riqueza excesiva.

En un espectáculo semejante á éste, con que en Lyon se festejó á Enrique II, Diana y sus ninfas llevaban botas de raso carmesí, ricas sartas de perlas entrelazadas con sus cabellos, á cuyo adorno contribuían además gran número de piedras preciosas de gran valor. En la frente ostentaban una media luna de plata salpicada de pequeños brillantes.

En el reinado de Francisco I se introdujo la moda de las alhajas alegóricas ó embleáticas, y se generalizó de tal manera, que no se hacía ningún aderezo ó adorno personal que no fuese con el designio de expresar el estado del ánimo de su dueño, del donador ó del receptor. A veces aquellos sublimados conceptos ornamentales eran tan trabajosos y traídos por los cabellos, que se convertían en verdaderos enigmas indescifrables de la pasión ó sentimiento que con ellos se pretendía expresar. Los más distinguidos personajes de la corte ejercitaban su ingenio en aquellas invenciones. La relación que hace Brantôme de un acto de lesa galantería de parte del tan acreditado en ella, Francisco I, muestra la importancia que se daba á aquellas imaginarias alusiones. La señorita de Helly, después duquesa de Estampes, que había logrado suplantar a la condesa de Chateaubriand en las afecciones de Francisco I, excitó á su regio admirador á reclamar de la duquesa las ricas joyas con que la había obsequiado, llevada, más que de su valor intrínseco, de la importancia de los preciosos conceptos que contenían, ya grabados ó simbolizados, los cuales habían sido compuestos por la hermana del rey, Margarita de Navarra, que era gran maestra en el arte.

El rey, deseoso de complacer á su seductora sin reparar en la vileza de la pretensión, envió una persona de su casa á pedir las joyas a la condesa, quien fingiéndose enferma, citó al mensajero

para entregárselas dentro de tres días. En este intervalo, aquella airada señora, mandó fundir todas aquellas memorias de su amante, haciendo desaparecer sin piedad *los sutiles é ingeniosos conceptos* que encerraban en su composición, y cuando el comisionado volvió, le presentó varias masas de oro informes, diciéndole: «Llevad esto al rey, y decidle que le devuelvo la materia de lo que tan liberalmente me había dado, pero que en cuanto á la forma y á los conceptos que aquellos presentes encerraban, se imprimieron tan profundamente en mi corazón y me eran tan caros, que me sería imposible consentir que nadie los poseyese ni se lisonjeara con ellos un solo instante.» Enterado el rey de la contestación, mandó devolver los restos de las alhajas, diciéndola que no le había movido á pedirles su valor material, pues este tenía pensado compensárselo con exceso, sino el mérito de la composición de conceptos que encerraban, y por lo tanto que habiendo sido estos destruidos, ya no tenían para él ningún valor, añadiendo «que se había conducido con una osadía y un despecho, de que no hubiera creído capaz a una dama.»

Los *Comptes Royaux* son un testimonio del buen gusto de Francisco en punto á joyería. Entre un gran número de compras hechas por él, figuran un cinturón de oro guarnecido de pedrería, una guarnición de rubíes y diamantes, y un collar de diamantes, que pertenecieron á Roberto Rousset, joyero de París, adquirido todo por la suma de 3.600 libras tornesas, ó sean 14.220 reales próximamente.

Desde el reinado de Francisco I al de Luís XIII, la mayor parte de las alhajas estaban adornadas de perlas y piedras de colores. Alguna vez se veía un diamante colocado en el centro de un broche de pedrería. Las perlas continuaron en uso con

preferencia hasta la muerte de María Teresa de Austria, que fue cuando los brillantes se hicieron de moda.

El lujo en joyas que se desplegó en la famosa junta del paño de oro estaba en armonía con la extravagancia que privaba en otras cosas. La sala de los banquetes en que Enrique VIII obsequiaba á Francisco I, estaba colgada de tisú de oro con realce de plata, y los marcos eran de tisú de plata bordado de oro, con un ribete de trenza de oro macizo tachonado de perlas y pedrería. Había en aquella pieza un aparador de siete estantes llenos de vajilla de oro y sin vajilla ninguna de plata (1)⁹. La alfombra del trono de la reina de Inglaterra estaba bordada de perlas. Cuando Carlos V partió de Calais para Gravelines, su tío le regaló un hermoso caballo inglés y un tapete de tisú de oro bordado de piedras preciosas.

La mantilla española que llevaba Catalina de Aragón el día de sus bodas, tenía una guarnición de oro, perlas y pedrería de cinco pulgadas y media de ancho, y era tan larga, que le cubría una gran parte del rostro y del cuerpo, todo lo cual supone un peso excesivo para una débil señorita.

El rey de Inglaterra parece haber sido tan apasionado de las galas como su primo el francés, si hemos de juzgar por sus pinturas y por las descripciones de algunos de sus séquitos. Cuando fué á recibir á su novia Ana de Cleves, llevaba una casaca de terciopelo púrpura muy ajustada, toda bordada de oro adamascado liso, con una trencilla entremezclada al través, de modo que apenas se descubría el fondo... las mangas y pechera eran abiertas y guarnecidas de galón de oro y se abrochaban con grandes

⁹ (1) Miss Strickland's *Queens of England*.

botones de diamantes, rubíes y perlas orientales; su espada y cinturón estaban guarnecidos de piedras y esmeraldas; la gorra con pedrería, y su bonete era tan rico en joyas que difícilmente pudiera apreciarse su valor... Llevaba además un collar de balajes, rubíes y perlas, de una riqueza incomparable. La casaca de boda de Enrique, de raso carmesí, acuchillada y bordada, se ajustaba con botones de diamantes.

El traje de boda de Ana de Claves era «de una rica tela de oro con espesos bordados de grandes flores, hechos con perlas orientales.» Llevaba una corona de ricas piedras, y joyas de gran precio en la garganta y talle. El *partlet*, especie de camisa ó hábito que usaban las señoras, era bordado comunmente de seda é hilo de oro, pero las de gran rango los adornaban con pedrería.

El traje de la reina María en su casamiento con Felipe, rey de España, era á la moda francesa, y se componía de una ropa de rico brocado con fondo de oro, con una larga cola espléndidamente guarnecida de perlas y diamantes de gran tamaño. Las mangas eran largas, vueltas y sujetas con racimos de oro, con perlas y diamantes, y su cofia tenía un bordado de dos hileras de grandes diamantes. La túnica cerrada que llevaba debajo del vestido, era de raso blanco con labores de plata. Al pecho ostentaba aquel precioso diamante de un valor incalculable que le envió su regio esposo por conducto del marqués de las Navas.

El rico traje de raso blanco que vistió la reina Isabel de Inglaterra, para asistir al torneo que se dio en el reinado de María, el 29 de Diciembre de 1554, estaba todo cubierto de una especie de pasamanería de grandes perlas.

Ningún soberano de Europa mostró jamás una pasión tan desordenada por la joyería como la reina Isabel, en la que se veía tan lisonjeada, que por la descripción de sus alhajas y número y valor de los presentes que se la hicieron, se diría que apenas les debían quedar á sus cortesanos las suficientes para ataviarse, y sin embargo, todos se presentaban cubiertos de ellas.

El manto real y cola de María Estuardo en sus nupcias con el delfin, era de un azul pálido de terciopelo recortado. Tenía el desmedido largo de seis toesas, cubiertas de pedrería, y se la iban sosteniendo varias damas. No obstante, el peso enorme que debía tener aquella desmesurada cola, la novia bailó sosteniéndosela por detrás un caballero que la seguía en todos sus movimientos á través de la confusión de los grupos.

Las joyas de María Estuardo, ricas y en gran número, adquirieron gran celebridad histórica por la frecuencia con que las reclamaba durante su largo encierro, y por la rapacidad de sus ilustres perseguidores.

La iniquidad con que Isabel se apoderó de las preseas de aquella ilustre prisionera, es demasiado interesante para que podamos omitir su relato.

«Por si aún fuese menester algo más que las cartas de Drury y Throgmorton para probar la confabulación del Gobierno inglés y el conde de Moray, citaremos el vergonzoso tráfico que se hizo con el rico aderezo de perlas de la reina María, que era de su propiedad particular, y que llevó de Francia á Inglaterra. Algunos días antes que ella lograra fugarse del castillo de Lochleven, el regente envió las perlas y una selecta colección de alhajas de aquella secretamente á Londres por el seguro

conducto de sir Nicolás Elphinston, que llevaba el encargo de negociar su venta auxiliado de Throgmorton, á quien fué dirigido con tal propósito.

Como perlas que eran consideradas por las mejores de Europa, se hizo á Isabel la gracia de proponérselas con preferencia. » Las vio ayer 2 de Mayo, escribe Bedutel la Forrest. Embajador francés en Inglaterra, hallándose presentes los condes de Pembroke y Leicester, y las calificó de una belleza incomparable. Y las describe de esta manera: «Eran seis sartas de grandes perlas ensartadas á manera de rosarios, con veinticinco de ellas de mayor tamaño separadas de las demás y mucho más finas y en su mayor número negras. No hacia tres días que estaban aquí cuando ya varios mercaderes les habían puesto precio. La reina las quería por el que ofreciese el joyero que se propusiera obtenerlas. - Las vieron primero tres o cuatro joyeros y lapidarios que las valoraron en 3.000 libras esterlinas, ofreciendo pagarlas al contado. Vinieron después varios comerciantes italianos que las tasaron en 12.000 coronas, á cuyo precio me han dicho las tomará la reina Isabel.

Las examinó últimamente un genovés que dijo valían bien 16.000 coronas, pero supongo que se las cederán á la reina por las 12.000.» Al mismo tiempo sigue diciendo en su carta á Catalina de Médicis: «No me he descuidado en dar á V. M. puntualmente noticia de lo que pasaba, aunque presumo que ella no les permitirá que la dejen fugarse. El resto de las alhajas no son de mucho tan buenas como las perlas. El objeto de que he oído hablar, con especialidad, es una pieza de unicornio ricamente tallada y adornada.» La suegra francesa de María, no más escrupulosa que su buena prima de Inglaterra, deseaba competir con ella en la adquisición de las perlas, conociendo que valían

casi doble del valor en que habían sido tasadas en Londres. Especialmente deseaba adquirir algunas que ella había regalado á María, pero el embajador la escribió diciendo «que le había sido imposible satisfacer sus deseos, porque como le tenía dicho, estaban destinadas para la reina de Inglaterra, á quien se concedió la fijación del precio, y que ya era dueña de ellas.» (1)¹⁰.

El bajo precio á que se vendieron las perlas, fué causa de que la suerte inclinase su balanza en contra de la desgraciada María.

En una de sus cartas á Isabel, rogándola se templase algún tanto el rigor de la prisión en que se tenía a sus amigos, hubo María de hacer alguna alusión á sus alhajas. «Espero también, decía ella, que prohibiréis la venta del resto de mis joyas, que los rebeldes han ordenado en el Parlamento, puesto que prometisteis no se haría nada en mi perjuicio. Deseara que estuviesen mejor custodiadas de lo que puedo esperar, hallándose en manos de traidores. Tratándose de vos, ya es diferente, y me serviría de gran satisfacción que recibieseis cualquiera de ellas que fuera de vuestro agrado, como muestra de la buena voluntad que os tengo.»

De este generoso ofrecimiento se desprende que María no tenía el menor conocimiento del vergonzoso papel que había desempeñado la reina en la compra de las perlas á Moray por la tercera parte de su verdadero valor.

La infeliz María se esforzó con perseverancia, pero inútilmente, durante su prolongado encarcelamiento en avergonzar y amenazar á sus espoliadores para recobrar sus alhajas. Los que la debían mayor afecto y gratitud, fueron los más codiciosos de

¹⁰ (1) Miss Strickland

poseer una parte de sus despojos. Lady Moray, de quien tan liberalmente se acordó en su testamento cuando se creyó en peligro de muerte, la correspondió con apropiarse cuantiosas joyas del depósito de las de su señora, como lo comprueba el siguiente extracto de una de las cartas de María Estuardo.

«De lo cual informados que tenéis en vuestro poder varias de nuestras joyas, tales como nuestra *H* de diamante y rubí, y cierta cantidad de otros diamantes, rubíes perlas y obra de oro, de lo que, según *memorándum*, os hacemos cargo: cuyas joyas, *incontinenti*, vistas las presentes, entregareis á nuestros verdaderos primos y fieles consejeros el conde de Huntley, nuestro lugarteniente, y mí Lord Stoun, quien, haciéndolo, os dará el debido descargo en nuestro nombre, y ello os servirá de recomendación para con nos a vosotros y á vuestros hijos. Y si no lo hicieseis así, os aseguramos que no poseeréis tierras ni bienes en este reino, y os haréis merecedores de nuestra indignación. Y así, deseando obréis en conciencia, os sometemos á Dios.

María R.»

«En Futburg el día 28 de Marzo, 1750.

»La gran *H* de diamantes y rubíes, particularmente reclamada por María, era un adorno de la figura de aquella letra que se usaba prendido al pecho, llamado el Gran Harry, que en su origen fué regalado por Enrique VII á su hija Margarita en su casamiento con Enrique IV, como parte de su equipo de boda, y, por lo tanto, en manera alguna no pertenecía á las joyas de la corona de Escocia, y sí á los bienes privados de María, quien era natural tuviese en gran estimación aquel vínculo de la casa de Tudor (2)¹¹.»

¹¹ (2) Idem.

CAPITULO VII.

Siglos XVI y XVII.

No bien subió al trono Carlos IX, cuyo reinado comenzó en 1560, reunió los Estados generales en Orleans para poner remedio a los abusos de los reinados precedentes. Las leyes suntuarias fueron renovadas y aumentadas. Se prohibió á las mujeres el uso de adornos de oro en la cabeza á excepción del primer año de casadas, y se prescribió que las cadenas y brazaletes no fuesen esmaltados, bajo la multa de 200 libras.

Esta y otras numerosas restricciones sobre el traje y los adornos quedaron sin efecto, y el lujo fué aumentando entre la inquietud y ansiedad del Estado. Los disturbios que agitaban el país, llamando la atención de las autoridades a otros asuntos, impidieron la compulsión al cumplimiento de aquellos edictos. El bello sexo aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de demostrar su soberano desprecio á la ley, a la razón, a la política, á las conveniencias del Estado, y en fin, a todo cuanto pudiera irles a la mano en el desenfreno de sus caprichos y vanidades, en las cuales á su vez no les iba en zaga el sexo feo.

Lo que se ha dicho del comienzo del reinado de Carlos IX, puede repetirse con igual motivo respecto del de su sucesor, que ascendió al trono en Mayo de 1574.

Empleó los dos primeros años de su reinado en la pacificación de los disturbios, y, se creyó que finalmente lo habla logrado cuando concedió á los protestantes la libertad de conciencia y facultad de practicar el culto de su religión, por el edicto de

pacificación que se publicó en Mayo de 1576. Entre los abusos que el rey trató entonces de reprimir era el lujo uno de ellos. El mal había tomado ya grandes proporciones; todas las clases se veían confundidas: el gran consumo había encarecido las materias, y el precio de las subsistencias se había elevado también proporcionalmente.

Las *ordenanzas* de los reinados precedentes se renovaron con imposición de multas de mil coronas (escudos) al infractor. Se prohibió además á todos los *roturiers* que no hubiesen sido ennoblecidos, usurpar el título ó vestido del doble, y á sus mujeres el uso del traje y ornamentos propios de las *damoiselles*, y los vestidos de terciopelo.

Por una *ordenanza* de 7 de Setiembre de 1577, aquel rey prohibió también muy terminantemente el dorado y plateado en madera, cuero, yeso, plomo, bronce, hierro y acero, excepto cuando hubiesen de servir para uso de los príncipes, ó para adornar libros devotos.

Iguales ó parecidas *ordenanzas* siguieron á las que hemos citado, con las minuciosas prescripciones de costumbre, sobre cuanta guarnición más ó menos se permitía en los vestidos, y si había de ponerse sobre las costuras ó en los ribetes, ó en alguna otra parte del vestido. La tranquilidad que produjo el edicto de pacificación, y que solo una vez se interrumpió en el discurso de ocho años, con motivo de una guerra de pocos meses en 1580, concedió espacio suficiente para la consolidación del orden público. En las diferentes *ordenanzas* subsiguientes observamos que se fijó una particular atención en especificar la moda de los trajes y ornamentos de las señoras. Por ejemplo, las *dames* y

damoiselles solteras (1)¹² como también las mujeres de los consejeros, y sus hijas, mientras permaneciesen solteras, podían usar en la cabeza prendidos de perlas y piedras engastadas en oro esmaltado; pendientes, collares, agujas para el peinado, anillos, cadenas, brazaletes, cinturones, cuentas y guirnaldas, y broches, y botones en el frente de los vestidos, en las hombreras y en las bocamangas, pero de estos últimos solo se permitía una hilera.

El número de anillos que podían llevar las mujeres se especificaba también según los diferentes rangos.

Al paso que se contenía a las plebeyas en los costosos dispendios á que naturalmente no podían alcanzar sus medios, se dejaba á las nobles campo suficiente para extenderse en la satisfacción de sus caprichos. La boda de un tal De Vécour con una hija de Claudio Marcel, joyero favorito de Enrique III, fué honrada con la presencia de la corte en el palacio de Guisa, donde se celebró el día 8 de Diciembre de 1578. El rey compareció en una *entrée de ballet*, acompañado de treinta princesas y señoras nobles vestidas de telas de oro y plata, y de seda blanca, ricamente prendidas de joyas de gran valor.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 13 de Junio de 1871, Año XV, Numero 11. Fundador y

¹² (1) Una *damoiselle* era una mujer de sangre noble, ya fuese casada o soltera.

propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 11-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

La cantidad de vajilla de oro y plata y el número de joyas, estaban en armonía con el rango y la fortuna de sus nobles poseedores (y no como sucede hoy generalmente), y su uso le estaba reservado al jefe de la familia, así como las tierras feudales, con las cuales pasaban á los descendientes en toda su integridad. Cuando fallecía el rey, ciertos efectos de valor que era costumbre entregar á los asistentes por vía de gajes, los recobraba mediante su pago el príncipe heredero. La vajilla de los altos dignatarios de la Iglesia y su *pompa*, pasaban después de su muerte á ser propiedad de algún templo ó convento, que siempre tenían su tesoro abierto para recibir aquellos objetos. La vajilla y las joyas eran los últimos efectos de que se desprendía una casa ilustre en épocas de escasez.

Las damas favoritas de los monarcas franceses en el siglo que nos ocupa, contribuyeron eficazmente al desarrollo que adquirieron las artes en aquella época privilegiada. Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, y Ana de Pissclen, duquesa de

Estampes, en el reinado de Francisco I; Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, en el de Enrique II, y Gabrielle d' Estrée, en el de Enrique IV, fueron todas mujeres de buen gusto y conocimiento del arte, y generosas protectoras del talento. Diana de Poitiers, especialmente, era la apasionada que con más liberalidad disponía de su fortuna. Su castillo de Anet contenía una colección magnífica de obras maestras de oro, plata y pedrería. El recuerdo de la munificencia con que recompensaba á los artistas de talento, se conservó hasta mucho después que ya habían desaparecido por efecto del tiempo que todo lo borra, los hospitales y otros establecimientos benéficos que ella había creado.

La extravagancia del lujo en joyas y trajes, fué tan grande, si no mayor, en el reinado de Enrique IV que en el de sus predecesores. El rey, en su gusto, tendía á la sencillez; pero la suavidad de su condición y su debilidad por el bello sexo, le arrastraban á su pesar á pagar el tributo á la manía dominante.

Bassompierre nos refiere que en la ceremonia del bautizo de su hijo sacó el rey un traje que costó 14.000 coronas: la hechura sola subió á 600 coronas; la ropa era de tela de oro bordada de perlas. Había comprado también para aquel acto una espada, cuya guarnición y funda estaban adornadas con diamantes. El traje de María de Médicis para aquel día estaba cuajado de adornos en los que entraron treinta y dos mil perlas y tres mil diamantes. Estaba tasado en sesenta mil coronas; pero tanto era su peso, que la reina no pudo hacer uso de él.

En el bautizo del hijo de madame de Sourdis, que tuvo lugar el 6 de Noviembre de 1594, Gabriela d'Estrée se presentó vestida de

raso negro, «tan recargada de perlas y pedrería,» dice l'Estoile en su diario, «que apenas podía tenerse en pié.»

El mismo escritor añade poco después, que «el sábado 12 de Noviembre vio un pañuelo de mano que un comerciante de bordados de París había comprado para madama de Liancourt (Gabriela d'Estrée), que debía llevarlo á un baile al siguiente día, cuyo precio se había convenido en 900 coronas al contado.»

La magnificencia de la corte de Francia no había llegado nunca al grado de esplendor que alcanzó durante la menor edad de Luis XIII. La numerosa nobleza allí residente, y la paz que disfrutaba la nación, eran motivos bastantes para impulsar el capricho á sus más exageradas manifestaciones, en las que era recordado con desprecio el lujo de la corte de Enrique IV. Entonces fué cuando se introdujo el uso del oro en los carruajes, y el dorado en los edificios.

Los disturbios religiosos y las guerras civiles que surgieron en Francia en 1615 no solo sirvieron de obstáculo para que se llevase á efecto el saludable correctivo que hubieran producido los edictos publicados contra el lujo, sino que al propio tiempo que aniquilaban á la nación, servían de estímulo á la vanidad y á la ostentación. Los edictos eran ineficaces para reprimir los progresos del mal. Hasta los ricos, agobiados por dispendios ruinosos, echaban mano de los medios más reprobados para proporcionarse recursos. La imitación es contagiosa, y la costumbre autoriza á la larga las cosas superfluas que en su origen se tuvieron por ridículas invenciones de unas cuantas personas estravagantes. Cuando una moda se ha extendido y echado raíces, hasta los más comedidos la adoptan, después de haber declamado contra su estravagancia. Solo la autoridad y el

ejemplo del soberano pueden prevenir los abusos de la moda y mantenerla dentro de límites prudentes.

Uno de los más apasionados de las joyas á fines del siglo XVI y principios del XVII, fué el emperador Rodolfo II. Reunió una cantidad inmensa de piedras preciosas y las combinó tan artísticamente, que logró componer con ellas un paisaje tan bien imitado como pudiera hacerle el arte de la pintura.

La conquista de Méjico y el Perú, terminada á fines de 1543, y el descubrimiento de las ricas minas de aquellos países, generalizaron el uso de los metales preciosos hacia principios del siglo XVII, hasta un punto nunca visto. El lujo, sin embargo, aumentando en la misma proporción, aquella abundancia de metales influyó en el alza de sus precios por el gran consumo que de ellos se hacía: el marco de oro se elevó de 140 libras á 320, y el marco de plata, de 19 libras a 25. Los edictos de Luis XIII reprimieron al fin algún tanto los excesos del lujo en el vestir, pero no evitaron que fueran necesarios otros encaminados contra los costosos gastos que se hacían en vajillas de oro y de plata.

Una larga experiencia ha demostrado que las leyes suntuarias son las que caen más fácilmente en olvido. No bien se publicaba un edicto, los artífices y comerciantes, alentados por la tendencia general al lujo, hallaban siempre un medio de eludir las prescripciones del legislador. Por muy ridículo que parezca el imperio de la moda, es lo cierto que su poder resiste las leyes más sabias y más fuertes. El gran número de *ordenanzas* suntuarias que se publicaron durante el reinado de Luis XIV, demuestra hasta qué grado llevan sus progresos el lujo, las artes y el buen gusto en el país donde fija su asiento aquella deidad.

La pasión por la joyería y la bisutería no llegó nunca á tan alto grado como en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Causa verdaderamente admiración el considerar no solo cómo podían obtener sino cómo podían distribuirse aquellas inmensas cantidades de joyas. La Francia que en otros tiempos fué la nación más rica en este ramo, es probablemente hoy una de las más pobres relativamente á su antigua opulencia. Las frecuentes revoluciones y las guerras civiles y extranjeras, han dispersado las mejores colecciones de joyas de las antiguas familias. De los nobles que por salvar la vida se veían precisados á expatriarse, pocos eran los que llevaban consigo sus alhajas, y los que lo hacían se veían al fin obligados á enajenarlas para procurarse el sustento. El hombre apenas hace uso de las alhajas en estos tiempos, y en verdad que esta abstención es digna de alabanza, porque se avendría muy mal con el color oscuro y amaneradas formas de los trajes modernos. Las joyas requieren los pintorescos rasos, terciopelos y brocados de los tiempos de Luis XIII y Luis XIV.

Las reseñas de los actos de introducción de embajadores pueden solo dar una idea de los dispendios que hacían aquellos soberanos en cadenas de oro, medallones, diamantes, vajillas, cajas, anillos y otros objetos, siempre que se trataba de una recepción. De la correspondencia diplomática de aquellos tiempos se infiere que la negociación más insignificante costaba á la Francia una suma enorme en presentes de aquel género, y que seguían su ejemplo en iguales casos todas las naciones de Europa. Sin embargo, aunque las arcas del Estado se vaciaban por esta prodigalidad, no por eso les era de provecho á las pocas personas en quienes recaía aquella munificencia, porque todo lo absorbían las infinitas atenciones y gastos que llevaba consigo el cargo de embajador. En cuanto á la ostentación que se

desplegaba en la primera recepción de uno de estos, remitimos al lector á la descripción que nos da lady Faushaw de la de su marido en la corte de España, como embajador de Inglaterra. En el reinado de Luis XV, uno de los príncipes de Rohan, en su embajada á Viena, no solo consumió sus enormes rentas, sino que además contrajo deudas por la suma de 600.000 libras.

La prodigalidad de los príncipes, y también de los particulares, dio un grande impulso al comercio de las piedras, y especialmente al de los diamantes, que eran preferidos a todas las demás.

Las innumerables fiestas de corte que se dieron, los reinados de Enrique IV, Luís XIII y Luis XIV; los saraos, comedias, bailes de máscara, conciertos, banquetes, torneos y reuniones a que invitaban, no solo el soberano sino los príncipes y toda clase de personajes, daban ocasión á desplegar un lujo y una magnificencia que parecen increíbles. Telas de oro y de plata, guarniciones de pedrería, costosos encajes, ya no eran bastantes á satisfacer las exigencias de los cortesanos: la ropa desaparecía debajo de la bisutería, los esmaltes y la pedrería de que se veían cuajadas. Las mujeres, en cuyo obsequio se hacían aquellas suntuosas fiestas, no daban tregua á la imaginación en inventar nuevos ornamentos. Los alfileres grandes con testas primorosamente trabajadas, y las *garzas* con que se adornaban el cabello, eran prodigios de buen gusto, de habilidad artística y de incomparable riqueza. Et inventario de las joyas de la corona, formado en 1618, describe estas garzas, que pueden verse también en los dibujos de *l'Émpereur*, joyero de la corte de Luis XV. Además de la profusión de pendientes de diamantes, brazaletes de diamantes, collares de diamantes, broches de diamantes y *garzas* de diamantes, se introdujeron también en

aquella época los petos de diamantes. La reina añadía aun a todas aquellas clases de joyas, los cinturones de diamantes y los broches de diamantes para las hombreras. Las actrices, para imitar en la escena el lujo que se desplegaba en los palcos, cubrían sus trajes de reinas con joyas falsas, que sin embargo producían muy buen efecto.

Los hombres no se afanaban menos que las señoras por distinguirse en aquel concepto. Las condecoraciones militares, la espada y los lazos y broches de los sombreros, los anillos, las hebillas del calzado, los botones de los chalecos... todo se hacia con profusión de adornos de pedrería. En algunas ocasiones era costumbre exhibir en un solo traje todos los diamantes y piedras preciosas de la familia.

En una fiesta que dio Luis XIV en honor de Mlle. La Vallière, el rey se presentó, como Roger en el baile de *Alcides*, con una coraza de plata incrustada de oro y diamantes. Montaba un precioso caballo, cuyo caparazón era de color de grana cuajado de oro, plata y piedras preciosas. En aquella misma fiesta el duque de Borbon, que representaba á Rolando, casi sobrepujo al rey. En los magníficos bordados que cubrían su coraza y las medias de seda, resplandecía una multitud incalculable de diamantes, y su almete y los arreos del caballo despedían también con profusión las luces de esta misma pedrería.

Por la descripción que antecede puede calcularse la suntuosidad del traje que vistió el rey representando el sol en el baile titulado *Apolo*.

Las damas de la corte de Luis XV aventajaron á la famosa reina egipcia en las exageraciones del lujo. Ella disolvió una perla; ellas

pulverizaban los diamantes para dar una muestra de su insensata magnificencia. Una señora mostró deseos de poseer el retrato de su canario en una sortija, y oyéndolo el último príncipe de Conti, la suplicó le permitiese ofrecérselo, á lo que ella accedió, con la condición de que no había de entrar piedra alguna en la composición de aquel dije. Cuando la presentaron la sortija, sin embargo, halló que la pintura se miraba al través de un diamante que la cubría; y habiendo mandado levantarlo, lo envió al galante donador. El príncipe, que no quería verse rechazado, mandó pulverizar el diamante y espolvoreó con él la carta que dirigió á aquella señora con aquel motivo.

Inglaterra á su vez no se quedaba á la zaga en cuanto al lujo de los trajes. Los cortesanos de Isabel, de Jaime I y de Carlos I, marchaban á la par de los galos sus vecinos, y en cuanto le artículo de joyas para los trajes de corte, los hombres, especialmente, llevaron su ostentación á un grado de que no hubo ejemplo en los tiempos sucesivos. El rey Jaime profesaba una admiración pueril á lo que en aquellos tiempos se llamaba pompa (*bravery*), y sus favoritos, así para halagar los caprichos de su señor como para satisfacer su propia vanidad, no reparaban en consumir sus rentas, por cuantiosas que fuesen. El cuidado con que el frívolo monarca atendía al ornamento personal de sus favoritos, se ve comprobado por el siguiente extracto de una curiosa carta, que se halla en el Museo británico, dirigida por aquel á su hijo y á su favorito, residentes entonces en Madrid, el año 1623:

«Os envío para vuestro uso *los tres hermanos* que conocéis muy bien, pero montados de nuevo, y el espejo de Francia, compañero del diamante de Portugal, que deseara lo llevaseis solo en el sombrero con una plumita negra.

En cuanto á tí, amable José, te envió un hermoso diamante, que ya en otra ocasión quise regalarte y no lo aceptaste, al que he unido un par de preciosas perlas para que puedas prenderlo en tu sombrero ó donde tú quieras. Serian muy á propósito para un almirante los dos largos diamantes de forma de áncora con el diamante que cuelga, pero no se si mi rorro (*my baby*) querrá desprenderse de ellos á pesar de que aun le quedarían bastantes joyas mejores que aquella para su señora. Si rehusa desprenderse del áncora podrá al menos prestarte el broche redondo, pues aun le quedarían tres juegos de alhajas diferentes para adornar su sombrero.

«Describiendo las diferentes alhajas que se enviaron á la infanta, hace el rey mención de un aderezo de 22 pares de perlas,» añadiendo: «y la entregareis tres buenos chorros de diamantes, uno para llevarlo ceñido en la frente, y los otros dos para pendientes.»

Un traje de corte del rey Jaime, duque de Buckingham, costó 800.000 reales.

La moda de las alhajas en el sombrero era general á las cortes de Europa en aquellos tiempos. Pasando el embajador español D. Pedro de Zúñiga por el puente de Holborn, un ratero le echó mano al sombrero, en el que llevaba prendida una rica joya, y se fugó con él animado por la gritería de los circunstantes, que no disimularon la satisfacción que les causaba la burla, porque recaía en un español.

Lady Faushair, describiendo minuciosamente el traje con que su marido iba á ser presentado como embajador en la corte de España, dice que llevaba no sombrero negro de castor con el ala levantada y sujeto al lado izquierdo con una piedra de valor de doscientas libras: una cariosa cadena cincelada de la India, de la que pendía el retrato del rey su señor, ricamente guarnecido de diamantes... en sus dedos lucia dos preciosas sortijas.

Sir Thomas More, en su *Utopia*, parece como que quiso ridiculizar los adornos de los sombreros: «Cuando vinieron, dice, los embajadores de Anatolio, los muchachos al ver las perlas que llevaban en los sombreros, decían á sus madres: «Mire Vd., mamá; llevan perlas y diamantes como si fueran niños.» «Silencio, respondieron las madres, estos no son los embajadores, sino los bufones del rey.»

CAPITULO VIII.

Siglo XVIII.

(1775 á 1783.)

El despilfarro en trajes y trenes que se sostuvo durante los reinados sucesivos de cuatro Luises, murió á manos de la revolución de 1789. Luis XVI, que en aquellos tiempos de desenfrenada corrupción conservó puras el alma y las costumbres, y que no mantenía queridas ni favoritas, carecía desgraciadamente de aquella firmeza de temple y de aquel espíritu levantado en que se fundan el temor y la respetabilidad.

Hasta en su propia casa se le miraba con la indiferencia que inspira el hombre de cortas facultades, y sus mismas virtudes, lejos de imponer respeto, servían más bien de pábulo al ridículo que de él se hacía.

La hermosa y noble reina había sido educada en las sencillas y recogidas costumbres que María Teresa inculcó á todos sus hijos, y que en aquel tiempo eran propias de los príncipes alemanes. La misma emperatriz, sí bien en las ocasiones solemnes desplegaba un lujo y una ostentación extraordinarias, en la vida cotidiana, aun en medio de las atenciones del Estado, se entregaba modestamente á los más rutinarios quehaceres domésticos. María Antonieta, trasplantada, desgraciadamente muy joven, á un clima totalmente contrario, y expuesta á la fascinación del lujo de la corte más depravada de Europa, llegó á adquirir al fin el hábito del despilfarro, excusable si se quiere en su edad, rodeada como estaba de tan malos consejeros, pero que fué siniestramente interpretado por el pueblo, cuyo carácter distintivo le lleva, sin detenerse en las causas, á fijar toda su atención en los efectos. Las prudentes lecciones de economía practicadas en Viena, se echaron pronto en olvido bajo las repetidas seducciones del lujo de Versailles. Las cenas y las recepciones de Marly eran el espectáculo más brillante de aquella época.

En 1789, cuando fermentaban aprisa las semillas revolucionarias, ya de antiguo derramadas, precisamente cuando la tormenta oscurecía por instantes el horizonte político, cuando el hambre difundía la desesperación en las clases pobres, la corte, y especialmente la *casa militar* del rey, desplegaban un lujo tan insultante y desatentado, que no se explica sino por una aberración vertiginosa, precursora de los terribles sucesos que se

estaban preparando. Los militares no solo recargaban de adornos de oro sus uniformes, sino los arneses y caparazones de sus caballos y hasta las crines y cola de estos se trenzaban entretejidas de oro. La singular manía dominante en los cortesanos que les arrastraba á provocar á un pueblo ya exasperado, parecía como si se hubiese extendido hasta los más prudentes y comedidos; y los errores de Luis XVI y su reina en aquellos momentos críticos, envenenaron los ánimos quizá tanto como los excesos de sus predecesores. Entre estos errores, uno de los más importantes fué, tal vez, el que cometió con su conducta aquel soberano en el negocio del *collar de diamantes* — asunto que reclama se haga de él mención especial en la historia de las alhajas.

Aquel extraordinario suceso, que ocupó la atención de la corte de Francia, la del Papa y del alto clero, que hizo eco en toda Europa, echando un borrón en la inmaculada fama de la reina, y que constituyó el arma más agresiva en manos de los enemigos de ésta, no fué, en cuanto se refiere á ella, ni más ni menos que una invención y una calumnia. La historia criminal de todos los países nos ofrece ejemplos análogos todos los días, y si aquel adquirió celebridad universal y la preeminencia entre los acontecimientos de un siglo fecundo en terribles catástrofes en su último período de veinticinco años, fué por la gerarquía de varias de las personas interesadas en él, por los singulares antecedentes acerca del origen y la vida de otras, por el misterio que se difundió sobre algunos particulares de aquel inaudito fraude, por las pasiones que se provocaron con aquel motivo, por las terribles consecuencias que amenazaban á los engañados y al engañador, y sobre todo por el estado extraordinario de efervescencia de los partidos políticos. La corte, los parlamentos,

el clero, la nobleza, los estados provinciales, el pueblo, todos se declararon en hostilidad permanente, y, por lo tanto, dispuestos á apoderarse de todos los medios de agresión de que pudiesen echar mano.

La colisión de tan opuestos elementos no podía menos de dar al negocio del collar una publicidad lamentable. Se han dado de los hechos muchas y diversas versiones que han servido de materia á los novelistas; más, sin embargo, creemos que será leída con interés la relación que vamos á exponer, formada con presencia de los documentos auténticos de la causa y de las sumarias, folletos y demandas de los acosados y acusadores, tal como aparecieron el día en que aquella se falló.

En 1774, queriendo Luis XV hacer un presente á su favorita Mad. du Barry, comisionó á los joyeros de la corte, Bohemer y Bessanges, para reunir los mejores diamantes que pudieran encontrarse y componer con ellos un collar que fuese el único en su género. Mucho tiempo y dinero fueron necesarios para llevar á cabo aquel encargo; los joyeros franceses, deseosos de cooperar al objeto de su regio parroquiano, hicieron un convenio con sus dos compañeros para obtener las piedras mayores, más puras y más brillantes que pudieran encontrarse en el país y en el extranjero. Desgraciadamente Luis XV murió antes que se terminase el collar, y habiendo subido al trono un príncipe de carácter totalmente opuesto, la apeada favorita se dio por hartó contenta con poder conservar las riquezas adquiridas, para que se atreviese siquiera á hacer mención de las intenciones del monarca, que habían quedado en proyecto.

La obra, sin embargo, estaba tan adelantada, que no era posible abandonarla sin una gran pérdida, y los joyeros, en la esperanza

de que Luis XVI la adquiriría para la reina, terminaron el collar, que fué valorado en 1.800.000 francos.

Los apuros del tesoro del nuevo rey, las dificultades especiales con que tuvo que luchar cargando con la responsabilidad de los extravíos de sus antecesores, hicieron inoportuna, si no imposible, la adquisición de aquella joya. Cuando se la ofrecieron, el joven monarca contestó que le hacia más al caso un buque que un collar, y por tanto éste quedó por espacio de algunos años en manos de sus constructores, hasta que ocurrió el acontecimiento á que se debió su descomposición y celebridad histórica.

Para comprender la complicación de circunstancias en que una mujer sin posición, fortuna ni favor en la corte, y sin poseer siquiera grandes cualidades personales, concibió el proyecto de apoderarse de una joya superior á los recursos de un monarca, se requiere alguna noticia acerca de la primera victima de aquel drama. Luis, príncipe cardenal de Rohan, y de algunos acontecimientos anteriores que dieron margen á la arraigada antipatía que María Antonieta le profesaba.

En 1772, tres años después del casamiento del Delfin con la hija de Austria, el príncipe de Rohan fué nombrado embajador en Viena, y su residencia en aquella corte dio ocasión al perpetuo desagrado en que incurrió para con la que un día debía ser su reina.

En una de las ruidosas cenas de Luis XV en las habitaciones de su favorita, ésta sacó del bolsillo y leyó en alta voz una carta fingiendo serle dirigida por el embajador en Viena, en la que se relataban ciertos pormenores de la vida privada de la emperatriz.

Entre otros rasgos de hipocresía y codicia que se atribuían á María Teresa, se la describía enjugándose con una mano las lágrimas que vertía por el fraccionamiento de la Polonia, y extendiendo la otra para apoderarse de la parte de los despojos que le habían correspondido. El insulto fué trasmitido á la emperatriz con toda celeridad por un cortesano oficioso, y como era natural, su hija no pudo nunca acordarse del autor de aquella carta sino con la indignación que era consiguiente.

Además del pecado de aquella burla, el príncipe incurrió en otros muchos más odiosos aun á los ojos de la escrupulosa emperatriz, entre los cuales no era el menor la descarada afición que mostraba al bello sexo. En vano instó porque se retirará de Viena á aquel embajador, cuya conducta esterilizaba sus esfuerzos por hacer de aquella corte dechado de moralidad, pues LUIS XV miraba aquellas ofensas a través de un prisma diferente y se complacía en mantener al pecador en su destino.

El príncipe, sin embargo, era inocente de toda ofensa á la Delfina: ni tenia correspondencia, ni relaciones familiares con Mad. du Barry, y solo había contestado á las preguntas del rey satisfaciendo sus deseos de conocer todo lo que pasaba en la corte imperial. Luis XV dejó la carta en poder del duque d' Aiguillon, y este ministro, hechura de la favorita, le dio conocimiento del contenido, con el que ella en su acostumbrada lijereza se propuso divertir á sus convidados.

M. de Rohan, pariente de las familias más poderosas de Francia, relacionado con las personas más validas con el rey, poseedor de rentas proporcionadas á su elevado rango, que á pesar de la enemistad de la reina adquirió el puesto de gran limosnero de Francia, el capelo, la rica abadía de S. Waarl, y que finalmente

logró ser elegido provisor de la Sorbona, vivió siempre atormentado por el desagrado invencible en que había incurrido con aquella señora. Sus enemigos fomentaban esta enemistad, valiéndose para ello hasta de los mismos esfuerzos con que él procuraba vencerla, y obtuvieron tan buen éxito en sus trabajos, que el príncipe no pudo conseguir jamás que la reina le admitiese a una justificación de su conducta, ni que siquiera leyese los escritos que la dirigió con tal objeto, á pesar del influjo de sus mejores amigos. Luis XVI, aunque de carácter demasiado blando para adoptar resoluciones extremas, no dejaba de participar hasta cierto punto de la antipatía que animaba á su esposa.

Tal era la difícil posición del cardenal en la corte, cuando una fatal casualidad le puso en contacto con aquella mujer intrigante que, aprovechándose de su tan conocida ansiedad por reconquistar la gracia de los reyes, le enredó en una transacción que le presentó á los ojos del mundo como un falsario y un ladrón.

De las diferentes manifestaciones que hizo aquella mujer, solo resultó ser verdad la de su descendencia de reyes. Juana de San Remy de Valois, era hija del sexto descendiente de Enrique de Valois, segundo de este nombre, rey de Francia, y de Nicolasa de Savigny, señora de San Remy. El padre de Juana, Santiago de San Remy, aparece haber sido un hombre de relajada conducta y de escasas facultades intelectuales. Los dominios de la baronesa de San Remy, *que* por desgracia o disipación de sus antepasados habían quedado considerablemente mermados, se extinguieron totalmente en sus manos indolentes. En 1760, el desgraciado, reducido á la miseria y cargado de familia, sin más recurso que sus vanos títulos, y abatido por el orgullo y la vergüenza, resolvió abandonar su casa, situada cerca de Bar-sur-Aube, y

dirigir sus pasos á Paris. Colocó á su segunda hija, de tres años de edad, en un cesto, que colgó de la ventana de una alquería, y partió, cogiendo de la mano á sus otros dos hijos y seguido de su mujer, que se hallaba en cinta.

A su llegada, los infelices estuvieron á punto de perecer de necesidad: la madre dio á luz un nuevo hijo, y el padre, moribundo, fué conducido al hospital Hotel Dica, donde concluyó en breve sus días.

La caridad de la marquesa de Boulainvilliers proveyó á la subsistencia y educación de los pequeños huérfanos. El niño fué colocado en la Armada, y habiendo muerto el recientemente nacido, se mandó por la niña que había quedado suspendida en el cesto, y ella y la mayor quedaron bajo la custodia de aquella caritativa señora.

En 1775 d'Hozier examinó los documentos de aquella familia, y habiendo testificado la legitimidad de la genealogía del joven Valois, cuyos títulos se exhibieron ante el rey, se concedió á aquel, teniente ya en aquella época, una pensión de 800 libras y otra igual á cada una de sus dos hermanas.

Juana de San Remy casó con un gendarme llamado Lamotte, cuyo padre, desde los puestos más inferiores había ascendido hasta el grado de teniente coronel, y fué muerto en la batalla de Mínden. La meritoria muerte del padre valió al hijo una pensión de mil quinientos francos, que no le bastó, sin embargo, para impedirle á contraer numerosas deudas.

Su casamiento con la descendiente de sangre real, llenó su imaginación de ambiciosas esperanzas, y anteponiendo á su

nombre el título de conde, se presentó con su mujer en París con la esperanza de obtener nuevos favores. Los amigos, sin embargo, se cansaron de sus repetidas exigencias, y después de perder algunos años arbitrando los medios más difíciles para ocultar su precaria situación, su mujer se presentó al cardenal de Rohan solicitando su mediación en calidad de gran limosnero, para obtener del rey algún auxilio más con que poder sostenerse.

Esta peligrosa sirena, sin ser hermosa, poseía un rostro inteligente y simpático: se hallaba en la flor de su edad, era de mediana estatura, de ojos azules, cabello castaño, y de agradable complexión, se expresaba con facilidad y elegancia, y sobre todo con una sencillez y franqueza aparentes, que persuadían á todo el que la escuchaba. El príncipe cardenal, de noble y generoso corazón, en cuyas cualidades se distinguía aún más cuando se trataba de una hermosa dama, conmovido por las desgracias de aquella descendiente de reyes, le hizo un anticipo de dinero y le procuró otros varios recursos para atender á las más inmediatas necesidades de su familia.

Esta benévola recepción de su eminencia, y las crecientes necesidades de la recurrente, animaron á ésta en la repetición de las visitas. La dama sondeó muy luego los puntos vulnerables de su protector. El la aconsejó que recurriese personalmente á la reina, y lamentándose de no poder procurarle por si mismo una audiencia, descubrió patentemente el sentimiento que le causaba el desvío de la soberana, que decía le amargaban todos los instantes de su vida. Esta amistosa manifestación, fué el origen de su ruina y la base en que el enemigo fundó la máquina de un crimen que quizá no tiene igual en la historia.

Algunos días después, Mad. Lamotte volvió con la noticia de que había logrado hablar á la reina, y que en la benevolencia con que la escuchaba, se atrevió á nombrar al cardenal como á uno de sus bienhechores, y á indicarla que el pesar en que aquel vivía, podría afectar seriamente su salud; y, finalmente, que había obtenido permiso para llevar su vindicación a su majestad.

Increíble parece que una persona de la elevada posición del cardenal, y que poseía el prestigio reunido de las casas de Montmorency, Soubire y Guémenée, llegase á creer que una pobre mujer desvalida de todo punto, pudiera alcanzar lo que él y sus influyentes amigos habían pretendido inútilmente por tanto tiempo, pero no pararon aquí la ligereza y credulidad del cardenal; y quien miraba como á un dios al charlatán Cagliostro, no es de extrañar que cayese en una red, cuyo cebo era nada menos que el objeto más predilecto de su vida. La relación del tentador era seductora y cual convenía para el ánimo de aquel sugeto. — «¡Cuántas gracias os debo, príncipe, por el consejo que me disteis de presentarme á la reina y exponerla mis desgracias! Fui primero á ver a la tía del rey, para obtener su mediación, y cuando me hallaba en este paso, se me representaron con tal viveza mis desgracias y sufrimientos, que sentí faltarme las fuerzas y caí desmayada. S. M. entró casualmente en aquel momento, y habiendo mostrado el mayor interés por mí, me mandó que volviese á verla, y habiéndolo verificado, se sucedió la ocasión de otras dos visitas más, hasta haber llegado a obtener la entrada permanente en las habitaciones de S. M., y la creencia de que merezco firmemente su confianza.»

Este debut obtuvo el éxito apetecido; la protegida se elevó al rango de protectora. Sus relatos fueron expuestos con tal gradación, que el príncipe no pudo menos de considerarla la mejor

medianera, no solo para lograr su admisión en la corte, sino para obtener el puesto más elevado á que su ambición pudiese haber aspirado; y así la dio sus instrucciones acerca de cómo debía conducirse para nombrarle con frecuencia en sus conversaciones con la reina, y para describirla del modo más simpático posible la ansiedad en que vivía por reconciliarse con S. M.

La subsiguiente relación de Mad. Lamotte fué en extremo satisfactoria. La justificación del príncipe escrita por él mismo, con el fin de templar la animosidad de la reina, había sido puesta en manos de S. M., y fué recibida con tal benevolencia, que se suplicó una contestación Mad. Lamotte se aseguró previamente de que el cardenal no conocía ó no recordaba la letra de la reina.

El contenido era el siguiente: «He visto vuestro escrito y me complazco en reconocerlo inocente. No puedo, sin embargo, concederos todavía la audiencia que me pedís, y os mandaré avisar cuando las circunstancias lo permitan. Entretanto guardad en esto la mayor reserva.»

Estas cuatro palabras produjeron un verdadero éxtasis en el ánimo del cardenal. Convencido de que Mad. Lamotte entraba diariamente en el cuarto de la reina, y reconociendo en ella talento y genio para la intriga, consideraba muy natural que hubiese merecido las simpatías de la soberana, y que esta la adoptase como uno de tantos instrumentos inteligentes y activos que pululan en los palacios. Siguiendo el consejo de aquella, expresó en un escrito su satisfacción y gratitud.

La correspondencia, una vez comenzada, siguió adelante, y tan expresiva de parte de la reina, que el cardenal, con fundamento,

creyó haberla inspirado una ilimitada confianza. Cuando Mad. Lamotte le consideró suficientemente preparado, aventuró un billete con una petición, que para cualquiera otra persona hubiera sido la piedra de toque de aquellas falsas negociaciones. La reina, deseosa de socorrer á una familia desgraciada, y no teniendo fondos suficientes á mano, comisionaba al gran limosnero para obtener un préstamo de 60.000 francos y remitirle esta cantidad por conducto de Mad. Lamotte. Por más absurda que parezca esta supuesta pretensión de parte de una reina, que tenía á su disposición el tesoro real, es lo cierto que el cardenal la dio un entero crédito. Este contrató el empréstito por sí mismo, y remitió el dinero á Mad. Lamotte, que le llevó en cambio un billete con las más expresivas gracias.

Se necesitó de un segundo préstamo de igual cantidad y para el propio objeto que el anterior por un tiempo determinado, del que se hacia mención en el billete, y el cardenal solícito por servir á su soberana, logró obtener de un judío el dinero que nuevamente se le pedía. Este servía efectivamente para el socorro de una familia desgraciada, que solventó cuantiosas deudas y se procuró algunas comodidades; pero la embaucadora no se atrevió á desplegar un gran cambio en su manera de vivir ante su víctima, y todo lo que podía llamar su atención en tal sentido se atribuyó á la munificencia de S. M.

Deseosa de presentarse con toda ostentación á los habitantes de Bau-sur-Aube, donde había vivido tanto tiempo en la pobreza, aquella astuta mujer insinuó al cardenal, por medio del acostumbrado billete de la reina, la conveniencia de que se ausentase por algún tiempo, á fin de que S. M., después de bien preparadas todas las cosas, pudiera recibirle sin inspirar la menor sospecha. El cardenal partió inmediatamente para la

Alsacia, y no bien lo había verificado, cuando la pareja Lamotte hicieron otro tanto en dirección á Bar-sur-Aube en lujosos carruajes y acompañados de criados con librea, para lucir todo aquel boato entre sus antiguos convecinos. Allí amueblaron una casa suntuosamente, desplegaron gran lujo en ropas, joyas y vajillas, y hablaban sin reserva en justificación de su opulencia, de la bondad y generosidad de S. M., que no podía consentir, decían, que los descendientes de los Valois permaneciesen en la oscuridad y la pobreza.

Si las cosas no hubieran pasado más adelante es probable que toda aquella intriga habría sido muy pronto descubierta; pero la supuesta condesa alentada por el éxito de sus planes, había resuelto extenderlos á más altos designios.

Los joyeros de la corte, cansados de la esterilidad del gran capital que habían invertido, atendieron con gusto las insinuaciones de un encargado de Mad. Lamotte, segun las cuales una señora de gran influencia en la corte tomaría á su cargo la negociación del collar. El resultado de este paso fué que los joyeros visitaron a Mad. Lamotte, y anticiparon la promesa de un gran regalo para la persona que lograra realizar la venta; pero aquella prudente señora *se mostró enemiga de mezclarse en tales asuntos...* y concluyó ofreciendo que lo pensaría detenidamente. Algunos días después se presentó á los joyeros, anunciándoles que aquella misma mañana iría un gran personaje á inspeccionar el collar y á tratar de su compra, como se le tenía encargado. Al mismo tiempo que esto sucedía, el cardenal recibió el acostumbrado billete de filetes dorados, cuyo contenido era como sigue: «No ha llegado aún la ocasión deseada, pero activad la vuelta para un asunto de mi particular interés que no quiero confiar más que á vos. La condesa de Lamotte os dirá los pormenores de este

secreto.» La firma de este billete, como la de los anteriores, bastaba para haber inspirado recelos en el ánimo del cardenal: la reina firmaba siempre *Maria Antonieta*, y el ignorante falsario había puesto el aditamento *de Francia*, que nunca usó aquella señora.

Pero el cardenal estaba ciego y corrió á París, gozoso de poder ofrecer un testimonio más de obediencia á la reina, causando el asombro de sus amigos con su inesperada vuelta, como aconteció con su intempestiva partida.

No bien llegó, cuando se le informó de que la reina deseaba adquirir á toda costa la posesión del collar, y que siendo su propósito comprarlo sin que el rey lo supiese, lo iría pagando con los ahorros de su asignación. Se había acordado del gran limosnero para aquella comisión, con la mira de ofrecerle una muestra del favor y confianza que la merecía. Al efecto, debía recibir una autorización escrita y firmada por la reina, cuyo documento conservaría hasta el completo pago de la cantidad; que trataría el precio de éste con los joyeros en cuatro plazos, sí bien el primero no se haría hasta el día 30 de Julio de 1785. Era indispensable la reserva del nombre de la reina en aquella negociación, y por tanto el contrato debía estenderse exclusivamente a nombre del príncipe cardenal; la autorización secreta firmada por la reina era suficiente garantía, y el encargo era la prueba más evidente de la confianza que merecía.

El incauto cardenal se apresuró á llenar su cometido. La negociación con los joyeros empezó á mediados de Enero de 1785, y después de algunas discusiones y la interpolación de varios billetes regios, se terminó el trato, recibiendo el collar el cardenal el día 1.º de Febrero. Se rebajaron 200.000 libras del

precio primitivo, se fijó el pago en cuatro plazos, y la firma del cardenal respondía de todo el importe. A los joyeros, sin embargo, se les dio conocimiento de que el collar era para la reina, y que por su cuenta se había comprado, pues el príncipe les exhibió la autorización, aunque encargándoles al propio tiempo la mayor reserva del negocio, *excepto á la reina*: excepción que le valió de mucho en los acontecimientos ulteriores.

El día señalado para la entrega del collar á la reina, era la víspera de una gran fiesta, en la que decía Mad. Lamotte, lo quería aquella estrenar. El estuche que encerraba aquel tesoro debía llevarse á Versalles á la habitación de Mad. Lamotte, quien lo entregaría á la persona que S. M. enviaría con tal objeto. La escena se preparó perfectamente, y fué desempeñada con toda verosimilitud; el cardenal, puntualmente prevenido de la hora, llegó al anochecer seguido de su criado, que llevaba el consabido estuche; lo tomó de manos de aquel a la puerta, y despachándolo desde allí entró solo en la casa. Mad. Lamotte le recibió en un gabinete, cuya puerta daba en frente de una pieza que estaba á media luz, donde la actriz debía ejecutar la parte más importante de su papel. Pasaron algunos minutos, se abrió una puerta, se oyó una voz que anunció «un mensajero de la reina,» y se vio entrar á un hombre. Mad. Lamotte se adelantó y colocó ceremoniosamente el estuche en las manos del recién llegado, que se retiró inmediatamente. El cardenal hubiera jurado que la persona que vió desde el gabinete á través de las vidrieras, no era otro que el criado de confianza de la reina.

Desde la adquisición de los 120.000 francos, Mad. Lamotte alquiló una habitación en Versalles, diciéndole al cardenal que la reina, á fin de tenerla cerca, suplía ampliamente á todos sus gastos. A fin de corroborar sus aserciones, le prevenía de vez en

cuando que la reina la invitaba á acompañarla en Trianon, y el alucinado cardenal cometía la simpleza de disfrazarse para verla entrar y esperar á que saliese. En una ocasión de aquellas, la seguía á cierta distancia desde Trianon un hombre que ella dijo era el criado de la reina. Pero entonces no había tenido lugar todavía la negociación del collar, y aquellos no eran sino los pasos preventivos que debían conducír á ella. El supuesto criado de la reina era un gendarme llamado Villete, amigo de Mad. Lamotte, compañero de su marido, y el actor cómplice de ambos, pues él era el amanuense de los billetes de filete dorado, y de la autorización firmada «*Maria Antonieta* de Francia.» Para el mejor éxito de su plan, Mad. Lamotte hizo conocimiento con el conserje de Chateau Trianon, á cuya familia visitaba cuando el príncipe creía que iba á ver á la reina.

La fecunda imaginación de aquella mujer no olvidó ningún recurso de cuantos podían emplearse para fortalecer la fe y excitar más y más las esperanzas de su víctima. Ella había observado que la reina, cuando pasaba de sus habitaciones por la galería á la capilla, tenía la costumbre de hacer un movimiento de cabeza que repetía al llegar al Ojo de Buey. Al anoecer del mismo día que se remitió el collar, se encontró con el cardenal en la azotea del castillo, y le dijo que la reina estaba loca de contenta. Su majestad no podía por entonces hacer manifestación alguna acerca del collar; pero que sí al día siguiente se situaba en un punto conveniente del Ojo de Buey, vería cómo S. M. le significaría su reconocimiento por medio de un movimiento de cabeza. Que en cuanto al collar, no había juzgado prudente ponérselo todavía, hasta que se le ofreciese ocasión de dar conocimiento de su compra al rey. El hombre predispuesto a creer se deja convencer fácilmente. El cardenal notó el

movimiento de cabeza de la reina y quedó satisfecho de que iba dirigido á él.

Siendo molesta á los Lamotte la presencia del cardenal para entregarse libremente á sus negocios, le obligaron á partir de nuevo para la Alsacia, por medio del consabido billete regio.

El collar fué llevado á Londres por M. Lamotte, y como hubiera sido peligrosa su venta, lo deshicieron, reservándose los tres cómplices las piedras más menudas para su uso particular en brazaletes, sortijas y otros objetos en que las hicieron montar, y vendiendo lo más granado á diferentes joyeros. El importe en dinero, dado á interés con garantía, producía una renta considerable.

A todo esto, la tempestad se cernía sobre la cabeza de aquellos malvados, y amenazaba también al imprudente cardenal. Este apremiaba con urgencia á los joyeros á presentarse a la reina en la primera oportunidad que se les ofreciese, para darle las gracias por la honra y favor que les había dispensado, ó cuando menos, á dirigirse a ella por escrito con aquel objeto.

Lo hicieron así, y en breve fueron llamados á la presencia de S. M. para dar explicaciones sobre el contexto de su escrito, que era para ella un verdadero enigma. Los joyeros, pues, enteraron a la reina de los pormenores sobre la venta del collar con la mediación del cardenal. Esto ocurría á primeros de Julio. Desde aquel momento, María Antonieta apareció representando un papel indigno de un soberano, cuyo primer deber es la justicia libre de toda extraña influencia, cualquiera que sea el sugeto en quien haya de recaer. Sí la reina hubiese seguido los preceptos de la razón y la equidad, podía haber traído al que aparecía

culpable á la presencia del rey, del príncipe de Soubise y de la condesa de Marsau, sus parientes, y ante ellos tratado el asunto, se hubiera puesto en claro la verdad de sus antecedentes y se hubiera castigado á los autores del fraude. Si además la reina quería humillar al cardenal, lo habría conseguido también de aquel modo, porque éste se hubiera visto precisado á renunciar sus cargos y retirarse á su diócesis, como el soberano tenía derecho á exígírselo, y así la poderosa casa de Rohan no habría tenido motivo fundado de queja; pero de esta manera es consiguiente que estaba de más la Bastilla, que no habría habido causa criminal y que habría faltado el *escándalo*. María Antonieta desgraciadamente se dejó guiar por los dos enemigos más encarnizados del cardenal, y las consecuencias fueron tales, que dejaron en su nombre la mancha de una duda permanente.

El barón de Breteuil, á la sazón ministro, que había buscado siempre ocasión de derrotar al cardenal, trató de inculcar en el ánimo de la reina que lodo era obra suya, con el objeto de levantar fondos sobre el valor del collar para salir de los apuros pecuniarios en que se hallaba. Si se le acusaba inmediatamente de fraude, se libraba del cargo negando la aserción de los joyeros de haber obrado en nombre de la reina, pues aquellos no tenían escrito ninguno que lo probase, y el contrato estaba extendido bajo su nombre exclusivamente. Aplazando las cosas, cuando venciese el primer pago era probable que se había de comprometer aún más, quedando tal vez en descubierto, y entonces habría más elementos para un severo castigo. Temiendo la reina que se le escapase la ocasión de una completa venganza, permaneció en silencio, dejando al cardenal á la vigilancia de sus enemigos, y solo pidió a los joyeros una copia del contrato que aquel había firmado.

Entretanto la mayor parte de las piedras del collar habían sido vendidas, y el producto depositado en el Banco de Inglaterra bajo un nombre supuesto, para lo cual sirvieron de mucho los buenos oficios de un fraile capuchino irlandés, llamado Macdermot. Se aproximaba el pago del primer plazo, y el cardenal fué llamado de nuevo a París para proveerse de los fondos necesarios en el mes de Junio. En un billete se le aseguraba que pronto vería realizadas las promesas de la reina; que ésta hacia cuanto podía para atender al primer pago; que había dificultades á causa de ciertos gastos imprevistos; pero que se esperaba reunir los fondos oportunamente.

Esta indirecta tenía por objeto el obligarle á estar prevenido para todo evento. Trescientas mil libras era, sin embargo, un desembolso demasiado fuerte, para quien tenía ya sobre sí una deuda de 600.000 que contrajo con motivo de su embajada, otra de 500.000 por la reedificación de su palacio, y una de 300.000 al judío Cerf-Berr, de la cual habían pasado á manos de Mad. Lamotte las 120.000 libras consabidas. El príncipe empezaba á extrañar que no se notase cambio ninguno ostensible en la actitud de la reina para con él: ni una palabra, ni una mirada, ni muestra alguna de haber vuelto á la gracia de S. M., y por otro lado el collar no había salido á luz todavía. Se hacía necesario algún medio de satisfacerle, y la inventiva de Mad. Lamotte no dejó de proporcionarlo. La reina, por razones que no explanó suficientemente, no hallándose aun en disposición de manifestarle su estimación públicamente, quería concederle una entrevista secreta con el objeto de enterarle de varios particulares que no era prudente se fiasen al papel. La entrevista se fijó entre once y doce de la noche en una alameda de Versalles. Aquella inesperada honra tenia fuera de sí al cardenal: jamás había esperado cita alguna con mayor impaciencia.

Entre las señoras de cierta clase que frecuentaban el paseo del Palais-Royal, el conde de Lamotte tuvo ocasion de conocer a una, alta de cuerpo y de figura elegante, y de un aire y corte de rostro que la hacían muy semejante á la reina. Esta señorita, Mlle. Leguet (a) d' Oliva, fué elegida por los Lamotte para representar á la reina en la nueva farsa que acababan de urdir, si bien ella no estaba iniciada en el secreto de aquella infamia; sabia solamente que el papel que se la encargaba tenía por objeto chasquear á un noble de la corte para entretenimiento de la reina, quien desde un sitio oculto debía presenciar la escena, por cuyo buen desempeño seria sin duda bien recompensada.

Mlle. Leguet fué conducida á Versailles el día designado, y algunas horas antes de la que estaba fijada. Se la hizo ensayar, el papel en el mismo sitio donde debía tener lugar la escena. La enteraron de como un caballero alto, con una gran casaca azul y sombrero de alas caídas, se le acercaría y la besaría la mano con el mayor respeto, y entonces ella en voz muy baja debería decirle: «Solo puedo disponer de cortos momentos; estoy muy satisfecha de todo lo que habéis hecho, y esperó una ocasión para poder recompensaros dignamente.» Al propio tiempo debía entregarle un rosa y una cajita con una miniatura. Entonces se oirían pasos de gente que se acercaría de prisa, y ella debería exclamar en voz muy baja como antes: «¡Ahí están las señoras de Artois! ¡Es preciso separarnos!»

En Versailles era sabido que la reina paseaba en las alamedas con las citadas señoras a horas avanzadas de la noche, en cuya circunstancia se fundó la verosimilitud de aquel engaño.

Á la hora convenida el cardenal esperó algún tiempo á la condesa, que debía reunirse á él en la azotea para enterarla del estado de las cosas. Su aliada al fin compareció en aparente estado de agitación, diciéndole que no había tiempo que perder; que la reina estaba muy disgustada por no poder disponer del espacio que deseara en la entrevista, á causa de que las señoras Artois se proponían acompañarla, que se apresurara a acudir al sitio señalado, á donde iría S. M. á reunirse separándose de sus acompañantas con cualquier pretexto por algunos momentos. La escena tuvo lugar en su totalidad como había sido planteada; los Sres de la Motte y Villette fueron las personas que se oyeron acercarse en el momento conocido, y que en lugar de las señoras de Artois truncaron de golpe el delicioso *tête á tête* del cardenal con la supuesta soberana.

Plenamente satisfecho del estado de las cosas el ofuscado príncipe, se lamentaba amargamente á sus confidentes de la importuna interrupción de que había sido víctima privándole de exponer á la reina sus cordiales protestas de adhesión y lealtad, de cuyos sentimientos estaba dispuesto á ofrecer nuevos testimonios á S. M. Comprendiendo que ésta sufría alguna inquietud por la dificultad en que se hallaba de hacer el pago de las 300.000 libras, quiso tomar á su cargo el empréstito de esta suma. Un billetito vino oportunamente á enterarle de que era imposible proporcionarse la totalidad de aquella suma, pero que si se lograba obtener la prorroga de un mes, el joyero recibiría á fines de Agosto 700.000 libras en lugar de las 300.000 que correspondían pagarse en Julio; y al mismo tiempo se ofrecían 300.000 libras al contado por razón de intereses. Esto era cuánto la reina podía hacer por entonces.

La señora de Lamotte sacrificaba 30.000 libras de las cuantiosas sumas que había realizado por las ventas, a fin de ganar el mayor espacio de tiempo posible para arreglar sus asuntos y retirarse de los negocios. Empezaba á sentir alguna inquietud, y deseaba ponerse en salvo; pero ya no era tan fácil conseguirlo como ella se imaginaba. Los joyeros tomaron las 30.000 libras, de cuya cantidad dieron recibo al cardenal; pero rehusaron conceder prorroga alguna conforme á las instrucciones que se les tenían comunicadas. Muy al contrario de hacer concesiones, desplegaron un apremio angustioso para el cardenal: todas las mañanas se le presentaban en la alcoba con la obligada peticion del pago, del que no podían prescindir, porque contando con el importe del primer plazo habían contraído compromisos á que honradamente no podían faltar. Finalmente le amenazaron con hacer uso de los derechos que les concedía el escrito del cardenal. Soliviantado el príncipe, replicó que él a su vez haría uso de sus derechos... con lo que lograrían dar un escándalo en perjuicio de la reina, pues en cuanto á él quedaría justificado desde luego en su calidad de mero agente en aquel negocio. «¡Cómo! exclamó; ¿después de tantas visitas á S. M. con este motivo, no la habéis hecho comprender la difícil situación en que os coloca su falta? —“¡Ah! señor, le replicaron; es el caso que habiendo tenido la honra de hablar á S. M. sobre esto asunto, nos negó que jamás os hubiese encargado semejante comisión, ni que hubiese visto ni recibido el collar de que se trata. ¿A quién, pues, señor, habéis podido entregarlo?» El cardenal se sintió herido como de un rayo: replicó, sin embargo, que él mismo había puesto el estuche en manos de la señora de Lamotte, y visto como esta lo entregó al criado de la reina. — «Eso no puede ser, exclamó; tengo en mi poder la autorización de la reina y ella garantiza mi conducta.» «Si no contais, señor, con mas garantías que esa, replicaron los joyeros, tememos con fundamento que habéis sido vilmente

engañado.» Desde aquel día no volvieron más á casa del cardenal.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Junio de 1871, Año XV, Numero 12. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 11-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

La señora de Lamotte se trasladó á Bar-sur- Aube para poner a recaudo sus mejores efectos, é informada de lo que había pasado con los joyeros, corrió á Paris provista de una nueva invención para vindicarse y complicar aun más la situación del cardenal si fuese necesario. Llegó á medía noche á casa del gran limosnero con los cabellos en gran desorden y anegada en llanto como presagiando un terrible desenlace. “Acabo de ver á la reina,» exclamó desde luego, la he descrito los apuros áe Boehmer, la imposibilidad en que os halláis de cumplir con él, y el escándalo que nos amenaza, y asombraos, señor, como yo de la respuesta

de la reina; dice que pues se hallan así las cosas, negaría haber recibido el collar o dado la autorización para comprarlo, y para su propia justificación mandaría prenderme aunque hubiera de causar mi ruina. Este golpe me tiene aterrada: no tengo valor para volverme á mi casa, temiendo que ya la hayan cercado los emisarios de la reina; así que vuestra eminencia me habrá de permitir que me guarezca de esta casa hasta que pueda acordar con mi marido los medios de evadirme de la injusticia que nos amenaza.

Aun otra vez el cardenal cayó en el lazo: no le parecía probable que ella tuviese participación en el engaño, cuando venía por sí misma á ponerse en sus manos; pero en realidad, todo aquello no era sino un ardid para colocarse en buen lugar y hacer recaer sobre el cardenal toda la criminalidad del hecho. En la prisión declaró que el príncipe la tuvo encerrada por espacio de veinticuatro horas para impedirla que revelase como había estado ocupada por él en la venta de los diamantes, y que se habia visto en el mayor apuro para lograr su evasión.

Esta nueva escena tuvo lugar á principios de Agosto. El estado de ánimo del príncipe no es posible describirlo. Cuando recordaba la escena de 1a alameda, el ayuda de cámara, los billetes, no podía creer que fuese víctima de los engaños de la condesa, y por otro lado la actitud de la reina con el premeditado designio de arruinarle, le parecía igualmente increíble. Entretanto el barón de Breteuil habia redactado un memorial al rey describiendo los hechos con los más negros colores que le fué posible en su calidad de enemigo; pero con toda intención no fué presentado hasta el día 14, a fin de que el arresto del acusado se verificase el 15, día de una gran fiesta en que el cardenal debía

oficiar de pontifical en la real capilla, con asistencia de toda la corte.

En la mañana del citado día 15, mientras que el gran limosnero se hallaba esperando el momento de acompañar al rey á la capilla, fue llamado a la cámara real, en donde se encontró con Luis, María Antonieta, el barón de Breteuil y otros **dos dignatarios de** la corte. El rey le dio á leer las declaraciones de los joyeros y de San James; un banquero de quien el príncipe había pretendido obtener 300.000 libras para la reina, y cuando las hubo leído, le preguntó si tenía algo que decir en contra de aquellas acusaciones. «Son exactas, señor, respecto á los puntos más materiales,» replicó el cardenal: «Yo compré el collar para la reina.» «¿Quién os comisionó para ello? exclamó la reina. «Vuestra majestad, por medio de un escrito qué conservo en mi cartera de bolsillo en París.» «Ese escrito, repuso la reina, es falso.» El cardenal, que todavía conservaba sus ilusiones sobre lo pasado, dirigió á la reina una mirada quizá más significativa de lo que permitían el respeto y la etiqueta, y entonces el rey le mandó salir. Algunos minutos después fue arrestado y conducido á la Bastilla.

Pocos despues, también la señora de Lamotte fue presa en Barsur-Aube. Entre los singulares caracteres de este extraordinario negocio, no es el menos notable el hecho de hallarse aquella mujer en su casa haciendo los honores á una numerosa reunión de amigos, tan tranquilamente como si nada hubiese de temer en el mundo. Ella debía tener indudablemente noticia de la prisión del cardenal: había enviado á Villete y a la señorita Liguët al extranjero: su marido se había fugado el día 18, y nada se oponía á que ella le acompañase. Sin duda creyó que hallándose ausentes sus cómplices, podría arrostrar la causa

victoriosamente y hacer caer toda la culpabilidad sobre el cardenal. Si no pudo conseguirlo, logró al menos con esta decisión, con la sangre fría que conservó en las pruebas y en sus exclamaciones contra la reina, cuando se la leyó la sentencia, que fueran muchas las personas que creyesen se la había asegurado la impunidad si conseguía hacer recaer sobre el cardenal toda la odiosidad del crimen. Esta monstruosa acusación, falsa sin ningún género de duda, no hizo sino agriar aun más la animosidad de la corte contra el cardenal.

La señora de Lamotte fué encerrada en la Bastilla el día 20. Cuando se la tomó declaración, negó al principio tener conocimiento alguno del collar, de su compra, ni de su ulterior destino, si bien admitió que ella y su marido habían sido empleados por el cardenal para la venta de una cantidad de diamantes sueltos. Más adelanté dijo que el cardenal había comprado el collar para venderlo en fracciones y ver si conseguía mejorar la situación de su casa, y que en todo había obrado con anuencia de Cagliostro, á cuyo poder pasaron los fondos. Que en cuanto á ella, no era cierto que hubiese hecho nunca mención del nombre de la reina, ni de que hubiese sido recibida por ésta, etcétera. Aunque sus declaraciones eran contradictorias, el tono de su voz se imponía por una irpnía y una impudencia inaudita. Por consecuencia de su declaración, Cagliostro y su mujer fueron conducidos á la Bastilla, en donde permanecieron muchos meses, á pesar de que nada resultó probado en contra suya. El cardenal, que tenía una gran fe en el arte cabalístico de aquel célebre impostor, debió de haber consultado con él, y probablemente el oráculo contribuyó á fortalecerle en la esperanza de reconquistar la gracia de la reina.

Las familiares relaciones que habían existido entre el cardenal y la señora de Lamotte eran bien conocidas; pero no ha podido nunca asegurarse hasta qué punto los amigos de aquel pudieron penetrar la realidad de los hechos. La totalidad del negocio, aparentemente, continuaba envuelto en el misterio. Los joyeros habían tratado solo con él; la reina nada tenía que ver en el asunto, y a este testimonio se nota la contradicción que la señora de Lamotte oponía á la declaración del cardenal. Aquella y Gagliostro se dirigían las más tremendas invectivas, sacándose á reducir sus vidas con gran fruición del público, amante del escándalo; pero con esto ni se avanzaba en el asunto del collar, ni nada resultaba concluyente contra el cardenal, aunque su posición era en extremo precaria, hasta que surgió un rayo de luz de donde menos podía esperarse. El padre Lothl vecino de la señora de Lamotte, á quien ésta imprudentemente consultaba, reveló á los amigos del cardenal el papel representado por Villette y la señorita Léguet en sus enredos, una vez puestos sobre las huellas de la intriga, los partidarios del cardenal dieron muy luego con los cómplices, y así sucedió, arrestando á Villette en Ginebra y á la señorita Leguet en Bélgica. Sus revelaciones cambiaron el aspecto de las cosas. Se hicieron investigaciones en Inglaterra, y se probaron las ventas de los diamantes hechas por la señora de Lamotte. Este, sin embargo, es un hecho que la señora Lamotté no negaba, si no que decía haber obrado con su marido como agentes del cardenal. Pero la evidencia de las declaraciones de Villette y la señorita Léguet era concluyente respecto al engaño del cardenal con relación á la reina, y de aquí que los demás hechos se probaron con mayor facilidad.

El testimonio de Cagliostro, no obstante, los esfuerzos de Mad. Lamotte para destruirles, descubriendo el verdadero origen y antecedentes de aquel sugeto, fué indudablemente de gran

influencia en la causa. Consultado Cagliostro en diferentes ocasiones por Mons. de Rohan, llegó á ser el confidente de las nuevas esperanzas de éste, y oyó de los labios de Mad. Lamotte lo que él suponía estarse haciendo en su favor. El *factotum* del príncipe, barón de Planta, juró también la verdad de estos hechos.

Cuando se la careó con estos y otros testigos, abrumada por las numerosas declaraciones que se hicieron en su acusación, depuso el tono de altiva é insolente confianza en que se había sostenido, y se entregó al furor mas descompuesto. «Ya lo veo, exclamó, se ha tramado *un* complot para arruinarme, pero no lo conseguirán sin que antes descorra yo el velo que oculta los nombres de altos personajes.» De esta amenaza no se hizo mención en el registro, pero la culpable se esforzó por repetirla diferentes veces mientras se le hacia lectura de la sentencia.

Durante el término de prueba de la causa, surgió un episodio que amenazaba complicar el procedimiento, pero que al fin fué dejado á un lado como extraño á aquella. Sin embargo, es digno de mencionarse como característico de la portentosa astucia con que aquella mujer condujo sus maquinaciones.

Para salvarse, caso de ser descubierto el fraude, era necesario que probase la criminalidad del príncipe, y á este fin era menester que la conducta de éste tuviese su explicación en un motivo poderoso. Su fecunda imaginación no la faltó jamás; el cardenal tenía una querida, su hijo necesitaba de un padre, y era menester un *dote* para casar á la madre, cubriendo el pasado con un nombre; sus gavetas agotadas no podían suplir esta necesidad, y de aquí la tentación y el fraude para la adquisición del collar. Un aventurero llamado Bette d'Etienville fué detenido en Lille, en

Flandes, y llevado á la Conserjería de París. De sus revelaciones resultó la historia siguiente: Manifestó haber sido empleado por el cardenal como agente matrimonial para buscar un hombre de origen noble que quisiera casarse con una señora hermosa, y joven aun, llamada Mella de Courville de Selbark, madre de un chico de quince años. Que con esta fábula había logrado interesar á un tal barón de Fages é inducidole á procurarse dinero y comprar joyas y buenos trajes por una suma de consideración, con la esperanza de lograr á la semi-viuda y su gran fortuna. Las ramificaciones de esta intriga, cuya heroína se ocultó á todo el mundo, menos al tal llamado agente, eran numerosas, y, según él las relataba, iban acompañadas de las más románticas é inverosímiles circunstancias. La señora de Lamotte, mientras iba envolviendo al cardenal en la red de sus embustes, se proveyó del susodicho personaje, confiándole el lazo que debía tender al barón de Fages, bajo la figura de una hermosa viuda, á quien *no podría ver hasta el día de la boda*.

Este extraordinario drama, cuya actuación ocupó al tribunal y al mundo por espacio de más de un año, tuvo su término el 31 de Mayo de 1786. Como es consiguiente, en las causas que lisongan hasta la saciedad la pasión del público por el escándalo, ní aun los victoriosos pueden gozarse en la satisfacción del resultado. El príncipe cardenal fué declarado inocente de todo fraude, pero ¿quién podía eximirle del ridículo universal que mereció su simple credulidad, y que fué en verso y en prosa la fábula de los parisienses? Obligado por el rey á dimitir su cargo en la corte, fué injustamente desterrado á su abadía de La Chaise-Dieu, situada en las montañas de la Auvernia. La indigna conducta que observí con él la corte, no solo en la forma con que se mandó hacer su arresto y durante el curso de la causa, sino aún despues

de declarada su exculpabilidad, dio pié y casi con fundamento á los más injuriosos comentarios.

La desgraciada mujer que había provocado toda aquella tempestad, fué condenada a la pena de azotes, á la marca del hierro en ambas espaldas, y á prisión por toda su vida. Cuando se ejecutó la segunda parte de la sentencia, arrojó de su boca un torrente de inmundas infamias contra la reina, y aunque fué inmediatamente amordazada, no pudo evitarse que se oyera y difundiese lo bastante en qué fundaar las más viles calumnias. Su marido, escapado en Inglaterra, fué condenado en rebeldía.

Desde allí lanzó la amenaza de publicar un folleto que comprometería grandemente á la reina y al ministro de Breteuil, si no se dejaba en libertad á su mujer. Una tal amenaza, y desde un país semejante, parecía natural que no mereciese sino el desprecio, y, sin embargo, es sorprendente que no solo se facilitó la fuga de la señora de Lamotte á Inglaterra diez meses después, sino que la duquesa de Polígnac pasó el canal y fué a comprar el silencio de aquella infame pareja por una suma de dinero considerable. Es probable que la conducta del baron de Breteuil, el implacable enemigo del príncipe-cardenal, no fuese tan intachable que pudiese resistir la luz publica; pero que la reina, que nada debía temer por aquel lado, se prestase á una transacción tan ocasionada á la maledicencia, es ciertamente reprobable y digno de lástima. El líbello, por fin, circuló, pues aunque fue quemada una de las copias, apareció otra poco tiempo después. Es digna de notarse una circunstancia muy rara respecto de las infamantes *Memorias de la señora de Lamotte*, es que los ejemplares existentes actualmente en la Biblioteca imperial de París, se encontraron en el palacio de Versalles cuando se posesionó de él el Gobierno de la república.

CAPITULO IX.

Siglos XVIII y XIX.

El lamentable negocio del collar en el reinado de Luis XVI, fijó la época de la declinación del lujo en diamantes que había sido el rasgo distintivo de los dos reinados anteriores. Las personas que poseían diamantes, los usaban solo en palacio. Negras y espantosas nubes iban apiñándose en el horizonte. La bochornosa distinción de un traje especial para las personas del tercer estado, tan imprudentemente propuesta por los consejeros de la corona, llenó de indignación á los ofendidos, dio origen á los primeros ataques contra la Asamblea, y fué severamente condenada por Mirabeau en una carta á los constituyentes. El tercer Estado, suplantando en la supremacía á los nobles y al clero, se pasó violentamente a la extrema izquierda. Toda distinción, toda muestra exterior característicos de las diferentes clases de la sociedad, fueron abolidas. La nobleza, el clero, la magistratura y la alta banca, confundieron sus tipos. Los niveladores, llevados del furor de su doctrina, traspasaron todos los límites y proclamaron finalmente su omnipotencia, sometiendo al monarca a la humillación de ponerse el gorro frigio.

A la invasión de tan rudas pasiones, desaparecieron el gusto y la elegancia; los adornos de corte de las señoras, se confundieron sin distincion, y el estilo dominante, bastardo por falta de espontaneidad, se estancó en un amaneramiento ridiculo, incapaz para hallar la uniforme sencillez a que se aspiraba. Algunas sortijas y cajas de rapé o para confites, adornadas de brillantes, y el singular apéndice de dos relojes, uno á cada lado,

con una enorme cadena colgando de cada uno de ellos hasta los muslos, eran poco más o menos las únicas alhajas con que se distinguían las bellas y los elegantes del último periodo de aquel reinado.

Pero aun estos débiles destellos del lujo, se extinguieron totalmente en la tempestad revolucionaria que destruyó todo refinamiento y que bajo el nombre de libertad, solo evocó el imperio de la barbarie.

Con la revolución, la riqueza, el lujo, la competencia y la elegancia desaparecieron totalmente. Las personas que poseían costosos ornamentos tenían buen cuidado de no sacarlos, puesto que hubieran arriesgado nada menos que la vida. Las hebillas de plata en los zapatos, se tachaban de distinción aristocrática, y fueron reemplazadas por cintas. Los pocos diges de que se hacía uso pasaban solo á favor de ciertas formas y nombres adaptados al sangriento furor que dominaba al pueblo: los aretes solían figurar fasces, triángulos, gorros, guillotinas, y se hacían de oro de diez o doce quilates solamente. Aun este bajo metal era demasiado subido para el precio de los asignados, y los joyeros llegaron á quedarse con los brazos cruzados.

El reinado del terror cesó al fin para ceder su puesto al directorio. Del naufragio universal, la sociedad empezó á recoger los elementos dispersos, y se vieron aparecer nuevos grupos en la superficie. De un lado se veía á la *juventud dorada*, compuesta de los restos sobrevivientes de la antigua aristocracia, ó de hijos de las familias más elevadas de la clase media, y del otro la clase de los *negociantes* y contratistas del ejército que, a espensas del pobre soldado y en medio de la penuria universal, supieron acumular fortunas enormes.

Pero, sin embargo, hasta los espectáculos de diversión llevaban todavía el sello de la sangrienta prueba porque la nación había pasado. Dos de los sitios de recreo de aquel tiempo, «El Baile de las Víctimas» y «El Concierto Feydeau,» adquirieron celebridad histórica, considerados como renacimiento del lujo, y como centros de la sociedad aristocrática relativamente. Para ser admitido en «El Baile de las Víctimas,» era menester que el candidato o su introductor, probasen su parentesco con alguna de las víctimas de la guillotina. Además de este lúgubre título, eran de rigor los trajes de luto, y llevar el cabello á la víctima, esto es, cortado al rape de la nuca como lo exigía para su comodidad el verdugo. Pero el luto se fué poco á poco aliviando, hasta dar entrada á los colores vivos, y muy luego se dejaron ver algunos diamantes de montura antigua.

El salon de conciertos de la Calle de Feydeau, era especialmente el punto de reunión de los empleados del Gobierno, los procuradores y jugadores de Bolsa. No se excluía a ninguno, y hasta en la clase exclusiva de que se componía “El Baile de las Víctimas» se admitía á la aristocracia moderna del dinero. Allí el lujo tomó una dirección nueva, surgiendo de orígenes diversos y de educación dudosa.

Bajo la influencia del director Barras, y á su impulso, el renacimiento del lujo tomó un vuelo tan atrevido, que casi tocó el límite de las saturnales. El Gobierno republicano había impreso á las costumbres, á las artes y á las modas, si no el sello clásico de los griegos y romanos, cierto timbre al menos, que era una especie de caricatura de los antiguos. Los directores, los miembros de la Asamblea y los Quinientos, se ataviaban con los gorros griegos y los mantos romanos; sus sillas tenían la forma

de las sillas curules, y hasta los ugieres se difrazaban de lictores romanos con sus faces en la mano.

Las mujeres no se quedaban atrás en aquel movimiento retrospectivo. Los vestidos, chales y zapatos, fueron reemplazados por las túnicas, los mantos y los borceguíes. Los diamantes y las piedras preciosas realzaban el lustre de los nuevos trajes. Pocos eran, sin embargo, y se componían generalmente de los despojos de antiguas y nobles familias, vendidos para reivindicar el patrimonio de sus antecesores, o para comprar el regreso á Francia de algún pariente emigrado, o tal vez para procurarse la subsistencia más precisa.

La montura de las escasas piedras preciosas que se veían, mostraba una completa trasformacion. Los aderezos de los reinados de Luis XV y XVI, no hubieran armonizado bien con los atavíos de las Julias y Aspasia modernas; así que la joyería y la bisutería tomaron el carácter griego y romano, y las diademas, los broches, sortijas, pendientes y agujas para el pelo, se modelaron según las antiguas, tales como se veían en las estatuas y grabados.

Las bellas del directorio sacaron todo el partido posible de las pocas joyas que les quedaron, y se esforzaron en suplir la falta de valor con el tamaño y la profusión. Las que no disponían de joyas antiguas, las suplían con imitaciones. Estaban en gran boga los camafeos en collares, diademas, peines, agujas y en broches para sujetar las mangas á los hombros, á *la griega*, y no se usaba aderezo que no estuviese compuesto de antigüedades legítimas o de imitación. En aquella época se resucitó la moda de las sortijas en los dedos de los pies, y para lucirlas se paseaban las clásicas damas con sandalias por los jardines públicos.

En la mesa de los modernos Lúculos de aquel tiempo; se introdujo otra costumbre singular, no resucitada, sino de nueva invención, y en armonía con los caprichos de los autócratas republicanos. En los grandes banquetes era el colmo del refinamiento que aderezase la ensalada la dama más hermosa entre las presentes, no con los utensilios usados comunmente para removerla, sino con sus propios dedos. Así se hacía indispensable que tales manos que habían de llamar la atención general estuviesen cuajadas de joyas, y especialmente los dedos que debían sumergirse en la salsa.

Estas extravagancias se limitaban á los jefes de la moda, pues no habiendo tenido tiempo de difundirse la riqueza todavía, las clases secundarias se contentaban con joyas de menos valor o falsas. El año VII de la república, la materia de que se componían los pocos diges que dejaban verse, era tan pobre como la mano de obra: las cadenas de reloj, pendientes, medallones, collares y broches de oro esmaltados de negro o azul, y los aderezos de azabache y de coral se componían de oro de baja ley, y eran de muy mal gusto. El lapislázuli y las cornerinas estaban muy de moda.

El año II se usaron con profusión los brazaletes, no como ahora, cada uno diferente, sino iguales, uno en cada muñeca y otro en cada brazo. No eran, sin embargo, de gran valor, pues en lo general consistían en varias vueltas de sartas de coral. Las perlas hicieron su reaparición durante el Consulado.

Bajo el imperio, el arte de la bisutería fué renaciendo poco á poco, si bien continuó la manía por lo antiguo, o lo que por tal era tenido. Las fecundas creaciones del arte de los asirios y etruscos,

no eran todavía conocidas, y aun tardaron más en descubrirse los ornamentos egipcios y griegos. La clásica sencillez fué el furor del día. Los brazaletes en forma de serpientes, las sortijas sencillas, las sargas de coral, los escarabeos y los camafeos, fueron considerados modestos y hermosos, y por espacio de cerca de quince años hubo de ellos una gran demanda. Las perlas también reaparecieron en grandes aderezos.

En la Restauración, y con la vuelta de antiguas familias, salieron de nuevo á luz en la corte los pocos diamantes salvados del naufragio de la revolución. Aquellos vestigios del siglo precedente, producían entre las señoras un contraste parecido al que ofrecían los antiguos gentilhombres de la corte de Luis XVI, á quienes llamaban los *volatineros*, con los hombres del imperio, designados con el injurioso nombre de *brigantes* del Loire.

La dama, orgullosamente adornada con un aderezo del tiempo de Luis XVI, miraba los prendidos griegos y romanos de sus contemporáneas con un desden solo comparable al que mostrara un general de la Santa Cruzada por las charreteras de los modernos imperialistas.

Las novelas de Walter Scott, no solo hicieron una revolución en la literatura, sino también en las modas, y así se vio difundirse por todas las clases la pasión por los castillos, trajes, muebles y joyas tan elegante y minuciosamente descritos por el escritor escocés; de manera que la Edad Media vino a suplantar el dominio del gusto griego y romano. En bisutería no se veía otra cosa que solitarios, cadenas, bolsas, etcétera. Esta moda dio entrada á las piedras de color, y el restablecimiento de las comunicaciones mercantiles, además, favoreció la importación de los topacios, amatistas, berilos y cristales amarillos, que

aunque de bajo precio, eran montados con gran aparato en grandes aderezos.

La Francia estaba tan pobre de diamantes en aquella época, que el regalo de boda que el duque de Berry ofreció á su novia, la princesa napolitana, era de diamantes d'Estrás; y cuando el comercio de París quiso hacer un presente de diamantes por valor de 2.000.000 de reales al duque de Wellington, fué menester pedirlos prestados á la Corona.

Bajo la dinastía de Orleans, con el fin de sacar el mayor partido posible de los escasos diamantes que les quedaron, para que pudiesen competir con los grandes aderezos de pedrería de colores que estaban en uso, se arreglaron en forma de ramilletes, engarzando los diamantes en plata, y recargándoles de este metal alrededor con el objeto de aumentar su efecto y abultar sus dimensiones.

Actualmente, aunque el gusto de la Edad Media no ha desaparecido totalmente, ha perdido su predominio. El arte de la joyería puede decirse que pertenece hoy a la escuela ecléctica, tomando sus formas de todos los países y tiempos, y así está universalmente reconocido que la bisutería francesa aventaja á las demás en reunir á la perfección el buen gusto, la elegancia y la variedad.

Como *especimen* del gusto en la joyería en 1828, suponemos que no desagradará á nuestros lectores conocer el inventario de las alhajas de la señorita Mars, que componían una de las mejores colecciones de aquella época. Este catálogo se publicó con motivo del robo de los diamantes de aquella célebre actriz, siendo la

descripción de ellas tan exacta, que cada piedra de por sí fué perfectamente identificada á pesar de haber sido desmontadas.

1.º Dos sargas de brillantes engarzados: una compuesta de cuarenta y seis brillantes, y la otra de cuarenta y cuatro; ocho ramitos de brillantes imitando espigas, compuestas de quinientos brillantes, poco más ó menos, pesando cincuenta y siete quilates; una guirnalda de brillantes que puede dividirse y usarse en tres adornos diferentes, con tres grandes brillantes, formando el centro de las flores principales, contándose en todos setecientos nueve brillantes de peso de ochenta y cinco quilates y tres cuartos de quilate; una Savigné de oro de colores, en cuyo centro tiene un topacio quemado rodeado de diamantes, de sobre tres granos cada uno, y con caídas compuestas de tres ópalos rodeados de diamantes.

2.º Un aderezo de ópalos compuesto de collar y *Sevigné*, seis brazaletes y pendientes de esmeraldas, peineta, cinturón de plata ajustado con un ópalo en forma de triángulo; el todo montado en oro profusamente tachonado de pequeñas esmeraldas.

3.º Un brazalete gótico de oro esmaltado, con un topacio quemado en el centro, y éste circundado por tres grandes brillantes; cada eslabón del brazalete contiene una esmeralda cuadrada: en cada extremidad del topacio que forma el centro del adorno, se ven dos esferas de oro bruñido, y dos de oro labrado.

4.º Un par de pendientes de girándula, consistiendo cada uno en un gran brillante, y tres brillantes en forma de pera unidos por otros cuatro pequeños. Otro par de pendientes compuestos de

catorce pequeños brillantes imitando un racimo de uvas, cada botón de un solo brillante.

5.º Una cruz de diamantes compuesta de once brillantes, y su anillo de brillantes también.

6.º Un brazalete con una cadena de oro, cuya pieza central es un ópalo fino rodeado de brillantes; el ópalo es oblongo y de montura gótica; el broche es un ópalo.

7.º Un collar de perlas de imitación, con un broche montado con un brillante grande: un par de esmeraldas de forma de pera rodeadas de diamantes rosa.

8.º Un collar de esmeraldas pálidas rodeadas de piedras preciosas; estas no todas bien cortadas; para alargar el collar se añadieron algunas esmeraldas falsas á cada extremo: un par de pendientes en forma de girándulas.

9.º Un aderezo de pequeños rubíes, de los que faltan algunos que se desprendieron; al collar se le unió una cruz pequeña: una peineta cuyos rubíes son *moulé á jour*; los pendientes están compuestos de cuatro pequeños rubíes: todo montado con sencillez.

10. Un brazalete con cinco *nicolos* grabados, montados en planchas de oro cuadradas, con pequeños adornos en los cuatro ángulos y eslabones de oro cincelado.

11. Un brazalete *boune-foi*, con una. Cadena de serpiente imitando serpientes , y un anillo sujeto al brazalete por una cadena.

12. Un brazalete de oro con una greca rodeada de seis cabezas de ángeles grabadas en turquesas, y una cabeza de Augusto.
13. Un brazalete imitando un collar de perro, por broche un camafeo en campo de sárdonica. representando una cabeza de mujer.
14. Un cinturón de plata, un camafeo en campo oscuro, montado en oro, representando una cabeza de mujer.
15. Un brazalete-serpiente, *á la Cleopatra*, esmaltando de negro, con una turquesa en la cabeza.
16. Un brazalete con eslabones cincelados, de color mate, un corazón de oro bruñido por broche, con una turquesa en el centro, grabada con caracteres hebreos.
17. Un brazalete con un trozo de cadena mejicana, y un anillo de oro con una turquesa sujeta al brazalete por una cadena veneciana.
18. Una bolsa pequeña de oro cincelado guarnecida de pequeños rubíes; y con borlas también de. oro; la bolsa se abre por medio de una cadena de mallas.
19. Un alfiler grande de esmeralda, de forma oval, de montura sencilla; la esmeralda de buen color, pero con jardines.
20. Una cadena de oro, eslabones ovales, esmaltada con pequeños eslabones de oro mate.

21. Una cadena brasileña o mejicana.
22. Un anillo con el aro circundado de pequeños diamantes.
23. Un anillo con el aro tachonado de perlas.
24. Un anillo á *la chevalière* con una esmeralda cuadrada entre dos perlas.
25. Un anillo de oro á *la chevalière*, con una cabeza pequeña de Napoleón grabada.
26. Una pequeña sortija *chevalière* con una turquesa cabujón.
27. Una pequeña cadena *chevalière* de oro cincelado; la piedra — un pequeño jacinto oval — se ha caído.
28. Una sortija serpiente á *la Cleopatra*, de oro bruñido, con una pequeña esmeralda cuadrada en el centro.
29. Una sortija con una esmeralda y una perla pequeñas.
30. Un brazalete compuesto de cuatro planchas de oro con charnelas.
31. Dos brazaletes griegos de oro de imitación.
32. Un par de pendientes de estilo gótico, esmaltados de colores.
33. Dos botones grandes de rubíes falsos montados en oro falso.

34. Una cruz á la *Jeannette* con corazón y pendientes correspondientes a la misma.
35. Dos cinturones de hebilla de estilo gótico, uno de oro bruñido, el otro con esmeraldas, ópalos y perlas.
36. Una cruz de oro mate y esmaltes de colores.
37. Una sortija pequeña con una turquesa falsa, y en esta grabada la cabeza de Napoleon.
38. Un frasquito de oro cincelado, de forma de cajita de anises.
39. Un pebetero cuadrado, de tamaño regular, guarnecido de pequeños rubíes.
40. Un collar de dos sartas de coral: un brazalete pequeño de cornerinas grabadas.
41. Una peineta de diamantes rosa de figura D 5, rematada por uno grande, rodeada de otros más pequeños, y un-pentapétalo también de diamantes rosa, los engastes alternados, y en la parte baja una lista de diamantes rosa.
42. Un collar de nueve *placas de* brillantes; en el centro uno que es el mayor: dichas placas unidas por una cadena de diamantes rosa:
43. Un par de aretes de brillantes, cada uno de ellos un brillante rodeado de otros más pequeño.

44. Un collar de perlas de imitación, en el broche dos brillantes grandes unidos por otro más pequeño.

PARTE SEGUNDA.

ORIGEN GEOGRAFICO DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

CAPITULO I.

Ficciones antiguas y descubrimientos modernos.

El origen de los diamantes y piedras preciosas, es decir, su primer descubrimiento, se pierde en la oscuridad de los tiempos. La historia no fija fecha alguna sobre este punto. Entre los antiguos, ningún viajero, ni naturalista, ni historiador, se ha ocupado de minas ni piedras preciosas. Muchos escritores antiguos hablan de estos ricos tesoros y de los usos á que se destinaban, pero ninguno se tomó el trabajo de inquirir noción alguna acerca de su origen geográfico. Los poetas, cuya imaginación sabe suplir los misterios de la naturaleza con la verosimilitud de la invención, llenaron la laguna que había dejado la ciencia, y atribuyeron á toda joya de valor un origen tan ilustre como maravilloso. Así, el diamante, era el nombre de una joven hermosa de la isla de Greta, encargada con otras de la infancia de Júpiter. El dios, que colocó entre los seres divinos a las ninfas y la cabra que lo criaron, no podía dejar aquella joven «sujeta á los males propios de la carne.» El diamante, pues, fué transformado en la sustancia más dura y más brillante de la naturaleza.

Aristóteles confirma con su autoridad el origen que los poetas atribulan a la amatista. Una hermosa ninfa, amada de Baco,

invocó la protección de Diana, y ésta satisfizo a sus súplicas convirtiéndola en piedra preciosa. El chasqueado dios, en memoria de su amor, dió a la piedra el color purpúreo del vino y la virtud de preservar de la borrachera.

La ignorancia en que se estuvo por muchos siglos, sobre el verdadero origen del ámbar, dio pie para un sin número de invenciones. Nicias, el historiador, sienta que el intenso calor del sol en algunas regiones hace traspasar la tierra, y que las gotas coaguladas forman la sustancia llamada ámbar. Aquellas gotas de sudor fueron llevadas por el mar á Alemania. Plinio afirma que es el exceso de jugo qué destilan ciertos pinos. Las versiones de los poetas sobre el origen del ámbar son diferentes. Según algunos, las Heliadas, hermanas de Faetón, aunque trasformadas en álamos en las riberas del Pó, lloraban todavía la muerte de su hermano, y vertían lágrimas de ámbar. Esto, sin embargo, fué seriamente refutado por Teofrasto, que afirma que Faetón pereció en la Etiopía cerca del templo de Júpiter Ammon. Sófocles dice que las gotas de ámbar eran lágrimas de las Maleagridas, hermanas de Maleaguer, que trasformadas en pájaros lloraban la ruina de su hermano. Los Galos se explicaban la formación del ámbar por las divinas lágrimas que vertió Apolo, cuando lastimado de la muerte de su hijo Esculapio, y de la ninfa Coronis, dejó el Olimpo y se fué á habitar con los piadosos Hyperbóreos. Los poetas orientales dicen que es una goma procedente *de* las lágrimas de ciertas aves de mar sagradas.

Cierto abate de exaltada imaginación opinaba que el ámbar no era otra cosa que la miel derretida por el sol, que descendía de las montañas al mar, y congelada por las aguas.

Grande era la perplegidad *de* los antiguos para explicarse la formación de la perla en la ostra, pero llegaron al fin a dar en una conclusion para ellos satisfactoria. La ostra en ciertas estaciones se abria para recibir el rocío.... y la perla era el fruto de esta unión. La perla era grande ó pequeña, y más ó menos pura y hermosa, según el tamaño y pureza de la gota de rocío que la ostra recibía en su seno.

El lapis-lázuli tiene también su origen fabuloso en la India. Un curioso tratado *de*, historia natural sobre varios objetos, llamado Calpayneti, lo explica así:

«Al ruido del gigante hijo de Díti, semejante al rebramido del agitado Océano, nació el listado Vaiduryam (lapis-lázuli) origen de los colores, de brillante y sorprendente esplendor. No lejos del declive del monte Vidura se hallaba la mina de esta piedra preciosa, cuya producción se limitaba á ciertas estaciones, pasadas las cuales se cerraba.

Al principio, desde el momento del rugido de aquel demonio, apareció esta mina instantáneamente y con propiedades eminentes, siendo el ornamento de los tres mundos; pero desde entonces, por el estruendo de las nubes en los meses lluviosos (Julio y Agosto] que imita la voz del príncipe de los demonios, las hermosas joyas *vaidurya* de variado brillo y vivo resplandor, nacen de una multitud de chispas de fuego.»

La situación del Vidura está identificada con la del Monte Rosasa ó pico de Adán en Ceilan.

Es muy difícil, si no imposible, identificar las piedras mencionadas por los antiguos. Se supone que en las Escrituras se

citan todas las piedras conocidas actualmente. Las vestiduras del príncipe de los sacerdotes resplandecían con el brillo de las piedras preciosas, y se ha inferido que los dos ónices grabados á manera de sellos que contenían los nombres de los hijos de Israel, colocados á la espalda del ephod, eran en realidad diamantes. Admitiendo que fuese así, no podemos menos de admitir también que el arte de labrar el diamante era tan conocido de los hebreos de aquellos tiempos como lo es actualmente de sus descendientes holandeses. La piedra llamada shamir, de que hacen mención los Setenta en Jer. XVII, I, y la Vulgata en diferentes pasajes, considerándola un diamante, no se sabe á punto fijo sí era realmente la piedra que hoy conocemos con este nombre.

La misma incertidumbre se ofrece respecto de otras piedras. Los antiguos daban el nombre de *smaraydus*, que suponemos ser la esmeralda, a piedras muy distintas de ésta. Teofrasto habla de una esmeralda de cuatro codos de altura y tres de ancho que el rey de Babilonia envió al de Egipto, Tolomeo Filopator, para la estatua de su mujer Arsinoe, y hace también indicación de un obelisco de cuarenta codos de altura compuesto de cuarenta esmeraldas. Es probable que Teofrasto se refiere al jaspe verde ó á las cristalizaciones de este color que se encuentran á la boca de los volcanes.

La descripción que da Plinio de la esmeralda conviene solo con el peridoto, de color verde amarillento, hallado en la isla de Chipre, y que también se ha llamado esmeralda bastarda.

El záfiro de los antiguos, se supone que no fue sino nuestro lapis-lázuli.

Dejamos á nuestros inteligentes lectores la tarea de conciliar los nombres antiguos con las denominaciones modernas. El silencio observado por los antiguos escritores sobre el origen de las piedras preciosas, puede explicarse en cierto modo por el interés con qué lo ocultaban las naciones dedicadas á su comercio. Cuando ya no pudo ocultarse del todo la verdad, se la desfiguró con las fábulas más absurdas á fin de evitar toda competencia, y quizá también para realzar con lo maravilloso el valor real de las piedras.

El Sirío, o rica esmeralda oriental, se decía existir en minas de oro á que no podía llegarse sin grandes peligros y dificultades, pues las guardaban feroces grifos que por un instinto singular vivían en las entrañas de la tierra ocupados en reunir el oro-y las piedras preciosas, las cuales era preciso arrancarles en una lucha de muerte. Tal empresa, sin embargo, no podían llevarla a cabo los mortales comunes, y era menester recurrir á los Arimaspes, nación de cíclopes pigmeos que salían en legiones a combatir á los grifos, sus naturales enemigos, para despojarles de los tesoros que continuamente estaban amontonando. Algunos suponían que los Arimaspes habitaban en la Escitía, y otros en los montes Ripeos. Cuando se ven tales ficciones apoyadas por el testimonio de escritores graves, como Plinio, Pomponio Mela, Estrabón y Pausanias, no es de extrañar que tardase tanto en desvanecerse la oscuridad que envolvía la verdad de los hechos.

Estrabon asegura que era inevitable la muerte al que navegase hacía la isla de Cerdeña ó las Columnas de Hércules. Esta creencia fué defendida por los cartagineses que, como se ve por sus tratados con los romanos, se mostraban extremadamente celosos de que nadie se acercase á una isla de la que obtenían la piedra sardónica, que era para ellos un artículo importante de

comercio. Por las columnas de Hércules debe entenderse el Sudoeste de España, donde ellos poseían tan ricas minas.

Según Heeren; los etruscos y cartagineses hicieron un gran comercio de diamantes y piedras preciosas que obtenían en parte del interior del África.

El hecho de no haberse hallado una sola esmeralda hasta una época muy reciente, ni entre las piedras grabadas de los griegos y romanos, ni en las ofrendas hechas á los templos, ni en los antiguos tesoros de los reyes, indujo á los mineralogistas á suponer que esta joya no se conoció en Europa antes del descubrimiento de la América. Otros, no obstante, niegan el fundamento de esta suposición, y admiten que se han perdido las minas de esmeraldas de los griegos y romanos. Hasta ahora son muy escasos los conocimientos que poseemos del reino mineral de los países del Asia, África y el Archipiélago. Todavía no se han encontrado los lechos de las grandes sardónicas en que los romanos grababan camafeos tan preciosos, ni se han descubierto siquiera las numerosas minas de cobre que existieron en aquellas regiones, y debemos por tanto proceder con reserva en nuestros juicios acerca de los conocimientos mineralógicos de los antiguos.

Dejando aparte las esmeraldas grabadas de que se hace mención en la historia, y sobre las cuales podrían originarse algunas discusiones, no puede negarse la existencia de las esmeraldas en los tesoros de las antiguas basílicas mucho antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, puesto que la que adorna la tiara del actual Pontífice regalada a su predecesor con motivo de su visita á París en 1804, lleva el nombre del Papa Julio II que murió treinta y dos años antes de la conquista del Perú. No

queremos explicar cómo aquella piedra pasó del tesoro de Roma al imperio francés, pero su existencia basta á probar la de las esmeraldas antes de aquella conquista.

Toda duda queda, sin embargo, totalmente desvanecida desde el reciente descubrimiento de las famosas minas de esmeraldas del monte Zebarah, que solo nos eran hasta hace poco conocidas por las confusas relaciones de los árabes, y alguna indicación que de ellas hicieron los escritores antiguos. M. Caillaud, el incansable mineralogista a quien la ciencia debe la solución de esta cuestión tan debatida, encontró aquellas minas casi en el mismo estado en que las abandonaron los ingenieros de los Tolomeos: una multitud de escavaciones y galerías subterráneas abiertas a una gran profundidad, calzadas de gran extensión, y otras obras importantes, demuestran que se trabajó en aquellas minas en una escala considerable. Las cuerdas, canastas, palancas, piedras de afilar, vasijas, lámparas y otros útiles é instrumentos estaban aun por el suelo, como sí al día siguiente hubiesen de acudir los mineros á continuar su trabajo. La manera de trabajar de los antiguos queda ahora perfectamente comprobada.

Éste importante descubrimiento confirma en todas sus partes el testimonio de Estrabon. Describiendo el istmo, más estrecho en aquel punto que en ningún otro, que separa el Nilo del Mar Rojo, añade: «en este istmo están situadas las minas de esmeraldas y otras piedras preciosas que los árabes extraen por canales subterráneos de gran profundidad.» Esta descripción clara y precisa cuanto puede serlo, se ha comprobado en la reciente visita de M. Caillaud á aquellos lugares.

Cuando M. Caillaud descubrió aquellas minas llevaba solo siete hombres en su compañía. A su vuelta al Cairo presentó al vírey

una preciosa muestra de las riquezas ignoradas que poseía en sus dominios, y estele suplicó volviese allá á dirigir la apertura de las minas. Esta segunda expedición emprendida bajo la especial proteccion del Bajá y con auxilio de suficiente número de soldados, mineros, camellos y todo lo demás necesario se prolongó por espacio de dos meses y medio. El siguiente extracto de la descripción que hace M. Gallaud de su primer descenso, solo, en aquellas cavernas por tantos siglos abandonadas, da una muestra del poder con que reviste al hombre el amor a la ciencia para hacerle acometer todo género de peligros, trabajos y privaciones.

«Al llegar á aquellas cavernas, dice, conocí desde luego que eran minas, aunque sin poder asegurar de qué cláse, porque á primera vista sé descubrían filones de mica, talco y esquistos interrumpidos por las masas de granito que forman el cuerpo principal de la montaña. Ordené á tres *a'babdehs* el trabajo de despejar la entrada de una de las escavaciones, y tendido como me hallaba descansando de las fatigas de aquel día y de los anteriores, hirió mis ojos el verde oscuro resplandor de un fragmento de esmeralda, causándome la sorpresa y alegría que eran consiguientes. Olvidando en mí impaciencia todas mis fatigas, animé a los *a'babdehs* en su trabajo, y poniéndome a ayudarles logramos abrir pronto la entrada de la mina. Mandé encender hachas inmediatamente, y acompañado de mi intérprete y de un *a'bandéh* fui descendiendo por un camino sumamente inclinado. Habría andado escasamente cien pasos, cuando observé que el descenso se hacía peligroso por la inclinación excesiva del camino. El *a'bandéh* asustado nos abandonó, y mi intérprete, vacilando por la angostura del paso, se detuvo poco despues.

Continué solo por espacio de tres cuartos de hora, al cabo de los cuales me encontré con el camino obstruido por enormes masas de mica desprendidas de lo alto, por las que tuve que abrirme paso.

Había caminado como cosa de cuatrocientos pies debajo de tierra con tantas dificultades y peligros, que mis fuerzas desmayaron ante los nuevos obstáculos que encontraba, y me vi precisado á desistir de mi intento. Ya me disponía á emprender mi ascenso de retirada, frustrado en mis esperanzas, cuando entre las masas de mica descubrí él prisma exáedro de una esmeralda, el cual arranqué conservándolo adherido á su ganga. Divagué por espacio de dos horas poco más ó menos en aquellas angosturas, durante las cuales mi intérprete, temiendo por mí empezó á llamarme á grandes voces, que yo no alcancé á oír á la gran profundidad en que me hallaba, y después hizo descender una cuerda en la creencia de que llegaría á mí y podría serme de algún auxilio en mi retirada; pero ninguno de los que me acompañaron se atrevió a penetrar hasta donde yo estaba. Notando que la luz se oscurecía, después de un breve descanso, busqué de nuevo la subida, que me fué en extremo trabajosa.

Al fin, en el profundo silencio que me rodeaba llegó á mis oídos la voz de mi intérprete, que me sirvió de guía para buscar la salida. La primera pregunta que me hizo fué sí habla encontrado muchas esmeraldas, á la que le contesté negativamente, pero de manera que no creyó sino qué llevaba los bolsillos llenos de ellas, lo que fué para él el mayor castigo que podía imponerle por su conducta.»

Al siguiente día nuestro incansable mineralogista descubrió más de cuarenta excavaciones como la que dejamos descrita. Aquellas minas abandonadas por espacio de tantos siglos, están probablemente en su mayor parte llenas de fragmentos desprendidos interiormente, y de piedras arrastradas por las aguas. El monte vecino al de Zebarah está también minado por excavaciones que se extienden á gran profundidad. La esmeralda egipcia se halla incrustada en filones de pizarra micáceo arcillosa que penetran las masas de granito de la formación general. Se la halla también en las cavidades accidentales de algunos granitos, pero las más finas y puras las da el cuarzo hialino.

Está fuera de duda que los árabes conservan hoy las mismas preocupaciones que los antiguos acerca de aquellas minas, con la pequeña diferencia de las creencias mitológicas. Una comisión de los árabes de aquella región que se acercó á conocer los motivos de la visita de M. Caillaud, le amonestaron seriamente á que no durmiese cerca de las cuevas, por ser muy peligroso á causa de las serpientes, lobos, y otras fieras que tenían en ellas su guarida, y por ser especialmente la mansión de los demonios.

Los hombres que componían el acompañamiento de M. Caillaud creyeron tan de veras en la verdad de aquel peligro, que ninguno de ellos cerró los ojos aquella noche, y se la pasaron disparando tiros para alejar á los malos espíritus de que habían hablado los *a'babdehs*.

Al año siguiente, en su segunda expedición, M. Gaillud se enteró de que algunas de las excavaciones tenían la profundidad de 800 metros, y que eran tan espaciosas que podían trabajar en ellas 400 hombres á la vez. A siete leguas del monte Zebarah descubrió algunas otras que contenían minas de esmeraldas

mucho mayores, alguna de ellas con más de cien excavaciones, en las que había comunicaciones en gran escala del interior al exterior para mayor facilidad del trabajo, y calzadas por las que en camellos podían trasportarse provisiones á todos los puntos más distantes de las minas.

Como á cosa de media legua de estas minas M. Caillaud descubrió una torre griega y 500 casas que se conservaban aun en buen estado, a pesar de que según todas las probabilidades hacia mas de dos mil años que se hallaban deshabitadas.

«Los antiguos se cuidaban tan poco de facilitar el trabajo de las minas, que muchas de las que ellos explotaron se mirarian hoy como impenetrables. Los minaros tenían que arrastrarse ó deslizarse ya á gatas, ya echados de espaldas, a lo largo de las estrechas galerías y desviándose en todas direcciones para seguir los filones de talco, mica o pizarra arcillosa, y caminando á veces en aquellas posiciones un trayecto de cuatrocientos ó quinientos pies. Donde se encontraban los esquistos en grandes masas, se hacían grandes excavaciones para que pudiesen operar algunos centellares de hombres, y desde allí se abrían numerosas galerías que se extendían á gran profundidad en forma de laberinto.»

Los exploradores tuvieron que abandonar el trabajo por aquel año á causa de haber faltado las periódicas lluvias propias de la estación. Despues de haber buscado en vano las fuentes que debieron servir a los antiguos mineros del monte Zebaroch, M. Caillaud se vió precisado á retirarse por falta de aquel preciso elemento. De ciento cincuenta hombres y el correspondiente número de camellos con que contaba al principio, quedó reducido al número de treinta, y los envió s donde pudiesen procurarse agua para su subsistencia.

«¿Qué podría yo hacer, exclama, con treinta hombres en aquellas minas inmensas donde podrían emplearse cinco mil solo en la operación de despejar los escombros?»

Según la tradición, Aly Bey trabajó una parte de aquellas minas un siglo antes. M. Caillaud reconoció fácilmente cuatro excavaciones tanto más recientes que las otras cuanto era mas oscuro el color del talco y del esquisto. En el valle de Zebarah, solo se veian ruinas de algunas viviendas, restos de una mezquita, algunas inscripciones árabes, y varios sepulcros musulmanes pertenecientes á una época reciente.

M. Caillaud llevó al baja algunas diez libras de esmeraldas recogidas en las minas del monte Zebarah. Con alguna excepción estas piedras eran de un verde pálido, con jardines y llenas de vetas. Esta clase de esmeraldas es bien conocido en el comercio del Cairo o en Constantinopla, en grandes y pequeñas piezas agujereadas para pendientes. Los arreos de los caballos del Sultan están también adornados con esmeraldas de esa clase procedentes de las minas del Egipto.

La esmeralda puede encontrarse en todos los terrenos graníticos.

En Adoutschelon, en Siberia, se las halla incrustadas en el cuarzo hialino, formando venas en el grafito granítico.

Las primeras esmeraldas conocidas eran procedentes de los montes del África situados entre la Etiopia y el Egipto. La esmeralda del Papa Julio II era probablemente de aquella procedencia. Está cortada en forma de un corto cilindro redondeado en uno de sus extremos, y mide veinte y siete

milímetros en sentido del eje por treinta y cuatro de diametro. Las esmeraldas africanas son mucho menos finas que las del Perú; su color es menos puro, y contienen comúnmente sustancias extrañas que hacen variables sus reflejos. Así, pues, no obstante el descubrimiento de las minas de los Tolomeos, las esmeraldas americanas conservan su gran estimación, y se supone que las minas africanas de donde los antiguos obtenían aquellas preciosas piedras, están todavía por descubrir. Plinio habla de la Escitia como el país de donde en su tiempo se extraían las mejores.

Los Alpes tiroleses en el término de Ried (reino de Baviera) son ricos en esmeraldas de una belleza poco común: hemos visto algunas de aquella procedencia, de un verde oscuro finísimo, y casi sin jardín. Sin embargo en Baviera no se trabajan las minas de esmeraldas, aunque es probable fueran conocidas de los romanos. Los preciados minerales tienen allí su lecho en los flancos de dos altas rocas cortadas perpendicularmente, de manera que no puede llegarse á obtenerlos sino descolgándose con cuerdas y permaneciendo suspendido sobre el abismo durante la operación que es necesario practicar con instrumentos apropiados para arrancarlos de la roca, la cual debió de surgir tal vez del seno de la tierra por efecto de algun cataclismo. En aquel distrito esta peligrosa empresa se llama *abseilen*, de la vez *seil*, cuerda o cable. Éntre las pocas personas que se han arriesgado á ella, hemos visto á una mujer. Aquella heroína vió recompensado su trabajo con un cuantioso número de esmeraldas que logró desprender en el tiempo que duró su expedición aerea y peligrosa.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America. Madrid 13 de Julio de 1871*, Año XV, Numero 13. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 11-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

CAPITULO II.

Geografía de los diamantes (en el mundo antiguo)

El origen de las piedras preciosas permaneció tan ignorado en la Edad Media, como lo había sido en los tiempos antiguos. Los mercaderes venecianos, primeros que navegaron en el mar de las Indias orientales, guardaban el secreto del paraje donde hacían su rico comercio.

En las obras de historia natural de los árabes y los persas, se cita generalmente á Aristóteles como primera autoridad en esta materia, y se le atribuyen con este motivo las fabulas más inverosímiles acerca del origen y cualidades de las sustancias naturales, algunas con justicia, pero las más sin el menor asomo

de fundamento. Así, acerca del diamante, algunos autores refieren que Alejandro, en su visita al monte Zulmeah (otros le llaman Sarandip), donde está situado el inaccesible valle de los diamantes, mandó arrojar á él trozos de carne como único medio de obtener aquellas joyas: los buitres haciendo presa en la carne, á la que se adherían los diamantes, los fueron soltando en su vuelo por diferentes partea del mundo, que son las únicas en que se han descubierto.

Marco Polo, que viajó por la India á principios del siglo XIII, refiere, *poco* más o menos, del mismo modo, la industria de procurarse los diamantés, como que le fué comunicada por los habitantes mismos. «Estos le dijeron que en verano, cuando el calor es excesivo y no llueve, suben á las montañas con gran trabajo y no menor peligro, á causa de las muchas serpientes de que están infestadas. Cerca de la cumbre dícese que existen valles profundos, minados de cavernas y erizadas de precipipios, entre los cuales se encuentran los diamantes, y que las águilas y cigüeñas en gran número tienen allí sus nidos.

Los que van en busca de diamantes, se establecen cerca de la boca de una caverna, y desde allí arrojan al fondo de los valles sendos trozos de carne á la que aquellos se pegan y de la que se apoderan las águilas y las cigüeñas para llévarse la á lo alto de las rocas. Los hombres suben á ellas inmediatamente, ahuyentan los pajaros, y cobrando la carne, hallan comúnmente pegados á ella los diamantes»

Esta velacion sobre la manera de obtener piedras preciosas de un valle inaccesible, es idéntica a un de Sinbad el marino en las noches árabes. Es probable que la historia del valle de los diamantes era corriente en el mundo oriental, pues su

antigüedad está debidamente comprobada por Epifanio en su obra *De duodecim lapidibus rationali sacerdotis infixis*, escrita en el siglo IV.

Los diamantes se han encontrado diteminados en las arenas ferruginosas de los antiguos aluviones y en los lechos de los rios. Desde el descubrimiento del diaasaate como piedra de gran valor hasta el principio del siglo XVIII, algunos ilustres europeos ejercian el comercio de la pedrería con las Indias Orientales, y entre ellos fue el más distinguido Juan Bautista Tavernier. El fué, en efecto, el primero que publicó una descripción fiel y detallada de las minas de diamantes, de la manera de trabajarlas y del comercio á que dieron origen.

Sus viajes, aunque pueden todavía considerarse como autoridad importante en cuanto al ramo de pedrería, son tan poco conocidos, que no dudamos ofrecerán interés para muchos de nuestros lectores algunos extractos de sus obras, y una ligera noticia del autor. Este célebre viajero, cuyas relaciones fueron en su época objeto de grandes elogios y censuras á un mismo tiempo, y cuyo testimonio como joyero y testigo ocular es doblemente valedero, merece un entero crédito en cuanto se refiere á sus propias observaciones, porque ni sus juicios ni su veracidad pueden impugnarse fundadamente. Cuando Tavernier, no obstante, refiere algo por informe de otros, su narración es comunmente exagerada o totalmente infundada. Muchas de sus aserciones, que le atraieron el ridículo de sus contemporáneos, se han confirmado por el testimonio de viajeros modernos.

Juan Bautista Tavernier nació el año 1603 en París, donde su padre, natural de Antwerp, se estableció en el comercio de

mapas. El joven Tavernier aprendió el comercio de la pedrería, y los conocimientos que en ésta adquirió fueron después para él de gran provecho y de recreo al mismo tiempo. Las conversaciones de los concurrentes á la tienda de su padre estimularon su inclinacion natural, y á los 22 años empezó a viajar por Francia, Inglaterra, Países Bajos, Alemania, Suiza, Hungría é Italia. Consumió cuarenta años de su vida viajando por Turquía, las Indias orientales y Pérsia, donde adquirió una gran fortuna en el comercio de las piedras preciosas. A su vuelta á Francia, en 1664, mereció de Luis XIV un título de nobleza, y compró la baronía de Aubonne en el cantón de Berna á orillas del lago de Ginebra.

Había pensado pasar allí entre sus correligionarios (pues era protestante) el resto de sus dias, gozando de la fortuna que tan trabajosamente habia reunido; pero el mal éxito de las empresas de un sobrino suyo, á quien se la habia confiado en su mayor parte, le obligó de nuevo a correr el mundo. Un flete de doscientas veintidós mil libras, del que se había prometido un beneficio de más de un millón en Levante, dio tan mal resultado, que para atender á las pérdidas y habilitarse de nuevo para el comercio, vendió sus Estados, y á la avanzada edad de ochenta y cuatro años partió para Oriente. Creyó, sin duda, que con su larga experiencia y vastos conocimientos del comercio lograría muy pronto reparar las pérdidas sufridas; pero olvidaba que ya carecía de aquella flexibilidad, propia de la juventud, y de la robustez de la edad madura, y la muerte le sorprendió en su camino en Moskow, el año 1689.

En sus seis viajes á Turquía, Pérsia y Oriente de la India durante casi medio siglo, Tavernier, que era observador y de buen criterio, adquirió un gran caudal de noticias útiles é interesantes;

pero como su prolongada ausencia del país nativo y frecuente comunicacion con extranjeros le incapacitasen para editar sus viajes, fue preciso que otros les diesen forma, y los publicasen, y así lo hicieron Chapuzeau y La Chapelle. (3 vol. París 1677-79.)

Tavernier visitó tres minas de diamantes: la de Raelconda, cerca de Visapoor; la de Coloor, en el Circars, hoy de los ingleses, situada como á cosa de 30 leguas al Oeste de Masulipatam, y la de Sumelpoor, ó Guel, al Sudeste y frente á Bengala. Nunca ha podido determinarse de una manera positiva la antigüedad de estas minas.

Los primeros diamantes conocidos en el comercio de Europa se trajeron de los reinos de Visapoor y Golconda. El descubrimiento de la mina que ha dado tanta celebridad á Golconda, se atribuye á un pobre pastor, quien, siguiendo á su ganado, tropezó en un guijarro que le llamó la atencion por su forma, y recogiéndolo lo cambió por un poco de arroz con otro no menos ignorante que él de lo que era aquella piedra. Esta, después de pasar así por varias manos, llegó á las de un mercader que conoció su valor, y que después de muchos informes y diligencias dio con el lugar de la mina. Las escavaciones dieron una tierra colorada, mezclada de guijarros y con intersecciones de venas blancas y amarillas de una sustancia parecida á la cal.

Tavernier creyó haber sido él primer europeo que habia visitado las minas de Golconda; pero no era así, pues un inglés, llamado Methold, estuvo allí antes que él en 1622 y encontró que trabajaban 30.000 hombres en la mina que visitó, que dijo se hallaba solo á dos leguas de la capital. Estaba entonces arrendada á Marcaudar, rico comerciante de pedrería que pagaba al rey trescientas mil pagodas anuales por el derecho de explotación:

las piedras de más de dos quilates se reservaban además para el rey. Marcaudar dividió el terreno en pertenencias cuadradas, cuya explotación subarrendó á otros comerciantes. Se imponían severos castigos á los que intentasen defraudar los derechos del soberano; pero esto no era bastante para impedir que una gran cantidad de diamantes circularan en el comercio sin tocar en las manos del rey. Method vio dos de ellos que cada uno pesaba cerca de veinte quilates, y muchos de ellos diez y doce quilates. Tal era el aprecio que se hacia de las piedras de gran mérito que no obstante el peligro del secuestro, el vendedor obtenía siempre una ganancia considerable.

Las minas de diamantes de Golconda, no se hallan en el radio de la fortaleza, cuyo suelo nunca ha producido piedras preciosas de ningún género, sino en la base de los montes del Neela-Mulla, cerca de los rios Krischna y Pomar. Aquel distrito es tan estéril de sí, que probablemente fué un desierto antes del descubrimiento de su tesoro mineral. Cuando Methold estuvo allí, no obstante, la carestía de las provisiones á causa de la gran distancia á que habían de trasportarse, existía una población de unas cien mil almas, cuya mayor parte se componía de mineros, trabajadores y comerciantes. Las piedras se llevaban á Golconda en estado bruto, y allí se tallaban y pulían. Así, siendo aquella ciudad el emporio de aquel comercio, se suponía generalmente en Europa que los diamantes tenían allí su criadero. Las minas que primitivamente produjeron piedras de tanto valor, se hallan hoy estériles y abandonadas. A la salida de Methold de Masulipatam, la mina que él habia visitado á cuatro jornadas de aquella ciudad, se hallaba ya casi extinguida.

Los geólogos modernos son de opinión que las minas de diamantes más ricas existen en los terrenos vírgenes, no

registradas aun por los naturales de la India, que carecen de todo conocimiento científico para dirigir sus exploraciones. Se supone que las extratificaciones de muchos terrenos del país son de diamantes, y que la tierra contiene tesoros inagotables en este género.

La descripción de las minas de Golconda por Tavernier es mucho más circunstanciada. Visitó el Golfo pérsico para especular en el comercio de las perlas, y allí se decidió á continuar hasta Golconda para comprar diamantes y vender al rey las perlas que llevaba, de las cuales la menor era de treinta y cuatro quilates.

La primera mina que visitó fué la de Raolconda, que era entonces la de más fama, y que segun le informaron habia sido abierta algunos doscientos años antes. Se hallaba á cinco jornadas de Galconda y á ocho ó nueve de Visapoor. Hablando de la manera de vender las piedras allí, dice:

«Es curioso el espectáculo que ofrecen por la mañana los hijos de los mineros y de otras personas del distrito.

“Los muchachos, de los cuales el mayor no pasa de diez y seis años, y el menor no baja de diez, se reúnen y se sientan al pié de un grande árbol en la plaza del lugar. Todos llevan el pesa diamantes en un taleguito colgado á un lado de la cintura, y en el otro una bolsa con una cantidad que se eleva á veces de quinientas á seiscientas pagodas. Allí esperan á los vendedores de diamantes, ya sean de la vecindad ó de alguna otra mina. Cuando se les presenta un diamante de venta lo entregan inmediatamente al muchacho de más edad, á quien implícitamente se le reconoce como cabeza de la cuadrilla. Este examina la piedra con toda detención, y después la pasa al

compañero de su lado, que la reconoce á su vez y la entrega al que le sigue, pasando así sucesivamente de una mano á otra en medio de un profundo silencio, hasta que vuelve á parar al primero que la examinó, quien pregunta entonces por el precio y hace la compra.

Si sus compañeros juzgan que ha pagado un precio demasiado alto, está obligado á quedarse con la piedra por su cuenta exclusiva. Al anochecer echan sus cuentas, examinan las compras del día, clasifican las piedras según su color, tamaño y pureza, poniendo á cada una el precio que se proponen obtener por ella, y las llevan después á sus amos que tienen siempre colecciones por completar, y los beneficios se dividen entre los jóvenes mercaderes, con la sola diferencia de que él cabeza de la compañía reporta un cuatro por ciento más que los otros. Estos muchachos están tan al corriente del valor de toda clase de piedras, que si cualquiera de ellos ha hecho alguna compra y desea después cederla, halla siempre alguno de sus compañeros dispuesto á hacerse cargo de ella con la sola rebaja de un medio por ciento del-precio pagado”.

Los trabajadores de las minas están tan miserablemente retribuidos — pues su salario no pasa de tres pagodas al año — que siempre que pueden aprovechan la ocasión de ocultar alguno de los diamantes que se encuentran, lo cual no deja de ser difícil atendido á que su traje se compone solo de una banda de tela de algodón que llevan rodeada á la parte media del cuerpo. Tavernier cuenta de un minero que se escondió un diamante de dos quilates en el lagrimal de un ojo, y sin embargo, fué descubierto.

Los comerciantes que acuden á la mína á comprar no tlenen necesidad de ir en busca de los vendedores, si no que se están en su alojamiento, á donde acude por la mañana el amo de la mina á presentarles muestras. Si se trata de grandes partidas las deja en su poder uno ó dos días para que pueda examinarlas y hacer sus cálculos detenidamente. Pasado este tiempo, si el minero observa en el comprador alguna vacilación recoge los diamantes, los envuelve en una punta de su camisa ó de su faja y se retira. Los mineros nunca ofrecen segunda vez las mismas piedras, y cuando menos las mezclan con otras á fin de poder alterar el precio pedido anteriormente.

La manera de negociar entre estos comerciantes era especial: desde el principio al fin, la transacción se hacia en el más profundo silencio, sentados comprador y vendedor en el suelo con las piernas cruzadas, el uno enfrente del otro.

El vendedor tomaba la mano del comprador y se la metía debajo de su faja, en señal de que la transacción estaba hecha, sin que mediase más instrumento que el de las manos, sin auxilio de los ojos ni de la palabra. y todo esto en medio de la mayor reserva, á pesar de hallarse presentes otros comerciantes. Si el vendedor apretaba toda la mano del comprador, se entendía que el precio convenido era de mil *rúpias o pagodas*, según que habían tratado de una u otra moneda. Cuantas veces le apretaba la mano, se comprendía que eran otros tantos millares el precio convenido. Si le apretaba solo los cinco dedos, era el número quinientos; ciento un dedo solo; cinquenta medio dedo hasta la articulación de en medio, y diez una sola articulación. Sucedió a veces que se trataba la venta de un mismo lote en el mismo sitio con diferentes personas presentes, en presencia de los mismos comerciantes, por siete u ocho veces, y nadie sino las partes interesadas

conocían el precio convenido en cada uno de aquellos tratos diferentes. Nunca ocurría engaño alguno sobre el peso, excepto en las ventas clandestinas, porque había un empleado del rey destinado a pesar los diamantes sin gravamen alguno para los comerciantes, los cuales tenían que someterse a sus decisiones.

La segunda mina que visitó Tavernier fue la de Gani, llamada Coloor por los persas, en el mismo reino, y a distancia de siete jornadas de la capital. En aquella época trabajaban en ella sesenta mil hombres. Su descubrimiento se debió también a la casualidad, un siglo antes de la visita de Tavernier. *EL* primer diamante lo halló un pobre hombre que estaba preparando la tierra para sembrar mijo. El, sin embargo, comprendió el valor de la piedra y la llevó a la capital, donde el tamaño, causó gran sorpresa á los comerciantes, pues pesaba veinticinco quilates, cuando las mayores [que.se](#) habian visto hasta entonces no pasaban de doce.

Otras mucho mayores se hallaron sucesivamente en aquella mina, entre las cuales eran frecuentes las de cuarenta quilates, y Tavernier nos habla de una riquísima regalada por el general indio Mirgimola á Cha-Geban, padre de Aureng-Zebe, después de la traicion que hizo a su amo anterior, el rey de Golconda. En su estado bruto pesó setecientos ochenta y siete y medio quilates.

Aunque de gran tamaño las piedras de aqiel distrito, los joyeros franceses las consideraban inferiores en cuanto a pureza y color, que tiraba á verde, amarillo o rojo.

La tareera y más importante mina que visitó Tavernier, explotada en tiempo de aquel viajero, fué la de Sumelpoor, al Sudoeste y en frente de Bengala, que tomaba su nombre de una

gran aldea vecina: se la llamaba también «Guel,» de un río de este nombre que corre á su pié, y en cuyo lecho se encontraban también diamantes.

Existen otras tres minas además de las que visitó Tavernier: la de Gandicotta, en el antiguo territorio de Tippoo, sobre sesenta millas al Noreeste de Madras, entre Gooti y Ciddalab; la de Beiragoor, treinta leguas al Sud de Sumelpoor; y la tercera, finalmente, situada en el Gangrs, cerca de Panna, como á treinta leguas al Sudoeste de Allahabad.

Las minas de Panna son las que ofrecen más interés para los anticuarios, porque prueban la existencia de los distritos de diamantes en la parte de la India conocida de los antiguos. La región de Panna era la tierra de los prasianos, que constituían la nación más poderosa de la India. Su capital, Patiboihra, en las cercanías de Patna, se mira generalmente como la capital de la India.

El *Jawahir-nameh* describe la manera de trabajar en busca del mineral y el lavado del guijo. La semejanza que existe entre el diamante y el cristal de roca, ambos hijos de una misma matriz, ha dado al segundo el nombre de Kacha o el *inmaduro*, y a la joya verdadera el de Pakka o diamante *maduro*.

En la isla de Borneo existen también minas de diamantes. Durante estos últimos veinticinco años se han descubierto arenas que contienen diamantes en Siberia, en las vertientes occidentales de los montes Urales, cerca de Keskapar. Hasta del

África se espera obtener diamantes (1)¹³. Tres se encontraron en las arenas auríferas del río Gonnell, en la provincia de Constantina. Una de estas piedras, de peso de tres quilates y de valor de cien duros, si estuviera limpia, se halla actualmente en la escuela de minas de París; otra que pertenece al Museo de Historia Natural, pesa un quilate y cuarto; y la tercera, de un quilate pasó a la colección de M. Drés,

CAPITULO III.

Geografía de las piedras preciosas en el antiguo y nuevo mundo.

Casi todas las hialinas corindones proceden de Pegu, Ava y la isla de Ceilan. Tavernier dice que en el reino de Pegu se las halla en una montaña llamada Capillan, doce jornadas al nordeste de la ciudad de Sirén, residencia del rey. En aquellas montañas se encuentran robíes, topacios amarillos, záfiro blancos y azules, amatistas, etc. Añade que es imposible ir por tierra a las minas, á causa de estar poblados de fieras los bosques que atraviesa el camino.

El gran valor del rubí procede, no solo de lo raros que son los ejemplares perfectos, sino del cuidado con que los indios tratan de evitar la exportación de los mejores. En verdad, en ningún país de Europa se encuentran compradores tan dispuestos como ellos a pagar los precios más elevados por los rubíes de extraordinario mérito. Así sucedía también cuando Tavernier fue a aquellas tierras: dice que era casi imposible lograr buenos

¹³ Esta esperanza no ha tardado en realizarse, pues actualmente los ingleses tienen en explotación algunas minas de diamantes en el Cabo de Buena Esperanza. (N. del T.)

rubíes de tres quilates arriba, y que obtuvo más beneficio en llevar piedras de esta clase de Europa á Asia, que en traerlas de Asia á Europa. Los rubíes de Ceilan son los más estimados. Las aguas de los torrentes les arrastran de lo alto de las montañas, y los depositan en los lechos de los arroyos.

La relación siguiente sobre las minas de rubies y záfiro de Pego y Ava se debe a M. Crawford, viajero moderno. «Las piedras preciosas que se asegura existen en el territorio Burmese, son principalmente de la familia del zafiro y el rubí espinela. Se los encuentra en dos lugares no muy distantes uno de otro, llamados Mogaut y Kiatpean a cinco jornadas de la capital y en dirección E. S. E., por lo que supe que aquellas piedras preciosas no se obtenian por medio de la explotación de minas, sino simplemente removiendo y lavando el cascajo del lecho de los arroyos o riachuelos. Todas las variedades del záfiro, así como la espinela, se encuentran juntas y con ellas también grandes cantidades de corindón. Las variedades existentes son el záfiro oriental, el rubí oriental o piedra encarnada, el rubí opalescente, el rubí de ojo de gato, el rubí estrella, el verde, el amarillo, los záfiro blancos y la amatista oriental.

El záfiro comun es el más abundante; pero está muy distante de ser tan estimado de los Barmeses, como el rubí, en lo que conviene con los demás países. Yo treje algunos de gran tamaño, de los cuales el mayor no bajaba de 3.630 granos, o sean 907 quilates próximamente. El rubí espineta, (reba-gaong) no es raro en Ava; pero no se le aprecia tanto por los naturales de aquel país. Yo adquirí y traje a Inglaterra un ejemplar perfecto en cuanto á color y limpieza, y de peso de 22 quilates. Las minas de záfiro y rubies se consideran de propiedad del rey; él al menos, reclama la propiedad de las piedras que exceden del valor de un

viss de plata o de dos ticals. Parece que los mineros tratan de eludir este derecho, reduciendo las piedras á pequeños fragmentos. En la tesorería real existen sin embargo, muchas piedras finas de ambas clases. El año anterior a nuestra visita, enviaron de las minas al rey un rubí de peso de 124 granos, y el año precedente otros ocho muy buenos, pero de menor tamaño. No se permite visitar las minas á los extranjeros, quedando también excluidos rigurosamente los chinos y mahometanos residentes en Ava" (1)¹⁴.

Cuando Pegu fué anexionado á las posesiones británicas en 1852, se alimentó la esperanza de que sus ricos productos tan cuidadosamente guardados, pasarían al fin á Europa, pero no se ha notado todavía diferencia alguna en el tamaño y número de los que conocemos. Aquella parte del Asia es, sin embargo, poco conocida, y lo que cuentan los viajeros de los tigres y leones y culebras venenosas, que infestan el interior de aquellas tierras, no sabemos si verdaderas o imaginarias, para encarecer las joyas adquiridas a través de tantos peligros, son una prevención suficiente para quie la generalidad de los viajeros desistan de explorar regiones tan apartadas.

Las piedras de mejor color se suponen monopolizadas por los príncipes del Asia. El subbah de Deccan poseía un rubí precioso de una pulgada de diámetro, y el rey de Pegu era dueño del mejor conocido en el mundo: su pureza ha dado origen a un proverbio, y su valor es verdaderamente inapreciable.

En poder de los príncipes europeos se encuentran pocos. rubíes de gran tamaño en comparacion de los que poseen los potentados de la India, si bien en cuanto á belleza Tavernier dió

¹⁴ Journal of an Embassy o the court of Ava.- p. 442.

la preferencia á los rubíes del rey de Francia sobre todos los del Gran Mogol. Sin embargo, el viajero francés nos refiere que contó ciento ocho grandes rubíes en el trono del monarca de la India, que variaban en el peso de ciento a doscientos quilates, y un solo ejemplar de peso de dos onzas y media.

Los *berilos orientales* vienen de la India oriental, de las riberas del Eufrates, y del pie del monte Tauro.

El crisólito oriental, muy raro, se le halla solo en la isla de Ceilan.

El granate más fino viene de la Siria, Calicut, Cambye y Cananor. Cierta granate oriental de color rojo de naranja, tirando al amarillo del Jacinto, muy duró y vistoso, procede de Sorian, ciudad de Pegu, de donde le vino el nombre de sorano que le dieron los antiguos. Los granates se encuentran en las pizarras y otras rocas esquistas, y también en las calizas. Se les halla á veces también sueltos en las montañas y en las arenas de los ríos.

Los granates mas finos del Occidente son los que se sacan de las minas de Hungría y Bohemia, y aunque considerados en general muy inferiores á los orientales, no dejan de contarse algunos ejemplares preciosos, El siguiente extracto de Tavernier prueba que también aquel hombre, inteligente en la materia, confundió con los rubíes los granates de Bohemia.

«En Bohemia existen minas que producen guijarros de varios tamaños, algunos grandes como huevos, y otros como el puño. Rompiendolos se encuentran en algunos de ellos rubíes tan duros y finos como los de Pegu. Recuerdo que estando un dia en Praga con el virey de Hungría, á cuyo servicio me hallaba yo entonces, y en ocasión que éste y el general Wallenstein se

estaban lavando las manos para sentarse a la mesa, llamó la atención del virey un precioso rubí que el general llevaba en una sortija, creciwndo su admiración doblemente cuando éste le informó que era oriundo de las minas de Bohemia. Al partir el virey, el duque le regaló un cesto con ciento de aquellos guijarros, y habiéndolos partido al llegar a su casa, solo en dos de ellos se encontró un rubí grande de cinco quilates el uno, y el otro de un quilate”.

Es muy difícil asegurar con toda precisión de dónde sacaban su pedrería los antiguos. La palabra topacio derivada de una isla del Mar Rojo, a donde se supone que los antiguos iban a buscar esta piedra preciosa, se aplicaba, sin embargo, a un mineral distinto del que nosotros conocemos con aquel nombre. La variedad del topacio nuestro se denominaba por ellos *crisolito*.

Tesias nos dice particularmente que las piedras finas que los babilonios empleaban para los sellos, eran procedentes de la India, y que las sardónicas, onices y otras piedras por este estilo, se recogían en los montes lindantes con el desierto. El testimonio de viajeros modernos confirma esta aserción, y yambién el hecho de que aun en nuestros días se encuentra el mejor lapislázuli en aquellas regiones.

Si lo que Tesias refiere es digno de crédito, no hay duda en que el Norte de la India es el suelo originario de las primeras piedras preciosas. La prueba de que se criaba allí el zafiro de los antiguos, llamado por nosotros lapislázuli, la hallamos en el testimonio de viajeros mas modernos y de más confianza.

«Las esmeraldas y jaspes, dice Teofrasto; que se usan como adornos, nos vienen del desierto de Bactriana o Cobi, donde las

recogen los viajeros que van allí en la estación de los vientos del Norte que remueven las arenas.»

Y en otro lugar dice: «La mayor de estas esmeraldas, llamadas Bactríanas, se halla en Tiro, en el templo de Hércules: es una columna de dimensiones asaz pronunciadas.»

Esta sería probablemente la misma columna de que habla Herodoto: «En el templo de Hércules el Tirio, dice el historiador, vi dos columnas, una de oro macizo, y la otra de esmeraldas, que brillaba en la oscuridad.» Heeren supone que la tal columna debía ser de lapislázuli, como la que se ve en la iglesia de los Jesuitas en Roma.

Heeren, refiriéndose al pasaje de Aesias que hemos citado, observa que contiene indicaciones que con respecto á los ónices parece quería designar las montañas de Gate como suelo de su procedencia, puesto que habla de un sol ardiente y de la mar allí vecina, en lo cual nos confirma el ver que aún en nuestros días se encuentran dichas piedras en gran cantidad en aquellos mismos parages, esto es, en las montañas próximas a Cambaca y Beroach, que es la antigua Baragasi, y es la prueba más concluyente de aquella aserción, pues que esta parte de la costa de Deccan era precisamente la más conocida de los antiguos, siendo un hecho fuera de toda duda que navegaban desde el Golfo pérsico a aquellas regiones.

Setecientos años antes de Jesucristo los griegos y fenicios marchaban al frente de la civilización, en cuyos remotos tiempos, Hércules, el tirio, navegaba en todos los mares, comprando y llevándose de cada país las mejores producciones. No despreció los finos granates de la costa de las Galias, ni el coral de los

Hieres, ni los productos de las ricas minas que se explotaban entonces a flor de tierra en los Cevennes, los Pirineos y los Alpes, y penetrando en el mar Báltico, recogió y se llevó el ámbar que entonces como ahora enriquecía sus riberas. Los cartagineses heredaron de los fenicios el genio del comercio, y llegaron a apoderarse de los países de donde extraían sus más preciadas mercancías. España producía el oro que abastecía a sus legiones para contrarrestar el poder de Roma y sostener a sus ambiciosos jefes. Del interior del África sacaban también oro y piedras preciosas, y los esclavos negros tan estimados en Italia y Grecia.

La piedra fina llamada entonces calcedonia, que deriva su nombre de Cartago, era explotada en las montañas del interior de África y llevada al país de los garamaetes, a donde iban los cartagineses a buscarla. Aquella piedra, que se llamaba también *barbunclo*, como en estos tiempos, ocupaba entre los dioses el primer lugar: se hacían de ella vasos y copas, y los ricos las usaban con tal profusión que el comercio de la calcedonia alcanzó una extensión considerable.

La Cerdeña fue una de las posesiones más importantes para aquella nación mercantil, no solo por su situación geográfica, sino también por sus minas de oro, plata y piedras finas, y por la fertilidad de su agricultura. Esta última ventaja, si hemos de dar crédito a un escritor antiguo, fue despreciada de los cartagineses, pues ordenaron la destrucción de todos los árboles frutales de la isla, y prohibieron el cultivo de la tierra, bajo pena de muerte. Esta extraña prohibición de parte de un pueblo que tan bien conocía el valor de los productos de la agricultura, puede explicarse solamente por la mayor importancia que daban a la riqueza mineral, a cuya explotación se propusieron convertir la atención y el trabajo de aquellos habitantes.

Uno de los países del Oriente más ricos en producciones minerales es Ceilan, conocido de los primeros historiadores con el nombre de Trapobana. La primera noticia que de esta isla se tuvo en Europa, se debió a los macedonios que estuvieron con Alejandro en la India. La Trapobana contribuyó abundantemente a suplir las demandas del lujo, signo de decadencia de la que un tiempo fue señora del mundo. Las sedas de la China, las piedras preciosas de Ceilan y la rica especiería y aromas de la India, eran los principales artículos de demanda de los navegantes romanos. En cambio, de productos tan costosos, Roma se veía obligada a dar oro y plata por valor de 89 millones de reales, de los cuales una gran parte correspondía á la capital de Ceilan.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Julio de 1871, Año XV, Numero 14. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 13-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

Se puede juzgar de la prosperidad e importancia de esta capital (Anarajahposra), por consecuencia de aquel comercio, con solo decir que su círculo pasaba de sesenta millas. Después de la ruina de Roma, Ceilan declinó rápidamente, y del emporio que era del comercio en Oriente, descendió otra vez al estado de barbarie del que se había elevado algún tanto en su comunicación con los persas y romanos. Los tumultos interiores, el hambre, y por fin, el imperio de la espada, redujeron la isla al estado de abyección en que la encontraron los portugueses a principios del siglo XVI.

Las ricas procedencias minerales de Ceilan no han experimentado hasta ahora ninguna decadencia, pues se traen aun de aquellas minas grandes cantidades de pedrería. Las más estimadas son el rubí, el zafiro y la amatista: el rubí que se encuentra allí es muy fino, si bien se tienen por mejores los de Pegu. El zafiro es la más abundante de las hialinas corindones, y el azul se le encuentra á veces de grandes dimensiones. El zafiro negro es poco comun, y se le halla siempre de muy reducido tamaño. Una de las piedras más admiradas de Geilaa es el *asteria* ó piedra-estrella, preciosa y singular variedad del zafiro, de un color azul gris oscuro, que expuesta a los rayos de una luz intensa presenta una estrella compuesta de seis hermosos rayos blancos,

en cualquiera posición que se la mire. Los mejores *ojos de gato* son los que se encuentran en aquella isla, y en verdad los únicos que merecen un gran precio. El topacio nativo circula comunmente bajo el nombre de «zafiro blanco y zafiro de agua:» es generalmente blanco, azulado y amarillo, muy deteriorado comúnmente á causa de las rozaduras: en estado de perfección es sumamente raro. La variedad purpúrea en la amatista es rara también, pero más aún la verde. El granate común es muy abundante, pero en ejemplares pequeños y susceptibles de descomposición. El granate precioso escasea, y no es de buena calidad. La piedra de Cinamomo, que es una especie de granate basto, es peculiar de aquella isla. Se la encuentra á veces en grandes masas, pero con mas frecuencia en fragmentos irregulares.

El cristal de roca se presenta en abundancia macizo y cristalizado, de varios colores y en grandes masas. La piedra conocida por diamante *matura*, no es más que un cristal fino, de la que apenas hacen aprecio las personas ricas. Las perlas más finas se pescan en los lechos de ostras de aquella costa. Los Chingaleses, como todos los indios orientales, son muy apasionados por las joyas, y los más ricos de entre ellos emplean sumas increíbles en la adquisición de las más raras, de manera que á los mercados extranjeros solo vienen las inferiores.

Tomamos de un viajero moderno la siguiente noticia acerca de los joyeros o mas bien lapidarios de Ceilan: «Se agachan en cuclillas debajo de un cobertizo ó sombrero enfrente de su casa, y tienen delante de sí un torno toscamente construido, que se eleva algunas pulgadas del suelo. En un extremo del eje tiene fijo en sentido vertical un disco de hierro ó acero de ocho pulgadas de diámetro, poco más o menos, que se pone en movimiento por

medio de un manubrio de bambú de cuatro pulgadas de largo, en el que emplean la mano derecha, mientras la izquierda aplica y sostiene fuertemente contra la rueda la piedra que ha de ser cortada, entre el dedo pulgar y el índice. Una especie de esmeril de zafiro basto humedecido con agua es el único intermediario de que hacen uso para tallar la piedra. Un lapidario, que me pareció honrado, me dijo que los llamados «diamantes de Ceilan» son una especie de turmalina hervida por algún tiempo con aceite de coco antes de cortarlos, con lo que adquieren su transparencia. Un compañero de viaje vió desde el buque á uno de aquellos joyeros labrando zafiros blancos de los cascós de una botella y de un frutero de cristal.» (1)¹⁵

Actualmente las principales minas de ágatas orientales se hallan en la pequeña capital de Rajpepla, en la provincia de Gojerat, á catorce millas de la ciudad de Broach, donde se las trabaja en diferentes formas para dijes y adornos, que se exportan en grandes cantidades á otros puntos de la India y á Europa, por lo que sin duda los joyeros los llaman «brooch»

La cornelina oriental viene de las Indias Orientales, de la Arabia Pétreá, la Persia y el Egipto.

El girasol oriental o argentino se encuentra en el Asia Menor.

El ópalo oriental o de lentejuelas, es originario de Ceilan. Los ópalos negros, que son muy raros, se encuentran en Egipto.

La turquesa verdadera se explota en las minas de Ausar cerca de Nishapoor, en Khorassan (el mismo lugar llamado Nichebourg en los viajes de Tavernier). Todas las personas autorizadas

¹⁵ (1) *Narrative of a Voyage Round the World, by Wl W. Ruschenberger, M. D.*

convienen en asegurar que aquellas minas de turquesas son las únicas que existen en el mundo: las piedras varían del azul pálido al verde y blanco, pero el primero es el único estimado. Se atribuye á la turquesa una propiedad que se hace creíble desde luego atendida la naturaleza del mineral, pero que no ha sido observada en Europa, y es que cambia su verdadero color azul de turquesa, cuando se la coloca jnnto al almizcle o al alcanfor, y también con la humedad y el calor del fuego.

Las turquesas de inferior calidad se descolorean sin necesidad de aquellas causas, por descomposición que se obra en ellas gradualmente, o por eflorescencia. Se la encuentra en piezas semi-esféricas; la mayor, del tamaño de una nuez, incrustada en una arcilla ferruginosa que llena las hendiduras, en terrenos cuya naturaleza es poco conocida, pero que parece pertenecer al esquisto silíceo. Los fragmentos grandes no suelen ser puros. En Moscow se vende en partidas de 1.000 fragmentos, del tamaño de los guisantes, á cinco rublos la partida.

Cuando las conquistas de Méjico y el Perú se llevaron el movimiento del tráfico del Oriente al Occidente, ningún artículo de comercio experimentó una revolución mayor que las piedras preciosas por consecuencia de aquel acontecimiento. Los comerciantes contemplaban consternados y llenos de admiración las continuas é inmensas remesas de pedrería que se hacían de aquellos nuevos territorios, superiores asimismo en la belleza y calidad á cuanto se había visto hasta entonces. Lo que refieren los contemporáneos de aquella época, demuestra que aquella sensación que produjeron no carecía de fundamento. Pedro Rosnell, en su *Mercurio de la India ó el Tesoro de las Indias*, que se publicó en 1664, ocupándose de la inmensa cantidad de esmeraldas que venían del Perú, refiere que cierto español que

había permanecido algún tiempo en Cuzco mostró en Italia una esmeralda a un lapidario pidiéndole le dijese su valor. El lapidario la evaluó en cien ducados, y al oír esto el español le enseñó otra mayor, que la tasó en tres tantos más. Admirado de esta diferencia y esperando vender todas las que poseía en la proporción de aquellos precios, invitó al lapidario á acompañarle á su casa donde le enseñó una grande arca llena de esmeraldas, que una con otra podían estimarse á cincuenta ducados cada una. El lapidario, sin embargo, al ver tan enorme cantidad de esmeraldas y partiendo del principio de que el valor de la pedrería está en razón inversa de su abundancia, cambió de opinión instantáneamente y solo ofreció una corona por pieza.

Corroborando la creencia que existió antiguamente, respecto á que esta piedra nace *blanca*, y que va madurando su hermoso color verde en la mina, el mismo autor nos dá noticia de una esmeralda singular que un peruano aseguró haber visto en la provincia de Cuzco. Dos esquinas de la piedra eran de un hermoso color verde y el resto blanco puro. El rey de España, Felipe II, manifestó gran deseo de poseer este fenómeno; pero desgraciadamente su dueño, en el error de que aquella extrañeza podía ser un demérito para la piedra, mandó cortar y redondear su parte blanca.

Entre el botín que obtuvo Hernán Cortés en la provincia llamada Castilla Dorada, se encontraron cinco esmeraldas que fueron tasadas en cien mil coronas. La primera fué tallada en forma de rosa con sus hojas: la segunda era un dize; la tercera representaba un pez; la cuarta, una campana con una perla de forma de pera por badajo; y finalmente, la quinta, era una copa, por la que un lapidario genovés ofreció 40.000 ducados.

Inmenso fué el número de esmeraldas que cayeron en poder de los conquistadores del Perú, y muchas de ellas superiores en extremo; se hace mención de una del tamaño de un huevo de pichón. En el templo del Sol se encontró un número de ellas considerable, y cuando Atahuapla, el inca, cayó en poder de los españoles, llevaba un collar de esmeraldas de muy buen brillo y de gran tamaño.

Desgraciadamente, uno de los frailes dominicos que formaban parte de la expedición, persuadió á los soldados que las verdaderas esmeraldas eran las que no podían romperse, y en esta creencia un gran número de aquellas preciosas piedras fueron destruidas en la prueba que se hizo de su bondad entre el yunque y el martillo. Es probable que el dominico no sujetara á esta prueba las que él poseía, y se supone que su enseñanza á los soldados no fué del todo desinteresada, sino con el objeto de introducir la depreciación en las piedras y poder adquirirlas en gran cantidad por poco dinero.

Por espacio de más de dos siglos, el único país conocido como productor de esmeraldas ha sido el Perú, esto es, Santa Fe y el valle de Junca, que es donde se las halla. Los monarcas indios las obtenían del tan celebrado rio de la provincia de Quito, llamado de las Esmeraldas, por las minas de estas que existen en sus márgenes.

Existe una singular analogía entre las supersticiones antiguas y modernas del antiguo y nuevo mundo. La creencia de que los demonios, los grifos ó malos espíritus guardan los tesoros de las minas de esmeraldas, está tan arraigada hoy dia entre los indios del Perú, como en tos tiempos de Plinio respecto de las minas de la Escítia, y como actualmente entre los árabes á las

inmediaciones del monte Zebarah. Steevenson, hablando de la mina de esmeraldas próxima á «Las Esmeraldas,» dice que nunca quiso visitarla á causa del miedo supersticioso de los naturales, que le aseguraban estaba encantada, y guardada por un dragón que lanzaba rayos y truenos contra los que se atrevían a ascender por el río. (1)¹⁶.

Durante algun tiempo se creyó que se habían agotado las minas de esmeraldas del Perú, pero hará cosa de veinte años que M. Mention, jefe de una de las más vastas casas de comercio de París, recibió algunas preciosas muestras de la América del Sur, que fueron bastantes para resucitar el tráfico de las esmeraldas, que después ha continuado sin interrupción M. Carlos Achard.

Sin embargo, las minas de esmeraldas que abastecieron a los antiguos mejicanos y peruanos, no hemos alcanzado á conocerlas. Se supone por conjeturas que las explotaban en la sección de las cordilleras, que corriendo de Nordeste á Sudoeste, separaban la no aun explorada tierra de los Caudones (lacaudones ó caribes) de la provincia de Chiapas. Cuando Las Casas intentó convertir á los candones, que le recibieron con la deferencia debida á su respetabilidad, los españoles que en escaso número le acompañaban, les compraron en bruto ó toscamente talladas las mejores esmeraldas que jamás se hayan podido ver en Europa.

En las provincias de Guanajuato al Noroeste de Méjico, y en la provincia de Oajaca al Sudoeste, se encuentran muy buenas turquesas.

¹⁶ (1) Residence in South América, vol. 3º página 466.

En Méjico hay también muy buenos ópalos en las minas de Guanajuato, Oajaca, Zacatecas, Jalisco, Aguas Calientes, Anganguea, etc.

CAPITULO IV.

Geografía de los diamantes en el nuevo mundo.

El descubrimiento de las minas de diamantes del Brasil, acaecido en el año de 1730, al modo que el de las minas de la India oriental, fue efecto de circunstancias puramente fortuitas. Poco después del establecimiento de Villa do Príncipe, buscando oro los mineros en los riachuelos de Milho Verde y San González, en el distrito de Serró do Frío, hallaron algunas guijas extrañas de un aspecto y lustre singular, que como objetos de curiosidad llevaron á sus amos. Mirándolas solo como bonitos juguetes, dieron las piedras á los niños, quienes las usaban como fichas; pero al cabo vinieron á llamar la atención de un oficial, que había vivido algún tiempo en Goa, en las Indias orientales. Maravillado de la simetría de su forma y de su gran peso, puso una de ellas en el platillo de una balanza, contra una guija común de igual volumen, y halló que su densidad era mucho mayor. Habiéndola restregado después contra una piedra humedecida, vio que no lograba hacer la menor huella ó señal en su superficie: al paso que probando en un guijarro común, llegó en pocos minutos á hacer en él una superficie plana. Mandó entonces un puñado de estas singulares piedras á un amigo que tenia en Lisboa, rogándole que las hiciese examinar; pero los lapidarlos de esta ciudad, que nunca habían trabajado diamantes, ni probablemente habían visto ninguno en bruto, replicaron que sus buriles no lograban penetrar ni dejar huella en su corteza.

El cónsul holandés, sin embargo, vió por acaso las guijas, y manifestó que eran diamantes. Unas pocas fueron inmediatamente reunidas y enviadas á Holanda, donde fueron cortadas en forma de brillantes, y reputadas por los atónitos lapidarios como iguales a los mejores diamantes de Golconda. Con brevedad llegó la noticia al Brasil, alegrando á los afortunados poseedores de las hasta allí poco estimadas fichas, y muy luego algunos individuos acapararon en tres ó cuatro días cuantas estaban diseminadas en varias manos. Visto esto, el Gobierno portugués promulgó un decreto, declarando monopolio de la corona todos los diamantes hallados en el territorio, y dando las disposiciones para la exploración conveniente.

El distrito diamantino de Serró do Frío tiene sobre veinte leguas de longitud por nueve de ancho. El suelo es árido, pero interceptado por multitud de arroyos. Durante mucho tiempo se suponía que solo había diamantes en este distrito; mas se vió ser un error, porque han sido hallados en todas las partes del imperio, particularmente en las provincias de Goyazes y Matto-Grosso, donde hay varias localidades abundantes en minas. Estas piedras inestimables han sido encontradas hasta en las cumbres de las montañas, y aun creen los mineralogistas brasileños, que la formación originaria está en las montañas, y que algún día serán descubiertos en cantidad tal, que vendrán á ser objetos de poco valor.

En la obra de H. Francis Castlenau, que lleva por título *Expedición á las comarcas centrales de la América del Sur*, se leen las siguientes interesantes referencias á las minas de diamantes del Brasil: «Las minas de oro, y más especialmente las de diamante, á las que la ciudad de Diamantino debe su origen, parecen haber sido

conocidas de los primeros paulistas establecidos en Matto-Grosso; pero bajo el Gobierno portugués fué severamente prohibida la explotación del diamante por los particulares, á quienes se conminó con rigurosas penas.

»Una fuerza militar ocupó el distrito minero y vigiló á los esclavos empleados en la extracción de este mineral precioso. La persona que encontraba un diamante, estaba obligada á entregarlo á la superintendencia de diamantes de Guyaba, recibiendo en cambio una retribución moderada, pero era duramente castigada si se descubría que trataba de apropiárselo. El comercio de diamantes fué prohibido tan rigurosamente como su extracción en el territorio del Brasil, á todos los que no fuesen agentes especiales nombrados por el Gobierno. Desde la época del gobernador Joao Carlos, sin embargo, fué tolerándose el tráfico, hasta que gradualmente vino á ser del todo libre. Las leyes que lo prohibían no fueron de hecho derogadas, pero cayeron en completo desuso. Con todo, los habitantes se quejan de que no sacan beneficio alguno de esta tolerancia, porque no permitiéndose el tráfico de esclavos, es imposible sacar provecho de la riqueza del suelo.

»El oro y los diamantes, que, en estas como en otras muchas regiones, siempre se encuentran juntos, se coje especialmente en los numerosos arroyos que las atraviesan y aun en toda la extensión del país. Después de las lluvias, los muchachos de Diamantino buscan el oro en las calles y en el rio Ouro que la atraviesa, y no es raro que lleguen a reunir por valor de ocho á quince granos. En cuanto á los diamantes, refiérese de un negro que halló uno de nueve quilates entre las raíces de algunos vegetales que arrancó en su jardín. Algunas veces también se los ha encontrado en el buche de los pollos y gallinas.

»La extracción de estas piedras preciosas se hace de una manera muy sencilla. En las mareas bajas, los negros se sumergen en las aguas y sacan del fondo de los arroyos y riachuelos el cascajo o suelo aluvial, que colocan en un lugar conveniente sobre las orillas para laborarlo. El procedimiento es como sigue: Construyen un rancho o choza como de cien pies de largo por cincuenta de ancho. Hasta el centro de esta área hacen un canal que cubren de tierra, y en el otro lado un suelo de tablazón como de diez y seis pies de ancho, que se extiende todo lo largo de la choza con cierta inclinación. Este pavimento está sembrado de agujeros o pilas en las cuales se echan porciones de cascajo. Después se deja ir el agua y se quita la tierra, hasta que aquella queda cristalina. Una vez extraídas las partículas terrosas, se remueve y rastrilla el cascajo, sacándolo á la superficie del pilón y arrojando las piedras con que está mezclado, y el resto se examina con cuidado para ver si contiene diamantes. Cuando un negro encuentra uno, dá una palmada, se levanta mostrando el diamante puesto entre el pulgar y el índice, y es recibido por uno de los superintendentes o veedores que están colocados á ciertas distancias sobre altos asientos. Al concluirse el trabajo, el jefe de los inspectores examina todos los diamantes encontrados durante el día. Si algún negro tiene la buena suerte de hallar un diamante que pese más de diez y siete quilates, inmediatamente recobra su libertad, y si es de menor peso, recibe recompensas proporcionadas.

»La faena de recojer el cascajo solo la pueden hacer los negros, pues ningún otro es capaz de resistir esta especie de trabajo en aquel clima.

Los ríos Diamantino, Ouro y Paraguay, parecen estar ya completamente explotados. El riachuelo Burete surte todavía de muchas piedras; pero el Santa Ana, de donde se ha sacado una increíble cantidad de diamantes, aun parece que está intacto en vista de su cuantiosa riqueza. No obstante, el laboreo no es tan provechoso como á primera vista podría creerse, toda vez que la cosecha obtenida por un español, llamado D. Simón, se cuenta y tiene en aquellas cercanías por una cosa muy notable. Asistido por doscientos esclavos, aunque trabajando solo durante las sequías de cada año, vino á recoger en cuatro de ellas sobre setecientos quilates. Mas al cabo tuvo que abandonar las faenas, por haber perdido muchos hombres, de resultas de las calenturas pestilentes que reinan en el distrito diamantino, y en particular en las márgenes del Santa Ana; pero antes de abandonarlo rellenó las cavidades hechas para la explotación.

«Algún tiempo después, otro explotador hallo sobre 150 quilates en un solo paraje del rio. El mayor diamante extraído del Santa Ana, se dice que pesó cincuenta y dos quilates; pero de esto hace ya algunos años. Es opinión que las piedras que de este rio se sacan son más finas que las de otras localidades, y se dice que algunas personas inteligentes en este tráfico saben distinguirlas perfectamente. Los negros empleados en este trabajo están sujetos á una estricta vigilancia, y son severamente castigados si se les sorprende en algún hurto; mas, á pesar de esto, se llevan su buena parte del producto. En los domingos y en los numerosos días festivos se les permite que exploten por su cuenta. Siempre hay oro en el cascajo diamantino; pero aunque sus amos no les toleran que gasten el tiempo en separarlo, algunos negros lo hacen, y le sacan muy buena utilidad.

Cuando se descubrieron los diamantes en el Brasil, la flota portuguesa importó á Europa en un solo año sobre 70 libras de diamantes. Hasta entonces se había creído que estas piedras preciosas solo existían en las Indías orientales; de suerte que, al ver tal cantidad en circulación, se apoderó el pánico de los comerciantes diamantistas en grande escala, y temiendo ver disminuido el valor de sus existencias con tal surtido, pusieron gran empeño en desacreditar el nuevo artículo.

Esta tentativa de sostener los buenos precios de los diamantes orientales, rebajando la reputación de los sud-americanos, tuvo gran éxito por largo tiempo. Estos últimos pasaban por inferiores, especialmente en dureza, y por vía de desprecio los llamaban diamantes portugueses ó brasileños. Aunque las nuevas piedras eran en todo iguales á las de la India oriental, la preocupación llegó á ganar tanto terreno, que, para obtener por ellas un buen precio, se veían obligados los mercaderes brasileños á enviarlas primeramente á Goa, para que de allí fuesen reimportadas á Europa, como productos del Oriente. La verdad es que al fin triunfaron, y las piedras del Brasil ocuparon el lugar que les correspondía, gozando de tanta reputación como las del viejo mundo.

En los viajes de M. Mawe al interior del Brasil, se refiere un curioso incidente, por el que se demuestra que, así como no es oro todo lo que reluce, no todo lo que brilla son diamantes.

Un negro libre de Villa Rica, que con propiedad debiera llamarse Villa Pobre, á pesar del oro y diamantes de que está rodeada, escribió al príncipe Regente que poseía un diamante tan enorme, que le suplicaba se dignase permitirle el presentárselo en persona. Consintió el príncipe, y al momento se despachó un

carruaje y una escolta para conducirlo á la corte. Blackey, que este era el nombre del negro, se arrojó á los pies del Regente y exhibió su diamante. El príncipe, al verlo, prorumpió en una exclamación de sorpresa. Los cortesanos presentes quedaron atónitos, y admirados de la piedra, que pesaba cerca de una libra. Los nobles comenzaron inmediatamente a echar cuentas del numero de millones que serian necesarios para pagar, según su mérito, una joya tan monstruosa. No apunta H. Marve el valor en tasación, pero sí M. Hoffman en su elegante crítica de este libro. La libra contiene nueve mil doscientos diez y seis granos, que hacen dos mil trescientos cuatro quilates y algo más, porque el peso usado para el quilate del diamante es más corto que el peso del marco. La gran piedra de Villa Rica fué evaluada, según el peso Troy, que tiene de más una novena parte, y por lo tanto hay que añadir doscientos cincuenta y seis al peso mencionado, que forman en total dos mil quinientos setenta quilates. Deduciendo ahora sesenta quilates por lo que le faltaba hasta una libra, venia á componer la suma redonda de dos mil quinientos quilates.

Ahora bien; para averiguar el valor comercial de la piedra, el quilate se multiplica por su cuadrado. El cuadrado de dos mil quinientos es seis millones doscientos cincuenta mil, y apreciando el quilate solo en la cantidad de treinta duros, precio corriente, tenemos la suma de ciento ochenta y siete millones y medio de duros, ó sean tres mil setecientos cincuenta millones de reales, y como los diamantes grandes no están sujetos á tarifa y su valor nominal aumenta en proporción á lo que exceden de las dimensiones ordinarias, los nobles portugueses apreciaron probablemente la piedra en el duplo, ó á fuer de buenos cortesanos, en el cuádruplo de la dicha cantidad.

Como quiera que sea, la inestimable joya fue enviada al Tesoro con una gran escolta y allí depositada en la sala de alhajas ó guardajoyas. Hallándose M. Masve á la sazón en Rio Janeiro, el ministro le hizo llamar y le comunicó todos los particulares respecto á este fenómeno; pero al mismo tiempo expresando las dudas que tenía acerca de su legitimidad. El mineralogista inglés fué instado á que examinase el incomparable diamante y le fijase precio. En efecto, provisto de una carta de cada ministro, sin cuya formalidad no podía ser admitido, M. Masve penetró en la elegante tesorería de palacio, en donde después de atravesar varios salones lujosamente adornados, llegó á uno lleno de valiosas cajas, una de las cuales fué abierta por tres empleados en posesión cada uno de una llave, y el tesorero con gran solemnidad exhibió la piedra. Antes de tocarla, sin embargo, había ya visto el perito, que no era más que un pedazo de cristal redondo, lo cual demostró en el acto, rayándolo con un diamante verdadero, y borrando de golpe con aquel rasguño la suma de millones que se creían entrados ya en tesorería. El príncipe Regente recibió la noticia con la entereza de un filósofo; y el pobre negro tuvo que desandar á pié el camino que tan cómodamente había hecho.

El crítico añade la siguiente consoladora reflexión: “Parecerá muy extraño que en el suelo mismo originario del diamante fuese esta piedra tan poco conocida, que un pedazo de cristal de roca pudiese usurparle sus honores; mas no juzguemos tan á la ligera, pues el errar es propio de los hombres, y aun los mercaderes más expertos suelen verse chasqueados como los príncipes.»

PARTE TERCERA.

COMPOSICIÓN QUÍMICA DE LOS DIAMANTES Y PIEDRAS PRECIOSAS.

CAPÍTULO I

*« Human pride—It skilfull
to invent most serious
names.—To hide its ignorance.»*

SHELLEY.

La historia de los progresos del entendimiento humano nos recuerda a cada paso que el hombre, comunmente, llega á la verdad por el camino del error. Seria en extremo curioso el estudio de los falsos sistemas y de los absurdos que han precedido á todo lo que hoy contemplamos como verdaderas revelaciones de los misterios de la naturaleza, y que quizá á su vez antes de un siglo pasarán á sepultarse entre los errores más desacreditados.

En estos tiempos, en que la ciencia se jacta de haber arrancado á la naturaleza sus más ocultos secretos, y que llevando su arrogancia basta el punto de parangonar su poder con el de la creación, se arroga la facultad de asignar á cada sustancia sus principios elementales y constitutivos, no podemos menos de admirarnos y sonreímos cuando dirigimos una mirada retrospectiva á esas series de conjeturas sin fundamento, de hipótesis extravagantes y de descubrimientos fortuitos que le han servido de vehículo para llegar al punto que ella considera como el último límite á que pueden alcanzar las investigaciones.

El origen de las piedras preciosas, su formación, sus elementos, parece qae tuvieron en una total confusión á los antiguos filósofos. Ninguno, sin embargo, quería confesar su ignorancia, y todos resolvían las cuestiones arbitrariamente, con más ó menos lucidez, proclamando sus sofismas é imaginarias conjeturas como verdades infalibles.

Los antiguos sabios convenian, sin embargo, en considerar las sustancias compuestas de cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua. La diferencia entre las piedras preciosas y las comunes se atribuia á la mayor proporción de agua que contenían las primeras, mientras en las segundas la tierra era el elemento predominante. El agua condensada y congelada por la sequedad de las partículas terreas, se creía ser la causa del brillo y transparencia de las piedras preciosas.

Aristóteles fué el primero que se propuso explicar el origen y esencia de las piedras en general. Establecía que el primer elemento de las piedras era un *barro viscoso*, un *jugo* que se condensa y congela por el frío, en el cual el agua predomina sobre la tierra: á estos añade *fragmentos pétreos y partículas de piedra*, y otro jugo especial que llama *jugo lapidífico*. En cuanto á las piedras que no son licuables, fusibles ó solubles, atribuye su formación á una exhalación seca, quemada, ígnea.

Teofrasto, el celebrado autor de los *Caracteres*, y discípulo de Aristóteles, pero cuyas obras literarias acusan un espíritu de observación más sutil que el que descubren sus escritos científicos, no hizo más que comentar las opiniones de su maestro. Enseñó que «las piedras están hechas de una sustancia pura, uniforme y compacta después de su filtración, cuya

sustancia, hallándose en ciertos lugares, se petrificaba por ondulacion ó de alguna otra manera.»

• • • • •

Avicena dice solamente que las piedras se componen de lodo ó aguas sucias estancadas.

Falopio, respecto de las piedras preciosas parece haber mostrado más predilección por los jugos que por el lodo. Las supone el producto de un jugo purísimo y no de una exhalación seca como sostenían los aristotélicos. Según él, «no existe en la naturaleza una sustancia más pura que dicho jugo, á excepcion del espíritu natural y vital de los animales.»

Cardan vá más allá que Falopio, pues dice que «las piedras preciosas se forman entre las rocas por medio de un jugo que se destila á través de sus concavidades como resulta el feto de la sangre materna.» Se extiende más aun, y explica la variedad de los colores y calidades de las diferentes piedras, por las diferentes gradaciones de calcinación que dá la naturaleza al jugo destilado de que se compone.

Los sabios de aquel tiempo se dejaban ir fácilmente por un camino tan halagüeño. De la comparación de Cardan entre la generación de las piedras preciosas en el seno de las rocas, y la del feto en el de la madre, se estableció un nuevo sistema para demostrar que la formación de las piedras preciosas no debía atribuirse á las mismas causas que obraban en la naturaleza inerte, sino que procedía de agentes absolutamente análogos á las que producían la naturaleza viviente.

Este sistema fué desarrollado por De Clave, físico de cierta celebridad, que en 1633 publicó un libro dedicado á M. Séquier, el guarda-sellos. Es curiosa y entretenida la sutileza del discurso, de las alusiones y del lenguaje á que el autor tuvo que recurrir para revestir sus opiniones con cierta apariencia de verdad. Solo en su libro, sin embargo, y en su anticuado y sutil lenguaje, puede satisfacerse la curiosidad sobre lo que, según el autor, constituye los órganos de los dos diferentes sexos de esta singular generación, y apreciar las funciones naturales que á cada uno de ellos atribuye.

Se dio ciertamente un gran paso cuando se hicieron pasar las piedras preciosas del reino mineral al reino animal, pero Boezio de Boot, físico del emperador Rodolfo, en una curiosa y abultada obra que publicó por aquel tiempo sobre aquella misma materia, avanzó aun algo más, y atribuyó la formación de las piedras preciosas én su mayor parte á la intervención directa de la divinidad.

Después de citar las opiniones de Aristóteles, su *lodo viscoso* y su *jugo petrífico*, añade Boezio:

«Aunque se atribuye á estos elementos la parte fundamental, ellos no nos explican la sustancia de una manera satisfactoria, además de que, por otra parte, ignoramos la composición del *lodo viscoso* y del *jugo petrífico*.

Soy de opinión que el elemento primero de que se componen las piedras preciosas es una *tierra tan fina, sutil y delicada*, que, mezclada con el agua, no pierde nada de su transparencia, y que el elemento de las piedras ordinarias es una *tierra más basta y más*

sucia. Existen además difundidas en las entrañas de la tierra una *sal* y una *exhalación untuosa*, que se combinan para la formación de las piedras preciosas y de las comunes.»

El autor de una teoría semejante, no tenía, en verdad, gran derecho para criticar el lodo viscoso y el jugo petrífico de Aristóteles, y, sin embargo, no contento aún con su *tierra sutil*, su *sal* y su *exhalación untuosa*, se adelanta á prevenir que estos ingredientes serian totalmente ineficaces sin la concurrencia de la *causa eficiente*.

A través de la nebulosa jerigonza metafísica de que se vale el sabio físico para explicarnos los efectos de la *causa eficiente*, se descubre que por ésta quiere darnos á entender un elemento espiritual y divino que anima el elemento sustancial y material de las piedras preciosas, el cual, abandonado á sí mismo, permanecería en la más completa inercia.

Tales fueron los puntos de partida de la química moderna, y ahora veremos la altura que ha alcanzado en la época presente.

.....

Entre las piedras preciosas cristalizadas —las hialinas corindones, como las donominan los mineralogistas— las más estimadas según el orden en que las clasifican los lapidarios son: el diamante, el rubí, el záfiro, el topacio, la esmeralda, la amatista, la aguamarina ó barilo, el crisólito, el granate y el jacinto.

El diamante es el cuerpo más duro que se conoce, y de aquí le viene el nombre de *indomitable* que le pusieron los antiguos. Resiste á la acción de la lima, y solo se puede cortarle y pulirle

por medio de su propio polvo. Esta importante propiedad bastaría por sí sola para distinguirse de los demás minerales, independientemente de otras que también le son características.

Es también la piedra más brillante, comúnmente trasparente y á veces solo semítraspante, y otras también solo traslucida. Su reflejo es brillantísimo y peculiar de él solo. Cuando en menor intensidad se le parece el de otros minerales, se le llama brillo adamantino por algunos mineralogistas.

La razón del extremado brillo del diamante, consiste en que refleja toda la luz que hiere su superficie posterior en un ángulo de incidencia mayor de $24^{\circ} 13'$. Los diamantes artificiales solo reflejan la mitad de esta luz.

Está dotado de la refracción simple, pero en tan alto grado, que Newton sospechó podía estar compuesto, en parte al menos, de una sustancia combustible.

El diamante tiene propiedades fosfóricas y eléctricas; esto es, se hace fosfórico y luminoso cuando ha estado espuesto algunas horas al sol ó se le calienta en un crisol. Es tan eléctrico, que cuando se le calienta por fricción atrae las pajas, plumas, pan de oro, papel, cabello, etc., y goza de esta propiedad aun en su estado bruto, de la que carecen en él todas las demás piedras preciosas.

Como cristal, el diamante, solo puede confundirse con la espinela blanca, que carece, como él, de la doble refracción, y se le encuentra también en la forma octáedra regular, que es la más común en los diamantes. No son raras, sin embargo, las formas

cúbica y dodecaédra, pero sí los cristales que reúnen las tres formas dichas. En la colección del colegio francés existen *hexate-tráedros* ú octaedros cortadas en sus ángulos, y ofreciendo por tanto indicaciones de la forma cúbica. Los cristales de diamante son frecuentemente hemitropos. La más bella forma de su cristalización es la octáedra.

La espinela, sin embargo, es mucho menos dura que el diamante, y se deja rayar profundamente por éste.

M. Tennant refiere un caso que demuestra la importancia que tiene, para los viajeros especialmente, el conocimiento de las diferentes cristalizaciones. Por no conocer la forma cristalina del diamante, un caballero en California ofreció doscientas libras esterlinas por un simple pedazo de cuarzo. «No conocía de la piedra sino que era un mineral brillante, excesivamente duro, pues resistía á la acción de la lima y rayaba el cristal. Suponiendo que estas propiedades solo pertenecían al diamante, creyó que ofrecía por la joya un precio regular; pero afortunadamente el dueño de la piedra rehusó la oferta. Si hubiera sabido que el diamante no cristaliza nunca en la forma de un prisma de seis lados, terminado en cada extremo por una pirámide exagonal, habría comprendido que solo valía tres pesetas, ó poco más, aquello por que había ofrecido mil duros (1)¹⁷. Alguna más experiencia le hubiera enseñado que los diamantes, en su estado natural, carecen de aquel brillo que solo adquieren por medio del arte. Los cristales más finos de cuarzo son más brillantes que los de diamante. A causa del apagado lustre de éste en su estado bruto, es muy probable que un gran número de diamantes hayan

¹⁷ (1) el mismo error se halla en Plinio, cuando nos dice que el diamante es exagonal.

pasado desapercibidos en la explotación de las minas de oro de la Australia y California, y en otros países auríferos.»

Cuando el diamante está tallado, su resplandor solo basta para darle á conocer aun a los menos inteligentes. En el comercio, sin embargo, los topacios, esmeraldas y zafiros incoloros, y el zircon blanco, han pasado por diamantes alguna que otra vez. Aunque la dureza es su principal distintivo, resulta que no siempre puede ensayarse; cuando es posible hacerlo debe adoptarse una lima fina, y si las caras de la piedra apareciesen rayadas ó comidas en lo más mínimo, podrá asegurarse que no es un diamante. La comprobación puede hacerse también sin necesidad de aquel instrumento: los rayos del sol pasan fácilmente á través de las otras piedras, mientras que el diamante los refracta produciendo la superioridad de su brillo expecíal. Sí el diamante después de trabajado contiene alguna veta, ó lo que técnicamente se llama *sin color*, su valor disminuye proporcionalmente, á veces de un tercio y otrás de una mitad. Para asegurarse de la existencia de aquella falta, debe echársele a la piedra el aliento seguidamente hasta hacerle perder su lustre momentáneamente, en cuyo breve espacio se hará visible si existe la imperfeccion.

Según M. Milburu, si la corteza de un diamante en bruto es lisa y brillante, y de un ligero color verde, puede considerarse como buen indicio de que la piedra no será despreciable; pero si aquel color verde estuviese algún tanto mezclado de amarillo, la piedra no podrá menos de ser blanda, grasa y mala por consiguiente.

El topacio, eminentemente eléctrico, conserva esta fuerza durante algunas horas después de la fricción, mientras que el diamante la pierde en el espacio de un cuarto de hora.

Los corindones incoloros se distinguen fácilmente del diamante por el peso, en el que le exceden en la proporción de ocho á nueve. El peso específico del diamante es casi el mismo del topacio, é inferior al del zafiro blanco, del zircón blanco y del granate blanco de Noruega.

El diamante, cuando se extrae de la mina, está cubierto de una espesa corteza que casi no le concede la menor transparencia, de manera que en aquel estado, ni los mis inteligentes, pueden asegurar cuál será su valor.

Se parece comunmente á un guijarro claro semitrasparente, desgastado por las aguas, ó á un pedazo de cristal tosco o de goma arábica. Cubierto de esta corteza, se llama un diamante en bruto.

Dicha corteza es tan dura que no existe cuerpo alguno que pueda arrancarla sino el diamante mismo. El diamante raya todos los cuerpos y solo puede ser rayado por sí mismo.

Carlos I aludió delicadamente á esta preeminencia del diamante en los versos que compaso la noche después del fallo de su causa:

*With mine own power my majesty they wound,
In the king's name the king himself's uncrowned;
So doth the dust destroy the diamond.*

Ocorre pocas veces que se encuentren los diamantes en estado de pulimento natural; pero se citan algunos ejemplares de esta clase. Los cuatro diamantes que adornan el broche del manto de

Carlo-Magno, conservado largo tiempo en la tesorería de San Dénis, se hallan en aquel estado primitivo.

El descubrimiento del arte de tallar y pulir el diamante por medio del polvo del mismo, se atribuyó durante mucho tiempo á Luis de Berquen, de Bruges, de quien se dice que construyó en 1476 una rueda de pulimentar alimentada con polvo de diamante en lugar del de corindón que los chinos é indostanes tenían costumbre de emplear. Indujo á de Berquen á hacer este descubrimiento la observación del roce de los diamantes en bruto entre sí.

Varias son las formas de la talla del diamante, y generalmente se adopta la más propia de la que tiene en su estado bruto, recibiendo por consecuencia de ella los diferentes nombres con que le conocemos de brillante, rosa, tabla y lasca. De estos el más hermoso y rico es el brillante, á causa de la superioridad de su brillo, y del número de sus reflejos y refracciones.

Para mejor inteligencia de los que no están familiarizados con los términos técnicos usados en la descripción de los diamantes, trascribimos á continuación la que da M. Jeffreis: «Los chatones son los lados y ángulos superiores del brillante, entre el borde de la tabla y el cinto. El cuello es el pequeño plano ó cara horizontal del otro extremo del brillante. La corona es la obra superior de la rosa centrada en el punto de la cima, y está ligada por las costillas horizontales. Las facetas son pequeños espacios o planos triangulares, tanto en los brillantes como en los diamantes rosas. El cinto es la línea que rodea la piedra, siguiendo el plano horizontal. Los losanges son comunes á los brillantes y á los rosas. En los brillantes están formados por el encuentro de las

facetas en los chatones, y en los diamantes rosa por el encuentro de las facetas en las aristas horizontales de la corona.

Los pabellones son los lados y ángulos inferiores de los brillantes entre el cinto y el cuello. Las costillas son las aristas o bordes que distinguen las diferentes partes de la obra, tanto en los brillantes como en los diamantes rosa. La tabla es el gran plano ó cara horizontal colocado en la cima del brillante.»

En la India, la primera consideración que se tiene en cuenta en la talla de un diamante es la de la pérdida menor posible de su tamaño primitivo, y antes que disminuirlo prefieren dejarlo en una forma irregular y á veces extraña, siguiendo en la disposición y número de las facetas la forma y contornos naturales de la piedra. La forma generalmente adoptada allí es la rosa y la tabla.

Trescientos cincuenta años atrás todos los diamantes se tallaban con cuatro caras planas, y de aquí se llamaron diamantes tabla o diamantes de talla india. Hace dos siglos la talla tenia la forma de la mitad de un poliedro descansando sobre su sección por base, y asi se le llamó diamante rosa. En la época del reinado de Luis XIV, fué cuando se tallaron en brillantes.

El brillante está formado de dos pirámides truncadas unidas por su base; la pirámide superior truncada más profundamente que la inferior; aquella presentando una tabla con treinta y tres facetas inclinadas á diferentes ángulos, y la inferior con veinticinco facetas. La correspondencia entre las facetas superiores é inferiores, está dispuesta convenientemente para multiplicar la reflexión y refracción. Los primeros tallados así, lo

fueron de orden del cardenal Mazarino, y se les conoce todavía por los doce Mazarinos entre las joyas de la corona de Francia.

El brillante es la forma más estimada, por ser la más favorable para el mayor brillo peculiar del diamante; pero si asegura el mejor efecto de sus cualidades, exige en cambio un desperdicio de materia mucho mayor. Los brillantes se sacan generalmente de los cristales octaedros, y los diamantes rosa de las variedades esferoides.

El diamante rosa es la forma que se dá generalmente á las piedras, cuyo grueso es escaso en proporción de sus otras dimensiones. Se talla cubriendo la superficie convexa de la piedra de triángulos equiláteros unidos por sus bases formando rombos. La talla de brillante no estuvo muy en uso hasta la mitad del siglo XVIII, y el famoso Jeffreys comenta indignado «el detestable gusto que de antiguo (1751) se había introducido, de transformar los diamantes rosa en brillantes, con la pretensión de convertirlos en joyas de más valor y más hermosas.» Jeffreys se tomó, en verdad, gran trabajo por convencer al público, sí no de la superioridad de la talla de rosa sobre la de brillante, de la paridad al menos de sus méritos respectivos; pero agotó en vano sus argumentos, y no estuvo más acertado en este punto que en deprimir los diamantes brasileños, y no obstante el gran caudal que representaban los diamantes rosas que poseían las antiguas familias, los brillantes triunfaron para siempre y han llegado á constituir la mayoría de las joyas de las familias opulentas.

El diamante tabla es menos estimado que el rosa, y se le talla de las piedras de un espesor muy reducido y de gran anchura relativamente. Se compone de una serie de planos cuadriláteros

que van disminuyendo por debajo del cinto; y el chatón está formado de uno, dos o tres de estos planos.

Las lascas se hacen de diamantes planos o vetosos, y se trabajan en la India.

Los diamantes en su talla, esto es, en la operación necesaria para convertirlos de diamantes brutos en brillantes y rosas, pierden, por lo general, casi la mitad de su peso primitivo. Un inteligente distingue con facilidad un diamante de talla moderna, del que ha sido tallado treinta ó cuarenta años atrás, y en igualdad de todas las demás condiciones dará á este último la preferencia. Los lapidarios modernos procuran ante todo disminuir lo menos posible el peso de la piedra. Sí 100 quilates de diamante bruto dan 75 en diamante tallado, el beneficio es consiguiente que será mayor que si solo se obtuviesen 50 quilates. Pero una piedra en la que se ha escaseado la talla pierde mucho de su belleza, porque no tiene ni las luces, ni la refracción que tendrá si estuviese bien tallada. La montura de estas piedras ofrece también más dificultad. Se ven algunos tan toscamente cortados, que la vista más experimentada no puede distinguir la tabla de los pabellones. Un diamante así vale menos que uno bien tallado del mismo tamaño; pero tiene más quilates, y esta es la consideración más importante para el mercader. Antiguamente se observaba la mayor precisión y limpieza en la talla del diamante; no se apreciaba su peso á espensas de su brillo; todas las facetas eran perfectamente regulares, y todas las partículas de su corteza bruta se descartaban con el mayor cuidado, y esta es la razón por qué los diamantes antiguos valen en el comercio de un 30 á un 40 por 100 más que los modernos en igualdad de calidad de las piedras.

El arte de tallar, cortar o pulir los diamantes requiere gran destreza, práctica y paciencia. «Rara vez acontece, dice M. Marre en su curioso *Tratado sobre los diamantes y piedras preciosas*, que un mismo operario sea aventajado en estos diferentes trabajos, y generalmente cada uno se dedica á uno de ellos con especialidad. En el corle y pulimento de un diamante, el operario debe proponerse dos objetos: primero, la desaparición de cualquiera veta o imperfección de que adolezca la piedra, y segundo, la división de su superficie en un cierto número de polígonos regulares. La desaparición de las vetas ó resquebraduras, parece ser la operación más importante, puesto que la más ligera mancha o defecto en ciertos puntos determinados de la piedra, se reproduce al infinito por reflexión en las numerosas superficies pulimentadas.

Cuando la forma del diamante bruto es singularmente desfavorable, el operario tiene que recurrir á la azarosa operación de partirlo. Cuando está bien determinada la dirección en que ha de dividirse, se marca por medio de un instrumento; la piedra se asegura después en un trozo de madera por medio de un cemento fuerte en la posición conveniente, y luego, aplicándole un *cuchillo de partir*, se efectúa el corte dándole un gentil golpe de martillo.

A veces, cuando el corte ha de cruzar la estructura cristalizada de la piedra, hay que recurrir al *aserrado*, que se ejecuta del modo siguiente: Se fija el diamante con cemento en un zoquete de madera, y éste se asegura en una mesa, se marca la línea del corte que ha de darse, la hendidura que marca esta línea se llena de polvo de diamante y aceite, y entonces empieza la operación de aserrar, que si la piedra es grande suele durar ocho o diez meses.

La sierra es de fino bronce o de alambres de hierro sujeta á los dos extremos de una caña de Indias o de un bastón de ballena, y sus dientes se forman de las partículas de polvo de diamante que se extienden en la línea del corte y que se alojan muy luego en el hierro o bronce de que aquella se compone.

El tallado de las facetas es obra de mucho trabajo y destreza; y el pulimento se ejecuta por medio de una rueda.

Los holandeses no gozan ya como antiguamente del monopolio del comercio de diamantes, sí bien la talla y pulimento se ejecutan allí por lo general, en razón á la economía del trabajo. Siempre han tenido gran renombre los pulidores de diamantes de Amsterdam, donde 10.000 israelitas se ocupan absolutamente en este comercio, de 28.000 de aquella secta que contiene la ciudad. La compañía general de los diamantistas posee varias máquinas de vapor de á 100 caballos que ponen en movimiento á otras 450 máquinas, y dá empleo á 1.000 trabajadores.

El diamante, aunque comúnmente más estimado y más perfecto cuando es incoloro como el agua, suele ofrecer ligeras sombras de color verde, amarillo, azul, gris, de acero, y oscuro. Existen diamantes de un color amarillo perfecto, de color de rosa, y de verde pistacho. También se han encontrado algunos, aunque muy raros, completamente negros. Cuando están ligeramente teñidos de algún color, son mucho menos estimados; pero si tienen un color de rosa decidido, o verde, o cualquiera otro, se los aprecia en tanto y quizá más que cuando son totalmente incoloros. Una piedra de color brillante y decidido— que por cierto son raras —sino tiene defecto alguno bajo los demás respectos, será sin duda más estimada que otra de iguales condiciones, pero de color claro. Las amarillas y de color de

jacinto son de menos precio, y las azules las inferiores. Un diamante de color amarillo de crisolito de 10 granos, costó 600 francos, y uno color de jacinto de 15 granos, 1.560 francos; por consecuencia valieron menos que los diamantes blancos de igual peso.

Uno de los mejores ejemplares de diamantes de color en Europa es el azul de M. Hope. Pesa 177 granos y reúne al más esquisito color de záfiro, todo el brillo y fuegos primatívos del dímante. El rey de Sajonía posee un precioso diamante verde que sirve de boton en su sombrero de Estado.

En la feria de World, el año 1851, M. José Meyer presentó un diamante de color negro de carbón, que era ciertamente un objeto de gran curiosidad; pesaba 350 quilates, y era tan duro que resistió todos los medios que se emplearon para pulirlo.

No obstante, las ventajas del sistema decimal, no ha podido triunfar ni aun en Francia sobre el quilate, que es el tipo adoptado en todo el mundo para apreciar el peso de los diamantes. El quilate es de origen indio; *kirat* es el nombre de una pequeña semilla qae se usaba en la India para pesar los diamantes. Este peso fué introducido en Europa cuando por primera vez se importaron á ella las piedras preciosas del Oriente; y universalmente admitido ha continuado siempre así. El quilate se compone de cuatro granos.

El grano del quilate en el peso de los diamantes es diferente del grano de Troy, pues cinco de aquellos corresponden solo á cuatro de estos.

Una sustancia tan preciosa como el diamante, requiere casi infinitas subdivisiones de su peso, y así el quilate se dividió en 64 partes, cuya división hace ver la dificultad que habría en sustituir el quilate por otra unidad cualquiera.

No hay regla fija para apreciar el peso de los diamantes de gran valor. Los diamantes en bruto que se consideran finos y dé buena forma para ser tallados, pueden apreciarse de este modo: cuádrese la cifra que representa el peso de la piedra; multiplíquese por dos el producto, y el resultado será el valor en libras esterlinas. Los brillantes, si son finos, valdrán en libras esterlinas el producto del cuadrado de su peso multiplicado por ocho.

Esta regla, establecida por Jeffreys y Mawe, y uníversalmente empleada por los joyeros para apreciar el valor de los diamantes, solo puede adoptarse para los de escasas dimensiones, o que no excedan de 20 quilates. El valor de los diamantes de grandes tamaños, que son extraordinariamente raros, se valoran necesariamente, según la competencia que haya entre los compradores.

Los diamantes, no solo se usan como artículos de lujo y de adorno, sino que también se emplean con gran provecho en las artes. «Los malos diamantes, dice M. Mawe, se venden para reducirlos á polvo, en cuyo estado se hace con él un comercio más importante que el de los brillantes con toda su belleza. Son necesarios en muchas operaciones para las artes. El hermoso camafeo y el entalle deben su perfección al diamante, por cuya mediación solo pueden ser grabados. La belleza del ónix hubiera quedado ignorada, si el incomparable poder del diamante no hubiese secundado la habilidad del artista. La cornerina, el ágata,

el *cairnngorm*, no pueden ser grabados, ni las armas y nombres en piedras duras, que no sea por medio del diamante. Sin él, por último, no sería posible cortar las lentes de cristal de roca para anteojos, ni trabajar el ágata para cajas de rapé, etc.»

Lo que dejamos transcrito de M. Mawe se refiere á la aplicación que para aquellos objetos se da hoy al diamante; pero en cuanto á la imposibilidad de grabar las piedras duras o finas sin su ayuda, existen pruebas de lo contrario en los hermosos camafeos y entalles antiguos. Los antiguos grababan hasta las hicalinas corindones, por medio de instrumentos de cobre, templados á un extraordinario grado de dureza, cuyo secreto ni han descubierto ni necesitan descubrir los modernos, poseyendo el acero y el diamante. Ya hemos dicho que los joyeros indios emplearon por mucho tiempo el *corundum* para pulir el diamante, y es también un hecho indudable que en 1407, esto es, más de 75 años antes del supuesto descubrimiento de Berquen vivía en París un pulidor de diamantes llamado Hermán, que había adquirido nombre en su arte. Los antiguos mejicanos grababan también las piedras finas y preciosas sin necesidad del diamante.

Pocos hechos hay más notables en la historia del comercio que el enorme valor empleado en joyas en todos tiempos y por todas las naciones civilizadas.

Actualmente figura un capital de considerable importancia invertido en piedras preciosas en la mayor parte de los países. De este capital, sin embargo, las piedras de color solo vienen á representar un décimo, mientras que los diamantes consumen las nueve décimas partes restantes. Entre los antiguos sucedía al contrario: su preferencia por las piedras de color reconocía en su mayor parte por fundamento la ignorancia en que estaban del

arte de tallar y pulir el diamante, á cuyo descubrimiento debe esta piedra la revelación de sus encantos. La vida de los antiguos por otra parte tenia su principal acción durante el día, á cuya luz se ostenta con más ventaja la riqueza de los colores minerales, mientras que el diamante, por el contrario, brilla mucho menos de día que por la noche al reflejo de las luces artificiales.

No todas las luces artificiales son igualmente favorables para los destellos del diamante. Las de gas o aceite encerradas en tubos y globos de cristal pierden mucho de su intensidad, y es fácil de observar en un baile si está iluminado con luces de gas encerradas de aquel modo, y por medio de bugías en salones diferentes, cuan sorprendentemente se multiplica el efecto de los diamantes á la luz de estas últimas.

«Nuestro actual sistema de alumbrado, dice un eminente sabio francés, por medio de lámparas, bugías, gas y aun de la luz eléctrica, proyecta sobre todos los objetos ciertas tintas que en general son muy desfavorables al color natural de las joyas. Así el záfiro, el granate, la asteria, la turquesa, la espínela azul, la amatista, y aun el ópalo por algunas de sus tintas, pierden mucho expuestas á la luz artificial.» (1)¹⁸.

Si comparamos el lujo moderno con el de los antiguos, entre los cuales uno de los más prudentes no titubeó en pagar un millón de sextercios por una mesa, hallaremos en todas las cosas una degradación que no alcanza nunca á los diamantes. De vez en cuando una crisis política o un pánico transitorio pueden afectar al precio de las joyas; pero su valor comercial rara vez sufre alteración, y en todo caso es sumamente exigua y pasajera. Dos veces, sin embargo, durante los veinte últimos años sufrieron

¹⁸ (1) M. Babinet.- *Etudes et lectures sur les sciences d'observation*.

una gran depreciación-, á causa de serias perturbaciones de diferente índole que felizmente fueron de corta duración. La primera ocurrió con motivo del descubrimiento de las minas del Brasil hacia el año 1843 o 1844, y la segunda en Francia por el advenimiento de la república en 1848, que produciendo una gran depreciación en los fondos públicos no podía menos de influir también en el valor de las joyas. El precio de los diamantes es actualmente de 230 francos por quilate, que excede considerablemente del de ocho libras esterlinas fijada por Jeffreys. No hay propiedad menos expuesta á disminuir de valor que los diamantes por efecto del cambio de dominio.

Hubo un tiempo en que se enseñaba que el diamante era incombustible; pero modernamente se ha desvanecido este error. Expuesto á un calor suficiente arde con una llama azulada y ondulante, y se evapora enteramente sin dejar residuo en una copela o un fuego menor que el necesario para fundir la plata.

Esta última propiedad del diamante es inherente á su composición química, que es la del carbono puro. No se sabe a punto fijo quién fue el primero en suponer al diamante combustible. Boetius de Boot, que en 1609 publicó su *Tratado sobre las piedras preciosas*, parece haber sido el primero en sospechar que este mineral no era una piedra, sino un cuerpo combustible. Boyle hizo notar en 1673 que se evaporaba una parte de él cuando se le sometía á una elevada temperatura. Los experimentos que se hicieron en Toscana y Viena en 1694, confirmaron la aserción de Boyle, y calentándolo por medio de lentes, probaron que el fuego le altera volatilizándolo, y que por tanto no merece el nombre de indestructible con que lo distinguieran los antiguos. Finalmente, Newton, el año 1704, observando en el diamante un poder de refracción igual al de los

cuerpos combustibles, infirió que también debía de ser combustible.

No obstante, estos experimentos, no parece que los mineralogistas de aquel tiempo tuviesen un perfecto conocimiento de la verdadera naturaleza del diamante. Macquer y Bergmann fueron los primeros en probar que el diamante, no solo era volátil, sino también combustible; pero con todo eso no eran capaces de exponer ni la causa ni el resultado de la combustión. El año de 1770, varios miembros de la Academia de ciencias de París hicieron curiosos experimentos, de los que resulta la total volatilización de las piedras de que se sirvieron.

El momento en que el diamante se hace resplandeciente por la combustión, es el en que la evaporación comienza: esta no pasa de la superficie, y la materia no presenta apariencia de reblandecimiento ni fusión. Si la operación se suspende durante el período de la evaporación, la parte que resta del diamante se hallará que no ha perdido ninguna de sus propiedades primitivas, y que solo ha disminuido de tamaño y peso.

Los efectos de esta combustión, examinados primeramente por Lavoissier en 1772, fueron comprobados por Guyton de Morveau en 1785. Este último encerró un diamante en una pequeña cavidad hecha en una pieza de hierro, y la sometió al calor de un fuego intenso. Cuando se descubrió dicha cavidad, se vió que el diamante había desaparecido totalmente, y que el hierro se había convertido en acero, con lo que se probó que el diamante es carbono puro, que se combina con el hierro para formar el acero. La dureza peculiar de este metal es debida á la presencia de una parte de carbono puro ó diamante.

Frecuentemente se vé a los joyeros someter ciertos diamantes sucios á una fuerte temperatura encerrados en carbón, á fin de aislarlos del aire atmosférico para impedir la combustion.

El carbono es en realidad indestructible, puede alterarse su *forma*, convertirse su brillo adamantino en un gas invisible; pero aun así, no se pierde ninguna de sus partículas, y si se le calentase durante siglos en una cavidad de la que se hubiese hecho el vacío, no experimentaría ninguna mutación sensible.

Que el carbon y el diamante son sustancias semejantes en su composición química, difiriendo solo en su textura mecánica, lo ha probado sir Humphrey David por medio de un experimento. Sometió el carbón a un fuego intenso en el vacío, con ázoe condensado por medio de la batería de M. Childreu, y después de haber volatilizado y dado un poco de hidrógeno, se notó que la porción resudóte era mucho más dura que antes, y que en algunos casos salía con mayor lustre y rayaba el cristal, si bieu se conservaba negro y opaco.

M. Cross, practicó también un experimento interesante. Tomó agua de una gruta cristalizada de Holway, y en el trascurso de diez días obtuvonde ella gran número de cristales romboidales, parecidos á los de la gruta.

A fin de asegurarse de si la luz tenia alguna influencia en el procedimiento, repitió el experimento ea una celda oscura y se produjeron de nuevo los mismos cristales en el espacio de seis días, con ayuda de una cuarta parte de la fuerza de una pila de Volta.

Repitió el experimento gran número de veces, y siempre obtuvo los mismos resultados, convenciéndose plenamente de la posibilidad de hacer diamantes, y de que en un período no lejano, el hombre adquiriría el poder de componer toda clase de minerales. Por medio de algunas variaciones que introdujo en sus experimentos llegó á obtener carbonato de cobre gris y azul, fosfato de sosa y otros veinte ó treinta productos más. El sabio francés, M. Despreiz, por medio de una acción lenta y continuada por espacio de tres meses, llegó a cristalizar el carbón en *octaedros negros*, en *octaedros incoloros traslúcidos* y en *lámina incolora y traslúcida con la dureza del polvo del diamante* y que desaparecía en la combustión *sin dejar residuo*. M. Gaudin, habiendo examinado el resultado de los experimentos de M. Despreiz, declaró que había producido diamantes *microscópicos*.

La ciencia ha hecho considerables progresos durante el último siglo, más con respecto á la formación del diamante, está todavía muy lejos de conseguir su objeto.

En el siglo de Luis XIV se creyó en la posibilidad de aumentar el tamaño de los diamantes sumergiéndolos en ciertos líquidos, justamente como se verifica con el cristal y la sal, depositándolos en una disolución de las mismas sustancias.

Es bien conocida la historia de la fabricación del oro por M. Sage por medio de las cenizas de ciertos vegetales, en la cual si obtuvo un resultado satisfactorio en el concepto científico, no era de utilidad alguna, puesto que la extracción de un trozo de oro de valor de veinte francos costaba veinticinco.

Es menester convencerse de que existe una diferencia inmensa entre el análisis y la síntesis de los cuerpos. Puede reducirse un precioso diamante á un pequeño pedazo de despreciable carbón;

pero de esta sustancia no puede reconstruirse la joya destruida. La naturaleza guarda su secreto, y ella es la única que goza el privilegio de la formación de los diamantes en ese laboratorio felizmente vedado al hombre, quien al fin se ve obligado á confesar su impotencia ante las insuperables barreras que aquella le opone.

CAPITULO II.

Composicion quimica de las piedras preciosas.

El cristal fué, según todas las probabilidades, la primera sustancia que debió de verse aparecer bajo formas regulares. Por razón de su extremada transparencia, los antiguos la supusieron agua congelada permanentemente, de donde le dieron el nombre de *krustallos*, que significa hielo. Desde entonces el nombre se ha aplicado á todos los minerales de formas regulares, sin relación con su significación primitiva.

Los cristales usados en la joyería son más ó menos raros, más ó menos preciosos, y por consiguiente más ó menos caros. Algunos son meramente cuarzosos, unas veces opacos y otras transparentes y blancos, ó exclusivamente compuestos de sílice, presentando los más vivos y variados colores, y entonces son de valor escaso; otros son más finos, tienen un brillo particular, rayan el cristal, y son de más valor á proporción que son más raros, más difíciles de ser trabajados, de colores más vivos y de brillo más refulgente.

Los primeros y de menos valor son empleados en la *bisuteria*, y trabajados para dices de escase precio. Los segundos se destinan

por los joyeros á montar sortijas, brazaletes, collares y otros aderezos que á veces representan el valor de una fortuna.

Las piedras generalmente usadas, pueden clasificarse de este modo: los diamantes, las hialinas, cornidones y otras piedras preciosas; la hialina cuarzosa ó cristal de roca; el feldespató, el jade, el lapislázuli, la malaquita y la fluorina; las piedras silíceas hidratadas, simplemente translúcidas, como las ágatas; y las silíceas hidratadas, totalmente opacas.

Las que se clasifican inmediatamente á continuación del diamante, se llaman por los mineralogistas hialinas corindones ó telesies, que en lo general son diáfanas, y á veces translúcidas. Compuestas en su mayor parte de alúmina, en a proporción de 90 á 98, su opacidad aumenta ó su transparencia disminuye, según la proporción en que contienen el hierro ó la sílice, a cuyos elementos deben los tonos de sus luces.

Las hialinas corindones son ya blancas, ya de color, y se denominan así:

El corindon carmesí ó el rubí oriental.

El » incoloro ó záfiro blanco.

El » azul celeste o záfiro oriental.

El “ azul índigo ó zafiro íadigo.

El » violeta ó amatista oriental.

El » amarillo ó topacio oriental.

El corindon totalmente incoloro es extremadamente brillante, y ha solido pasar por diamante; pero se le distingue por la mayor dureza de este. Sin embargo, como no es posible rayar una joya, y el volver a pulirla disminuiría su espesor, la mejor manera de

ensayarla es hallar su peso específico. Esta prueba, no solo sirve para distinguir el diamante de los corindones, sino también para reconocer estos entre las demás piedras de color que pretenden usurpar su nombre. Hay todavía un medio más expedito para distinguir el záfiro y topacio blancos del diamante, con cuyo nombre suelen presentarse en el comercio, y es observar si la piedra posee la doble refracción, en cuyo caso será evidente que no es un diamante. M. Babínet explana la observación de este carácter óptico del modo siguiente: «Cuando miramos á través de una piedra cualquier objeto diminuto, tal como la punta de una aguja ó un pequeño agujero hecho en una cartulina, si vemos el objeto doble como si mirásemos dos puntas de dos agujas, ó dos agujeros, es que la piedra retracta la imagen doble.

Todas las piedras blancas poseen esta propiedad, excepto el diamante. Requiriéndose alguna práctica y destreza para comprobar esta observación, convendrá fijar el mineral en un cuerpo ligero por medio de lacre, ó de otra manera á fin de obtener una completa inmovilidad del objeto. Cualquiera persona se halla en aptitud de hacer este experimento, no siendo necesario, además, desmontar la piedra de su engaste. El topacio blanco del Brasil se parece tanto al diamante, que solo puede distinguírsele ensayando sus propiedades. Esta semejanza del záfiro y topacio blancos con el diamante les vale un aumento de precio sobre los demás.

Por más extraña que parezca la aserción, es una verdad incontestable que la naturaleza ha formado los cuerpos más preciosos de los elementos más comunes; y así la arcilla, llamada *alúmina* por los químicos, y la *sílice* ó cristal de roca, constituyen la base de todas las piedras preciosas. El ópalo está compuesto de guijarros y agua; el topacio no es otra cosa que la sílice y lá

alúmina con un poco de ácido fluórico, y para la esmeralda, el crisólito, el berilo y la tarmalina, se exige solo otro elemento, la *glucina*; y finalmente, el granate revela su naturaleza ferruginosa en su notable acción sobre la aguja imantada.

En su valor mercantil, las hialinas corindones difieren del diamante en que éste, como los metales preciosos, tiene su valor desde el más diminuto ejemplar hasta las joyas de celebridad universal, siempre proporcionado á su peso. Por el contrario, las hialinas corindones de exiguo tamaño, son de escaso valor, y solo se hacen notables cuando su excesiva magnitud constituye una rareza en su género. Así los ejes de las ruedas de los relojes se apoyan en pequeños rubíes que, aunque de gran, utilidad, son de escaso valor, en razon á lo mucho que abundan del reducido tamaño en que se emplean para aquel objeto y otros análogos; pero cuando se ofrece en el comercio un rubí perfecto de cinco quilates, merecerá indudablemente un precio doble del de un diamante del mismo peso, y un rubí de diez quilates tres veces el precio de un diamante del mismo tamaño, aunque éste se valore en 80 ó 100.000 reales.

El Rubí.

El nombre de rubí, llamado anthrax por los griegos, *carbón vivo*, anuncia por sí solo su color rojo vivo de sangre. Un rubí perfecto de grandes dimensiones es considerado universalmente como la más rara producción de la naturaleza.

El rubí no desmerece en nada de su belleza á la luz artificial. Su brillante color se atribuye á que entra en su composicion una sexta parte de ácido crómico, mientras que otras piedras que se le parecen, como el granate, solo deben su color al óxido de

hierro. El color más raro y más estimado en el rubí es el de carmín puro ó rojo de sangre muy intenso, despidiendo en estado de pulimento una llama de un resplandor incomparable. Se le halla también de colores más pálidos, y á veees mezclado de azul en varias proporciones: de manera que se le conoce de color de rosa subido (hermosa variedad del rubí oriental) encarnado, blanco, carmesí, flor de melocotón, rojo, y azul lila. El último es el llamado amatista-oriental.

Se conocen cuatro diferentes clases de rubies: el de color rojo de cochinilla, ó rubí *oriental*, el rubí *espinela*, el rubí *balage* y el *rubicela*.

El rubí oriental, bajo el nombre de carbunclo, representa un gran papel en las leyendas orientales y en los antiguos romances; sus luces rojas iluminaban salones encantados, y servían de guía á valientes caballeros en la empresa de rescatar alguna dama encerrada bajo la guarda de formidables dragones. Tenía la maravillosa propiedad de brillar en la oscuridad, que no es otra, en realidad, que la que le da su fosforescencia como ocurre con otras piedras preciosas cuando se las calienta hasta cierto grado.

El rubí figura bajo el nombre de carbunclo entre las doce piedras que adornaban el pectoral del príncipe de los sacerdotes; pero como no hay certeza de que los antiguos grabasen el rubí, se supone por algunos que debió de ser el granate. Existe en verdad una gran incertidumbre respecto á las piedras que los hebreos conocían con los nombres de rubí, esmeralda, etc.

El rubí *espinela*, que es menester no confundirlo con el corindón ó telesia de los mineralogistas, es, en estado de perfección, poco inferior en belleza al oriental, aunque menos rico en color.

El *balage* es de un color de rosa bajo, y á veces muy subido, que es el más estimado.

Los más comunes son de un color rojo, pálido. No se los considera perfectos sino cuando llegan á tener cierto peso.

Con el topacio del Brasil se imita el rubí, poniéndole á calentar con arena en un crisol hasta cierta temperatura; el topacio pierde así su color amarillo de naranja y adquiere el rosa precioso del *balage*.

El rubí de la cuarta clase, *la rubicela*, es una variedad inferior de la espinela, de color rojo amarillento.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 13 de Agosto de 1871, Año XV, Numero 15. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 11-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

La más rica cristalización del rubí, no es como en el diamante el octaedro, sino el prisma exagonal, como la del cristal de roca; pero sin las pirámides exagonales que terminan el prisma de éste. Es sumamente frágil é infusible al soplete. Su peso específico es igual al del zafiro, esto es, de cuatro á cuatro y medio.

Ya hemos dicho la razón de la escasez de los rubíes de cierto tamaño en Europa, y de ella procede su considerable precio. Cuando se vendió la colección de piedras preciosas del marqués de Drée, un buen diamante de ocho granos (dos quilates) valía 3.200 reales, mientras que por un rubí de peso exactamente igual se pagaron 4.000. Un rubí de diez granos, fue vendido, en 5.600 rs.

El zafiro.

Esta piedra es tan análoga al rubí, que muchos mineralogistas la consideran una variedad del mismo, sino que su color azul es no tanto menos suave que el encarnado de aquel. En su estado de mayor pureza, el zafiro es de un precioso color azul claro; pero desgraciadamente pierde mucho de su belleza a la luz artificial. La tinta del zafiro perfecto es blanda, rica, aterciopelada, ni

demasiado ligera, ni demasiado cargada. Tal era el zafiro que los antiguos consagraron á Apolo.

El zafiro del brillante color azul claro de índigo, es también muy estimado.

Esta hialina pierde mucho de su valor según que es más ó menos limpia de nubes. A veces solo es trasparente en partes y manchada, y con vetas de colores más fuertes en otras. Mr. H. P. Hope presentó en la exposición de Londres su tan conocido «zafiro maravilloso» que es azul de día y amatista de noche.

La asteria o piedra estrella es otra variedad del zafiro, en la que se ve una estrella con seis rayos que brillan con gran refulgencia cambiándola de posición a los rayos del sol. Es semitransparente. El zafiro es infusible al soplete, y desarrolla electricidad por medio de la frotación. Un zafiro de diez quilates se regula en 4.200 reales de valor, y uno de veinte en 20.000 reales.

La amatista.

La amatista oriental es una piedra de un precioso color de violeta, y la más rara de todas las hialinas; tan rara, que antes de la revolución de 1789 el rico banquero Mr. d'Augui, era la única persona privada que se supiese poseía una hermosa amatista. Es tan dura como el rubí y el zafiro, a los cuales corresponde también en cuanto á forma y peso específico. Es tan notable la riqueza de su color, y se presta a un pulimento tan brillante, que muchos mineralogistas se inclinan á considerarla un zafiro de color violeta, y á colocarla entre los diamantes de color, ó entre los rubíes.

La amatista *occidental* es un simple cristal ó cuerpo coloreado con peróxido de hierro ó manganeso, aunque con frecuencia defectiva de color, esto es, pintada de un extremo y blanca de otro. En su estado perfecto, sin embargo, es muy bonita y de un rico color púrpura de uva. Es susceptible de un pulimento brillante, y se parece mucho a su compañera oriental. Se la encuentra en cantos rodados, en los terrenos de aluvión, en el interior de los bloques, ó en los lechos de ágatas; y finalmente, cristalizada, en venas, en las cavidades del *grünstein* y otras rocas.

El precio de la amatista oriental apenas puede determinarse á causa de su extremada rareza, y el de las occidentales se evalúa según su tamaño, belleza y riqueza de color. La amatista es la piedra que vemos en los anillos de los obispos. La occidental se suele encontrar de grandes dimensiones, y los antiguos las usaban no solo como adorno, sino que hacían de ellas copas que valían sumas enormes.

El topacio.

El topacio es una piedra de forma prismática truncada, la más dura de todas las hialinas corindones á excepción del rubí y el zafiro. Su gravedad específica es de cuatro poco más o menos.

Cuéntase que el emperador Maximiliano, que de una puñada rompió los dientes á un caballo, y de un puntapié le partió la pierna, pulverizaba también los topacios entre sus dedos. Cualquiera que fuese la piedra a que los romanos daban este nombre, no podía ser ciertamente la hialina corindón que nosotros conocemos con él, aun haciendo concesión de aquellas fuerzas al Goliath Traciano.

Esta hermosa piedra es de un brillante color de junquillo ó limón, y a veces dorado claro. El más estimado es el arrasado, que parece estar lleno de brillantes lentejuelas de oro. Su color debiera ser claro y perfectamente igual; pero las tintas varían según el país de donde proceden. En el comercio, el topacio egipcio suele pasar por oriental; pero puede distinguírsele por su menor dureza.

El más estimado después del Oriental, es el topacio del Brasil, y es también el que le sigue en dureza: su color es naranjado oscuro, y admite el más fino pulimento.

El topacio bohemio es de color oscuro de jacinto, y a veces de una tinta parduzca.

El topacio sajón es durísimo, extremadamente brillante, y de un color amarillo trasparente. Pierde su color al fuego en un pequeño crisol, ó al del soplete, ó cubierto de ceniza ó arena y calentado, convirtiéndose en blanco perfecto.

Se encuentran topacios también en el Voigiland á dos millas de Auerback, en el cuarzo ó entre las areniscas cristalizadas, y algunas veces cubiertos de margas amarillas.

Hay también otras piedras llamadas topacios alemanes; pero no son sino una especie de espato vítreo, con las que no puede engañarse nadie.

El topacio no siempre es amarillo; lo hay también encarnado, que es la variedad más preciosa, y se confunde á veces con el rubí. El topacio azul es también una joya preciosa.

El berilo.

Se encuentra esta joya en ejemplares de mayor tamaño que ninguno de los demás corindones. Son frecuentes las de una, dos y aun tres onzas de peso; en la exposición de Londres se presentó uno gigantesco opaco, de la América del Norte, que pesaba 80 libras, y en el Museo británico se conserva otro casi de iguales dimensiones.

Se conocen dos clases de berilos: el oriental y el occidental. Su cristalización es poligonal; es trasparente, de color verde azulado, y á veces de un pálido verde-mar. Plinio sospechó que esta piedra podía ser una especie de esmeralda, y los mineralogistas modernos se han adherido á esta opinión, pues ambas cristalizan en la misma forma, son de la misma dureza, y tienen igual gravedad específica. El nombre «esmeralda» se aplica solo a cierta variedad particular que presenta ese color peculiar de verde *esmeralda*, mientras que el de «berilo» se da indistintamente a todas las demás variedades que se distinguen por los colores verde-mar, azul pálido, amarillo de oro, y blanco.

El berilo oriental es trasparente y excesivamente brillante, de delicado color, participando del verde y del azul en iguales proporciones. La esmeralda es perfectamente verde, sin mezcla alguna de azul, y el zafiro es de un azul puro, pero sin sombra de verde, mientras que el berilo participa de ambos colores con un infinito número de sombras.

El oriental, sin embargo, es de sombras más decididas, más duro, y más susceptible de un pulimento fino que el occidental. Este último presenta también una preciosa mezcla de azul y verde-

mar, y admite un buen pulimento. La luz artificial que roba al zafiro su tinta etérea, acrecienta por el contrario la brillantez del berilo.

La esmeralda.

El bello color de la esmeralda es debido a 1 ó 2 por 100 de óxido de cromo que entra en su composición. Esta piedra está compuesta de sesenta y ocho partes de sílice, quince de alamina, glucina con vestigios de limo, óxido de hierro y cromo. Rompe fácilmente en ángulos rectos respecto de su eje. Su cristalización es un prisma de base exagonal, truncado por ambos extremos.

La esmeralda perfecta debe ser de un rico, suave, animado y puro verde de pradera sin defecto alguno; pero esta joya se presenta muy raras veces sin jardín, como vulgarmente se llama a sus vetas, cuando llega a tener ciertas dimensiones. Se la ve comunmente oscurecida por manchas que suelen anublar sus reflejos. Una esmeralda sin jardín ha pasado á ser un proverbio. Las buenas esmeraldas son tan raras y tan buscadas, que según M. Mawe se sabe de una colección de ellas que pasaron por una serie tal de compradores, que dieron la vuelta á Europa en el trascurso de medio siglo.

Es la menos pesada de las hialinas, pues su gravedad específica es solo de 2-6 a 2-7'7 como el cristal de roca, mientras que el del diamante y topacio es de 3 ½, el de las piedras de la familia del zafiro de 4, y mayor aun el del zircón y granate. Es tan blanda, que á duras penas raya el cristal. Se la encuentra en forma de cristales de un hermoso color verde, incrustados en una especie de arcilla blancuzca. La presencia de estos depósitos en una roca de naturaleza y color tan diferentes de la esmeralda, solo puede

explicarse por la intervención de la electricidad como causa del fenómeno. (1)¹

La esmeralda ha sido siempre favorita del público, y se la coloca, por tanto, inmediatamente después del rubí. Tiene también como este la ventaja de no perder de su belleza á la luz artificial. Comunmente se la rodea de brillantes, y así dispuesta, constituye uno de los adornos mis preciosos.

La mejor esmeralda conocida estuvo en la gran exposición del año 1831. Tiene dos pulgadas de largo, y pesa ocho onzas. Las almendrillas de cuarzo se confunden frecuentemente con los berilos y vice-versa. Cuando estas sustancias están cristalizadas, el medio de distinguirlas es fácil: el cuarzo es estriado en sentido longitudinal, y sacrificando uno ó dos cristales puede salirse de duda observando la fractura; si se trata de la esmeralda ó el berilo, la fractura será plana ó como la del topacio; si del cuarzo, concoidea. (2)².

El crisólito oriental ó crisoberilo.

El crisólito oriental cristaliza en prisma exáedro, oblongo, de lados desiguales, terminado por dos tetraedros. Su color es un hermoso verde claro de manzana, y es susceptible de un bello pulimento.

Hay dos clases de crisólitos brasileños: uno algún tanto parecido en color al peridoto oriental, salvo una tinta amarilla, y que es un poco más oscuro, menos duro, y de pulimento menos fino.

¹ (1) M. Babinet.

² (2) Professor Teanat.

El otro crisólito del Brasil, es de color pajizo con una delicada sombra verde; es muy duro, y recibe un buen pulimento. Se ha dado su nombre á sustancias minerales muy diferentes, como el crisoberilo, el peridoto, y ciertas variedades de los berilos y topacios. La fractura del berilo es concoidea, y su composición 80-25 de alúmina y 19-75 de glucina. La mayor piedra conocida de este género está en Rio Janeiro. Se la encuentra en Ceilán, Pego y el Brasil.

El *peridoto* ú *olivina*.

El peridoto es una bonita piedra de color verde aceituna, y tan suave que raya apenas el cristal. Se le halla con frecuencia, aunque en cristales muy diminutos, en la lava de los volcanes, y tiene la distinción de ser contada entre las piedras que se suponen caldas de la luna, que más bien deben de proceder de la atmósfera. Los buenos peridotos orientales traídos de la India son objetos preciosos de adorno, y es muy sensible que no se les dispense un poco más de favor. Se compone de silicato de magnesia (silicato 43-7 y magnesia 56-3) con una cierta cantidad de protóxido de hierro. Su cristalización es romboidal.

La cimofana, ojo de gato [Bell'Occhio.]

Esta piedra, originaria de Ceilán, es de una tinta verdosa, extriada de amianto blanco, y posee á veces una apariencia lechosa y opalascence. Cortada en cabujón, presenta una banda de luz blanca flotante, producida por los reflejos de los filetes de amianto. Algunas variedades de esta piedra se llaman ojos de gato, porque cuando las hiere la luz en cierta posición, despiden uno o más rayos brillantes de color ó sin él, que parten del interior, ó de la superficie, y de un punto como centro,

extendiéndose hasta los bordes. Muchas piedras preciosas poseen a veces esta misma cualidad.

El *granate*.

No hay piedra que ofrezca mayor número de variedades que el granate, en color, forma y cristalización. Los hay de color rojo oscuro, amarillo, pardo oscuro, amarillo naranjado y también negro.

Los granates, en general, no tienen ni el brillo ni la transparencia de otras piedras, si bien debemos exceptuar el sirio ú oriental venido de Syrian ó Sorian, capital de Pegu, que es probablemente el oriental, y cuyo color es de un rico rojo de sangre. Este granate, como el rubí espinela, con el que se confunde, se llamó *carbunculus* entre los antiguos. Tiene á veces un rico color de violeta, con el que, si bien rara vez puede competir con la amatista, de la que se distingue, sin embargo, por la degradación de su color á la luz artificial, con la que adquiere un cierto tinte naranjado.

Los granates se componen de sílice, alúmina y una pequeña parte de óxido de hierro, al que deben su hermoso color. Cuando abunda en él con exceso, es en perjuicio de su esplendor, pues su tinta se convierte en un rojo pardo. La perfección de todas las piedras depende menos de la calidad de los elementos que las componen, que de su completa solución y combinación íntima. Las tierras alcalinas, como la cal, la magnesia, y aún más, la potasa, parecen intervenir como disolventes, porque la alúmina completamente disuelta adquiere una cristalización de que por sí sola no es susceptible.

Los granates difieren mucho entre sí en tamaño y dureza: algunos son como un grano de arena, y otros del tamaño de una manzana; unos rayan el cuarzo; otros, al contrario, son rayados por éste, y los hay transparentes y también opacos. La forma inicial del granate es la dodecaédra romboidal. Cuando el granate es de fino color, transparente y capaz de buen pulimento, es tenido por una hermosa piedra, y se talla en *cabujón* ó en facetas. Es infusible al fuego del soplete, y derretido se convierte en esmalte negro.

El llamado granate occidental, que es muy inferior, tiene un color rojo oscuro, más ó menos brillante según su dureza. Se diferencia del Oriental en que su color es menos suave y no purpúreo, perdiéndolo además á la luz artificial, que le hace parecer negro.

El granate de Bohemia es, sin embargo, de un hermoso color rojo de sangre y bastante duro para dejarse pulir bien, y entre ellos los hay de gran tamaño y brillantez.

La refracción del granate es siempre como la del diamante: se le talla en cabujón, y ofrece a veces el asterismo, o sea una estrella de cuatro o seis rayos, como la generalidad de los corindones.

El jacinto.

Es de la familia de los granates, aunque Haúy ha creído que debe separársele como de naturaleza diferente.

Para ser perfecto se requiere que tenga un hermoso color naranjado coa una sombra de grana; que sea totalmente claro v sin aguas, y entonces se le llama el *hermoso jacinto*. Era una de

las piedras más favoritas de los romanos, pero es de uso escaso actualmente.

El jacinto occidental procede del Brasil en cristales cuadriláteros, terminados en ambos extremos por una pirámide de igual número de facetas.

El verdadero y rico jacinto oriental es el zircón, de un color fuerte de miel.

El cristal de roca ahumado, calentado, adquiere un hermoso color de jacinto. La esonita de Haüy, que es una especie de granate, es también un jacinto.

El ópalo (cuarzo hidratado.)

Esta hermosa piedra tan justamente apreciada de los romanos, lo es también en estos tiempos. La moda le clasifica hoy antes del zafiro, y rodeado de brillantes como se le monta generalmente, con cuyos vividos reflejos contrastan sus suaves y tranquilas, pero ricas y variadas tintas, no hay duda que es uno de los más bellos adornos que pueden imaginarse. El ópalo es blanco o gris de perla, y cuando se le mira al través parece encarnado pálido ó de color amarillo de vino, con cierta translucidez lechosa. Por reflexión, y en sus diferentes cambios de posición, ofrece los más radiantes y bonitos colores, particularmente el verde esmeralda, amarillo de oro, rojo de fuego, violeta, púrpura y azul celeste tan primorosamente mezclados que cautivan la atención. Cuando su color está dispuesto como en lentejuelas, toma el nombre de ópalo arlequín. A veces solo se distingue en él uno solo de los colores mencionados, y entre ellos son los más estimados el verde esmeralda y el amarillo naranjado.

El ópalo fino no es tan duro como el cristal de roca, y está frecuentemente lleno de vetas o aguas que contribuyen poderosamente á su belleza, á causa de la descomposición de la luz en aquellas hendiduras. Nunca se le talla en facetas, sino de forma hemisférica. Su tamaño es pequeño generalmente, rara vez llega al de una almendra o avellana, si bien se han visto algunos ejemplares como pequeñas nueces, por cada uno de los cuales pedían algunos centenares de libras esterlinas.

Los ópalos, que poseen la propiedad de despedir varios rayos de una efulgencia particular, se distinguen por los lapidarios con el dictado de *orientales*; se le llama también ópalo de lentejuelas, y como los rayos del sol se reflejan en él como otros tantos brillantes de colores, los príncipes de las Indias Orientales le tienen en gran aprecio, considerándolo igual al diamante.

Existen ópalos negros que vienen del Egipto, pero son muy escasos: tienen el color del rubí como visto á través de un vapor, o como un carbón encendido por uno de sus extremos.

Cuando se le extrae de la tierra es blando; pero se endurece y disminuye de volumen expuesto al aire, ha de observarse el mayor cuidado en su talla para no destruirlo, a causa de ser una de las piedras preciosas más blandas, si bien esta cualidad ofrece considerables variedades. Su peso específico es de 19-58 á 2-54. La reducción de su gravedad en algunos ejemplares debe atribuirse a cavidades accidentales que contiene la piedra, y que á veces están llenas de agua. Sus colores no los debe á ninguna sustancia colorante, sino á la propiedad de las vetas o hendiduras que contiene, de refractar los rayos solares. Se compone de 90 de sílice y 10 de agua. Se conoce también un ópalo llamado *hidrófano*

que es blanco y opaco, y solo se parece al otro después de haber estado sumergido en el agua.

CAPITULO III

Composición química de las piedras preciosas.

El cuarzo se compone exclusivamente de sílice, con una ligera porción de alúmina. El cuarzo hialino o cristal de roca, es totalmente incoloro. Aunque más duro y más pesado que el cristal artificial, tiene con él una semejanza perfecta. Se le encuentra en las rocas cristalizadas y también en los lechos de los ríos arrastrado por las aguas: el más claro y más puro procede de Madagascar, y se le halla también en los Alpes. El cristal de roca ha perdido mucho de su valor desde que se le sustituyó por el cristal artificial en la mayor parte de sus usos: la dificultad con que deja tallarse le hacía subir á un precio enorme. Los cristales más finos de cuarzo se usan todavía para anteojos y otros instrumentos ópticos, para lo que son muy propios por su dureza.

Las tintas que el cuarzo recibe de los óxidos metálicos, producen los varios colores que admiramos en las hialinas corindones. La amatista falsa o cuarzo púrpura, se pinta con un poco de óxido de hierro o con manganeso, y con este se imita también el rubí. La venturina es una hermosa variedad del cuarzo, de un rico color pardo, y de una textura tal, que parece estar llena de brillantes lentejuelas. En España se encuentran pequeños cristales de cuarzo de colores, á los que se llama «jacintos de Compostela.»

Las calcedonias, cornerinas, ónices, sardónicas, piedras de sangre o heliotropos, y las numerosas variedades del ágata, están compuestas principalmente de cuarzo teñido de varias sustancias.

En las montañas de Cairn-Gorm, en Escocia, se encuentran hermosos cristales de cuarzo pardo y amarillo, que se emplean para sellos y otros diges, y en Alenson, Medoc, y en las riberas del Rhin, se recogen cristales de todos los colores de las piedras preciosas.

Entre las piedras opacas y semi-opacas, la primera en precio y belleza es

La turquesa.

Hay dos clases de turquesas algún tanto parecidas entre sí, pero de naturaleza totalmente diferente. La oriental o *Roca Vieja*, que es la verdadera joya en cuestión; la Calais de los romanos ofrece caracteres exteriores muy marcados: es de un hermoso color azul celeste, o verde azulado, opaca, o ligeramente trasparente en los bordes; su dureza, algún tanto mayor que la del fosfato de cal, siendo, por tanto, susceptible de pulimento. Su peso específico varía de 28'36 á 30; es infusible al soplete é inatacable por los ácidos.

La composición química de la turquesa ha sido hasta ahora problemática, pues todos los análisis que de ella se han hecho han dado resultados diferentes: los únicos elementos que se han reconocido como invariables, son el fosfato de alúmuina, óxido de cobre y el hierro.

Esta piedra es muy estimada, y obtiene siempre un buen precio si el color es fino. Una turquesa de forma oval, de cinco líneas por cinco y media, de color azul ligero y una tenue tinta verdosa, valió en una almoneda pública 2.000 reales. Mucho debe de haber disminuido de precio esta piedra desde el tiempo de Shakspeare, o Shyloch la valuó quizás en más de lo que debía, por ser una memoria de su mujer, cuando mostraba tal sentimiento por su pérdida.

El alto precio de la turquesa ha excitado el interés de su falsificación. La materia más comúnmente adoptada para este fraude, es la de los dientes fósiles de los mamíferos, teñidos, según se dice, con fosfato de hierro que se encuentra en Auch, departamento de Gers en Francia. La dureza de dichos fósiles es mucho menor que la de la turquesa, responden á la acción de los ácidos, y dan al fuego cierto olor animal, por cuyas cualidades se distinguen perfectamente de aquella joya.

Ágatas.

Las ágatas son una variedad del cuarzo hidratado, compuestas de una pasta fina, compacta, untuosa y trasluciente, que admite un pulimento muy fino. Nunca son totalmente opacas como el jaspe, ni transparentes como el cristal de cuarzo: en su pulimento las partes opacas ofrecen el aspecto de rayas, ojos, venas, zonas, bandas, etc. Sus colores son generalmente el encarnado, azulado, amarillo, blanco de leche, de miel, naranjado ó amarillo, de carne, de sangre, de ladrillo, pardo oscuro, violeta, azul y verde pardusco. Se presenta en nódulos redondos irregulares, desde el tamaño de una cabeza de alfiler hasta más de un pie de diámetro.

El ágata oriental, que es la superior, es semi transparente. Si es de un color blanco de leche ó teñido de azul o amarillo, pasa á ser una calcedonia; si de naranja, una sardónica; si de color de rosa o encarnado, una cornerina; y si de un claro hermoso verde, un crisoprasso. Hay ágatas de fondo gris y con filetes retorcidos en espirales.

El ágata *leonina*. o de pantera, es parda con manchas como las de este animal, ú ondas de sombra más oscura.

Las hay con venas encarnadas, y con blancas; y también de un hermoso color negro. En algunas ágatas parecen verse dibujos de arbustos, pájaros, musgos, nubes, estrellas y varias clases de animalitos.

El ónix.

Es una ágata semitransparente en la que se ven capas o zonas de dos ó más colores que contrastan fuertemente. Un sardio con una zona blanca se considera un onix. El precio del ónix aumenta según el número de zonas que contiene, su marcada distinción y el contraste que presentan. Los más famosos grabadores griegos escogían diferentes variedades de ónices para sus obras maestras, por razón de su dureza, que los hace susceptibles del pulimento más fino.

En los ónices de tres bandas, la superior es parda, y mirándola al trasluz se observa una tinta encarnada. La segunda banda es de color blanco ó gris lechoso; y la tercera de un hermoso negro de homo. El ónix es tanto más raro y curioso cuanto más marcada sea la separación de las zonas, y mayor el contraste de los colores.

A veces solo está compuesto de dos de estos, blanco hermoso el superior, y gris el inferior, en cuyo caso se llama ágata ónix. Pero los de más valor son los de cuatro capas.

El *sardio* ó *sardónica* es un ónix con una zona encarnada, y la otra de uno de los colores peculiares del ónix. La partícula *sard* indica el color rojo de la cornerina.

El sardio oriental viene de la India, el Egipto, la Arabia, la Armenia y Babilonia. El occidental llamado *niccolo* por los italianos, está lleno de manchas azuladas, y rodeado de zonas de color blanco de teche; es menos duro que el oriental, y viene de Bohemia en su mayor parte.

Se conoce un sardio de diferentes zonas, y en el centro común á todas ellas, se vé una mancha que semeja un ojo, de cuyo accidente se aprovechan los artistas para darle mayor efecto, perforando la piedra por bajo de la mancha, é introduciendo en la cavidad una planchita de oro que hace resaltar el brillo de aquella.

La cornerina citada por Plinio es una especie de ágata semitransparente, de grano fino, susceptible de un delicado pulimento, de color encarnado comunmente, y muy dura, como los demás corindones. Muchos de los enormes rubíes de la India no son si no masas de corindón rojo sin transparencia. Se la trae de la India, Arabia, Persia y Egipto. Se conoce una cornerina de color azulado o lechoso, y otra de color rojo o amarillo con rayas blancas, encarnadas ó negras; y aun otras manchadas como de gotas de sangre.

La *calcedonia* es una piedra semitransparente, nebulosa, de color azul de leche. La calcedonia zafirina es la más dura, la más bonita y estimada: es de color gris azulado. Otras presentan una sombra azulada ó purpúrea. Estos tres colores se multiplican al sol, y muestran los del arco iris, por lo que se llama *iris calcedonia*. La más común es de color blanco de leche, y se distingue de la ágata blanca solo en que es más anubarrada y menos dura. El nombre de calcedonia se da á todas las piedras finas del género de la ágata, cuya transparencia se oscurece por una sombra nebulosa.

El jaspe.

Las diferentes variedades del jaspe se distinguen de las ágatas por su fractura mate y su opacidad que es completa. Se emplean en mosaicos, para lo que son muy propios por sus variados colores.

El feldespato.

El feldespato es una sustancia preciosa que se usa para diferentes objetos curiosos. Está caracterizado por las tintas opalescentes o lechosas que nacen de su interior, y por su color, que varía según su transparencia y reflexión. Está compuesto de sílice, alúmina y potasa, y se le encuentra abundantemente en casi todos los países. Blanco y menos duro que el cuarzo, se funde al soplete. Se le encuentra de varios colores, unas veces opaco y otras semitrasluciente. Son notables algunas de sus variedades; y las piedras de la luna, la del sol, las amazonas y las labradoritas cuando son finas, alcanzan precios elevados. La piedra de la luna es trasluciente, y se asemeja á un ópalo blanco de leche reflejando la luz débilmente. La piedra del sol es de color amarillo, llena de una infinidad de partículas brillantes que no son sino lentejuelas

de mica. El jade es una especie de feldespato combinado con el talco en una escasa proporción.

Su color varía desde el blanco de cera al verde oscuro. Los chinos é indios orientales hacen de esta piedra adornos de un exquisito trabajo y de precios muy elevados.

El lápiz lázuli.

Este mineral es de un hermoso color azul, informe ó en masas redondas de un tamaño regular. Se compone de sílice, alumina, sosa y azufre. Se le encuentra con frecuencia marcado con manchas amarillas o venas de sulfuro de hierro, y es de gran estima para obras de ornamentación.

La malaquita.

La malaquita es un óxido de cobre combinado con ácido carbónico, que se presenta en masas sólidas de un hermoso color verde aterciopelado. Procede principalmente de la Suecia, China y los Montes Urales. La malaquita y el grúnstein se encuentran en todos los montes de ambos hemisferios, pero el mejor es el de Ukraine.

El ámbar.

Para darse cuenta de esta sustancia singular, los antiguos inventaron muchas fábulas curiosas y los sabios modernos, sí bien no tan inclinados á poetizar sobre lo que no está á sus alcances, no se han visto en menores dificultades para explicar su origen, que, aunque parece haberse descubierto se apoya solo en meras conjeturas. Generalmente se ha supuesto que era una

resina destilada por una cierta especie de pinos extinguidos, y que alojada largo tiempo en la tierra ha adquirido cualidades especiales. Se le encuentra en riñones irregulares, en las riberas del mar y también en los lechos de líñito, en los exquisitos arcillosos, y en las formaciones calcáreas. Su color varía del amarillo pálido, al rico y peculiar que lleva su nombre, y al rojizo pardo. Aunque comunmente diáfano y también muy transparente es á veces casi opaco. Es de fractura perfectamente concoidea, y fácilmente quebradizo. Su peso específico 1' 1, poco más pesado que el agua.

Se compone de 79 partes de carbón, 10-5 de hidrógeno y 10-5 de oxígeno. Se funde fácilmente y da un olor aromático.

La electricidad negativa que en alto grado posee el ámbar, había sido ya observada en tiempo de Thales: el fenómeno del poder que le da la frotación de atraer los cuerpos ligeros, hizo tal impresión en aquel filósofo, que le consideraba un cuerpo animado. La electricidad deriva su nombre de *electrón*, voz griega con que se denomina el ámbar.

Los romanos dieron á esta sustancia un valor inmenso. Plinio se lamenta de que se pagase más por una diminuta efigie humana de ámbar, que por un hombre robusto de carne y hueso. Era la moda entre las damas romanas llevar bolas de ámbar y de cristal de roca en las palmas de las manos; el ámbar por el perfume delicado que exhala, y el cristal por su frescura.

Domicio Nerón, entre otras extravagancias, comparó en un poema el cabello de su mujer Popea al color del ámbar, y de tal expresión nació la moda de aquel color en los cabellos entre las damas romanas, que recurrieron a toda clase de medios para

teñírselo, y aun adoptaron la peluca, sacrificando sus hermosos bucles de ébano.

Shakspeare hace uso de la misma comparación.

«Her *amber* hairs for foul have amber quoted.»

Antiguamente se atribuían al ámbar grandes propiedades medicinales; pero la ciencia moderna le ha despojado casi totalmente de aquella injusta reputación. Todavía, sin embargo, suele aplicársele á los niños como un antídoto contra las convulsiones; se extrae de él un ácido llamado sucínico (del latin *succinum*, ámbar), y un aceite antiespasmódico. También se emplea en la preparación de varios perfumes y medicamentos.

Los antiguos se proveían de él en las costas del mar Báltico, donde se le encuentra todavía, expecialmente entre Konigsberg y Memel, en mayor abundancia que en ninguna otra parte del mundo. Se le obtiene allí en parte del que saca la mar á sus orillas, por medio de redes, y del que suda un lecho de hulla bituminosa. Se recoge también en grandes cantidades en las costas de Sicilia y del Adriático, en diferentes partes de Europa, en Siberia, Groenlandia, etcétera. El ámbar amarillo de Dantzic se trabaja por un valor de 50.000 á 80.000 francos anuales. El ámbar trasparente amarillo, fue antiguamente muy buscado, pero actualmente es preferido el de color pálido. Se exportan de él á Turquía cantidades inmensas, para emplearlo en pipas, en la fabricación de adornos, y para incienso en el culto mahometano. Se hacen de ámbar objetos muy elegantes, como collares, brazaletes, pendientes, cajas, rosarios, etc. En tiempo de Shakspeare debió de estar muy de moda, puesto que en sus obras

hace mención de los brazaletes de ámbar, collares, rosarios, etcétera.

Por largo tiempo decayó la moda del ámbar, pero en estos últimos años ha renacido algún tanto. Un collar ó sarta de cuentas grandes para usarle con tres ó cuatro vueltas como pulsera, de ámbar de color ligero y trasparente, costaba hace cinco años en París de 30 á 60 francos. Se han encontrado trozos de ámbar de doce á trece libras de peso; pero ejemplares de este tamaño son muy raros.

Han solido encontrarse encerrados en el ámbar insectos de una especie existente en una época no muy remota, y hojas y otras materias vegetales, perfectamente conservados. El ámbar que contiene estas curiosidades es sumamente estimado.

CAPITULO IV.

De las perlas.

*«Rain fronc ftu sky Which
turm into pearls ds tí falls in
the sea.»*

Este singular producto de la naturaleza confundió con sus misterios á los sabios más afamados de la antigüedad, y como acontece con todo lo incomprensible, dio motivo á las hipótesis más infundadas, ocasionando una total discordancia de opiniones. Ateneo suponía que las perlas se formaban en la carne del molusco, como las hidátides en la del marrano enfermo; Plinio y Dioscorides, mas poéticos en sus ideas, las atribuían á una fuerza productiva del rocío; Valentín decía que eran los

huevos del molusco hembra; y Samuel Dale, las consideraba una especie de cálculos producidos por una contusión. Admitiendo que sean el producto de ciertas secreciones mórbidas del animal, quedan aún hoy muchas dudas por resolver. Redi y M. de Bournon, abrieron diferentes perlas y siempre hallaron en el interior de ellas un cuerpo extraño parecido á un pequeño grano de arena. Suponiendo que este cuerpo extraño introducido en la ostra ha producido una irrisacion, y que se ha ido cubriendo por capas sucesivas de una secreción del animal, á semejanza de la formación de los cálculos en la vejiga, nos explicamos satisfactoriamente la formación de la perla, pero no se halla luz suficiente respecto de su estructura, tamaño y hermosura de su brillo.

Según la opinión más generalmente admitida, la perla procede de una concreción del exceso de materia calcárea destinada á la formación de la concha. Confirma esta hipótesis la observación de que la perla es siempre del mismo brillo que la madreperla, de que se compone la capa más interior de la concha. Si se da un corte á una perla, se verá que está formada de una serie de capas á semejanza de la cebolla, y de la misma sustancia de la concha.

La creencia de que la perla debía su origen á una contusión recibida por el animal, sugirió á Lineo la idea de causar la enfermedad en el molusco nuevo, para obtener la formación de las perlas. La invención pareció tan importante al Gobierno sueco, que le recompensó con un premio de 1.800 dollars, que era una gran suma para aquella época. Se establecieron, pues, criaderos artificiales de ostras en diferentes ríos, manteniendo en el secreto el *modus operandi*, mas, sin embargo, se aseguró que se practicaban unos agujeritos en las conchas de las ostras, y que por ellos se les introducía una sustancia extraña, y, con efecto, la

ostra contraía la enfermedad de la perla. El resultado, no obstante, no correspondió á las esperanzas concebidas, pues las perlas obtenidas eran tan pequeñas, que no sufragaban el trabajo y los gastos, y, por tanto, la industria fué totalmente abandonada.

Los chinos echan en la concha de un pescado, el *mytilus cygneus* (molusco cisne), cuando se abre, cinco ó seis perlas muy diminutas, fuertemente ensartadas en un hilo, y en el discurso de un año las encuentran cubiertas de una corteza de la materia de la perla, que le da toda la apariencia de la verdadera joya.

Varías especies de conchas bivalvas tienen la propiedad de producir perlas; pero el mayor número, las mayores y más finas las produce la *meleagrina margaritifera la marck* que se cria en el mar y en diferentes costas. Esta ostra es muy parecida á la común inglesa, pero considerablemente mayor, pues mide de ocho á diez pulgadas de circunferencia. El cuerpo del animal es blanco, carnoso y glutinoso, y el interior de la concha (la verdadera madre perla), es más brillante y más hermosa que la perla misma: el exterior es liso y de color oscuro.

Se obtienen también las perlas en gran número de la *unió margaritifera*, natural de las riberas de Europa; y es de notar, como observó Humboldt, que, aunque abundan muchas especies de este género en las costas de la América meridional, ofrecen la singularidad de no ser aptas para la formación de la perla.

Las perlas se hallan en el cuerpo de la ostra, ó sueltas entre ella y la concha, ó finalmente adheridas á ésta por una especie de cuello ó vástago; y se dice que no aparecen hasta que el animal llega a tener cuatro años. Su brillo es precioso, pero nada peculiar ofrece su composición química, que consiste simplemente en carbonato

de cal y una materia gelatinosa.

Carthusias fija en veinticuatro partes la proporción en que entra en ella aquella última sustancia.

De la composición química de la perla se deduce evidentemente que puede disolverse con facilidad en los ácidos, á cuya propiedad se debe el rasgo de Cleopatra que tanta fama, ó más bien descrédito, le ha valido durante tantos siglos.

El comercio de las perlas descende de la más remota antigüedad. La historia nos dice que desde tiempo inmemorial, las princesas del Oriente hacían una gran demanda de ellas, y que las usaban de adorno en todas la» prendas de sus trajes. Según Ateneo, los persas las vendían á igual peso de oro. Es evidente que los grandes bancos de ostras de perlas no han disminuido considerablemente, así como tampoco los de las ostras comunes.

Mucho tiempo antes de la dominación de los persas, los fenicios y babilonios, impedidos por los desiertos arenales de la Arabia, tomaron el camino de las costas occidentales, en cuya preferencia les determinaron las islas que favorecían el comercio de la India oriental, Ceilán, la antigua Trapobana, y aquellas mismas costas, ofrecían también productos muy ventajosos, entre los que no era el menor el de la pesca de las perlas. Según el autor del *Periplus*, las perlas se pescaban cerca de Mansar entre Ceilán y el continente. Solo á los criminales se les destinaba al oficio de buzar en la pesca de las perlas. La operación de perforar las perlas se hacía en la isla, lo cual prueba la antigüedad de esta pesca, puesto que la perla no podía usarse en aquellos tiempos sino perforada, y este trabajo por sí solo requería una extraordinaria habilidad.

La pesca de la perla por los antiguos se hacía en el golfo pérsico, que aún en nuestros días produce las mejores que se conocen, y en mayor abundancia que en ningún otro paraje; en el Océano índico, en el mar Rojo y en la costa de Coromandel. Las antiguas pesquerías del mar Rojo se ven hoy olvidadas ó abandonadas por improductivas, habiendo perdido por consecuencia toda su importancia, ó convirtiéndose en ruinas, ciudades de gran celebridad. Dabalac era el principal puerto del comercio de las perlas, al Sur del mar Rojo, y Suakeoa al Norte, y en la época de los Tolomeos, y mucho después, bajo el gobierno de los califas, aquellas islas si se veían favorecidas de príncipes que se dedicaban á el; pero extinguido aquel movimiento y aquella importancia desde hace mucho tiempo, quedaron reducidas, como se las ve hoy, a ser la morada de una pobre raza de pescadores.

Las principales pesquerías en nuestros días son las de la costa de Coromandel, de las islas de Soloó, y de la costa de Argel; las que se hacen en los bancos que se estienden por la costa occidental desde las islas de Bahrein hasta cerca del Cabo Dauilfar, mencionadas por Nearchus, son tan abundantes hoy como lo eran en tiempo de éste. En el Nuevo-Mundo se cuentan las pesquerías de Santa Margarita o islas de las Perlas en las Indias Occidentales, y otras en otros lugares de la costa de Columbía.

En la costa de Escocia se pesca también una clase de perla, que es de las de inferior calidad.

Las perlas del mar cercano á las islas de Karrak y Corgo, dicese que son de las de superior calidad por su hermoso brillo y bonitas formas. Están formadas de ocho capas, mientras que

otras solo tienen cinco, pero el agua de aquel mar es tan profunda, que la pesca resulta ser sumamente difícil y costosa, además de estar monopolizada por el Sheik de Bushire, que se considera el dueño absoluto de aquellas islas.

Las perlas más finas que se conocen, dícese que proceden de Bahrein, y que constituían en cierta época el comercio principal de la ciudad de Bassora, adonde se enviaban; y allí se hacia la elección de las más ricas para el mercado europeo, remitiéndose las más pequeñas á la China, donde se las emplea en la preparación de ciertas pociones medicinales.

La especie de ostra que produce la perla se la encuentra en bancos de gran extensión, adherida á las rocas submarinas, y siempre a una gran profundidad. Uno de los bancos más notables es el de la confrontación de Condatchy (Ceilan) de veinte millas de extensión. Estos bancos se conservan hoy tan productivos como en tiempo de los romanos, por el cuidado con que está dirigida la pesquería. El banco se divide en siete partes, como se hace con los de coral en la costa de Sicilia, y se explotan sucesivamente uno cada año. El período de siete años es el que se calcula necesario para que el animal adquiera todo su desarrollo y se propague.

Se supone que si se difiriese por más tiempo la pesquería, la molestia que las perlas causarían al animal, le obligaría á desprenderse de ellas. Los lechos de las ostras y el estado de éstas son reconocidos antes de hacerse el arriendo de su explotación.

La época de la pesquería de las perlas empieza en Febrero y se extiende hasta mediados de Abril. Los botes destinados á este trabajo son de ocho á diez toneladas y sin cubierta. El cañón del

vecino puerto de Arripo da la señal á las diez de la noche para la partida de los botes reunidos en la bahía de Condatchy. Se hacen a la mar con viento de tierra, y siguen su rumbo al banco, que se halla de nueve á doce millas de distancia. Si llegan á él antes del día, se detienen junto al buque de vigilancia del Gobierno, que está siempre estacionado en aquel punto, sirviendo con sus luces de faro á las barcas que se dirigen al banco. El tiempo está generalmente en calma durante la estación de la pesquería, la cual se hace totalmente impracticable si aquella se altera en lo más mínimo. Los buzos empiezan su faena en cuanto la luz del día les permite ver, y lo continúan hasta el mediodía, á cuya hora un disparo de cañón del buque de guardia avisa la cesacion del trabajo.

La tripulación de un bote consiste en un patrón, diez buzos, y otros trece hombres para las faenas comunes. Cada bote lleva cinco piedras de buzar, con las que se ocupan cinco buzos alternando con los otros cinco que quedan de relevo. El peso de las piedras de buzar varía de quince á veinticinco libras, según la corpulencia del buzo: algunos necesitan llevar de ocho á diez libras de peso adicional en un cinturón para poder conservarse en el fondo del mar hasta que han llenado de ostras la red que llevan para este objeto. La forma de la piedra de buzar es semejante á un cono, y está suspendida de una doble cuerda. La red tiene diez y ocho pulgadas de profundidad, está sujeta á un aro de diez y ocho pulgadas de diámetro y pende de una sola cuerda.

El bazo se dispone á emprender su trabajo despojándose de todo su vestido y cubriéndose solo la parte intermedia del cuerpo con una faja o tira de una tela cualquiera.

Después de decir las oraciones de su devoción se arroja al mar, y nadando se acerca a la piedra de buzar que le han preparado, suspendida á uno de los costados del bote, y agarrándose, aplica los dedos del pié derecho en la doble cuerda de aquella; esta doble cuerda pasa por un palo destacado de un costada del bote, y de ella, suspendido el buzo, sostiene la piedra de buzar subiéndola o bajándola según le conviene mientras permanece en la superficie: entonces apoya el pie izquierdo en el aro de la red y lo sujeta contra la piedra de buzar, reteniendo la cuerda en la mano, mientras que los del bote procuran se halle bien expedita para que pueda desenrollarse á medida que aquel vaya bajando.

Tan luego como el buzo llega al fondo se cuelga al cuello un talego y tiende la mano á uno y otro lado cogiendo las ostras que le parecen mejores, y cuando siente que las fuerzas le faltan, hace señal sacudiendo la cuerda á que está asido con la mano derecha; se desprende de la cuerda á que está amarrada la piedra, y ésta sube tras él, que es izado con gran presteza hasta el bote, con la granjería que ha podido haber.

El buzo es de tanta más importancia cuanto mayor es el tiempo que aguanta en el agua. El aguante por espacio de dos minutos en el fondo se tiene ya por considerable, si bien hay hombres que resisten hasta cuatro, cinco y seis minutos. El buzo puede repetir esta operación hasta cuarenta veces durante una mañana, y recoger en cada una de ellas de cincuenta a sesenta ostras. Generalmente se tapan los oídos con algodón empapado de aceite, con el que se untan también las narices y la boca, para impedir la irritación que podría causarles el agua del mar.

Aunque el buzar es un trabajo duro y fatigoso, no se le considera ruinoso para la organización del hombre, y así se vé que hasta los ancianos se dedican a *él*.

El mayor inconveniente que ofrece es el grande y terrible peligro que corre el buzo de ser devorado por los tiburones; peligro que hace mucho tiempo hubiera sido parte para dar fin con la pesquería de las perlas, si no fuera por la supersticiosa confianza que tienen los buzos en una secta de impostores llamados conjuradores de los tiburones, que pretende tener el poder de mantener cerrada la boca de estos animales o de alejarlos de un sitio determinado. Al salir el sol, cuando los buzos están para emprender su trabajo, los conjuradores se presentan en la costa murmurando sus ininteligibles exorcismos, en cuya ocupación continúan hasta que se vé venir los botes de regreso, y durante todo aquel tiempo no comen ni duermen, porque, de lo contrario, las oraciones perderían toda su virtud y eficacia. Para disponerse á esta abstinencia, les está permitido beber cuanto quieran; así es que suele vérselos en un completo estado de embriaguez durante el ejercicio de su ministerio.

Felizmente los buzos son admirablemente ágiles en el agua, y su destreza secundada por la más esquisita atención de sus compañeros del bote, á fin de aperebirse de la menor señal, son la más segura protección contra los ataques de la fiera marina. Mientras el buzo se ocupa activamente en llenar de ostras su talego, no cesa de vigilar á su rededor para ver si se acerca algún tiburón; si descubre la fiera, agita instantáneamente el agua para enturbiarla y perder de vista el monstruo, y al mismo tiempo sacude fuertemente la cuerda, á cuya bien conocida señal todos

los brazos de la tripulación aunan sus fuerzas, y con gran rapidez suben al buzo salvo á la barca.

Algunos buzos se sumergen siempre provistos de alguna reliquia o amuleto qué llevan envueltos en un encerado para preservarlos de la humedad, y otros, católicos romanos, confían en las oraciones de su confesor; si bien, y esto es singular, algunos de estos cristianos no pueden ocultar del todo una cierta fe en los conjuradores de tiburones, á cuyo prestigio no les es dado resistir. Estos impostores, todos indostanes, están sostenidos por el Gobierno, y además reciben una gratificación de diez ostras por cada bote diariamente durante el tiempo de la pesquería.

Los buzos se crían desde la infancia en este penoso trabajo: son en su mayor parte católicos romanos é indostanes, y los mis diestros proceden de Calang ó de la costa de Malabar, y de la isla de Mandaard. Los dueños de los botes y los arrendatarios de los bancos, pagan generalmente á los buzos ciertos salarios fijos; pero a veces se hace un convenio por el cual los últimos tienen derecho á una cuarta parte del producto, y sus amos á las tres cuartas partes restantes.

Es prodigioso el número de ostras que se obtienen en el espacio de un mes ó seis semanas. Se ha visto un bote traer á tierra en un día nada menos que 33.000 ostras. Tan luego como son desembarcadas se las coloca en diferentes montones hasta que entran en putrefacción, que es cuando puede extraerse la perla fácilmente de la materia correosa de que está rodeada. En aquel estado se las echa en unos estanques cuadrados, cercados por un murete de un pie de altura para la mejor preservación de las perlas.

—Estos estanques o compartimentos están comunicados por medio de cuatro desagüaderos de un declive gradual, con un pequeño depósito en el centro del cercado, á fin de que las perlas desprendidas por efecto de las lluvias o por el lavado de las ostras, vayan á parar á él y no puedan perderse. Donde no puede disponerse de una localidad como esta, se amontonan las ostras en esteras dobles extendidas sobre la arena y cercadas de empalizadas, á cuya puerta está un guarda constantemente. Pero á pesar de toda la vigilancia que humanamente puede ejercerse, no es dable evitar que sea burlada alguna vez en las diferentes operaciones de una pesquería en grande escala. Los buzos, los marineros, las personas empleadas en lavar las ostras y cerner la arena, agotan todos los recursos de su ingenio para defraudar á sus amos, y á los inspectores mismos destinados á vigilar las labores, se les ha visto sacar furtivamente de los dornajos del lavado las perlas pegadas á la punta del bastón untado con alguna materia pegajosa. Los hurtos causan siempre un gran perjuicio, porque, como es natural, se cifran en las perlas de más valor. En general la manera de verificarlos es como digimos respecto de los diamantes, tragándose el sujeto la perla robada, y así, también, como respecto de aquellos, cuando se sabe positivamente o se sospecha el hurto, se tiene al reo en observación sometiéndole a la acción de un purgante fuerte.

Cuando las ostras han llegado al estado de degradación que se requiere, se echa una porción de ellas en una canoa de 13 pies de largo por tres de ancho y otro tanto de profundidad, que se llena de agua del mar, y en la que permanecen por espacio de doce horas, a fin de que la materia pútrida se reblandezca totalmente y puedan separarse de ella con más facilidad los gusanos que flotan en la superficie. A lo largo de los costados de la canoa se

colocan de doce á quince hombres desnudos. Está de un extremo más elevada que del otro, á fin de dar salida al agua sobrante. Se van cogiendo las ostras una á una, se separan sus dos conchas, rompiendo la una de la otra, y se lavan en el agua. El hedor que exhala la canoa durante aquella operación es el más repugnante que puede experimentarse, y, sin embargo, las personas ocupadas en ella se muestran indiferentes á toda sensación desagradable, y lo que es aún más extraño, no sufren la menor alteración en su salud por consecuencia de aquellos pestíferos miasmas.

Las conchas que tienen adherida alguna perla se echan á un lado para ser después entregadas á los cercenadores, cuyo oficio es el de desprender las perlas con la ayuda de unas tenazas y un martillo. Estas perlas imperfectas y deformes, como es consiguiente que sean, se han estimado generalmente á cuarenta pagodas la libra, y cuando más, han llegado á valer sesenta y cuatro. La parte por donde la perla ha estado adherida á la concha, se pulimenta por medio de unos polvos que facilitan las mismas perlas. Las más redondas y mejores se disponen para ser ensartadas, muchas de ellas se adaptan para montarlas en broches y sortijas, y el desecho, mezclado con la arena de las perlas, se vende para hacer *chunam*, tan estimado de los epicúreos chinos, de quienes es de suponer aprendió Cleopatra el lujo de beber perlas diluidas.

Después que se han extraído todas las conchas de la canoa, queda en el fondo de esta la materia viscosa de las otras mezclada con arena y pequeños fragmentos de conchas; el agua se saca con cubos, tomándola en el extremo más bajo y echándola en un saco que se tiene colgado como un filtro.

Después de esto, se echa agua clara en la canoa por él extremo más alto, y entre tanto, tres o cuatro hombres van removiendo con las manos la masa pútrida y la arena en la parte más baja, impidiendo que se escapen las perlas. Estas se sumerjen en el fondo donde quedan apartadas en diferentes cavidades formadas al efecto por medio de listones o travesaños. Desde aquel momento las grandes perlas se descubren á primera vista, se extrae de la canoa todo el desperdicio y se tiende el saco al sol á secar. (1)³.

En ciertas épocas se ven las ostras flotando a flor del agua sumamente diminutas, cubriendo una extensa superficie. Las corrientes las llevan en este estado hacia las costas de Ceilán, hasta que, desarrollándose, se sumerjen por su propio peso y se pegan á los bancos que son objeto de una industria tan importante. Las mejores perlas son generalmente las que se encuentran pegadas á la parte más carnosa del animal, cerca de la unión de las dos conchas, si bien las suelen llevar en todas las partes de su cuerpo y adheridas á la concha. Algunas ostras no contienen perla alguna, y otras contienen una o más. Se ven á veces algunas con cien perlas de diferentes tamaños; pero tan diminutas que no pueden considerarse sino como semilla.

Aunque este comercio parece ser á primera vista uno de los más lucrativos y a propósito para hacer grandes fortunas, la verdad es que no hay ninguno más precario y expuesto á la ruina. La renta del banco y los gastos de la pesquería son enormes é invariables, mientras que á veces todo el producto de un bote lleno de ostras suele no ser bastante para pagar el salario de un día de un solo buzo.

³ (1) véase la Historia de Ceilan, por Gordiger.

Los árabes usan de un medio tan sencillo como ingenioso para perforar las perlas que destinan a ser ensartadas. Toman un pedazo de madera porosa, y después de bien alisada hacen en ella unos agujeros esféricos, proporcionados al tamaño de las perlas, con la mira de que estas no penetren sino en una pequeña parte, y así colocadas en ellos ponen la madera en un poco de agua. La madera se dilata sujetando las perlas fuertemente, y por medio de un instrumento de hierro que gira á favor de una rueda se hacen los taladros con toda seguridad. Después se deja secar la madera hasta que las perlas se desprenden fácilmente.

Las operaciones de limpiar, redondear y pulimentar las perlas, y á veces la del taladro y ensarte, se ejecutan por trabajadores negros que demuestran en ellas una habilidad notable.

CAPITULO V.

De las perlas.

Después del descubrimiento de la América, el tráfico de las perlas pasó en su mayor parte de Oriente a las costas del mundo occidental. Los primeros españoles que desembarcaron en Tierra-Firme encontraron á los salvajes adornados con collares y brazaletes de perlas, y entre los habitantes civilizados de Méjico y el Perú vieron que las buenas perlas eran tan codiciadas y estimadas como en Europa. Los recién llegados no perdieron tiempo en buscar los criaderos de ostras, á cuyas inmediaciones se elevaron poblaciones suntuosas sostenidas por aquella riqueza. La primera ciudad que debió á ella su fundación, fue Nueva-Cádiz, en la pequeña isla de Cubagna, de cuyo esplendor y riqueza hablan con elocuencia los escritores de aquel tiempo;

mas de su existencia no queda hoy vestigio alguno en los desiertos arenales de aquella isla.

La misma suerte les cupo pronto a las demás ciudades, porque por varias causas, y principalmente por la destrucción de Melcagrina, los bancos se esterilizaron, y hacia fines del siglo XVI, el comercio de las perlas llegó á una decadencia lamentable. De la importancia que alcanzó nos da una idea el siguiente extracto: «El quinto que los empleados del rey retiraban del producto de las perlas, ascendía, á 15.000 ducados que, según el valor de los metales en aquel tiempo, y la extensión que tenía el contrabando, representa una suma considerable. Hasta el año 1530 el valor de las perlas que se enviaban á Europa anualmente, resulta ser término medio de más de 800.000 piastras. A fin de poder juzgar la importancia que tenía este ramo de comercio para Sevilla, Toledo, Autwerp y Génova, debemos recordar que en el mismo período todas las minas de América no llegaban á producir dos millones de piastras, y que la flota de Ovando parecía ser de una riqueza inmensa, puesto que encerraba cerca de 2.600 marcos de plata.

Las perlas fueron más codiciadas á medida que el lujo del Asia se fue introduciendo en Europa por Constantinopla y por Granada. Las perlas de las Indias orientales eran preferidas á las de Occidente; pero el número de estas que circulaba en el comercio, no era menos considerable que el de aquellas, inmediatamente después del descubrimiento de América» (1)⁴.

Después de la conquista del Perú, el número de perlas traídas á España fue inmenso, si hemos de dar crédito á los escritores de aquella época. Garcilaso de la Vega en sus comentarios, refiere

⁴ (1) Humboldt.- *Personal Narrative*, vol. II, páginas 279 y 280.

que fue tan productiva la pesquería el año 1564, y tanta la cantidad de ellas traídas á España, que se vendieron en Sevilla por montones en pública subasta, y que el vendedor, á fin de obtener un precio elevado, ofrecía una prima de 6.000 ducados al que hiciese la primera puja sobre el precio fijado de antemano.

Los estados del comercio de la India correspondientes al año 1587, demuestran una importación de diez y ocho a veinte marcos de perlas de diferentes tamaños, pero todas de gran mérito, y de tres cofres de aljófar que se vendió á onzas, todo de la propiedad del rey; de mil trescientos marcos de perlas destinadas á comerciantes españoles y portugueses, y además las que contenían algunos talegos pertenecientes á los pasajeros y que no se pesaron.

Aunque Teverinez no vió las pesquerías de perlas de la América del Sur, dá de cinco de ellas cuenta muy exacta, pues existían todavía en su tiempo. La primera es la de Cubagna, una isla de solo tres leguas de circunferencia, y distante sobre cinco del continente y á ciento diez de Santo Domingo. El suelo es de una aridez tan extremada, que sus habitantes tubieron que proveerse de agua del continente. Esta isla adquirió gran renombre en Europa por el gran número de perlas que enviaba, sí bien las mayores no pasaban de cinco quilates.

La segunda en importancia era la pesquería de la isla de Santa Margarita, ó isla de las perlas, á una legua de la de Cubagna y mucho más extensa que ésta. Produce todo lo necesario a la vida escepto el agua, que la llevan del rio Cubana, cerca de Nueva Cádiz. Esta pesquería no era de las más productivas en cantidad; pero las perlas eran muy superiores en tamaño y belleza á las de los demás depósitos. Tarvernier dice que poseyó una de estas

perlas que pesaba cincuenta y cinco quilates, de una perfecta forma de pera y de un hermoso brillo, y que la vendió á Cha-Est-Kan, tío del Gran Mogol. Una de las mejores perlas conocidas, la famosa Peregrina, perteneciente á la corona de España, de peso de 250 quilates, se pescó en Santa Margarita.

La tercera pesquería era la de Camogote, cerca del continente.

La cuarta, en el rio La Hacha, á lo largo de la misma costa.

La quinta y última, era la de Santa Marta, á sesenta leguas del rio La Hacha. Estas tres últimas pesquerías producían regularmente grandes perlas; pero en general de mala forma y de un color plomizo.

Actualmente la América española no produce otras perlas para el comercio que las del golfo de Panamá y la embocadura del rio La Hacha. El mayor número, como hemos dicho, proceden del Occéano índico, y particularmente de la bahía de Condatchy en Ceilán.

Algunos ríos de Bretaña abundan en ostras de perlas; pero el producto es tan escaso que no sufraga los gastos de la pesquería. Alguna vez se ha dado con algunas buenas perlas, y se dice que una de las de la corona de Inglaterra fue extraída del rio Conway y regalada á Catalina, esposa de Carlos II, por el chambelán de S. M.

En los ríos de los condados de Tyrone y Donegal, en Irlanda, se han pescado perlas de grandes tamaños: una que pesaba treinta y seis quilates fue valorada solo en 40 libras esterlinas, á causa de

que estando sucia perdía una gran parte de su mérito. Otras se vendieron á cuatro libras y diez chelines, y una por diez libras.

La última se vendió de segunda mano a Lady Glenlealy, que la colocó en un collar y rehusó 18 libras que le ofreció por ella la duquesa de Ormond. M. Pennant, de quien tomamos estos particulares, hice también mención de una pesquería de perlas importante que se hizo en las inmediaciones de Perth, de la que se enviaron á Londres por valor de 50.000 duros desde el año 1761 al 1769.

Las perlas escocesas suelen no ser bastante grandes ó finas para vendidas una á una: raras veces llegan á tener el tamaño de un guisante. Se venden al precio de cinco a ocho libras la onza, y ensartándolas se las coloca sobre nácar formando adornos para usarlos así ó en broches.

Las perlas que se conocen con el nombre de bohemias, se pescan en la Moldava desde Kruman hasta más abajo de Turenberg.

Este rio produce todos los años de trescientas á cuatrocientas perlas del brillo más puro, y de muy buena forma, y además algunos centenares de ellas imperfectas. La mayor parte del criadero de los bancos, pertenece á la casa de Schwartzenberg. Las conchas que producen perlas son de una clase especial, que sería muy conveniente se fomentase. Además del Moldava hay otro rio, el Wattava, que también las cria. No se las pesca como en el Moldava sacando las ostras del fondo del rio, sino recogiendo éstas de las orillas cuando aquel sale de madre. La real Hacienda de Bavaria por algún tiempo disfrutó de una renta muy pingüe procedente de la pesquería de perlas del Jliz, cerca

de Passau, pero las malas condiciones con que se hacía, consumieron el criadero totalmente.

Las perlas europeas, aunque sean grandes y de buena forma, se diferencian siempre de las orientales en la falta de brillo y oriente.

El polvo de la perla se emplea en la operación de redondearlas y darlas pulimento, y el polvo que resulta de esta operación se utiliza á su vez para el mismo objeto.

Las perlas redondas son las más estimadas, sí bien en general más pequeñas que las ovaladas y de forma de pera. Una de estas, citada por Tavernier, como de las mayores y más perfectas de cuantas se han conocido, procedente de la pesquería de Catifa, fué vendida en 5.000.000 de reales. Tenía al través una pulgada, y sobre pulgada y media de longitud. Las perlas de forma de pera son buscadas con interés para emplearlas en pendientes.

El precio de las perlas ha declinado considerablemente á consecuencia, sin duda, dé las admirables imitaciones que de ellas se hacen, y que se obtienen á un precio insignificante relativamente.

Los joyeros suelen *hacer* unas perlas muy grandes, compuestas de dos tubérculos hemisféricos extraídos de la ostra, aplicándolos el uno sobre el otro.

Las perlas extremadamente blancas son las de más valor. Las hay de un color amarillento y de color plomizo. Estas últimas son de la América meridional, y según Tavernier deben su color á la abundancia del lodo en las aguas donde se crían las ostras.

Tavernier refiere que en la parte que tenía un mercader famoso en los galeones españoles, le correspondieron seis perlas perfectamente redondas, de peso unas con otras de 1.200 quilates, y de color negro como el azabache. Tavernier se hizo cargo de ellas para darles salida en Oriente, pero no pudo encontrar comprador.

El color amarillo de algunas perlas procede de haberse retardado su extracción de las ostras durante el período en que estas entran en putrefacción. Debe esperarse á que las ostras se abran por sí mismas, porque si se las forzara á ello con algún instrumento, sería fácil causar algún detrimento á las perlas que contuviesen. Cuando se precipita el período de descomposición de las ostras, la infección altera el color de las perlas. Las ostras de los estrechos de Manaar se abren naturalmente cinco ó seis días antes que las del golfo Pérsico. La temperatura de Manaar, a los diez grados de latitud Norte, es mucho mayor que la de la isla de Bahrein, que está a los 27 grados, y por lo tanto de este punto no salen tantas perlas amarillas como de Manaar.

Las perlas mejores de la América meridional pasan á las Indias Orientales; pues los reyes y príncipes del Asia las pagan, así como las piedras preciosas á precios más elevados que en Europa.

Los orientales, como dice Tavernier, participan del gusto de los europeos respecto de perlas, diamantes y mujeres: prefieren siempre las más blancas.

En toda Europa las perlas se venden según su peso en quilates como los diamantes, pero en Oriente se usan diferentes pesos. En Persia el tipo es el *abas*, que es una octava parte menor que el

quilate, y en las Indias orientales, especialmente en los territorios del Gran Mogol y del rey de Golconda y Visapoor, se usa el *ratis*, que es también una octava parte menor que el quilate.

Goa fué antiguamente el emporio en el Asia del comercio de diamantes, rubíes, zafiros y toda clase de piedras preciosas. Allí acudían mineros y comerciantes de todas partes á realizar las ventas de sus joyas por la libertad con que podían hacerlo, y huyendo del derecho que se arrogaban los soberanos de sus respectivos países, de fijar el precio de las que pudieran convenirles. Allí se hacía también mayor que en ninguna otra parte el comercio de las perlas procedentes del Golfo Pérsico, de los estrechos de Manaar en la costa de Ceilán y también de la América Meridional.

El gran inconveniente que ofrecen las perlas es la degradación á que están expuestas por la pérdida de su brillo, especialmente cuando se llevan en contacto inmediato de la piel. El medio usado para devolverlas su brillo primitivo, es hacérselas tragar á los pichones, sino que ofrece la contra de la pérdida de peso que la perla experimenta, que según Redi, que hizo la prueba, es de una tercera parte durante veinte horas. La pérdida de color de estas hermosas joyas por la influencia del estado atmosférico y otras causas accidentales, puede evitarse fácilmente envolviéndolas entre magnesia común seca, en vez de hacerlo en algodón en rama como generalmente se acostumbra.

La perla no es incorruptible como las piedras preciosas; el tiempo las convierte en polvo. Cuando se abrió la tumba que encerraba los restos de las hijas de Stilícho, que habían sido sepultadas con todos sus aderezos hacia 1.118 años, se halló que todas las joyas

conservaban sus propias condiciones, excepto las perlas que se deshacían en polvo al simple contacto de la mano.

Las perlas se han contado en todos tiempos entre las más preciosas producciones del Oriente: su modesto brillo y la elegante sencillez de su forma, que apenas exigen ayuda alguna del arte para reunir todas las condiciones de una joya perfecta, les han merecido siempre la privanza de los potentados de Oriente, aun á despecho del mismo diamante que parece querer imponer su dominio con sus centelleantes y altivos resplandores.

En Occidente el gasto por las perlas no se remonta más allá de la decadencia del imperio romano, en cuya época fue tal el furor que se desplegó, que los mismos hombres se dejaban arrastrar á los más costosos sacrificios por la posesión de aquellas joyas.

Las victorias de Pompeyo puede decirse que fueron la ocasión de que se introdujese en Roma el gusto por las perlas y piedras preciosas, así como lo fueron del de los engastes de plata, telas de Attalican y tapetes de mesa adornados de bronce, las de L. Escipión y C. Manlio, y de los bronces y pinturas corintias, la de L. Mummio.

Plinio nos da noticia de algunos objetos expuestos en el tercer triunfo de Pompeyo en Roma, que son:

«Un juego de ajedrez con todas sus piezas, el tablero compuesto de dos piedras preciosas, de cuatro pies de longitud y tres de ancho (cuyas dimensiones inducen á tener por cierto que la naturaleza ha degenerado notablemente en sus producciones), y con una luna de oro de peso de 30 libras.

»Tres tapetes de mesa con adornos de perlas.

Varios y diferentes vasos de oro y plata, adornados de piedras preciosas.

»Y el retrato de Pompeyo formado con perlas... »

Es lástima que Plinio en vez de gastar su elocuencia en reflexiones morales sobre este retrato, no entrase en los pormenores de él para dar a conocer á las generaciones futuras, qué clase de semejanza podían revelar las perlas con las facciones del original humano.

No obstante, la indignación de Plinio, las perlas continuaron progresando en la privanza de los romanos, y aquel escritor confiesa que aun en su tiempo eran tenidas por las joyas más preciosas. Él es quien nos ha dicho también que los romanos fueron los únicos en dar á la perla el nombre de *unio*, por la dificultad de reunir dos igualmente blancas, redondas y brillantes. Todas las demás naciones daban á la perla el nombre de Margarita.

Las damas de aquellos tiempos, no contentas con usar ligas de perlas para sujetar las sandalias, llevaban también zapatos cuajados de adornos de perlas. «Era menester que pisaran perlas,» exclama Plinio.

El emperador Calígula imitó esta vanidad mujeril usando borceguíes con bordados de perlas, y Nerón hacia que adornaran con ellas los cetros y máscaras que sacaban los actores en sus representaciones.

Clodio, á quien su padre, actor trágico, legó una inmensa fortuna, excedió con su prodigalidad á la misma Cleopatra, bebiendo y dando á beber á cada uno de sus convidados en un banquete una perla de un valor incalculable.

Tertuliano dice que una sarta de perlas valía un millón de sextercios, ó sean cuarenta mil duros.

Por espacio de diez y nueve siglos se nos viene contando que Cleopatra disolvió en vinagre una perla de valor de más de ocho millones de reales. Pues bien, la compañera de aquella famosa perla, después de la muerte de la reina de Egipto, pasó á poder de Agrippa, favorito de Augusto, que la dividió en dos partes iguales formando un par de pendientes con destino á la estatua de Venus del Panteón que él había edificado. Esta perla, aun así dividida, dicen que era la admiración de Roma.

La historia moderna recuerda un rasgo de prodigalidad parecido al de Cleopatra de parte del opulento banquero inglés Sir Thomas Gresbam. «Habiendo ponderado el embajador español en la corte de Inglaterra ante la reina Isabel, las riquezas de su rey y señor y la de sus grandes, Sir Thomas, que se hallaba presente, le contestó que entre los súbditos de la reina los había que tal vez gastaban en una sola comida tanto como podía importar la renta diaria de su país juntamente con la de todos sus nobles; añadiendo *que lo probaria algun día*, y que apostaba sobre ello la cantidad que se quisiera (1)⁵.

Pocos días después, el embajador fue por casualidad á casa de sir Thomas y comió con él; mas viendo que la comida no había ofrecido nada de particular, pretendió de su anfitrión que

⁵ (1) The History of Banking. By W. J. Lawson, pp. 21-23.
255

confesase haber perdido la apuesta, á lo que sir Thomas contestó: «Poco á poco; aun no nos hemos levantado de la mesa; y diciendo esto, sacó de una cajita una enorme y preciosa perla oriental que pulverizó y bebió disuelta en una copa de vino á la salud de su reina. «Milor embajador, dijo entonces sir Thomas, ya sabéis que había rehusado por esta perla millón y medio de reales, y que, por tanto, he ganado la apuesta.» No puedo negar que es así, replicó el embajador, y dudo que haya cuatro súbditos en el mundo capaces de hacer otro tanto en honor de su soberano.»

Hay quien asegura que César emprendió la conquista de Bretaña á causa de noticias exageradas que se le dieron acerca de las perlas de sus costas, ó más bien de sus ríos. Si tal fue el principal objeto de su expedicion, no hay duda que debió salir poco satisfecho de aquéllas joyas, que eran pequeñas y de mal color, siendo él tan inteligente que á simple vista sabia apreciar su peso específico y su valor. El mismo César regaló a Servilla, madre de M. Bruto una perla que valía próximamente cinco millones de reales.

Las perlas han estado siempre en boga en Francia, pero nunca tal vez, tanto como en el reinado de Catalina de Médicís y su rival la célebre Diana de Poitiers. En la coronación de aquella, su traje y los de las damas de su corte estaban cuajados de perlas, y sus cabellos caían en ondulantes rizos rociados de ellas con gran profusión. Las perlas continuaron mereciendo la preferencia hasta el reinado de Luis XIV, en cuya época cedieron la supremacía a los diamantes.

PARTE CUARTA.

CUALIDADES, PROPIEDADES Y VIRTUDES DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS.

CAPITULO I.

Propiedades maravillosas que se les atribuyeron.

El hombre siente una pasión innata por lo maravilloso. Su imaginación le induce á revestir de propiedades sobrenaturales todo lo que es raro y precioso, y especialmente cuando no alcanza a comprender la causa de estas cualidades. La época que podríamos llamar del renacimiento del diamante, la del descubrimiento de la América é Indias Occidentales, fue también la en que se arrancaron á la naturaleza muchos de sus preciados secretos. Estos últimos pasos de la ciencia, sin embargo, lejos de destruir las hipótesis imaginarias, no sirvieron sino de base para lanzarse á la incierta luz de otras nuevas, á nuevas regiones desconocidas. Los tesoros que venían de las Indias multiplicaban su valor y su atractivo ante la consideración de las cualidades sobrenaturales que se les atribuían.

Esta alucinación no estaba, sin embargo, del todo destituida de fundamento: la propiedad extraordinaria o incomprensible en sus causas descubierta en la piedra imán, sugirió la idea de que otros minerales á su vez podrían poseer virtudes secretas y no menos admirables.

La ciencia médica había empezado á usar los medicamentos del reino mineral, é ideas preconcebidas, argumentos especiosos derivados de una observación muy somera, y aquella instintiva inclinación á las ficciones poéticas con que los antiguos pretendían explicar los fenómenos de la naturaleza, concurrieron en conjunto á revestir á las piedras preciosas de portentosas propiedades naturales y sobrenaturales, físicas y metafísicas.

La primera en belleza, brillo, pureza y resistencia, el diamante, fué naturalmente considerado de virtudes mágicas más potentes, y el soberano en los efectos físicos entre todas las piedras preciosas.

Si, como suponemos, tal vez erróneamente, los antiguos ignoraban el arte de pulir el diamante, no es de extrañar que diesen la preferencia como objeto de adorno á las perlas y a las piedras de colores.

Pero, aunque no pudiesen apreciar como nosotros la superioridad del brillo del diamante, le reconocían la eminente cualidad de su naturaleza inmutable, en la que no hacían mella ni el hierro ni el fuego.

Es notable y curiosa la gravedad con que algunos escritores antiguos disentían sobre las maravillosas propiedades atribuidas a las piedras, explicándolas por las benéficas ó malignas influencias de los espíritus buenos ó malos, *diputados* los primeros, y *permitidos* los segundos por Dios como instrumentos de su providencia, rechazando en su filosofía ciertas tradiciones y creencias populares, para admitir otras no menos arbitrarias y absurdas. Entre los que han discurrido con más profundidad sobre esta materia, dando de lleno de vez en cuando en algunas

verdades, y consignando los progresos de la química y la mineralogía de su época, se cuenta á Anselmo Boetius de Boot, médico del emperador Rodolfo II y Maximiniano II, que escribió en el año de 1664.

Desgraciadamente para la generalidad de los curiosos lectores, las aserciones y comentarios de aquel sabio se hallan envueltas en un fárrago de razones tan intrincadas, que se requiere un trabajo ímprobo y una paciencia a toda prueba para desentrañar su sentido. Nos vamos á permitir la libertad de discernir algunas de sus curiosidades, para aquellos de nuestros lectores que no quieran tomarse el trabajo de recurrir al original.

El autor no niega los efectos sobrenaturales atribuidos á las piedras preciosas, pero sí que sean inherentes á su naturaleza, y solo admite que le son concedidas por influjo de poderes superiores.

«La causa activa y sobrenatural es Dios, el ángel bueno y el malo; el bueno por la voluntad de Dios, y el malo por su permisión.»

Y en otra parte añade: «Pero lo que Dios puede obrar por sí mismo, lo puede obrar también por medio de sus ministros y ángeles buenos, los cuales, por una gracia especial de Dios y para la conservación de todas las cosas, pueden penetrar en las piedras preciosas; y aun bajo esta forma les está concedida la facultad de preservar al hombre de los peligros y de dispensarle ciertas gracias particulares. Más así como no podemos asegurar con certeza la presencia de los ángeles en las piedras preciosas, así tampoco debemos entregarnos con demasiada confianza á la creencia y sus virtudes. Por mi parte me inclino más bien á la opinión de que el espírita malo, tomando la semejanza de un

ángel de luz, fija su morada en las piedras preciosas, y obra, por su mediación, ciertos prodigios, á fin de que depositemos nuestra fe en ellas y las consultemos, en vez de recurrir al Ser Supremo en nuestras necesidades. Asi tal vez el espíritu del mal nos engaña en la turquesa.» B. i., c. XXV, p. 3 .

Por el extracto que precede, vemos que el autor no dudaba de la existencia de los espíritus en las piedras, sino si los tales espíritus eran los buenos o los malos.

Más adelante nos dice, «que es muy probable que las piedras preciosas, por su pureza, brillo y hermosura, fuesen escogidas para residencia de los espíritus buenos, así como los lugares inmundos, hediondos y terribles son comunmente la morada de los espíritus infernales.»

El diamante, por su extremado brillo y pureza, fué consagrado á todos los objetos celestiales, y por tanto se le atribuya el poder de triunfar de todos los medios que pudieran emplearse para dominarle, excepto los rayos del sol. Considerábanle como un talismán poderoso y dispensador de grandes beneficios bajo el planeta Marte.

Por espacio de muchos siglos se le tuvo por un poderoso antídoto contra los venenos, epidemias, hechizos, encantamientos, locura, manías, malos espíritus y pesadillas. Sudaba en presencia de los venenos, y era un protector de la virtud. No hay para qué decir que el diamante, no solo ha quedado despojado de todas estas propiedades, sino que en cuanto á la última, ha cambiado de manera, que hoy en día se le reconoce más bien el poder de corromper la virtud que de preservarla.

Tanto cuanto tenía de benéfico el diamante usado exteriormente, eran funestos sus efectos si se le empleaba en usos internos, pues tomado en polvo se le consideraba venenoso hasta el punto de no existir remedio humano para salvar a la víctima. Los discípulos de Teofrasto Paracelso, el químico, aseguraban que tal había sido la causa de la muerte de su maestro, sin duda para ocultar la defección que éste sufrió muriendo en la flor de su vida, después de haber pronosticado que á favor de su elixir se prolongaría más allá de los términos regulares.

El diamante concedía el triunfo, la fortaleza y la energía de entendimiento; calmaba la ira, estrechaba los lazos del matrimonio, y de aquí que se le llamara la piedra de la reconciliación, de cuyas virtudes debemos reconocer que no ha desmerecido en nuestros días, atendidos los maravillosos efectos que produce en el ánimo de nuestras bellas contemporáneas.

Pero si esta bella joya fué y es todavía un talismán para apaciguar las discordias matrimoniales, una autoridad respetable nos dice que también podía producirlas por sus indiscretas revelaciones. La mejor piedra de lo que, de la fidelidad conyugal, era un diamante colocado sin su conocimiento debajo de la almohada de la esposa, quien en sueños proclamaba los secretos de su corazón.

*'And mullers she in her unreat
A name she dare not breathe by day.»*

El sabio De Boot. aludiendo á esta virtud del diamante, discurre extensamente sobre si el poder de discernir la afección legítima o ilegítima es una cualidad natural de la piedra, o si pertenece á algún espíritu residente en ella.

Mas los argumentos extraordinarios de que se sirve en esta disertación, van envueltos en frases tan impropias del gusto moderno, que no nos sentimos con valor para trasladarlos á nuestros lectores.

Aunque se tenía al diamante por inflexible al fuego, se suponía que sus propiedades y su brillo sufrían algún detrimento por el calor, y así Wolfgangus Gabelschover aconseja a los que usan estas joyas, que se las quiten por la noche y las pongan en una copa con agua fría, o sobre mármol o alguna otra materia fresca.

De Boot, bajo la autoridad de un amigo suyo, médico también, apunta algunas aserciones maravillosas acerca del diamante: dice que poseía un secreto para colocar un diamante con suma facilidad en la punta de una aguja, y otro para dividir los diamantes con las uñas, sin ayuda de ningún otro instrumento, en hojas descamas como si fueran piedra de espejuelo.

Entre los antiguos, el diamante era el símbolo de la justicia severa é inexorable, y de la impasibilidad del hado.

Más modernamente ha simbolizado la inocencia, la constancia, la fe, la fuerza, etc., etc. Muchos príncipes, y entre ellos Cosme de Médicis, le usaron bajo este símbolo.

Una leyenda judía refiere de una piedra, que se supone ser el diamante, del efod de Aaron, que se ponía oscura y triste cuando se acusaba á alguno de algún crimen de que realmente fuese culpable, y que brillaba con mayor intensidad cuando el acusado era inocente. Si los pecados de los hebreos merecían la pena de muerte, la piedra tomaba el color de la sangre.

Todas estas admirables virtudes del diamante quedan eclipsadas ante la más maravillosa aun, que se le atribuía, de multiplicar su especie.

Boetius de Boot, tomándolo de otro sabio, refiere que una señora de buena familia poseía dos diamantes hereditarios que procrearon dejando una posteridad. Los comentarios que hace el narrador de esta facultad generativa del diamante no son menos curiosos y originales que la aserción misma, si bien nos deja con la curiosidad de conocer el tamaño de aquella descendencia, y sobre si siguieron el consiguiente desarrollo de la infancia á la edad madura.

Según Plinio, existía una repulsión natural entre el diamante y el imán. «Existe tal desacuerdo, dice, entre un diamante y un imán, que no sufre que el hierro sea atraído; y si se pone el imán sobre éste y le suspende, luego el diamante se lo quita.» No es necesario explicar esto, para demostrar que no existe semejante repulsión.

CAPITULO II.

De las virtudes físicas y espirituales de las piedras preciosas.

Aunque se reconocían algunas propiedades generales á todas las piedras preciosas, cada una de ellas tenía su virtud especial.

Cuanto más preciosa era la piedra, tanto más poderosas eran sus virtudes. La antigua farmacopea contaba entre sus más soberanos remedios, uno costosísimo, compuesto de «cinco

preciosos fragmentos» de rubíes, topacios, esmeraldas, zafiros y jacintos pulverizados, por lo que es muy probable que en el mayor número de casos se administraría á los enfermos el brebaje compuesto de piedras falsas, y que los médicos ó boticarios se guardarían las verdaderas joyas salvándolas de una destrucción totalmente inútil. En la antigüedad y en la- Edad Media creían de tan buena fe en la influencia de las piedras; las plantas, como en la de los cuerpos celestes, y se vé que asociaban estas influencias para multiplicar sus virtudes. No hay duda que la fe en la eficacia de las piedras se alimentaba por frecuentes experimentos favorables observados en el uso de ellas; pero no tiene duda tampoco que en estos casos la influencia de la imaginación suplía una gran parte de la realidad de los fenómenos.

Una fe decidida, la esperanza, la promesa de una curación cierta, especialmente cuando el enfermo era de un temperamento nervioso é impresionable, ó cuando solo lo era de aprensión, eran otros tantos poderosos auxiliares de la ciencia médica. La esperanza por si sola es el gran médico de la naturaleza, y la imaginación obra á veces la realidad.

Según tradición oriental, Abraham llevaba al cuello una piedra preciosa que le preservaba de las enfermedades, y que las curaba con solo que se la mίrase. Cuando el patriarca murió, Dios colocó aquella piedra en el sol, y de allí viene el proverbio hebreo: «cuando el sol sale se estingue el mal.»

Se creía que todas las piedras mostraban cierta repulsión hacia los venenos.

Holinshed nos dice que el rey Juan observando ciertas manchas en algunas piedras preciosas que llevaba, las tomó por un aviso de que estaban envenenadas unas peras que se disponía á comer.

El día después de la reconciliación entre Luis XI y su hermano el duque de Gulienne, el rey envió á este en prenda de verdadera amistad, una hermosa copa de oro enriquecida con piedras preciosas, que tenían la virtud de preservar de envenenamientos al que la usase.

Cuando el constable, conde de San Pol, fue conducido al patíbulo, se quitó un anillo de diamantes, y pidiendo al capellán que le auxiliaba le colocase en uno de los dedos de la imagen de Nuestra Señora, añadió: «Padre, hé aquí una joya que he llevado siempre al cuello y que he tenido en gran estima, porque está dotada de la virtud maravillosa de preservar á su dueño de las epidemias y otras infecciones. Os suplico la entreguéis a mí nieto Luis, diciéndole que deseo la conserve siempre en memoria mía.»

Juan Sín-miedo, duque de Borgoña, en justificación del vil asesíno de su primo el duque de Orleans, entre las acusaciones que produjo contra la víctima, alegó que habla andado en pactos con el demonio para acabar con él, describiéndose en el proceso con toda minuciosidad el procedimiento mágico por el cual fueron hechizadas una espada, una daga y un anillo que habían de servir para el duque de Orleans. Por medio del anillo, que había sido hechizado en nombre de Venus, el duque podía fascinar y someter á su voluntad á cualquier mujer.

El rubí oriental o carbunclo de los antiguos, usado como adorno, o interiormente en polvo, era un antídoto contra el veneno y

preservaba de las pestes, desvanecía la tristeza, reprimía los instintos sensuales, precavía los malos pensamientos, desterraba la pesadilla, amenizaba la imaginación, y preservaba de las enfermedades.

Si la desgracia amenazaba á su dueño, el rubí lo avisaba oscureciéndose, y cuando el mal o el peligro se alejaban recobraba su color primitivo.

Sí bien el rubí prestaba este buen servicio a su dueño, no dejaba de ofrecer sus inconvenientes, pues producía el desvelo y agitaba y perturbaba la circulación de la sangre, escitando la ira.

El rubí, o el carbunclo, como le llamaban, adquirió gran reputación en el concepto de brillar en la oscuridad. Garcías ab Horlo, médico del virey de las Indias, dice que oyó asegurar á varias personas que habían experimentado esta propiedad del rubí, pero añade *que él no creía en ella*.

Luis Verolam cuenta que el rey de Pegu lleva carbunclos de tal tamaño y brillo que se le ve en la oscuridad resplandeciente como si le iluminasen los rayos del sol, pero añade también que él no ha sido testigo de esta maravilla.

Este brillo del rubí en la oscuridad está hasta cierto punto confirmado por escritores modernos. Un viajero reciente refiere que un día de corte en Siam, donde estas reuniones se verifican con escasa y opaca luz, los diamantes y carbunclos que el rey llevaba brillaban y alumbraban como otras tantas luces en miniatura.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Agosto de 1871, Año XV, Numero 16. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 10-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

Los antiguos no se satisfacían con los esplendentes dones de la naturaleza, y siempre le añadían alguna maravilla de su propia invención. Aeliao, en su octavo *Libro de los animales*, refiere que habiendo una mujer llamada Heraclea curado la rotura de una pierna á una cigüeña, esta ave, agradecida, trajo y selló en su seno un carbunclo, la verdadera amatista de los etíopes, que brilla en la oscuridad de la noche como la luz de una lámpara.

Plinio sienta que hay carbunclos machos y carbunclos hembras — los primeros más acres y vigorosos, y más lánguidos los segundos.

El zafiro, cuando pertenecía á una persona impura, disoluta é intemperante, perdía su oriente y belleza. Se atribuía á la mayoría de las piedras preciosas esta propiedad de manifestar su odiosidad al vicio é impureza. El zafiro infundía continencia, reprimía los malos pensamientos, curaba las enfermedades cutáneas, etcétera, etc. Colocándole sobre las cejas, contenía la hemorragia. Mirando con frecuencia un zafiro, se tenía la seguridad de conservar bien la vista, y una píldora compuesta de polvos de la piedra, puesta en contacto con los ojos, extraía el polvo, los insectos, ó cualquiera otro cuerpo extraño que en ellos se hubiese introducido, y curaba la inflamación de los mismos por consecuencia de la viruela o otras enfermedades. La aplicación debía hacerse diariamente durante cierto tiempo. Se tomaba también el polvo con leche para las enfermedades internas, y se le consideraba así un remedio heroico contra las epidemias, las fiebres, los envenenamientos, el histerismo, etc.

El poder del zafiro era tan grande contra los animales venenosos, que, colocándole á la boca de una redoma que contuviese una araña, el insecto moría instantáneamente. Puesto sobre el corazón curaba la fiebre y daba fuerzas y energía, y su propiedad de inspirar puros y castos pensamientos, le hacía recomendable á los eclesiásticos. San Jerónimo, en su explicación del capítulo 19 de la profecía de Isaías, afirma que el zafiro granjea al que lo lleva el favor de los príncipes, calma el furor de sus enemigos, ahuyenta los hechichos, le salva de la prisión y templará la ira de Dios.

Los antiguos dispensaban al zafiro el más alto honor, y los adoradores de Febo, en los sacrificios que le tributaban, le ofrecían un zafiro para tenerle propicio.

Epifanes supone que la visión que apareció á Moisés en el monte fue en un zafiro, y que en esta piedra se escribieron las primeras tablas de la ley que dio Dios á Moisés.

Los lapidarios distinguían el zafiro azul oscuro por el macho, y el azul claro por la hembra.

La esmeralda, como amuleto al cuello ó en una sortija, ahuyentaba los malos espíritus y guardaba la castidad. *Per contra* revelaba la inconstancia estallando en fragmentos cuando no podía prevenir el mal. De igual modo manifestaba su impotencia para dominar las enfermedades. Enseñaba á descubrir los secretos y á leer en el porvenir; inspiraba elocuencia y acrecentaba las riquezas.

El desprendimiento de una esmeralda de su engaste se ha considerado de mal agüero, aun en tiempos muy recientes. En el acto de la coronación de Jorge III se desprendió de la diadema una gran esmeralda. La América se perdió en su reinado. La esmeralda, sin embargo, es probable que fue recogida y colocada de nuevo en su sitio, pero sin esperanza de igual restauración del territorio perdido.

Se usaban las esmeraldas para mirar los objetos á través de ellas, por parecer así más interesantes. Nerón tenía una para mirar los combates de los gladiadores.

Además de sus propiedades metafísicas, la esmeralda estaba dotada de poderosas virtudes medicinales, siendo como todas las piedras preciosas *de naturaleza seca y fría*. Usada internamente

en polvo prevenía los efectos de las mordeduras venenosas, curaba las fiebres pestilentes y muchas otras enfermedades. Pendiente del cuello de los niños les preservaba de la epilepsia. Cuando era impotente para precaver ó curar alguna enfermedad, estallaba en pedazos, «obligada como estaba á combatir el mal ó confesarse vencida.» (1)⁶.

Aplicada á los labios contenía la hemorragia, llevándola al cuello ahuyentaba los terrores supersticiosos y los malos espíritus, y curaba las fiebres. Era el restaurador de la vista y la memoria, y De Boot explica cómo se extrae de ella la *materia colorante*, tan eficaz para usos internos.

Al topacio, que es el crisólito de los antiguos, se le atribuía la misma propiedad del rubí de brillar en la oscuridad. Cuéntase que la mujer de Teodorico, conde de Holanda, regaló á M. Adelbert un topacio que despedía la luz suficiente para leer los rezos en la capilla donde se le tenía, sin necesidad de ninguna otra clase de alumbrado.

El topacio perdía su color en presencia de los venenos; ahuyentaba los maleficios llevándolo sujeto al brazo izquierdo, ó al cuello, engastado en oro. Si se le llevaba en la mano izquierda, preservaba de los instintos sensuales; templaba la ira y el frenesí, desvanecía los terrores nocturnos y la melancolía, daba vigor á la inteligencia, animaba al cobarde y aguzaba el ingenio.

Grandes eran sus virtudes medicinales, pues bebido en polvo con vino curaba el asma, los desvelos y otras varias enfermedades.

⁶ (1) De Boot, *Traité des Pierreries*, pág. 253.

La amatista precavía de los malos pensamientos, hacia a su portador diligente y le granjeaba el favor de los príncipes. Su principal virtud consistía en preservar de la incontinencia, y en ser un remedio infalible contra la borrachera.

La primera virtud del jacinto llevado en un brazalete, era la de preservar de la peste. Favorecía también el sueño, acrecentaba las riquezas, los honores, la prudencia y la sabiduría, y libraba del rayo.

El ópalo, llamado por los antiguos *pederos* de *puer* niño, significaba que, como estas hermosas é inocentes criaturas, era digno de todo amor.

Así como el ópalo reúne todos los colores de todas las demás piedras, así se le revestía de todas las cualidades morales y virtudes medicinales de todas ellas. Era especialmente recomendable para la conservación de la vista.

La virtud de la turquesa consiste en atraer á sí el mal que amenaza á su dueño, sino que esta propiedad pertenecía solo á la turquesa regalada y no á la adquirida por compra. De la fe que se tenía en esta propiedad de la turquesa, nos ofrece una muestra el siguiente pasaje de Boetius de Boot:

«A corta distancia de la casa de mi padre murió un español que hacia treinta años poseía una turquesa. Según costumbre entre nosotros, se pusieron en venta sus muebles y efectos, y aunque acudieron muchas personas deseosas de adquirir la turquesa que habían admirado tantas veces en poder de su dueño, ninguna se

decidió á comprarla á causa de haber perdido enteramente su color, y en efecto más parecía una malaquita que una turquesa.

Mi padre y mi hermano, que concurrieron también con intención de comprarla, conocedores de sus perfecciones, no pudieron menos de asombrarse del cambio que había experimentado. Mi padre, sin embargo, la compró llevado del bajo precio que por ella se pedía, pero á su regreso á casa, desdeñándose de llevar una piedra tan despreciable, me la dio diciéndome: «Toma, hijo, esta turquesa, te la regalo para ver si realmente recobrará sus cualidades primitivas, puesto que se asegura no las posee sino cuando tiene esta clase de procedencia.» Apreciando en poco la dádiva mandé grabar en ella mis armas como si fuera una ágata ó cualquiera otra piedra de este género, y no bien hacía un mes que la estaba usando, cuando observé recobraba su antigua belleza y acrecentaba de día en día su esplendor.»

Hace dos ó tres centurias, casi ningún caballero que se tuviera por elegante podía prescindir de un anillo de turquesa. Las señoras no eran tan afectas á esta piedra.

La turquesa curaba ó preservaba de los dolores de cabeza, reconciliaba á los amantes y templaba el odio.

El berilo protegía á su dueño contra las asechanzas de sus enemigos, y era eficaz contra las enfermedades del hígado, el histérico, la ictericia, las convulsiones y las enfermedades de la boca, garganta y cara. En polvo curaba el mal de ojos y las heridas ó contusiones de los mismos. El berilo ó aguamarina hacía próspero á su dueño en la navegación, y le salvaba de todo peligro, por borrascoso y triste que fuera el viaje.

Del ónix no podemos dar tan buenos informes como de las demás piedras. Llevándolo al cuello excita el *esplín*, la melancolía, la manía de los terrores infundados y otras perturbaciones mentales, todas las cuales, sin embargo, se combatían ó curaban por la presencia de la sardónica ó la cornerina. Esta última era también eficaz contra las infecciones, los tumores pestilentes, la hemorragia; pero era preciso tomarla en polvo. La cornerina era asimismo excelente para limpiar y blanquear los dientes. Cardan asegura también que hacia ganar los pleitos y enriquecía á su dueño.

El ágata, ya sea una cornerina, una sardónica, un ónix ó cualquiera otra piedra comprendida bajo la denominación general de ágatas, tiene la propiedad de preservar de las mordeduras de los animales venenosos, y especialmente de la del escorpión. Calma el dolor, y pendiente del cuello de manera que descansa en él, domina los pensamientos amorosos. Los persas creían que su olor rechazaba las tempestades y contenía la impetuosidad de los torrentes. Si la piedra era de un color solo, hacia invencible á su dueño; pero esta virtud se atribuyó especialmente á la Calcedonia, y se decía que Mélo, de Crotona, debía su extraordinaria fuerza á una de estas piedras que llevaba consigo cuando emprendía sus hazañas, de donde se infiere que debió de olvidársele ese talismán cuando sucumbió en su última empresa.

El jaspe de color rojo de sangre, era eficaz para contener la hemorragia aplicándolo á las heridas.

El heliótropo tenía la propiedad, según Alberto el Grande, de hacer invencible á su dueño.

El coral fue tenido antiguamente en gran reputación, y podemos citar respetables autoridades en testimonio de sus diferentes virtudes. En tiempo de Plinio iba ya su fama decayendo, pues observa este escritor que «antiguamente se le consideraba como un excelente antídoto contra los venenos.» En la Edad Media, sin embargo, recobró un alto puesto en la farmacopea, y mereció gran confianza como amuleto. Brand toma de una obra antigua el siguiente testimonio en su elogio. «Las brujas dicen que esta piedra repele el rayo y lo aleja, como también las trombas, tormentas y tempestades, de los navíos y de las casas en que penetran,» y Pedro de Rosnel nos dice también que el coral en poder de un hombre robusto, adquiere un color rojo, más vivo que cuando se halla en contacto con la mujer. Llevado por persona enferma y en peligro de muerte, palidece totalmente tomando un color lívido.

Era el coral un talismán contra los hechizos, las brujerías, los envenenamientos, la epilepsia, las tentaciones de Satanás, las tormentas, las tempestades marinas, y contra otros peligros, por cuyos méritos fue consagrado á Júpiter y á Febo. Llevándolo pendiente del cuello contenía la hemorragia. Se le tenía también por un remedio excelente para usos internos. D' Boot dice que él fue curado de una peligrosa fiebre pestilente tomando seis gotas de tintura de coral, y Armand de Villeneuve asegura que diez granos de coral, administrados á un niño con la leche de su madre, con tal de que fuera el primer hijo que hubiese tenido y aquel su primer alimento, quedaría asegurado contra la epilepsia ó cualquiera otro accidente por toda su vida.

Todavía se conserva la fe en el coral, como lo prueba el uso de las campanillas para preservar á los niños de las brujerías y ahuyentar los malos espíritus.

Sochildren cutting teeth receive á coral. – BIRO

El ámbar, como el coral, ha conservado en los tiempos modernos, hasta cierto punto, su reputación de talismán, y se le pone también á los niños como preservativo de muchas enfermedades.

La perla tenía grandes virtudes medicinales en usos internos, pero carecía de toda influencia en las pasiones ó accidentes de la vida. Los onirocratas, ó intérpretes de sueños, examinaban, sin embargo, las perlas para establecer sus conclusiones.

Entre las drogas administradas al desgraciado Carlos VI para devolverle la razón, se le dio una decocción de perlas y agua destilada. Aun actualmente en Asia se emplea el aljófar en grandes cantidades para la composición de electuaríos, en los que entran con frecuencia toda clase de piedras preciosas en polvo. El diamante nunca se ha considerado conveniente como medicina interna á causa de su dureza, que hace se le suponga imposible de ser digerido. El *majoon* que se compone en el Asia, y en el que entran las perlas en gran cantidad, es muy estimado y está en gran uso por las cualidades estimulantes y restauradoras que se le atribuyen.

“Margaritae significant lachrimarum flumen”.

Las perlas significan un torrente de lágrimas.»

—ASTRAMPSYCHINA.

Hemos hablado solo de las virtudes y propiedades de las piedras que se emplean en ornamentos, pues el tratar de las innumerables que entraban en la farmacopea antigua sería extraño á nuestro objeto. Aun con lo que hemos hecho tememos haber sido demasiado prolijos, si ya no es que merecemos alguna disculpa por parte de nuestras bellas lectoras, en gracia de las descripciones que les ofrecemos para la formación de ricas colecciones de joyas.

CAPÍTULO III

Glíptica,

El arte de grabar en las piedras preciosas se practicó en Egipto hace cuarenta siglos. Es de suponer que las piedras del efod de Aaron fueron grabadas por artistas egipcios que, huyendo de la tiranía de Faraón, siguieron á Moisés al desierto, pues, aunque los hebreos permanecieron cuatro centurias en Egipto y pudieron haber adquirido las artes de aquel país, los duros trabajos á que se vieron sujetos por tanto tiempo, debieron ser un obstáculo para que alcanzasen la delicada habilidad que requería el lujo y elegancia de sus refinados señores.

Era tanta la confianza de los antiguos en las propiedades sobrenaturales y virtudes curativas de las piedras preciosas, que no se reparaba en emplear sumas enormes para su adquisición. No hace aún mucho tiempo que aquella fe se conservaba todavía: hace menos de medio siglo que aún era costumbre pedir prestada á las personas de posición elevada alguna sortija de piedras preciosas para aplicarla como remedio á algún enfermo.

A fin de acrecentar la virtud atribuida á las piedras, se grababan en ellas ciertas figuras ó caracteres, en el momento preciso en que en el cielo se verificaba la conjunción de los cuerpos celestes que se consideraba favorable al objeto deseado. Así, sí se trataba de infundir en la joya la virtud de hacer á su dueño victorioso, se grababa en ella la figura de Marte, ó la de Hércules venciendo á la Hidra, cuando el aspecto de los cielos indicaba la victoria. Aun sobre esto se le ocurren á De Boot ciertas reflexiones que no podemos menos de transcribir.

«En verdad, me complazco en reconocer que por la permisión del cielo se producen por este medio efectos sobrenaturales. Pero, como ya tengo dicho, éstos se verifican por medio de los malos espíritus que se alojan en las piedras preciosas, atraídos por la vana credulidad humana y por la impiedad pagana, arrastrando al hombre á la superstición, y haciéndole olvidar el verdadero culto de Dios, sujetándole á su voluntad y causando la condenación eterna de su alma. Mejor harían los que desean infundir los buenos espíritus en sus joyas, en grabar en ellas el martirio del Salvador, los actos de su vida, que enseñan la virtud con el ejemplo, y contemplarlas piadosamente, y sin duda que ayudados de la gracia divina comprenderían que no de la piedra ni de las imágenes grabadas, sino de Dios proceden sus propiedades admirables.»

El sabio doctor muestra en su abono en estos argumentos, que su piedad corría parejas con su credulidad. Los antiguos grabadores escogían las piedras más propias para el asunto que trataban de representar; y así grababan la figura de Proserpios en una piedra negra, á Neptuno y los Tritones en el berilo, á Baco en la amatista,

y la historia de Marsyas en jaspe rojo. Algunos camafeos se tallaban en piedras de un solo color, de cuya clase pueden verse algunos muy buenos en la Biblioteca imperial de París, y entre ellos la cabeza de Maximiliano III en una ágata, y la de Ulises en una cornerina. Pero la mayoría de los camafeos se tallaban en sardónices ó ágatas-ónices, esto es, en piedras de dos, tres, y á veces cuatro listas de distintos colores. En este último caso se requería, no solo que el artista fuese un hábil dibujante y modelador y gran conocedor del arte glíptica, sino que era menester le acompañase un genio especial y un tacto delicado para sacar todo el partido posible de los diferentes colores de la piedra, colocándolos en los lugares más apropiados para adaptarlos á los diferentes objetos que tratase de representar.

Cuando se emplean piedras de varios colores, se tallan las figuras en la parle blanca, dejando el color negro para fondo. Si la piedra es de tres ó cuatro listas de diferente color, el grabador debe variar el del cabello, barba y ropaje, á fin de producir el mejor efecto. En la Biblioteca imperial se ven preciosos ejemplares de este género: uno de los mejores representa la apoteosis de Augusto en un sardonix tricolor, con veintidós figuras. Esta soberbia antigualla se llama la Ágata de la Santa Capilla, y fué traída del Oriente en el reinado de San Luis. Regalada por Carlos V á la Santa Capilla de su palacio, se la suponía representar allí el triunfo de Joséph sobre Faraón. Otro precioso camafeo en una sardónica tricolor representa la apoteosis de Germánico: la trajo de Constantinopla el cardenal Humberto bajo el pontificado de León IX, y fue donado á los monges benedictinos de Toul. El águila con que está el joven príncipe, dio motivo á la creencia de que este camafeo representaba al apóstol San Juan, pero habiendo esclarecido este punto numismático de gran

reputación, los monges hicieron un presente con él al rey el año 1684.

Céres conduciendo á Triptolemo en su carro tirado por dos dragones, es el asunto de otro hermoso camafeo. La contienda entre Neptuno y Minerva, durante la cual las divinidades presentan la ciudad de Atenas con el caballo y el olivo, está representada en una sardónica mucho menor que la antecedente, pero es de una ejecución admirable. Otro precioso camafeo representa á Sileno instruyendo á un grupo de cupidos. En una sardónica tricolor se ve representado á Júpiter con el águila á sus pies, empuñando con una mano sus rayos y con la otra el cetro. En el gabinete imperial de Viena, en la Haya, y en otras partes, se ven también magníficos antiguos camafeos.

Los camafeos se usaron principalmente como adornos para los vestidos y en forma de broches etc., mientras que los entalles destinados á sellos se montaban en sortijas. El uso de los entalles estaba mucho más extendido que el de los camafeos.

Uno de los mejores que se conocen, el aguamarina, con el nombre del grabador Evodos representando la cabeza de Julia, hija de Tito, que se halla actualmente en la Biblioteca imperial, se creyó antiguamente que era la imagen de la Virgen.

Habiendo sucedido la ignorancia y la barbarie de los tiempos más oscuros, á las artes refinadas de los griegos y romanos, los restos que sobrevivieron á la destrucción universal se guardaron en los claustros é iglesias, y cambiando de destino, de emblemas mitológicos que habían sido, pasaron á ser ornamentos del culto de una nueva creencia.

De conformidad con el gusto de su época, los cruzados, á su vuelta de la Tierra Santa, santificaron el fruto de sus rapiñas dedicándolas a Dios: los antiguos camafeos, los entalles, y todas las demás preciosas joyas que los emperadores de Oriente habían arrebatado de Roma, volvieron á Occidente y fueron depositadas en las capillas y basílicas de Europa. Tal era el origen del famoso tesoro de San Marco.

Con el renacimiento de las otras artes se despertó el gusto por los camafeos y entalles, y volvió á emprenderse el estudio del arte glíptica. La familia de los Médicis contribuyó eficazmente á su desarrollo, y tal fué la perfección que adquirió con su protección y liberalidad, que es muy difícil hoy distinguir las obras de los artistas de aquella época, de las verdaderas antigüedades. Su habilidad se ejercitaba más especialmente en los camafeos. Uno de los más famosos grabadores del siglo XVI fue Domingo de Milán, conocido generalmente por Domingo de Chamei, que estaba comunmente al servicio de Lorenzo de Médicis. Mateo del Nassaro, otro grabador del siglo siguiente, adquirió también extensa fama, y fue llamado á Francia por el rey Francisco I. Los adornos de camafeos para la cabeza eran entonces muy de moda, y merecía gran predilección la cabeza de Dejanira, grabada de relieve por aquel artista en una ágata fina. Sabia aprovechar con sumo gusto las diferentes gradaciones de color que ofrecía la piedra para representar en sus colores naturales la carne, el cabello, la piel de león; una línea encarnada de la piedra, se prestaba á su habilidad para representar al vivo el color interno de la piel de un animal recientemente desollado.

La demanda de camafeos por consecuencia de aquella moda, se extendió tanto, que llegaron á escasear los sardónices finos, y

para suplirlos se echó mano de las conchas de listas de colores diferentes. La materia de éstas, más blanda que la del ágata, se trabajaba con mayor facilidad, y por tanto los camafeos que de ellas se hacían resultaban á precios mucho más bajos que los de piedra, sí bien en cambio se desgastaban fácilmente por efecto del rozamiento. Como muestra de este género, puede citarse el collar de Diana de Poitiers, que se halla actualmente en la Biblioteca imperial: se compone de catorce pequeños camafeos en concha, y en su mitad se ve una ágata con el retrato de aquella hermosa célebre, representando la diosa de la caza, y con los atributos en diamantes.

Todavía se trabajan en gran número en Italia los camafeos de concha, pues el ágata-onix escasea más y más cada día.

Se ven con frecuencia falsos camafeos compuestos de la parte tallada de piedras antiguas, cortada y pegada á una ágata plana de distinto color, que pretenden pasar por camafeos labrados en el ágata onix. También suele imitarse con bastante buen éxito la sardónica, aplicando la concha tallada á una piedra dura.

Las antigüedades más estimadas son las que llevan inscrito el nombre del autor, cuya preferencia ha excitado la codicia de los negociantes poco escrupulosos á falsificar las firmas. La superchería no es nueva, cuando Fedro ya se quejó de ella en una de sus fábulas. Se requiere mucho cuidado para descubrir el engaño; pero no hay duda que el carácter de las letras debe siempre revelar su verdadero origen. Algunos aficionados de los dos últimos siglos, siguiendo sobre esto el ejemplo de Lorenzo de Médicis, hacían inscribir sus nombres en sus antigüedades para indicar su propiedad, y de aquí que el célebre Mafei se viese en gran trabajo para interpretar las iniciales L. A. V. R. M. E. D.

que halló en varias piedras que habían pertenecido a aquel gran duque de Toscana.

Entre los modernos, Lorenzo de Médicis fue el primero que reunió una colección de piedras grabadas, que después enriquecieron Cosmo y sus sucesores, y que hoy puede verse en la suntuosa galería de Florencia.

En muchos otros puntos de Europa se ha seguido el ejemplo de los Médicis, y reunieron colecciones los soberanos, los ricos aficionados, los sabios y los artistas. Las *más* famosas son hoy la del Gabinete de la librería imperial de Paris; la de la galería de Florencia, que cuenta 1.000 piedras, la del Vaticano en Roma, las del rey de Prusia, el emperador de Austria, el Consejo de Leipsic, el rey de Dinamarca, el castillo de Rosenburg en Copenhague, y la del emperador de Rusia, que contiene los gabinetes de Patter y Orleans. Entre las colecciones privadas pueden citarse las antiguas de Strozzi y Ludovici en Roma, de Poniatowski en Rusia; las de los duques de Bedford y Malborough en Inglaterra; y las del duque de Blacas, del conde Portales, y del barón Roger en Paris.

Los antiguos no grababan las hialinas corindones, y las joyas de esta clase que se conocen grabadas pertenecen á los tiempos modernos. Entre las más celebradas, se cuenta un rubí que perteneció á Runjeet Singb, de 14 *rupees* de peso (media onza), en que estaban grabados los nombres de varios reyes, sus poseedores, y entre ellos los de Aurungzebe y Ahmed-Shah. Domingo de Chamei grabó en un rubí balaje el retrato de Luis el Moro, duque de Milán.

En la colección de M. A. S. Hope, que figuró en la Exposición de Londres, se veía un bonito entalle de Minerva, grabado en un rubí oriental de 53 granos, y otro rubí de la misma clase con la fecha del año 500, en el que estaba grabada una cabeza de Júpiter.

Cuando decimos que los antiguos no grabaron nunca en las piedras preciosas, debemos exceptuar á los Azteca, en cuyos restos de su civilización, eminentemente refinada, se encuentran sellos y sortijas de piedras preciosas, en las que se ve grabada la constelación Piscis.

PARTE QUINTA.

JOYAS HISTÓRICAS.

CAPÍTULO L

Personajes eminentes y su joyería.

Las joyas han representado un gran papel en todos tiempos en la vida de los grandes: como agüero, memoria ó símbolo, infundían alegría ó tristeza, inspiraban temor ó confianza, y se suponía que prevenían los acontecimientos futuros. Cuando los consejos de la prudencia y las lecciones de la experiencia eran ineficaces para mover el ánimo, nunca fallaba algún dije de suyo insignificante, para conmover el temperamento más fuerte, sobreponerse al valor más indomable, y suavizar el corazón más empedernido; y aun en circunstancias contrarias, con la virtud de fortalecer al débil, animar al espíritu irresoluto o infundir valor al cobarde. A las sortijas, especialmente, se las suponía asociadas a la suerte de su dueño, cualquiera que fuese su posición. Y en verdad, ¿quién no ha poseído uno de estos talismanes en cuyo círculo no se

hayan concentrado su esperanza, su felicidad, y quién sabe si tal vez la desgracia de una vida entera? ¡Qué corazón no ha redoblado sus latidos al contemplar uno de esos pequeños anillos conservado á través de todo género de peligros, en el destierro, en la miseria, ligado á mil memorias de una felicidad que ya pasó, o sello tal vez de la presente, ó pronóstico de un porvenir más halagüeño! En casi todas las páginas de la historia del hombre no hay duda que se halla siempre una joya, un dije, una memoria en relación con el origen secreto de sus acciones y como árbitro de su destino en la tierra. Pequeños ministros de los altos poderes del amor y la ambición, las joyas han subvertido los tronos y cambiado la faz de los imperios. Siempre que hemos investigado con toda diligencia el origen de alguna revolución terrible, de esas que han ensangrentado la tierra bajo el especioso título de libertad, ó en el sagrado nombre de la religión, hemos encontrado que no fué otra que aquella la verdadera causa. Desgraciadamente el tiempo ha borrado muchos recuerdos de la antigüedad; más, sin embargo, reuniendo algunos elementos dispersos de la rota cadena, aun podemos establecer alguna comparación entre el pasado y el presente y exclamar con Montaigne: "*Les faiblesses humaines out toujours été les mêmes; elles su fout qui changer de nour.*" Podemos, sin embargo, consolarnos con la idea de que no somos peores que nuestros antepasados, y que nuestros hijos no serán mejores que nosotros.

.....

Entre las muchas fábulas con que los escritores orientales han engalanado la historia de Salomón, se cuenta la del famoso anillo, a cuya mágica virtud debía su poder sobre los demonios y espíritus. En su chatón leía todo lo que deseaba conocer acerca del cielo y de la tierra. Habiéndoselo quitado un día al prepararse

para entrar en el baño, le fué arrebatado por una furia y arrojado al mar. Apesadumbrado por la pérdida del anillo, que era nada menos que la de su dominio sobre el aire y el mar, y considerándose al propio tiempo privado de la sabiduría de gobernar, resolvió no volver a sentarse en el trono hasta que hubiese recobrado su talismán. Al cabo de cuarenta días, el monarca, que según parece no incluyó el ayuno en la penitencia que se impusiera, tuvo la buena suerte de encontrar su preciosa joya en el cuerpo de un pescado que le sirvieron a la mesa real.

Otra de las joyas mitológicas fue la de Giges. Según Platón y Cicerón, la fortuna del pastor Lidio procedía de un anillo mágico de que era dueño, y que parece había encontrado en el cuerpo de un caballo de bronce. Haciendo girar el chatón, su dueño se hacía invisible. Habiendo obtenido acceso con la hermosa reina por virtud de aquel talismán, y logrado seducirla, asesinó a su marido el rey Caudaules y reinó treinta años, usurpándole el trono.

El anillo que Policrates, tirano de Samos, arrojó al mar, esperando saldar así su cuenta con la voluble diosa, le fué devuelto, como el de Salomón, en el vientre de un pescado. Plinio, que vio la alhaja, dice que era una sardónica no grabada. Livia, la mujer de Augusto, la presentó en ofrenda al templo de la Concordia, en Roma, donde se conservaba en un cuerno de oro. Allí existían también otros muchos anillos de más precio que aquel.

Sigúele en reputación el de Pirro, que guerreó con Roma. Era la piedra una preciosa ágata, en la que, por un capricho de la naturaleza, se velan representadas las nueve musas con todos sus atributos, y á Apolo con su lira, tan perfectamente como

pudiera haberlo hecho la mano de un artista. Según Plinio no existían en su tiempo otros anillos famosos.

Ismenias, el flautista, poseía varias piedras preciosas, y se refiere de su vanidad y ligereza que habiendo oído decir que en Chipre se vendía por seis dineros de oro una esmeralda en la que estaba grabada la Danaída Amymone, envió allá dicha cantidad para su adquisición. Antes de que el mensajero llegase, el vendedor había hecho una rebaja en aquel precio y devolvió, por tanto, dos dineros. Ismenias, lejos de agradecerlo, apostrofó de loco al mercader por haber disminuido con aquella rebaja el mérito de la joya.

Cuando César arengaba a sus tropas después del paso del Rubicon, solía levantar el dedo meñique de su mano derecha, protestando que empeñaría con gusto hasta su anillo para corresponder dignamente á todos los que defendían con interés su causa. Los soldados que formaban en las filas más remotas, que veían al orador, pero no podían oírle, interpretando la acción, se imaginaron que prometía a cada uno la dignidad de caballero romano y la suma de quinientos mil sextercios. Sería difícil apreciar hasta qué punto aquel error contribuyó al éxito de su empresa, pero no cabe duda alguna de que tuvo en él una gran influencia.

Entre las manifestaciones públicas de dolor que se hicieron en las exequias de César, personas de todas las clases arrojaban á su pira funeraria lo que poseían de más valor; los magistrados sus propios asientos, los veteranos de las antiguas legiones sus armas queridas, y las matronas romanas sacrificaban á sus manes quemando en aquella hoguera sus ornamentos, sus ropas y hasta los anillos de sus hijos.

A la muerte de Augusto, se propuso, entre otras cosas, para honrar sus restos mortales, que todos los que gozaban el derecho de usar un anillo de oro, lo cambiásen el día de los funerales por otro de hierro.

El emperador Tiberio, conociendo *que* se acercaba su fin, se quitó el anillo y lo levantó entre los dos dedos, pulgar é índice, durante algunos momentos, como titubeando si se lo entregaría á alguno, lo cual equivalía á nombrar su sucesor; pero concluyó por ponérselo de nuevo, y cerrando la mano permaneció largo rato sin movimiento ni sentido. Cuando volvió en sí y advirtió que le habían sacado el anillo, lo reclamó; más los que se hallaban presentes se arrojaron sobre él y le ahogaron entre los almohadones de su lecho.

Nerón contó entre los funestos presagios de su destino, la dádiva que le hizo Sporus de una sortija en que estaba grabado el rapto de Proserpina.

Durante la niñez de Nerón, se encontró cerca de su lecho la camisa de una culebra, de que probablemente se habría despojado allí mismo el propio animal. Agrippina, considerando este incidente como un augurio favorable, mandó encerrar aquel despojo del reptil en un brazalete de oro, que aconsejó a su hijo llevase siempre en el brazo derecho. Cuando más adelante la memoria de su madre llegó á serle odiosa. Nerón se desprendió de aquella joya sagrada; más en el día terrible de la expiación, acordándose de las virtudes sobrenaturales del brazalete, lo buscó con ansiedad, y fueron vanas sus diligencias, pues había desaparecido para siempre y con él toda esperanza de salvación.

Galba había escogido en su tesoro un collar de perlas y piedras preciosas con intención de colocarlo en la estatua de la Fortuna que tenía en su casa de campo de Tusculo; pero pensándolo mejor, consideró el adorno demasiado rico para la estatua de una morada de aquel orden, y lo dedicó á la Venus del Capitolio. A la noche siguiente le visitó en sueños la Fortuna, le increpó severamente por haberla privado del don prometido, y le amenazó con retirarle los favores que hasta allí le había dispensado. El emperador alarmado se levantó al amanecer y despachó gente para su casa de Túsculo, con objeto de preparar un sacrificio, adonde les siguió inmediatamente ansioso de precaver aquel siniestro presagio. A su llegada, para su sorpresa y consternación, solo encontró un montón de cenizas en el altar, en cuyas gradas se hallaba un anciano vestido de negro con un vaso de cristal con incienso en una mano, y otro de barro con vino en la otra.

Otro agüero pronosticó la muerte del emperador. Se observó que mientras estaba ofreciendo un sacrificio á Júpiter el primer día de Enero, se le cayó la corona de la cabeza. Accidentes semejantes, ocurridos en tiempos modernos, se han considerado también como un presagio funesto, y por una extraña coincidencia se han visto seguidos en algunos casos de tristes acontecimientos. Cuando á Enrique III le colocaron la corona en la cabeza, exclamó: *Elle me blesse*, me hace daño.

Luis XVI, al sentir la diadema en sus sienes, llevó á ella la mano como para quitársela, diciendo: *Elle me gene*: me incomoda.

La diadema con que se coronó á Jaime II le sentaba tan mal, que se le habría caído de la cabeza si no hubiera sido por una de las

personas de su servidumbre, circunstancia que causó una profunda impresión en el ánimo de todos los concurrentes, y especialmente en el de la reina.

Se han perdido desgraciadamente muchas y curiosas alhajas históricas, ó, cuando menos, se ignoran por sus actuales poseedores las circunstancias relacionadas con ellas, y que podrían darles gran interés, como, por ejemplo, una gran parte de las que pertenecieron á Carlos el Temerario. Cuando Luis de Berquen resucitó ó invernó el arte de cortar y pulir el diamante, el duque le confía tres preciosas piedras para que las trabajase según su arte, y quedó tan complacido del resultado, que recompensó á aquel artista con la considerable suma de 3.000 ducados. El príncipe regaló una de aquellas joyas al Papa Sixto IV; otra, en forma de un corazón sostenido por dos manos y en una sortija, la envió como símbolo de amistad y confianza á su traidor vecino Luís XI; la tercera, una gruesa piedra, la llevaba él en un anillo el día que le mataron, justamente al hacer un año de la talla de aquellas piedras.

Aquel diamante fue probablemente la única señal por la que pudo reconocerse su cuerpo después de muerto, tres días después de la desastrosa batalla de Nancy, en la que cayó; pues medio sepultado entre el hielo se arrancó la piel de la mitad del rostro al tirar de él, y tenía ya la otra mitad comida por los lobos.

El sombrero de terciopelo amarillo *á la italiana* que usaba Carlos comunmente y que perdió en la batalla de Grauson, estaba rodeado de una especie de corona guarnecida de pedrería de un valor incalculable. Dicho sombrero fue recogido por uno de aquellos bárbaros vencedores, que, no bien se lo hubo puesto, lo arrojó con desprecio diciendo que bien podía haberle tocado en

suerte una buena armadura. Santiago Fugger compró el sombrero y vendió una gran parte de las piedras algunos años después al archiduque Maximiliano, yerno de Carlos, casado con María de Borgoña.

Se ha perdido la pista de otras muchas alhajas famosas de Carlos, que sufrieron extravío en Granson ó en Nanci. Poseía tres rubís llamados los *Tres hermanos*, y dos denominados *La Hotte et La Balle de Frandres*. Jaime I, en una carta á su hijo, entre otras alhajas que le envió, hace mención de los *Tres hermanos*, cuyo título parece querer identificar los rubíes del duque de Borgoña.

Es muy celebrado el gran rubí balage de forma de corazón colocado debajo de la cruz posterior de la corona de Inglaterra. Se halla en su forma y pulimento naturales, y es de color rojo oscuro de cereza y semitransparente. Esta preciosa joya la llevó allá Eduardo, el Príncipe negro, á la vuelta de su expedición á España, á donde fue para auxiliar á Don Pedro de Castilla contra su hermano. Este rubí lo usó después Enrique V en Agincourt.

El emperador Rodolfo II poseía un rubí oriental del tamaño de un huevo de gallina, que heredó de su hermana la viuda del rey de Francia, y que era reputado por el rubí más grande de Europa.

Sir James Melville, en sus *Memorias históricas*, dice que la reina Isabel le enseñó un *hermoso rubí, grande como una bala de raqueta*.

Runjeet Singh, además del gran rubí de que ya hemos hecho mención en otra parte, poseía un topacio de la mitad del tamaño de una bola de billar, que le costó 20.000 *rupias*.

Roberto de Berquen, en sus *Maravillas de las Indias orientales y occidentales*, habla de varias piedras de extraordinarias dimensiones y belleza. Josefo Bárbaro, caballero veneciano, en una relación que hizo á los señores de Venecia, dice que cuando fué embajador de la república de la corte de Yussum Cassan, rey de Persia, cierto día del año 1472, en el acto solemne de su recepción, aquel príncipe le mostró un pañuelo lleno de piedras preciosas de las más raras y de más valor conocidas.

Entre otras había un rubí balage cortado en tabla, de hermosa forma, del ancho de un dedo, de dos onzas y media de peso, y de un color incomparable; era, en efecto, sin rival: cuando el rey le preguntó en cuánto lo valuaba, contestó que una ciudad ó un reino eran, a su juicio, poco para pagarlo.»

De Berquen prosigue hablando de rubíes, muy superiores aun al del monarca persa.

«Una persona de rango de esta ciudad (París) posee tres (rubíes) mucho mejores que todos los del rey de Persia. El uno había estado montado en una corona de oro con pedrería, con la cual el Papa Esteban V, que vino á Francia el año 817, coronó emperador al rey Luis Débonnaire, en Reims, ceremonia que no había tenido lugar en aquella ciudad desde Clovis; y el tal rubí es de forma romboidal, de peso de 133 quilates y medio.

El segundo, de forma ovoidea y de peso de 244 quilates y tres cuartos, fué donado por los napolitanos en 1264 á Carlos, duque de Anjou.

El tercero pesaba 209 quilates, y perteneció á Ana, duquesa de Bretaña, que en 1491 casó con Carlos VIII, y le llevó este rubí

entre otras alhajas y sortijas.» De Berquen no nos dice por qué términos aquellos rubíes fueron á parar á personas privadas, ni cuál fué su destino ulterior.

M. Wanley, en una carta al doctor Charlet, refiere que cuando Pedro el Grande dejó á Inglaterra, regaló al rey «un rubí en bruto, que los mejores joyeros de Amsterdam, así judíos, como cristianos, lo evaluaron en dos mil libras esterlinas.» Está agujereado, decía, y después de tallado y pulimentado se le colocará en la parte más alta de la corona imperial de Inglaterra.» El monarca ruso, con la sencillez que le era propia, llevó aquella rica joya al monarca inglés en el bolsillo del chaleco, y se lo presentó envuelto en un pedazo de papel oscuro.

Hernán Cortés, de la provincia llamada Castilla Dorada trajo entre otros despojos cinco esmeraldas que en aquel tiempo se tasaron en cien mil coronas, pero que hoy valdrían mucho menos.

La primera estaba trabajada, imitando una rosa; la segunda tenía la forma de una trompa o cuerno de caza; la tercera era un pescado con ojos de oro; la cuarta una campana con una gran perla de forma de pera por badajo, y alrededor de su borde una orla con esta inscripción: *Bendito sea quien te hizo*, y la quinta, la más preciosa de todas, era una copa con el pie de oro, que, para llevarla al cuello se suspendía de cuatro cadenitas de oro sujetas á una grande perla. Alrededor del borde se leía grabada esta inscripción: *Internatos mulierum non surrexit major*.

Estas joyas fueron quizá en gran parte la causa del disfavor en que incurrieron sus dueños para con la corte. Dícese que la reina emperatriz, mujer de Carlos V, manifestó deseos de poseer joyas

que fuesen más notables por su forma o talla, que por su valor intrínseco. El conquistador de Méjico, sin embargo, se hallaba próximo a contraer matrimonio con una joven noble y hermosa, y en su calidad de amante no pudo menos de ceder al gusto de presentar á su prometida aquellas joyas que habían excitado la admiración y la envidia de la corte, y esta preferencia le enagenó las simpatías de sus monarcas.

El brazalete fatal de Rienzi, si se conservara, seria hoy un precioso recuerdo del último de los tribunos romanos.

Cuando la conjuración asedió el Capitolio, Rienzi intentó la fuga disfrazado con la túnica de un labriego, tizado el rostro y cubierto con una colcha y otras prendas de cama, pero la desgracia ó la traición le descubrieron. Un hombre que se le halló en la escalera fijó la atención en él, y cogiéndole de un brazo fuertemente para sujetarlo, le reconoció por los brazaletes que llevaba y que no se había quitado por descuido.

Uno de los prodigios que se tienen por increíbles en estos tiempos de escepticismo, es el del famoso plato genovés, de una sola y perfecta esmeralda conocida por el Sacro Catino, en el cual *Nuestro Salvador cenó la última vez.*

Esta costosa pieza, labrada para un publicano, pasó á poder de los cruzados reales cuando en el siglo XII, al mando de Guillermo Embriaco tomaron á Cerdeña en la Palestina. En el reparto del botín aquella esmeralda tocó á los cruzados genoveses, en cuya santa vocación entró evidentemente algo de su tradicional espíritu mercantil; y estimaron en tanto el valor vulgar y precio profano de aquella sagrada reliquia, que en una ocasión la empeñaron por 9.500 libras. Desempeñada al fin, fué colocada de

nuevo en la iglesia de San Lorenzo, donde la custodiaban caballeros de honor, llamados Clavigeri, y se la ponía de manifiesto con gran pompa una vez cada año. Millones de almas doblaban la rodilla ante ella, y solo se la permitía tocar con un diamante al que, llevado de su ardiente fe, pagase 1.000 ducados de oro.

Habiéndose apoderado los franceses de este tesoro se lo llevaron á París, donde fue sacrílegamente entregado al examen de los mineralogistas. En vez de someterlo con la tradición que le acompañaba al Concilio de Tremo, como debieron hacerlo, lo enviaron al Instituto á sufrir el examen de los químicos, geólogos y filósofos, á pesar de haber declarado las autoridades eclesiásticas que se trataba de un objeto demasiado sagrado para exponerlo á la investigación ó contacto humano. El resultado del análisis científico fué que el *Plato esmeralda* ERA UN PEDAZO DE VIDRIO DE COLOR VERDE.

Cuando en 1815 el Congreso de Viena regaló al rey de Cerdeña el ducado de una de las repúblicas mas antiguas de Europa, con cuyo motivo se hicieron recíprocas restituciones, Víctor Manuel reclamó el plato esmeralda, no con objeto de colocarlo en un gabinete de curiosidades, según se hizo en París, como un recuerdo de la antigüedad en la fabricación de cristales de colores, sino para reponerlo en la urna de San Lorenzo, y reintegrarlo á la custodia de sus guardias caballeros y al homenaje del pueblo, haciendo de nuevo pública la seguridad de que aquel era el inapreciable *plato esmeralda*, el «Sacro Catino» que la reina de Sheba presentó con otras joyas al rey Salomón, que lo colocó en el templo, y que estaba reservado aun para más altos destinos.

Los italianos explican la decepción de la esmeralda diciendo que los expoliadores franceses fueron engañados por los guardadores de la preciosa reliquia, quienes la pusieron en lugar seguro y la sustituyeron por otra falsa que se proporcionaron y que fué la poseída en París.

Un viajero moderno habla, sin embargo, de una esmeralda, que si no tenía el mérito de haber sido consagrada por el contacto del Señor, como el «Sacro Catino,» es todavía más notable por su tamaño. En verdad, el hecho se hace tan increíble, que debemos dejar al autor la responsabilidad de su relación. — «En el templo do Budda, dice, en Siam, existe una figura del dios, de dos pies de altura, que dicen fue tallada de una sola esmeralda. Este ídolo tenía por ojos dos brillantes que derramaban su luz por todo el templo, los cuales costaron veinte mil duros en el Brasil. El valor de todo el ídolo es incalculable. Yo dudé de la legitimidad, pero el príncipe Momfanoi me aseguró era una esmeralda, y no un berilo, como yo suponía.» (1)⁷

La famosa perla, la Peregrina, perteneciente a la corona de España, considerada por una de las más hermosas del mundo, fue traída del Panamá en 1560 por D. Diego de Túnez, quien hizo con ella un presente á Felipe II.

Es próximamente del tamaño de un huevo de pichón y de la forma de una pera. Se la tasó en aquel tiempo en catorce mil ducados, pero Freco, joyero del rey, dijo que así podía valer 70.000 duros, como tres, cinco ó diez millones de reales, pues una perla tal no tenía precio. Su tamaño y belleza le valieron el

⁷ (1) *Narrative of a voyage round the World*, 1835, 36 and 37, by W. S. W. Buschenberger, M. D.

nombre de *Peregrina*, y fue exhibida en Sevilla como un fenómeno en su género.

Cuéntase que esta magnífica perla fué pescada por un negrito, y que la ostra que la crió era tan pequeña, que juzgando no contendría perla alguna, estuvo á punto de arrojarla de nuevo al mar sin abrirla, pero afortunadamente se contuvo en su determinación, y fue recompensado con la libertad por el hallazgo de aquel tesoro. En cambio, de tan espléndido donativo el rey nombró á su amo prevoste del Panamá.

Felipe V luchaba por sostener sus derechos al trono de España, y la reina, viéndose precisada á retirarse de Madrid al acercarse el archiduque, confió todas sus joyas á un criado francés para que las llevase á Francia. Entre aquellas preciosas alhajas se encontraba la incomparable *Peregrina*. Vasu, el hombre en quien se depositó tamaña confianza, correspondió á ella tan fielmente como la nobleza defendiendo con intrepidez a sus soberanos, y una vez cesada aquella crisis, las joyas volvieron á España.

Cuando se abrió el sepulcro de Carlo Magno en Aix-la-Chapelle, se hallaron sus huesos envueltos en una vestidura romana; la doble corona de Francia y Alemania descansaba en sus descarnadas sienes, y la mochila de peregrino se hallaba á su lado, así como su buena espada *Joyeuse*, con la que, según el monje de San Decís, dividía en dos pedazos á un caballero cubierto con su armadura. Sus pies se apoyaban en el escudo de oro macizo que le regaló el Papa León, y suspendido al cuello conservaba el talismán a que debía sus victorias, compuesto de un pedacito de la verdadera cruz que le había enviado la emperatriz Irene, y que estaba encerrado en una esmeralda sujeta á una larga cadena de oro. Los ciudadanos de Aix-la-Chapelle se

la entregaron á Napoleón cuando entró en aquel pueblo el año 1811. Un día, en un arranque de expansión se la echó al cuello á la reina Hortensia, revelándole que la habla llevado en el pecho en las batallas de Austerlitz y Wagram, del mismo modo que la había usado Carlo Magno durante nueve años. Desde aquel día la duquesa de San Leu no se desprendió jamás de aquella preciosa reliquia.

CAPITULO II.

De los mejores diamantes conocidos.

Existen pocos diamantes en todo el mundo cuyo peso exceda de 100 quilates. Los tales se llamaban *simpares* antiguamente; su número es excesivamente limitado, como se ve por la relación siguiente, de los únicos conocidos de esta clase.

Debemos, sin embargo, hacer mención del que posee el Rajah de Mattan, en Borneo, que es el mayor del mundo, que está aún sin pulir, y pesa 367 quilates.

Hé aquí, pues, la relación indicada:

El Orloff ó gran ruso de 193 quilates.

El Gran Toscano de 139 ½ »

El Regente ó Piít 137 »

La Estrella del Sur 125 »

El Koh-i-noor 102 »

Después de estos se citan por su tamaño y belleza los siguientes:

El Shah de Persia 86 $\frac{2}{19}$ quilates.

El Saucy 53 $\frac{1}{2}$

El Nassuch 89 quilates y 1 $\frac{1}{2}$ granos.

Los brillantes de

Arcot 56

El Pigott 49

El mayor de los diamantes conocidos, el del Rajah de Mattan, no ha estado nunca en Europa, y se han dado acerca de él pocas noticias. Tiene la forma de un huevo, con una cavidad en el extremo más estrecho. Dicen que es del color más puro del agua. Hace bastantes años que el gobernador de Batavia intentó comprarlo, y á este efecto envió á M. Siewart al Rajah con encargo de ofrecerle por él ciento cincuenta mil pesos, dos grandes briks de guerra con cañones y municiones, y una gran cantidad de pólvora y cartuchos; pero el Rajah no quiso despojar á su familia de tan rica herencia ni privar á los malayos de un objeto al que atribuyen la virtud de curar toda clase de enfermedades por medio del agua en que se le tiene sumergido, y al que él consideraba asociada la suerte de su familia.

El Orloff había pertenecido probablemente al Gran Mogol, pero cuando éste fue vencido por Nadir, el Shah de Pérsia, aquella joya que llevaba el nombre de «Luna del Monte,» cayó con otras

en poder del conquistador. Asesinado el Shah en 1747, las joyas de la corona fueron robadas y ocultadas con el mayor secreto.

Un tal Shfrass, comunmente conocido en Astracán por «El hombre de los millones,» vivía entonces (en 1747) en Bassora con dos hermanos que tenía, y presentándosele un día un jefe de los Anganians le propuso venderle secretamente aquel diamante por una suma moderada, juntamente con una gran esmeralda, un rubí de gran tamaño y otras piedras preciosas de menor valor. Después de algunas vacilaciones, el armenio cerró el trato y pagó cincuenta mil piastras por todas aquellas piedras.

Durante mucho tiempo, los hermanos se espantaban ante la idea de disponer públicamente de tales joyas, más al cabo de 10 años, el mayor de ellos se resolvió á pasar á Amsterdam y ofreció sin rebozo la venta de las piedras.

Los Gobiernos inglés y ruso eran los que más ofrecían por el gran diamante, y finalmente, el conde Orloff lo adquirió para la emperatriz Catalina por 450.000 rublos, en moneda efectiva, á cuyo precio añadió un título de nobleza en Rusia.

Según otra anécdota, esta preciosa joya era un ojo del ídolo Scheringham, en el templo de Brahma. La fama del brillo de aquellos ojos movió á un granadero francés de la guarnición de Pondicherry á desertar y refugiarse entre los brahmanes, y abrazando su religión y adaptándose á sus ritos, lograría al fin apoderarse de una de aquellas codiciadas joyas, y huyendo á Madras vendió el fruto de su rapiña á un capitán marino por 50.000 francos.

El capitán lo cedería á su vez á un judío por trescientos mil francos, el judío al armenio por una suma mucho mayor. De Shafrass pasaría á ser propiedad de Catalina de Rusia el año 1772 en los términos que hemos visto. Algunos llaman á esta joya el diamante Lazareff, pues según otra versión de su historia lo llevó á Rusia Lázaró Lazareff, cabeza de la familia armenia de este nombre y nieto de Manouk Lazareff, tesorero que fue del Shah Abbas II. Ambas relaciones convienen, sin embargo, en la suma que se pagó y en el título de nobleza concedido por Catalina por precio de aquel tesoro.

Su tamaño es como el de un huevo de pichón, el brillo y color muy puros, pero su forma es defectuosa.

El Diamante austríaco, llamado también *El Maximiliano* y el *Gran Toscano*, pasó a ser por compra de propiedad de los grandes duques de Toscana.

Se conservó largo tiempo en poder de los Medicis; pero al fin pasó á manos del emperador, cuyo nombre lleva, y desde entonces se ha conservado como un vínculo de la familia imperial. Está tallado en rosa, de nueve lados, lleno de facetas, y presenta la figura de una estrella de nueve rayos. Tiene un tinte amarillo que rebaja considerablemente su valor. Su peso es de 139 ½ quilates, y está tasado en 15.568,200 reales.

El Regente, aunque no el mayor, es considerado por el diamante más perfecto y más hermoso de Europa, siendo notable por su forma, proporciones y puro color. En su forma primitiva pesaba 410 quilates; pero al tallarlo en brillante, en cuyo trabajo se emplearon dos años y se gastaron 15.000 duros, quedó reducido al peso de 137 quilates. Este diamante, que lleva también el

nombre Pitt, de su primer dueño europeo, fué robado en las minas de Golconda y vendido á Tomás Pitt, abuelo del conde de Chatham, cuando era gobernador del fuerte San Jorge en las Indias Orientales.

Después de haber ofrecido el diamante á diferentes soberanos sin resultado, ofreció hacer una rebaja en el precio, y al fin el duque de Orleans, regente entonces, consintió en comprarlo para Luis XV, á instancias del famoso Law. El precio fue de dos millones trescientas mil coronas (nueve millones doscientos mil reales próximamente), reservándose el vendedor los fragmentos que produjese la talla, de los cuales sacó muy buenos diamantes que le valieron algunos miles de libras esterlinas. En la negociación se gastaron veinticinco mil duros. Este diamante está tasado en el doble de la suma que costó.

En Inglaterra circuló el rumor de que el gobernador del fuerte San Jorge se había *manchado* con aquella joya, y á esto aludió Pope en aquellos versos:

Asleep and naked as an indian lay

An honest factor stole the gem away.

En refutación de esta calumnia, H. Pitt publicó un manifiesto sobre la transacción que mediara para la adquisición del diamante por la cantidad de veinte mil libras esterlinas.

El *Regente*, empeñado por Napoleón I, robado después, puesto de cebo por Talleyrand á la Prusia, y habiendo atravesado incólume seis revoluciones, pertenece aun hoy á la Francia. El

primer emperador lo llevaba montado en la empuñadura de su espada de Estado, y hoy se le admira en la corona imperial.

La *Estrella del Sur*, el diamante más grande venido del Brasil, se halla en poder del rey de Portugal. Antes de tallarlo pesaba 254½ quilates. El abuelo del actual rey de Portugal, que tenía pasión por las piedras preciosas, mandó agujerearlo y lo llevaba sin pulir, suspendido al cuello en los días de gala. Romé de l'Isle lo tasó en la enorme suma de tres millones de libras esterlinas. Actualmente pesa 125 quilates y tiene la forma octáedra.

Es curiosa la historia del descubrimiento de este diamante. Tres brasileños, Antonio de Souza, José Félix Gómez y Tomás de Souza, por resultas de una causa criminal, fueron perpetuamente desterrados á la parte más desierta del interior del país.

La región que habitaron era precisamente en minerales la más rica del mundo; los ríos tenían arenas de oro y los diamantes se encontraban en todos los valles.

Aquellos desgraciados se consolaron en los horrores de su destierro con la esperanza de descubrir alguna rica mina que valiese la remisión de su condena, y después de seis años de continuas exploraciones, la fortuna al fin les fué propicia. Una prolongada y extraordinaria sequía dejó en seco el lecho del río Abasti, situado á unas noventa y dos leguas al S. O. de Serró do Frío, y trabajando en él en busca de oro, descubrieron un diamante de una onza de peso próximamente. Locos de júbilo con tal hallazgo, se adelantaron a todo riesgo hasta Villa Rica, resueltos á ponerse á disposición del soberano. El gobernador, al ver la magnitud y aspecto de aquella piedra, nombró una comisión de empleados del distrito diamantino á fin de que

informasen acerca de su calidad, y habiendo declarado que era realmente un diamante, lo remitió á Lisboa sin dilación. No es necesario añadir que la sentencia de aquellos confinados fué revocada en precio de un hallazgo tan portentoso.

El *Koh-i-nor*, cuyo peso actual es de 102 quilates, y por tanto, el sexto entre los más celebrados, dicese haber sido un tiempo el mayor de todos los diamantes conocidos, y se supone que es el mismo que vio Tavernier entre las joyas del Gran Mogol. Su peso primitivo fué de 900 quilates, pero entregado desgraciadamente á Ortensio Borgis, diamantista veneciano, para que lo puliese, desgastó la preciosa materia tan pródigamente, no cortándolo, sino meramente puliendo sus caras, que lo dejó reducido á 280 quilates. Furioso aquel monarca al ver su joya tan malograda, en vez de pagarle el trabajo, le exigió á él 10.000 rupias, y le habría exigido más, si el diamantista hubiera podido pagarlo. Tavernier añade, que, si el veneciano hubiese sido bastante hábil, podía haberse reservado muy buenos fragmentos de la piedra, sin que se conociese además, y ahorrándose mucho trabajo, aquella habría quedado de mucho mayor tamaño.

Aunque la procedencia del Koh-i nor no se ha explicado hasta ahora satisfactoriamente, se cree que perteneció á Karna, rey de Anga, hace *tres mil y un años*. No es presumible que se atreva nadie á discutir una fecha, que, por el año de pico que lleva, parece ser escrupulosamente computada; mas sí no fuese así, no hay duda que se vería en gran dificultad para enmendarla quienquiera que lo intentase.

Según Tavernier, este diamante fué presentado á Cna-Gehan, padre de Anrungzebe, por Mirzimoia, cuando aquel general Indio, después de su traición al rey de Golconda, se refugió en la

corte del Gran Mogol. Desde que el viajero francés tuvo ocasión de admirar aquella joya, ha pasado á poder de diferentes príncipes de la India, y siempre por medio del fraude ó del robo. El último poseedor oriental fué el famoso Runjeet Singh, rey de Lahore y Casumere, de quien lo obtuvieron los ingleses cuando la anexión de Punjaub, en 1850.

Hé aquí de qué manera la adquirió el rey de Lahore. Habiendo oído decir que el rey de Cabul poseía un diamanta que habia pertenecido al Gran Mogol, el mayor y más puro de cuantos se conocían, invitó á su afortunado dueño a ir á su corte, y cuando le tuvo allí le exigió, sin más rodeos, que le entregase la joya. Él huésped, sin embargo, se había prevenido para aquella eventualidad, y después de fingir alguna resistencia y que cedía como en consideración á la superioridad de su patrono, le entregó una piedra falsa que era una perfecta imitación del diamante verdadero. El júbilo del déspota al verse dueño del tesoro solo duró, como era consiguiente, hasta que conoció el engaño, del que le sacara un lapidario á quien dio el encargo de montar la piedra, y furioso mandó atacar y saquear inmediatamente el palacio del rey de Cabul, sí bien toda pesquisa en busca del diamante habría sido vana si un esclavo no hubiese revelado que se hallaba escondida entre un montón de cenizas. Ya dueño de él, lo hizo montar Runjeet en un brazalete entre otros dos diamantes grandes como huevos de gorrión.

Desde que el Koh-i-noor vino á poder de los ingleses, ha sido tallado de nuevo, con cuya operación han ganado mucho su brillo y aspecto general, si bien á espensas de una tercera parte de su peso. Las vetas y el tinte amarillo que empañaban su belleza han desaparecido, y con esto y la forma de brillante que se le ha dado, han surgido las hermosas luces que le distinguen.

La operación de repulirlo empezó el 16 de Julio de 1852, siendo el difunto duque de Wellington el que inauguró la operación. Esta se terminó el 7 de Setiembre, habiéndose empleado en ella treinta y ocho días, á doce horas de trabajo diarias, sin interrupción.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America. Madrid 13 de Septiembre de 1871, Año XV, Numero 17.* Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 10-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

El *Shah de Persia*, que se llama así por ser un regalo del monarca persa al emperador Nicolás, es notable por la belleza de su color y por su brillo, si bien de talla muy irregular y de forma muy extraña, pues es la de un largo prisma. Pesa ochenta y seis

quilates y tres diez y seis avos de quilate, y está evaluado en 220.000 francos.

El principal mérito de esta joya se cifra en las inscripciones que contiene de sus dueños anteriores grabadas en esta forma:

Ek Bek Schak... \
Nizim Schak.. . [Señores de Frostan.
Feth Ali Schak.)

Quizá no existe ninguna piedra de cuya historia se hayan hecho más versiones que de la del *Sancy*, y solo pueden explicarse estas variantes por la suposición de que deben de haber existido varias próximamente de la misma forma y peso que aquella, á las cuales se ha debido de dar el mismo nombre. Hoy parece que solo existe un diamante de aquel nombre, y a pesar de esto se la ve aparecer y desaparecer de tiempo en tiempo de un modo inexplicable. Conocido desde hace cuatro siglos, se refieren acerca de él anécdotas muy curiosas y románticas.

El primer europeo poseedor del Sancy, fué el último duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que generalmente lo llevaba al cuello, montado entre tres rubíes balages. En aquella época, el duque poseía tres de los mejores diamantes de Europa, y entre ellos el Sancy era el más pequeño. Como dice muy bien M. de Barante, es digna de recordarse la historia de estos tres diamantes: la celebridad de las joyas en sí y la vanidad que se asociaba á su posesión, son un testimonio suficiente del esplendor de la casa de Borgoña, por cuyo despojo contendían los monarcas de primer orden.

Después de la desastrosa derrota de Grauson, el gran diamante del duque, que se suponía no tener igual y que un día adornó la corona del Gran Mogol, fue recogido en un camino, donde sin duda lo debió de perder en su fuga alguno de la servidumbre de aquel príncipe, y se hallaba encerrado en una caja adornada de perlas. Un soldado se lo encontró, y arrojando el diamante, que creyó un pedazo de vidrio, se guardó la caja; pero cambiando luego de parecer volvió a recojerlo y lo vendió por una corona al cura de Montagny, quien á su vez lo cedió por tres coronas á un ciudadano de Berna. Bartolomé May, de aquella misma ciudad, rico mercader que hacia el comercio de Italia, dio á Guillermo Driesbach cuatrocientos ducados de prima por haber negociado de su cuenta la compra del diamante en cinco mil ducados. El genovés lo compró el año 1482 por siete mil ducados, y lo vendió en el doble de esta suma a Luiz Sforza, el moro, duque de Milán, y después de la caída de la casa de Sforza pasó á poder del Papa Julio II mediante el precio de veinte mil ducados, y hoy se halla colocado en la tiara del Papa. Su tamaño es el de la mitad de una nuez.

El que le seguía, era de tamaño igual próximamente, y fue comprado por el famosa mercader Santiago Fugger. que lo conservó en su poder algún tiempo. Solimán Pacha y Carlos V trataron de adquirirlo; pero Fugger procuraba evitar que la joya saliese de poder de cristianos, y repugnaba vendérsela al emperador, contra quien ya poseía créditos considerables. Finalmente, se quedó con él Enrique VIII, y por su hija María pasó á España de donde volvió á la casa de Borgoña y á poder del nieto de Carlos el Temerario. Hoy pertenece á la casa de Austria.

Era el tercero de aquellos diamantes, el Sancy, sobre el que se refieren anécdotas tan contradictorias. En *La Enciclopedia francesa*, publicada en 1823, se dice acerca de él que después de la muerte de Carlos pasó á manos de los Fugger, que lo vendieron á Enrique VIII, cuya hija María lo llevó en dote á Felipe II, y que desde entonces no ha vuelto á saberse de el (1)⁸

No era probable que un diamante de tal valor pudiera desaparecer como por encanto, y sí, como aseguran otros escritores, Luis XIV lo usó, se comprende que pudo muy bien entrar en Francia con motivo del matrimonio de aquel con la princesa española María Teresa. Pero en tal caso no se explica el origen del nombre. *Le Sancy* que el diamante derivó de su dueño anterior, el *Sieur* de Sancy, en el reinado de Enrique IV.

Según otra versión, Jaime II, lo poseyó en 1668 cuando huyó á Francia.

⁸ (1) No tiene visos de verdad que el diamante que llevase María a Felipe, fuera el Sancy ó cualquiera otro que hubiese pertenecido a la corona de Inglaterra, sino que debió de ser de su propiedad particular, porque entre las condiciones estipuladas por el Parlamento cuando votó el casamiento español, la quinta le prohibía sacar del reino joya alguna del país, y prevenía que no habría con tal motivo movimiento alguno de buques, ni artillería. Felipe envió de España á su prometida inglesa un diamante notable, el cual, María, con otras dádivas que poseía, tuvo buen cuidado de dejárselas a aquel en su testamento: —“Que conserva en memoria el diamante tabla que la magestad del emperador, su padre y mío, me envió por conducto del conde D'Egmont en arras de mi dicho señor y esposo; ítem otro diamante tabla que S. M. me remitió por conducto del marqués de las Navas, y el collar de oro con nueve diamantes que S. M me recalo el día de la Epifanía, después de mi desposorio; ítem, el rubí en un anillo de oro que S. A. , me envió por mano del conde de Feria».

La relación más digna de confianza es la que da M. de Barante, según la cual, el Saucy, vendido en Lucerna por 5.000 ducados en 1492, pasó luego á Portugal. Cuando este reino pertenecía á España, D. Antonio, príncipe de Crato, rey de Portugal *in partibus*, visitó la Francia y la Inglaterra con esperanza de obtener algún auxilio para continuar en sus pretensiones al trono. En su estancia en Inglaterra empeñó a la reina Isabel un rico diamante (el Sancy), que llevó consigo de Portugal, en la cantidad de cinco mil libras esterlinas; mas aquella, para librarse de la importunidad continua del pretendiente portugués, á quien no bastaba aun con aquella suma para llevar adelante sus propósitos, le devolvió con gusto la prenda empeñada, condonando la deuda.

Nicolás de Hazloy, siervo de Saucy, embajador á la sazón (1594] de Enrique IV en Inglaterra, bien allí ó después en Francia, compró el diamante á D. Antonio; de todos modos, él fué, después de éste el siguiente posesor de aquella joya, por la que pagó la suma de 70.000 francos. De él tomó el diamante el nombre *le Sancy*, y verdadera ó no, hé aquí su subsiguiente historia:

Enrique IV, empeñado en la conquista de su reino, se hallaba en cierta ocasión necesitado de dinero, como solía acontecerle, y con objeto de auxiliarle, uno de sus adictos, el Sieur de Sancy pensó en empeñar su diamante á los judíos de Metz, y á este fin envió por él á París á un criado de confianza. El enviado sufrió el percance de un encuentro con los ladrones que infestaban los alrededores de París durante las guerras civiles, para cuya eventualidad bahía convenido con su señor que se tragaría el diamante, caso de caer en poder de aquellos. Viendo la tardanza

de su vuelta, el Sieur de Saucy partió en su busca, y habiéndose cerciorado de que unos labradores habían encontrado su cuerpo y dádole sepultura, mandó hacerle la autopsia, y recobró su preciosa joya.

Ésta, después de permanecer en poder de la familia de Harlay por espacio de más de un siglo, fue al fin vendida al Regente, y Luis XV lo ostentó el día de su coronación. Desapareció de entre las joyas de la corona el año 1789, y no se encuentra huella de él hasta el de 1830, cuando reapareció en Francia en manos de un mercader, cuyo nombre y el cómo había llegado á poseerlo han permanecido siempre en el misterio. El año 1832, el Sancy fué objeto de un pleito entre el conde Demidoff y M. Levrat, gerente administrador de la compañía de minas y fundiciones de Grison, en Suiza. H. Levrat había comprado el Sancy al conde por seiscientos mil francos, pagaderos en tres semestres. M. Levrat faltó al pago del primer vencimiento, y entonces el conde solicitó la anulación de la venta y restitución del diamante, el cual aquel había empeñado en el Monte de Piedad, y el tribunal le condenó á reintegrar lo que había recibido por el empeño de la joya y a devolver ésta al conde.

En el curso del pleito se explanó la historia del diamante, con los errores más inconcebibles. Se dijo que había pertenecido á Carlos el Temerario, después á Antonio, infante de Portugal, el año 1389, que fue después á Constantinopla por conducto del embajador *du Harlay*. en poder de cuya familia estuvo todo un siglo, *al cabo de cuyo tiempo fue empeñado para aliviar las necesidades de Enrique III*. Seguía aquí la historia del criado de confianza, y finalmente, fue vendido á Jaime II durante su permanencia en Saint-Germain y cedido por él á Luis XIV.

Es evidente que Roberto de Berqueen, que dice haber visto el Sancy en Inglaterra el año 1664, no debió referirse al llamado así actualmente, puesto que le describe con el peso de cien quilates.

Dice así: «La actual reina de Inglaterra (Isabel) posee el diamante que M. de Sancy trajo de Levante á la vuelta de su embijada; su forma es semejante á la de una almendra, con facetas á ambos lados, perfectamente blanco y claro, y tiene cien quilates.» Resulta, pues, como más probable que la familia Harlay debió poseer dos diamantes: uno el Sancy actual, comprado por Nicolás de Harlay al infante de Portugal, y el otro de gran tamaño también traído en tiempos posteriores de Constantinopla por el hijo de aquel, Aquiles de Harlay, al regreso de su embajada en aquel país en 1617, y que ambas joyas tomaron el nombre de aquella familia.

El Sancy que figuró entre las joyas de la corona de Francia, pesaba 55 quilates, y si es el mismo de igual nombre pesado en París el año 1836, no se comprende cómo pudo quedar reducido á 53 quilates y medio. Tiene la forma de pera y es del color más puro. En el inventario de las joyas de la corona, hecho el año 1791, el Sancy está tasado en un millón de francos. Estaba montado en alfiler.

El *Diamante Nassuck* se hallaba entre los despojos cogidos al enemigo por el ejército aliado al mando del marqués de Hastings, en la conquista de la India, y formó parte del «Botín de Deccan,» llamado así del nombre del país en que fue cogido. Este magnífico diamante es del tamaño de una nuez grande, y pesa sobre 89 quilates. Es de una claridad extremada y puro como una

gota de rocío, pero su forma le es desfavorable. Fue subastado en 1837, de orden de los encargados de la venta de aquel botín.

El *Diamante Pigott* es de una preciosa forma, cortado en brillante, pesa 49 quilates, y está evaluado en 40.000 libras esterlinas. Hace cuarenta años, poco más ó menos, se rifó y tocó en suerte á un joven, que lo vendió á bajo precio, y después fue comprado por el pacha de Egipto en 30.000 libras esterlinas.

El famoso *diamante azul*, triangular, de sesenta y siete quilates y dos diez y seis avos, reuniendo el más precioso color azul del zafiro y el brillo más espléndido, desapareció de entre las joyas de la corona de Francia, donde había ocupado un lugar tan distinguido, cuando el gran robo que se hizo de aquellas alhajas. No obstante, el peligro consiguiente á la venta y uso de una piedra como aquella, no se ha vuelto á saber de su paradero. Por su rara belleza fue estimado en el inventario en tres millones de francos.

La corona de España ha sido desde largo tiempo una de las más ricas en diamantes, y, según parece, no ha perdido mucho en este género de riqueza si hemos de juzgar por la descripción del atavío de la reina Isabel en la recepción de la embajada marroquí, en cuyo acto lució una colección de brillantes por valor de *diez millones de francos*.

Los diamantes de la corona imperial del Brasil son, sin ningún género de duda, los *más* ricos de cuantos han poseído y poseen los monarcas antiguos y modernos.

CAPÍTULO III.

De las diferentes Joyas usadas en les tiempos antiguos y modernos.

*“On her white breast á sparkling cross she wore,
Which jews might kiss, and infidels adore.»*

RAPE OF THE LOCK.

Es casi imposible enumerar todas las alhajas con que la vanidad humana ha tratado de realzar los dones de su naturaleza. Muchos de los ornamentos usados por los pueblos antiguos, se han conservado hasta nuestros días, y se extenderán probablemente hasta los más remotos tiempos venideros. Entre ellos se cuentan las sortijas, los pendientes, las pulseras, las cadenas, los collares, los broches, las diademas, los cinturones. las agujas para el pelo, etc.

Según Tertuliano, el origen de las pulseras y cadenas, así en el descubrimiento de la materia de que se componen como en la invención de sus formas, debe atribuirse al amor que a los ángeles caídos inspiraron las hijas de los hombres.

No siempre ha presidido el buen gusto en la elección de las alhajas, y algunos pueblos al adoptarlas se han complacido en desfigurarse del modo más bárbaro, inconveniente y ridículo. Entre las modas más extravagantes que ha podido inventar la locura y sancionar el uso, se cuenta la de llevar diferentes alhajas suspendidas de la nariz, las mejillas, la barba y los labios, establecida no solo entre salvajes, sino aun en pueblos que con

razón pudieran jactarse de haber alcanzado un alto grado de civilización.

Los peruanos y mejicanos no solo llevaban enormes pendientes que les dilataban horriblemente las orejas, sino que también se prendían en los labios alhajas, generalmente de ámbar guarnecido de oro. Tavernier cuenta que las damas de Bagdad llevan un collar de piedras alrededor de la cara y aretes en la nariz. Las mujeres árabes se pasan por el cartílago de la nariz un anillo de tales dimensiones, que circuye toda la boca, sin estorbarla en sus funciones, pues la comida pasa á través de él fácilmente. Este anillo es del grueso de una pluma de ganso, pero hueco, á fin de que á una gran apariencia reúna la mayor lijereza posible. Las cortesanas indias se agujerean la ventana izquierda de la nariz y llevan en ella atravesado un anillo con alguna piedra preciosa. Hacen más aun las mujeres de los reinos de Lars y Ormuz: se perforan la parte superior de la nariz, incluso el hueso, y pasan por la abertura un gancho del que pende una plancha de oro, que se amolda a la nariz y la cubre, enriquecida con esmeraldas, rubíes y turquesas.

En todas las cortes mahometanas los príncipes y princesas de sangre real, poseen como una prerogativa de su clase, el privilegio de llevar dos puñales á la cintura. Mad. de Villars, esposa del embajador francés en la corte de Carlos II de España, refiere en sus cartas que también la hija del duque de Alba llevaba gran cantidad de alhajas, y una pistola sujeta al lado por un gran nudo de cintas. Esta señorita era una de las damas de honor de la reina.

Dejando á un lado los arreos con que la exageración ha solido ofender el buen gusto, pasaremos á examinar brevemente el

origen de las alhajas que, así los antiguos como los modernos, han admitido como verdaderos objetos ornamentales.

El collar y la cadena pertenecen á la más remota antigüedad, pues los usaron los medos, babilonios, egipcios, hebreos, griegos y romanos.

Los antiguos romanos daban el collar de oro á sus tropas auxiliares y á los extranjeros en premio á sus servicios militares, y solo el de plata á los ciudadanos. Esta distinción cesó más adelante, y la calidad del metal de que se componía estaba en relación con el rango de la persona y los servicios que hubiese prestado.

Los collares de los caballeros romanos eran de dos clases: unos que llegaban hasta el pecho, y otros que solo rodeaban la garganta.

Entre los galos, como entre los romanos, el collar de oro era la insignia de caballero. *Markhok*, *markkeh* significaba caballero en la lengua de los galos. El caballero se llamaba también *cour-torkhoc*, condecorado con el collar de oro. Hoy se usan todavía los collares como distintivos de nobleza; los collares de que penden las insignias de las diferentes órdenes, se llaman *collares* de aquellas órdenes, y así se dice: collar del Espíritu Santo, de San Miguel, del Toisón, etc.

La cadena era en el Oriente un distintivo honorífico é insignia de autoridad que concedía el rey mismo. Josef y Daniel fueron investidos con esta condecoración por Faraón el primero, y por Belshazzar el segundo. Entre los persas, que lo tomaron de los

caldeos, nadie se atrevía á llevar una cadena al cuello sino en los actos oficiales, siéndoles conferida por el rey.

Keating refiere que en el reinado de Muirheanhoin, en Irlanda, anno mundi 3070, los caballeros irlandeses llevaban por mandato real una cadena de oro al cuello para que se distinguiesen del pueblo.

En la Edad Media, y aun dentro de los siglos XVII y XVIII, los nobles y caballeros usaban en general pesadas cadenas de oro al cuello.

Los mayordomos de las casas de los grandes, y aun muchos de sus subordinados, las llevaban también de oro en señal de autoridad. En la antigua balada *King Jhon aud the Abbot of Canterbury*, se habla de las cadenas que llevaban los del séquito de aquel gran eclesiástico para mayor esplendor y distinción de su persona.

Lo generalizado que estaba el uso de las cadenas en tiempo de Shakspeare, se probaría, á falta de otra autoridad, por las frecuentes alusiones de este autor á aquel ornamento.

La cadena de oro entre los galos era su principal insignia de autoridad. y servia también para distinguir en el campo de batalla á los jefes de los soldados. En la Edad Media se conferían como recompensas y muestras del favor real, y en el siglo XIX ha sido el distintivo de los corregidores, de los ugies de corte y de las hermandades.

Como adorno femenino, la cadena y el collar son muy antiguos. Homero describe el collar de oro y ámbar regalado á Penélope

por uno de sus amantes, y el funesto collar de oro con que Polinice obsequió á la mujer de Amphiaraos, para arrancarle el secreto de la ocultación de su marido, es una prueba evidente de la pasión de las hermosas griegas por aquel adorno. Plinio y San Clemente hablan de las cadenas como adorno mujeril.

Las damas romanas las llevaban de oro y de plata, y de cobre las mujeres de las clases inferiores. Se las rodeaban á la cintura lo mismo que al cuello y colgaban de ellas perlas y pequeños diges de todas formas, así como suelen hacerlo las señoras en estos tiempos.

Las francesas no usaron collares hasta el reinado de Carlos VII. Este príncipe regaló uno de piedras preciosas, que hay quien dice eran diamantes, a su hermosa favorita Ana Sorel. Las piedras debían estar sin pulir ó quizá toscamente engarzadas, pues aquella dama se lamentaba de que la herían el cuello, y comparando el collar á un instrumento de castigo, le llamaba su *carcan*, esto es, su dogal. Sin embargo, como era del gusto del rey, continuó usándolo en consideración á que el objeto amado merece siempre algún sacrificio. La moda fué inmediatamente adoptada por las damas de la corte, y muy luego se hizo general.

Desde entonces los collares han estado en uso, con más ó menos predilección. A veces, como en el reinado de Catalina de Médicis, se componían exclusivamente de perlas; y los retratos de aquella reina, de su rival Diana de Poitiers y de María Estuardo, muestran hasta qué punto eran extremadas en aquel particular. En tiempo de María de Médicis las perlas continuaron en boga, no solo en collares, sino en toda clase de alhajas, y se las prendía en los vestidos, y sargas é hilos de ellas se entrelazaban con los cabellos que caían en trenzas á la espalda.

En el reinado de Luis XIV los diamantes sobrepujaron á las perlas, y se usaron con igual profusión que lo habían sido aquellas. Los diamantes *rivières* vinieron á sustituir las sartas de perlas. Los collares de espato-fluor, tan en boga en la Restauración cuando los diamantes eran un lujo demasiado costoso aun para las personas más elevadas, se introdujeron también en Inglaterra. Luis XVIII, á su vuelta á Francia, llevó algunos de estos collares, con los que hizo regalos á las damas de la corte.

La duquesa de Berry en la época de su casamiento compró varios aderezos de este mineral, por una cantidad considerable. La noche fatal del asesinato de su marido, la duquesa llevaba un collar de espato flúor, y se ha dicho, no sabemos con qué grado de certeza, que el día de aquel triste aniversario nunca se olvida de ponerse uno de aquellos collares en memoria de su esposo y de aquel triste acontecimiento.

El collar de perlas de la actual reina de Prusia, si llega a conservarse entero se mirará en los tiempos venideros como un recuerdo interesante del afecto conyugal de Federico Guillermo IV. Desde el primer año de casados, el rey ha regalado á su esposa el día del cumpleaños de esta una magnífica perla. Al cabo de algunos años las perlas reunidas formaban un collar ajustado á la garganta, pero hoy aquella soberbia sarta circunda su pecho y baja ya hasta la cintura. Dentro de muy poco llegará á ser un collar de dos vueltas.

Cuando el soberano de Francia contrae matrimonio, el ayuntamiento de París, según una antigua costumbre que se conserva todavía, presenta la novia al monarca con un magnífico

regalo. La misma corporación le hace otro presente en el natalicio del primer infante.

El año 1853, cuando por elección de Napoleón III subió al trono la emperatriz Eugenia, la ciudad de París, representada por el municipio, votó la suma de 600 000 francos para la adquisición de un collar de diamantes que debía ser regalado a S. M.

Esta noticia puso en una verdadera conmoción á todos los joyeros, y cada cuál manifestó deseos de contribuir con sus mejores piedras á la composición del collar de la emperatriz. Pero el 28 de Enero, dos días después de la votación del municipio, quedaron sin efecto estos buenos oficios, en atención á que la joven soberana expresó ser su voluntad que los 600.000 francos se empleasen en fundar un establecimiento de educación para las niñas pobres del foburgo de San Antonio.

Este proyecto se realizó, y gracias á aquella benéfica señora, el donativo de la municipalidad se invirtió en un elegante edificio con hermosos jardines, donde al principio 150 niñas, y hoy más de 400 al cuidado de las hermanas de San Vicente de Paul, reciben una esmerada educación proporcionada á su clase.

La moda de llevar una cruz de oro, ó con pedrería, puede hacerse remontar á principios del siglo XVIII. Un retrato de Ana de Cleves nos la representa adornada con tres collares, de uno de los cuales pende una cruz de pedrería. Esta moda fué resucitada a principios del siglo XVIII. Las señoras de entonces, que aun para ir á la iglesia se ponían vestidos muy escotados llevaban al cuello, ó sobre el pecho, pequeños Santo-Esprits de diamantes ó crucecitas. Un celoso predicador, indignado contra la profanación de este santo símbolo, exclamó desde el pulpito: «

¿Es posible. DIOS mío, que se imagine un destino más impropio de la cruz, que representa la mortificación de la carne, y el Espíritu Santo, de quien provienen todos los buenos pensamientos? » Pero como sucede siempre que se predica contra alguna costumbre, que es como predicar en desierto, la cruz continuó en su lugar, y acompañada á veces de un algún corazoncito no menos rico en pedrería.

Los broches se usaron al principio solo por los militares para sujetar los mantos, y en los siglos III y IV se generalizó la moda, cuando ya la toga se había desterrado.

Las personas de ambos sexos llevaban broches de oro y pedrería, de cuyo lujo en los tribunales se quejaba indignado M. Bruto

Cinturones.— El cinturón es de una gran antigüedad. Homero describe el que usaban los griegos. Los judíos se ceñían uno durante las ceremonias de la Pascua. Los romanos llevaban siempre su cinturón para recojerse la túnica cuando tenían que hacer algún trabajo ú ejercicio; y era tan general esta costumbre, que los que no la seguían y andaban con las faldas sueltas, eran tenidos por perezosos y desordenados. El prohibirle el cinturón á un soldado equivalía á una degradación. A los antiguos les servía de bolsa ó más bien faltriquera. Los cinturones de las damas romanas en tiempo de los emperadores, les servían de corsé, pues tenían la forma de un peto por delante, y los llevaban tachonados de pedrería.

Era costumbre en la Edad Media que los que se declaraban en bancarrota ó como deudores insolventes, se quitasen el cinturón y lo entregasen en público, y esto se explica, por ser en el cinturón donde colgaban las llaves, la bolsa y demás objetos de interés,

que hoy guardamos en los bolsillos, con lo que venía á simbolizar el estado, los bienes y los castillos.

Esta cesión ó renuncia, como se llamaba, no era así como se quiera una mera ceremonia, pues llevaba consigo la degradación del noble que se hallaba en el caso de hacerla. La viuda de Felipe el Temerario, duque de Borgoña, a fin de poder conservar los Estados para sus hijos, tuvo que afrontar la deshonrosa ceremonia de colocar el cinturon y las llaves sobre el ataúd de su marido, declarándole insolvente.

El acto de quitarse el cinturon era un gran punto de etiqueta, y solo se practicaba en los casos de homenaje al soberano ó feudatario. Habiéndoselo negado el duque de Bretaña á Carlos VII, se promovió un pleito que muy luego produjo un feudo entre el monarca y su poderoso vasallo.

Al caballero reo de traición se le despojaba públicamente de su cinturon.

Existía antiguamente en París una contribución llamada del *Cinturon de la reina*, que se pagaba cada tres años, para el sostenimiento del ajuar de la soberana. Vígénere supone que se la llamaba así porque el cinturon hacia oficios de bolsa, pero añade que un impuesto semejante existía en Persia bajo el mismo nombre dos mil años antes, según resalta de las obras de Platón y Cicerón.

Motavakel, califa, año de la Hegira 235, ordenó que los cristianos existentes en todo el Oriente llevasen un cinturon como distintivo de la creencia que profesaban.

La orden de la *Cordelière* fué instituida por Ana de Bretaña después de la muerte de su primer marido Carlos VIII, para las viudas pertenecientes á familias nobles. El cordón se ponía alrededor de los escudos de sus armas, y lo llevaban también rodeado á la cintura con los cabos colgando. Esta orden se disolvió muy luego después de la muerte de su fundadora.

Decíase que el cinturon de pedrería que María de Padilla regaló á su amante real Don Pedro de Castilla, estaba dotado de propiedades maravillosas, á las que se atribula la ceguedad del rey por aquella dama.

De mejor celebridad será, sin duda, en los tiempos venideros, él cinturon de diamantes que tenía puesto la reina Isabel II de España el día del atentado del cura Merino contra la vida de aquella señora, pues resbalando en él el puñal del asesino, perdió la fuerza y dañada intención que lo guiaran, y solo penetró en la carne ligeramente.

Coronas. — Mirábanse las coronas en los primitivos tiempos como insignias de la Divinidad, y más bien como un ornamento sacerdotal antes que real. Cuando se reunieron en una sola persona las funciones de sacerdote y gobernante, la corona fue el atributo de la soberanía. Así vemos que la corona de los príncipes de Israel, el *pschenk* de los Faraones, y la diadema de los soberanos del Anahuac, eran próximamente de la misma forma, la de la mitra episcopal de estos tiempos. La primera mención que se hace en la Sagrada Escritura de la corona ó diadema, se halla en Samuel, cuando los amalecitas llevaron á David la corona de Saúl.

Homero habla de los cetros de los reyes y no de las coronas, pues el cetro, como insignia real, es más antiguo que la corona.

Las primeras diademas, usadas solamente como insignias del poder temporal, debieron de ser meras cintas de metal que se llevarían rodeadas á las sienes y sujetas en la parte posterior de la cabeza, como las vemos en los personajes de la tragedia clásica.

Las coronas simbolizaron más tarde la victoria, las calidades eminentes del hombre, y la alegría, el placer, el dolor, etc.

Se hacían de ramas de árboles y de flores, y así como no existía planta alguna á la que no se atribuyese alguna propiedad ó virtud particular, reales ó imaginarias, así también no había divinidad á la que no le fuese consagrada una corona de alguna planta especial. El padre de los dioses, empuñando el rayo, estaba coronado de flores; Juno se veía representada con una corona de pámpanos; y el dios alegre la ostentaba formada de racimos y hiedra entremezclada de frutas y flores. Los Hermanos Gemelos y los dioses de las riberas la tenían de cañas; Apolo, de laurel; Saturno, de hiedra; Hércules, de ramas de álamo; las Gracias y Minerva, las llevaban de ramas de olivo; la de las Horas, se componía de frutos de todas las estaciones, y de espigas la de Ceres, etc.

También se ofrecían á los dioses coronas de oro, y la historia nos habla de las que enviaron al Capitolio Atalo y Filipo, rey de Siria. Los sacerdotes las usaban también de oro en la ceremonia de los sacrificios.

Hasta las víctimas iban coronadas de pino ó ciprés. Las coronas funerarias eran de laurel, de olivo y á veces de lilas, y se colocaban sobre los sepulcros. Los atenienses tomaron estas costumbres de los lacedemonios; de Atenas pasó á Roma, y los modernos han continuado en el buen gusto de tributar este bello homenaje á la memoria de los muertos, viéndose en todos los países de Europa depositar coronas en los sepulcros.

En las solemnidades públicas en Roma se veía á los magistrados coronados de olivo o de mirto. De llevar una corona en las festividades, se siguió la moda de ponerse tres para asistir á un banquete: la una en la coronilla de la cabeza, otra en las sienes, y la tercera al cuello. Era una expresiva muestra de distinción de parte de una dama romana el enviar á alguno de sus admiradores la mustia corona que hubiese llevado la tarde anterior. Los poetas latinos ofrecen frecuentes alusiones á esta graciosa prenda de amor, como la siguiente de Marcial en su dístico a Polla.

“¿Intactas quare mittis. Polla, coronas?

A te vexatas malo tenere rosas.” (1)⁹

Todas las flores que entraban en la composición de aquellas coronas, tenían su significación particular.

Pero la vanidad no se satisfacía ya con las flores, é insensiblemente el oro se fue mezclando con las rosas, y finalmente éstas desaparecieron para ceder su puesto á adornos mis costosos y durables. Plinio refiere que P. Claudio Pulcher,

⁹ (1) “¿por qué me envias, Polla, frescas rosas? Yo prefiero las rosas que tú has marchitado”.

cónsul en el año de Roma 569, introdujo la moda de dorar el círculo de la corona y cubrir de hojas de oro la rama de olmo ó caña á que se sujetaban las flores. Las cintas prendidas de la corona y flotando a la espalda fueron otra innovación, y eran comunmente tejidas de oro y seda, y a veces con figuras bordadas al realce, cuyo trabajo las hacía sumamente costosas. Uno de los cortesanos de Nerón, en un banquete que dio al emperador, gastó cuatro millones de sextercios solo en coronas de seda.

Los novios llevaban una corona el día de sus desposorios, y la novia una de flores naturales cuando la conducían a casa de su esposo, donde al entrar en ella se le reemplazaba por otra de flores artificiales y piedras preciosas.

Las coronas de laurel y de oro se confirieron posteriormente en premio al valor militar. Los griegos daban coronas a los que habían prestado algún servicio al Estado. El primero que en Roma concedió esta distinción fue el dictador A. Postumio, el año de Roma 333. Habiendo logrado forzar el campo de los latinos cerca del lago Regilio, del botín que cogió concedió una corona de oro al que más eficazmente le había ayudado en aquella empresa. El cónsul Lentulo premió con una de cinco libras de peso á Servio Cornelio Merenda después de la captura de una ciudad samaita el año de Roma 472. El tribuno Lucio Calpurnio Piso recompensó á su hijo con una corona de dos libras, por el valor con que se condujo en una campaña en Sicilia, sí bien por no desmentir el título de *Frugi* que le valió su carácter económico, se la legó en su testamento.

Las coronas militares eran de varias clases: las había cívicas, murales, obsidionales y navales. Las obsidionales eran las que los sitiados entregaban á su jefe ó gobernador cuando obligaba

al enemigo a levantar el sitio, y se componía de yerba recogida dentro de los muros de la ciudad. La mural era el premio del que primero escalaba los muros de la ciudad sitiada, ó entraba por la brecha, y era de oro rematada con torrecillas. La corona cívica era también de oro, y se recompensaba con ella al que en campaña salvaba la vida de algún ciudadano. Asimismo, era de oro la corona naval, y estaba adornada de emblemas propios del objeto, que era la recompensa del primero que en un combate entraba al abordaje en el bajel enemigo.

También había la corona castrense, para el primero que forzaba las trincheras del enemigo: era de oro, y se representaba en ella una empalizada forzada.

La corona triunfal se destinaba para los generales que obtenían una ó más señaladas victorias. Al principio se componía de laurel; pero después se hicieron de oro, y más adelante, en vez de ostentar el vencedor una en la cabeza, llevaban delante de sí un gran número de coronas. Según Livio, en el triunfo de Escipión le precedía la ostentación de doscientas treinta y cuatro coronas de oro; y Appiano dice que contó dos mil doscientas treinta y cuatro en el triunfo de César. En todas ellas se veían representadas las principales hazañas del conquistador.

Claudio, en su triunfo sobre Bretaña, contó entre sus coronas de oro una de setecientas libras de peso que le envió la España citerior, y otra de novecientas libras, proveniente de la Galia Comata.

Los reyes en señal de amistad enviaban una corona á Roma todos los años.

Las medallas de los emperadores romanos nos representan cuatro coronas diferentes: la de laurel que tanto agradeció César al Senado porque le tapaba la calvicie; la corona radiada; la corona adornada de pedrería y perlas, y una especie de bonete, tal como el que suele verse en las cotas de armas de los príncipes del imperio.

Los emperadores romanos oriundos de la familia de César, no llevaban otra corona que la de ramas de laurel entrelazadas, á imitación del fundador. Heliogábalo fué el primero que se ciñó un hilo de perlas en las sienes, cuya corona estuvo después en gran uso, especialmente desde el tiempo de Constantino.

Algunas estaban compuestas de un doble hilo de perlas, y en otras se veían piedras preciosas engastadas en oro mezcladas con las perlas. Cuando las naciones septentrionales destruyeron la Ciudad Eterna, y solo se conservó en el Oriente la dignidad imperial, que es la primera entre las soberanías de Europa, los emperadores adoptaron la corona que estaba en uso en Constantinopla, a la que el bibliotecario Anastatías da el nombre de *spanoclista*, esto es, cerrada por arriba.

El Papa lleva una tiara o triple corona, como en significación de su poder eclesiástico y temporal. El Papa Hermíadas adoptó la primera, Bonifacio añadió la segunda, é Inocencio XXII la completó con la tercera.

En la Edad Medía los emperadores reclamaban tres coronas: añade plata en Aix-la-Cbapelle, como reyes de Alemania; otra *soi-disant* de hierro en Milán, como reyes de la Lombardía; y la tercera de oro en Roma, como emperadores.

La corona húngara adoptada por los emperadores de Austria como reyes de Hungría, es la misma que usó Siephen ochocientos años antes, y desde el de 1789 hasta el advenimiento del actual soberano, han estado destinadas dos personas para custodiarla de día y de noche. Es de oro puro y pesa nueve marcos y seis onzas. Las piedras que la adornan son cincuenta y tres zafiros, cincuenta rubíes, una esmeralda, y trescientas treinta y ocho perlas. No se considera legalmente investido del poder á ningún soberano de Hungría hasta que ha ceñido esta corona, la cual se enseña al pueblo tres días antes y tres después de la coronación. Parece que no figura diamante alguno en la corona de Hungría.

Hacia el siglo X los reyes, duques, marqueses y condes adoptaron por corona un aro de oro, como emblema del poder absoluto.

Los reyes de la primera raza en Francia tenían cuatro clases de coronas: — una banda de perlas con estrechas cintas que pendían a la espalda; otra semejante á la *spanoclista* de los emperadores; la tercera en la forma de mortero como el gorro del presidente del antiguo Parlamento francés; y la cuarta de la figura de un pilón de azúcar con una gran perla en la cúspide. Los reyes de la segunda raza se ven coronados de dobles sartas de perlas, ó de una mitra imperial rematada por una cruz. La tercera raza sólo poseía una corona, que consistía en un aro de oro tachonado de pedrería y rodeado de flores de lis. La corona imperial adoptada desde el año 1498, lo fue por Francisco I, que no quiso ser inferior a su rival Carlos V en las insignias de la soberanía.

La famosa corona de hierro de la Lombardía, no es sino de oro puro, y solo deriva su nombre de un estrecho aro de hierro inscrito en el interior, que se dice fué hecho de uno de los clavos con que el Salvador fue crucificado.

Theodelínda, viuda de Antharis, rey de los lombardos, llevó esta preciosa corona con su reino en su casamiento con Agilulph, duque de Turín, y desde entonces ha sido la corona de los soberanos de Italia. Se la conservaba en la tesorería del monasterio de Monza, cerca de Milán.

La primera corona que se pusieron los francos, fue la que el emperador Anastasio envió á Clovis, juntamente con el diploma de cónsul: era de oro adornada de pedrería. El príncipe de los francos, con todo el ceremonial propio del acto, fue investido de la clámide y túnica consulares en la basílica de San Martin, y coronado además con la diadema, y así ataviado montó en su caballo, y seguido de un brillante cortejo se dirigió á la catedral de Tours, arrojando en su camino puñados de oro y plata a la entusiasmada muchedumbre.

Hasta entonces la proclamación del jefe ó investidura del poder real, había consistido en elevar los soldados sobre sus escudos al guerrero elegido.

Los incas llevaban también una insignia de su soberanía alrededor de las sienes; no era, sin embargo, de oro, sino que, como el *pschenck* de los Faraones, consistía en una venda de fleco con borlas de color amarillo. Los peruanos la hacían de las hebras más finas de la lana de Vicuña.

La corona de los antiguos mejicanos era una especie de mitra de oro, y trabajosamente adornada de plumas y pedrería.

Los antiguos reyes persas tenían como emblema de su soberanía una tiara de color púrpura y blanca llama *Cydaris*. En la regalía de los persas no se conoce hoy la corona, á menos que no quiera darse este nombre al gorro adornado de piedras preciosas con que el rey se cubre la cabeza.

CAPITULO IV.

De los pendientes.

"Far beaming pendants tremble in her ear,

Each gem illumined with a triple star."

POPES HOMER'S ILIAD.

Los pendientes se han mantenido en todo el vigor de la moda á través de los tiempos, y se consideran un accesorio totalmente indispensable para completar el atavío femenino.

Este adorno se remonta á la antigüedad más remota. En Homero vemos á Juno ocupada en ponerse pendientes. Euridamo no olvidó este arreo entre los regalos que hizo á Penélope.

Era entre los atenienses marca de nobleza el llevar las orejas agujereadas, y al contrario, lo era de esclavitud para los hebreos y fenicios varones.

Los pendientes que usaban las mujeres egipcias tenían la forma de simples aros de oro, de pulgada y media á dos y tercio pulgadas de diámetro, y a veces de mayor tamaño, ó compuestos de seis anillos soldados entre sí.

Los antiguos pendientes figurados en las esculturas egipcias y de Persépolis, son generalmente de forma circular. Tal era probablemente el *ágil* de los hebreos. Entre las personas regías ó de elevado rango, el pendiente tenía á veces la forma de un áspid con el cuerpo de oro y piedras preciosas.

En Tebas se han encontrado también pendientes de plata, en forma de simples anillos, como los de oro modernos, y también en forma de botones. Los pendientes orientales modernos, son más comunmente pendientes de pedrería, propiamente dichos que aretes de oro.

El Rabino asegura que á Eva le taladraron las orejas en señal de esclavitud y de sumisión al hombre cuando fue echada del Paraíso, y si fue así, no hay duda que las esclavas han hallado el medio de vengar su humillación haciendo pagar bien cara á sus maridos la marca de la servidumbre.

Entre los árabes, la expresión *tener un anillo en la oreja*, equivale á *ser esclavo*, y así, cuando alguno se somete á la voluntad de otro, dice que se ha prendido en la oreja el anillo de la obediencia.

Los aretes merecieron que se hiciese de ellos mención frecuente en el «Antiguo testamento.» Su nombre en hebreo significa redondez, y era, por tanto, aplicable á toda clase de anillos. La palabra *nezem* parece haber denotado a veces un arete prendido á la nariz, y otras un arete de las orejas. Si no poseemos informes

positivos sobre la forma de los pendientes que usaban las mujeres israelitas, podemos, al menos, formarnos una idea de su peso por el único que le dieron á Rebeca, que era de oro y pesaba medio *shekel*, que viene á ser como la cuarta parte de una onza.

El uso de los aretes entre los hebreos parece haber sido puramente peculiar de las mujeres, según se infiere del Libro de los jueces.

Los egipcios tampoco llevaban aretes, á pesar de que las esculturas de los antiguos monumentos atestiguan que su uso estaba muy extendido entre los hombres de otras naciones.

Las griegas llevaban aretes y sortijas con piedras finas, y las bellas romanas, que tomaban las modas del Oriente, no se quedaron rezagadas en aquella.

Uno de los convidados á la fiesta de Trimalcyon, lamentándose de que las alhajas de su mujer habían consumido su patrimonio, exclamó: «Sí llegase á tener una hija le cortarían las orejas al nacer, para evitarme, á mí primero, y después á mi yerno, el ruinoso dispendio de los pendientes.»

En ningún artículo como en este se revelaba tanto la vanidad y furor de ostentación de las damas romanas, y era probablemente por ser el adorno que está más continuamente de manifiesto. Los pendientes más costosos eran los de perlas. La moda al principio se fijó en una perla de forma de pera en cada oreja: ambas juntas se llamaban *uniones*, y eran generalmente de un precio enorme.

Es de presumir que no siempre serian perfectamente pares en tamaño y forma, según se infiere de haber regalado Julio César á

la madre de Bruto una sola perla (y no un par), la cual costó seis millones de sextercios.

A los *uniones* sucedieron los *croi slii* formados de dos, tres y á veces cuatro grandes perlas ensartadas, que sonaban á cada movimiento de la cabeza, de cuya particularidad se derivó aquel nombre. El precio de estas *sonajas* ornamentales era tan exorbitante, que fue motivo para que Séneca indignado exclamase: «Ya no es bastante una perla en cada oreja para adornar á una mujer, pues se requieren tres, cuyo paso no puede menos de serles insoportable. Las mujeres, en su desenfreno, se figuran, sin duda, que para atormentar á sus maridos es menester llevar, por lo menos, el valor de tres fortunas colgado de cada oreja.»

Las formas que se daban á los pendientes eran numerosas.

Las había de burbuja, *bullae*, llamados así por su forma y poco peso, pues eran de oro muy delgado.

Los *calaiea*, largos pendientes con una piedra verde, tal vez una esmeralda.

Los *caryotae*, de la forma de pequeñas nueces verdes, según lo indica el nombre.

Los *centauri*, adornados con pequeñas figuras de centauros.

Los *hippocampus*, de los que colgaban figuras de caballos ó de un pescado muy común en el Mediterráneo, conocido con el nombre de caballo marino.

Los rotulae imitaban pequeñas ruedas.

Los *stalagmi* fingían perlas de oro.

Lo que eran los *triglenae*, tan famosos como uno que fue de los adornos de Juno, y por habérsele hecho un presente con ellos á Penélope, no ha habido ningún anticuario hasta ahora que haya podido definirlo. Se conocían con tal nombre unos pendientes de la forma de trípodas.

Alejandro Severo prohibió á los hombres el uso de los pendientes.

En Grecia los niños llevaban un anillo en la oreja derecha.

La importancia de los pendientes entre los príncipes orientales se revela en el título del emperador de Astracan, que se denomina de esta manera: «Emperador de Astracán, dueño del Elefante blanco, y de los dos pendientes, y en virtud de esta posesión, heredero legítimo de Pego y Birma, señor de las doce provincias de Bengala, y de los doce reyes cuyas cabezas tiene á sus plantas.»

Los pendientes de los indios orientales de ambos sexos, son con frecuencia de un tamaño enorme. La rigurosa moda los exige grandes como platillos de tazas cargados de pedrería, de modo que dilaten las orejas hasta rasgarlas.

Tenían también gran importancia los pendientes en la América del Sur. Eran entre los incas un distintivo de nobleza, y el soberano mismo se dignaba agujerear con un punzón de oro las

orejas del pretendiente á quien se confería aquel honor: el punzón permanecía en la oreja hasta que la abertura era suficientemente grande para admitir el prendido del enorme pendiente que distinguía esta orden de nobleza. Los que llevaba el monarca eran tan sumamente pesados, que el cartílago de las orejas se distendía hasta llegar cerca de los hombros.

La moda de enormes pendientes parece haber sido hereditaria en el Perú, al menos entre las personas de cierta clase. Los que usan las muchachas de Chola (descendientes mestizas de españoles y peruanos) son tan enormemente pesados, que exigen el sostén de una cadena de oro que se pasan por la cabeza.

Antiguamente se llevaban llaves en las orejas por vía de adorno en Inglaterra, y á esta moda hace alusión Shakspeare en el quinto acto de *Much Ado About Nothing*, cuando Dogberry exclama: «dicen que (Conrado) lleva una llave en la oreja y un candado pendiente de ella.» En tiempo de Shakspeare vivía en Londres un platero llamado Marco Scaliot, quien en 1578 fabricó y exhibió como un modelo de habilidad, un candado de hierro, acero y bronce, compuesto de once piezas diferentes y una llave de pipa, todo del peso de un grano de oro, y también una cadena de oro de cuarenta y tres eslabones, prendida al candado y llave dichas, y de la que tiraba una pulga, arrastrándolo todo con facilidad. Probablemente el tal Marco Scaliot sería el fabricante de los candados y llaves que la moda adoptó para pendientes de las señoras.

Los retratos de Enrique II y Enrique III de Francia y los de sus cortesanos, muestran que los hombres llevaban también pendientes en aquellos tiempos. La moda llegó á introducirse en la corte de la reina Isabel, y las orejas de Shakspeare ostentaron

también aquellos adornos. Los elegantes del tiempo del Directorio llevaban anillos en las orejas, y aun hoy día se vé privar este capricho en las clases bajas, y especialmente entre los marineros.

CAPITULO V.

Pulseras. — Brazaletes.

"Tu quoque et auratos Eriphyla, lacertos,

Dilapsis nusquam est Amphiaraus eguís."

El nombre brazalete, del latín *brachiale*, se aplica á todo aro llevado en el brazo. Nosotros distinguimos con ese nombre los adornos de este género realmente usados en el brazo, y con el de pulseras los que se llevan en las muñecas, como la palabra lo indica.

En el Oriente las mujeres se ponen comúnmente pulseras, y los hombres brazaletes, si bien estos no los adoptan sino como insignia de soberanía. Tal debió ser probablemente el adorno de que el amalecita despojó el cuerpo de Saúl, para llevárselo con las demás prendas reales a David.

Está casi fuera de duda, que el brazalete debía ser un aro de metal precioso con pedrería, tal como los que aun usan hoy los reyes desde el Tigris al Ganges. Sin embargo, no debió ser solo distintivo del poder real, pues Judá, como cabeza de su tribu, los llevaba también. Los reyes de Persia hicieron regalos de brazaletes á todos los embajadores extranjeros en su país.

A los reyes egipcios se los representa con brazaletes que, á excepción de ellos, eran solo peculiares de las mujeres. Los de estas no estaban, sin embargo, adornados de piedras, sino que eran de metal liso ó esmaltado, como, según todas las probabilidades, los usaron los hebreos. La pulsera y el brazalete son de la más remota antigüedad. Algunos brazaletes egipcios acusan una antigüedad de algunas centurias más que los más antiguos monumentos griegos. Eran de diferentes colores: de oro perfectamente trabajado, adornados de pedrería, ó delicadamente esmaltados.

La moda de los brazaletes se introdujo entre los griegos mucho después de las sortijas. La invención y costumbre de este adorno, eran propias de un pueblo que llevaba los brazos desnudos, y los antiguos griegos, que adoptaron su traje de la Jonia y el Oriente, consistente en túnicas de largas mangas, no debieron de pensar probablemente en adoptar el brazalete hasta que cambiaron su traje por el dórico.

Se habla de los brazaletes en diferentes pasages de la Escritura. Los que le regalaron á Rebeca pesaban diez *shekels* (cinco onzas). Según sir John Chardio, las mujeres del Oriente los usan tan pesados ó más que aquellos. Se los colocan uno á continuación del otro hasta cubrir el brazo desde la muñeca al codo. Algunos de ellos suelen ser de tanto peso, que más bien parecen destinados á servir de esposas que de adornos. Los materiales de que los hacen, varían según la calidad de la persona, pero parece ser la regla que el mejor brazalete es el más sencillo.

Las clases elevadas los llevan de nácar, de oro flexible y de plata, siendo estos últimos los de uso más general. Las mujeres del

pueblo se los ponen de acero, asta, bronce, cobre, abalorios y otros materiales más comunes. Los suele haber de formas rectangulares; pero en general son semicirculares ó totalmente redondos, excepto la entrada para el brazo, donde están achatados algún tanto.

Los brazaletes de oro, retorcidos á manera de cuerda, son los que están más en boga actualmente en el Asia occidental. Sin embargo, no podemos asegurar hasta qué punto estuvieron en uso los de esa forma en los tiempos antiguos.

Entre los romanos, el brazalete era á la vez distintivo honorífico y marca de esclavitud, sí bien en este último caso era meramente de hierro o de plancha de bronce.

El brazalete *armilla* se confería al principio por los príncipes y generales como recompensa militar, pero se hicieron de uso arbitrario y á capricho de cada uno. Gruter cita una antigua inscripción de dos brazaletes compuesta de estas palabras: *L. Antonius. L. F. Fabius, Quadratus, Donatus, Torquiabus, Armillis ab Tiberio Casare bis.*

Según Tito Livio los guerreros sabinos llevaban brazaletes muy pesados en el brazo izquierdo. Estos adornos tentaron la codicia de la incauta Tarpeya, quien se prestó a entregar la fortaleza romana a los enemigos, á condición de que habían de darle sus brazaletes de oro, o como lo expresó ella misma, lo que llevaban en el brazo izquierdo. Los conquistadores pagaron y castigaron la traición arrojando á la cabeza de Tarpeya, no solo las codiciadas preseas, sino también los macizos escudos, que como ellas llevaban al brazo izquierdo.

Si los brazaletes de los sabinos eran de tanto peso como los que se ven en los gabinetes de antigüedades, no era, ciertamente, necesaria la adición de los escudos para aplastar la cabeza de aquella desgraciada mujer.

Los antiguos brazaletes, macizos, de la forma de una serpiente enroscada, que aún está en uso, eran, según todas las probabilidades, un adorno peculiar de los hombres.

Las solteras romanas no llevaban brazaletes, al menos hasta que estaban prometidas. Después de casadas se desquitaban de las privaciones que habían sufrido, y con tal furor, que, según el epigramático Petronio Arbiter, algunas se cargaban brazaletes de seis y media a diez libras de peso.

En las ruinas de Pompeya se encontró sepultada en la lava una mujer con dos brazaletes en un brazo.

En tiempo de Plinio los hombres llevaban brazaletes de oro llamados *Dardanian*, porque se las procuraban de Dardania.

El emperador Maximiliano, sucesor de Alejandro Severo, que era de ocho pies y una pulgada de estatura, llevaba por sortija en el dedo pulgar, un brazaletes de su mujer. Los antiguos brazaletes romanos eran de diferentes formas. Los de las mujeres imitaban á veces una serpiente, o el torcido de una sogá, ó una trenza redonda rematada por dos cabezas de culebra. Se los ponían unas veces más arriba del codo y otras en la muñeca. A las pulseras les daban los griegos el nombre de *perecorpia*. La estatua de Lucila, mujer del emperador Lucio Vero, tiene figurada una pulsera de tres vueltas o círculos.

Los galos llevaban pulseras y brazaletes de oro macizo.

El precio de la traición que Clovis ofreció á los *leudes* de Ragnachaire, rey de Cambray, consistía en brazaletes y *hauberks* de oro, que para que correspondiesen dignamente á aquella infamia, se los entregó de oro falso.

Las insignias de autoridad de los reyes bretones, eran tiras de oro que llevaban rodeadas al cuello, brazos y rodillas.

Dion Cassio y otros escritores, describiendo el traje de guerra de la reina Boadicea, dicen que llevaba una cadena de oro rodeada al cuello, y brazaletes.

En la *Saxon Cronicle* del año 965, se apellida a Edgar, monarca sajón, el dispensador de brazaletes y el que premia á los héroes. Entre los noruegos, galos, celtas y sajones, el brazaletes era una condecoración en recompensa al valor.

Según Guillermo de Malmesbury, los sajones, precisamente antes de la conquista, se recargaban de brazaletes de oro macizo.

Los normandos los traían también cuando invadieron la Galia. La seguridad de los caminos, y la total desaparición de los bandidos que produjeron las draconianas leyes de Rollo, el gran jefe de aquellos invasores, se patentizan por un curioso incidente de su vida. Un día, después de la caza, colgó sus brazaletes de oro de las ramas de una encina, sentándose a almorzar al pie de un arroyo, y al retirarse se olvidó de los brazaletes, que permanecieron tres años colgados de aquel árbol sin que nadie se atreviera á tocarlos.

{Continuará

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Septiembre de 1871, Año XV, Numero 18. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 10-13. Biblioteca Nacional de España.





Fotos de joyas sacadas de internet

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

Con los brazaletes, como con las coronas, cadenas y otros adornos, se hacían ofrendas sagradas. Mateo París, en su descripción de las visitas que hizo Enrique III a la abadía de San Albano el año 1244, donde en cada una de ellas permanecía tres años, dice que el último día dejaba un rico paño para el altar mayor, y tres brazaletes de oro en el camarín del santo.

Los pueblos del Norte tenían la costumbre de jurar sobre sus brazaletes, para dar mayor carácter de formalidad á los contratos.

Los brazaletes más ricos de los tiempos modernos, son los que forman parte de la regalía de los reyes persas, y que antiguamente pertenecían á los emperadores mogoles de la China. Aquellos adornos son de un esplendor deslumbrante, y la pedrería con que están enriquecidos, es de tal tamaño y de tanto valor, que cada par de piedras está tasado en doscientas mil libras esterlinas.

El diamante principal del brazalete derecho, es famoso en el Oriente con el nombre de Devia-énur, o sea Mar de luz. Pesa ciento ochenta y seis quilates, y está considerado por el diamante

de mejor brillo del mundo. La primera piedra del brazalete izquierdo, aunque es un diamante algún tanto inferior á aquel, pues pesa ciento cuarenta y seis quilates solamente, lleva el esclarecido nombre de Tah-e-mah, que quiere decir Corona de la Luna. Los brazaletes imperiales, adornados generalmente de pedrería, pueden verse diseñados en los más de los retratos de los emperadores de la India. El famoso Koh-í-noor, como ya hemos dicho, estuvo engastado en un brazalete que llevaba Runjeet Singh.

En la regalía de los antiguos soberanos de Méjico y el Perú, entraban también los brazaletes por una buena parte de su riqueza.

CAPÍTULO VI

De las sortijas.

Pessimum vitae scelus fecit,

qui id primus induit digitis.

Nec hoc quis fecerit traditur.

PLINIO.

Ni convenimos con Plinio en la condenación de este hermoso adorno, ni estamos mejor informados que él acerca de su inventor. Su existencia, sin embargo, entre los restos de los tiempos más remotos, nos induce á convencernos de que fue el primero con que se engalanaron los hombres. La primera

mención con que nos encontramos acerca de los anillos, demuestra que se usaron como símbolos, memorias, insignias de mando, de honor, y también de esclavitud. En el sistema teológico de Zoroastro, Ormuzd era el principio del bien, y adversario de Ahrimanes, que era el principio del mal.

Su nombre es Ahoverta Mazda, que quiere decir sapientísimo soberano, y se le ve representado en las esculturas antiguas con un anillo en un dedo, como símbolo de omnipotencia.

Los griegos daban al anillo el nombre del dedo; los romanos lo derivaban de *nugula*, uña. por haberlo llevado primitivamente en la primera falange del dedo, junto á la uña.

Se ha dicho que en el Oriente, la moda del anillo tuvo originariamente por objeto impedir el crecimiento de los dedos, para lo cual aquel medio es totalmente ineficaz, como lo es el de los chinos respecto a los pies de las mujeres, pues si bien se reduce el tamaño de la parte comprimida, se desarrolla en igual proporción la articulación contigua.

En el Museo del Louvre se ven anillos egipcios del tiempo del rey Moeris, y en la galería egipcia del Museo británico, existe un curioso anillo de oro del período tolemaico ó romano, con figuras de los dioses Serapis, Isis y Horus, y también varios sellos en amuletos o escarabeos (el escarabajo sagrado) y otros, con los nombres Thothmes III y Rameses III o IX, y algunos de hierro del período griego. Uno de los anillos existentes más antiguos es el de Cheops, el constructor de la gran pirámide, el cual fue hallado en un sepulcro á las inmediaciones de aquel formidable monumento. Es de oro y contiene geroglíficos.

La moda de los anillos pasó de las naciones orientales á los griegos, y de estos á los romanos. Todos los dioses antiguos y modernos del Indo-Mogol están cargados de sortijas. Las estatuas de los dioses en la isla de Elefanta, que se supone son diez siglos anteriores á nuestra era, aunque no tienen vestimenta alguna, tienen adornos en la cabeza, collares, pendientes, sortijas, cinturones, y además sus varios atributos.

La antigüedad de los anillos se revela en varios pasajes de la Sagrada Escritura. Cuando Faraón encargó á Josef el gobierno del Egipto, le entregó su anillo como insignia del poder con que le investía. Así lo hizo también Asuero con su favorito Aman y con Mordecai, cuando éste le suplantó á favor de una intriga palaciega.

El anillo-sortija sirvió entre los hebreos en un principio más especialmente para sellar las cartas y otros escritos. Según el primer *Libro de los Reyes*, Jezabel «escribió cartas en nombre de Abah y las selló con el sello de él.» En la Biblia se hallan repetidos ejemplos del uso que hacían del sello los hebreos. En el *Libro de Jeremías*, capítulo XXXII, se halla, especialmente, un pasaje notable sobre este particular.

En el Oriente el sello ocupó el lugar de la firma, o se añadía a ella para darle validez, como se ve por antiguos documentos babilonios. Los decretos se extendían en presencia del soberano, y después que éste los sellaba se expendían para su ejecución. La impresión del sello del monarca daba a los escritos el carácter de reales decretos: «*Escribid también para los judíos como os agrade en nombre del rey, y selladlo con el anillo del rey; porque el escrito que se escribe en nombre del rey y se sella con el anillo del rey, ningún hombre*

lo puede revocar.» De aquí que el entregar ó trasferir á alguno el anillo real, equivalía á darle poder de mandar en nombre del rey, y elevarlo al primer puesto del Estado.

Del frecuente empleo de los anillos como sellos, se llamaron *tabaoth*, palabra derivada de un verbo que significa imprimir ó sellar. Se llevaban por vía de adorno en los dedos, y comúnmente en el meñique de la mano derecha.

Los griegos, sin embargo, según Plinio, no usaron anillos en la época de la guerra de Troya, y la razón que le asiste para admitirlo así, se funda en el silencio de Homero sobre el particular. Cuando despachaban alguna carta, la ligaban con una cuerda cuyos cabos anudaban al final.

Diseminados por el inmenso territorio de aquella parte del nuevo continente que poseyeron los españoles, se encuentran todavía gran número de sellos grabados en piedras duras, grünstein, lava, ágatas, serpentina sílice, los cuales los habitantes de aquel país llevaban atados á la muñeca ó al brazo para sellar sus contratos.

Los sellos de los reyes y altos dignatarios eran de piedras finas, ó preciosas, ó de oro, y tenían figuras de relieve como animales, arabescos, emblemas, etc.

Sin embargo, ni los mejicanos ni los peruanos usaban los sellos en forma de sortijas, si bien éstas eran con frecuencia de piedras grabadas.

En un período posterior se encuentran los anillos entre los antiguos caldeos, babilonios, persas y griegos, y á seguida entre

los romanos. Heródoto dice que en Babilonia cada hombre llevaba un anillo sello, de lo que inferimos, como muy probable, que la moda pasaría de allí á los medos y persas.

Para los sellos se empleaban las piedras más preciosas. Los antiguos prohibían grabar en ellos la imagen de Dios, pero andando el tiempo decayó el respeto á esta prohibición, y se grababan en los sellos los dioses egipcios y otros, las efigies de los soberanos, de los héroes, de los amigos y antepasados, figuras de animales, las constelaciones, diferentes partes del cuerpo humano, etc.

Se vea antiguos anillos y sellos mejicanos de piedras preciosas con la constelación Piscis grabadas en ellos. Los mejicanos, como los hebreos, esperaban el Mesías ó quebrantador de la serpiente, cuyo advenimiento debía tener lugar en la conjunción de Júpiter y Saturno, en el mismo signo del zodiaco de los Fishes, signo protector de la Siria y la Palestina.

La manera de llevar los anillos ha variado según el tiempo y el país. Los hebreos se los colocaban en la mano derecha, los griegos se los ponían en el cuarto dedo de la mano izquierda, y en el tercer dedo de la misma mano los galos y bretones. Entre los romanos, según Plinio, la moda adoptó la mano izquierda como menos noble. Los indostanos, ó más bien los asiáticos en general, y los peruanos y mejicanos, llevaron su pasión por los anillos á la mayor exajeracion, pues no solo los usaban en los dedos de las manos, sino también en los de los pies.

Habiéndose prohibido por algunos legisladores griegos el uso de toda clase de adornos, y á fin de hacer infamante la infracción de la ley, se exceptuaban de ella las mujeres de mal vivir, á las que

se las permitía toda clase de aderezos de oro y de plata. Se atribuyó á esta medida la depreciación que tuvieron los metales preciosos. Respetables matronas se honraban entonces con un anillo de hierro. La fábula de Prometeo nos enseña que el anillo de hierro era un recuerdo de esclavitud. Libertado aquél por Hércules, se le obligó, sin embargo, á llevar un anillo de hierro en memoria de la cadena que le habla tenido amarrado al monte Cáucaso.

Los elegantes y lujosos atenienses, no impusieron tales restricciones á su bello sexo, que disponía de la rica variedad de alhajas de las contemporáneas de Aspasia.

Se ignora quién fuese el introductor de los anillos entre los romanos. Tarquino, el mayor, los eligió para insignia de caballero, y después se dieron en recompensa al valor, pero aun entonces no se conocían sino de hierro. Ni la estatua de Rómulo del Capitolio, ni ninguna otra, sin exceptuar la de Lucio Bruto, tenían anillo alguno, y sin embargo se veían con él á las de Numa Pompilio y Servio Tulio. Es muy de extrañar la falta de ellos en las estatuas de los Tarquinos, puesto que estos príncipes eran de la Grecia, de donde ciertamente fué importada á Roma aquella costumbre.

Los senadores tardaron mucho en obtener el uso del anillo. El Estado solo lo concedía á los embajadores en país extranjero, con el objeto sin duda de realzar su dignidad entre gentes semibárbaras. Pero los anillos, aunque concedidos por el Estado, no fueron nunca de oro en los primeros tiempos de la república. Cayo Mario fue el que en su tercer consulado se atrevió á ponerse un anillo de oro, y los que después lo obtuvieron de esta clase,

solo le usaban en público, quitándoselo en casa para volver á ponerse el de hierro.

El *annulus sponsalium* es de origen hebreo, y fué adoptado por los antiguos romanos. Antes de las nupcias se celebraban los esponsales de una manera parecida a los de hoy día, y á la conclusión de la fiesta, el novio colocaba á la novia un anillo en el cuarto dedo de la mano izquierda. Se elegía el cuarto dedo, por la creencia en que se estaba entonces de que de allí partía un nervio hasta el corazón. Después de los esponsales se fijaba el día para la celebración del matrimonio.

En tiempo de Plinio el anillo nupcial era todavía de hierro, montado con una piedra imán en lugar de una preciosa; el anillo simbolizando el mutuo sacrificio de la libertad de marido y mujer, y el iman la fuerza de atracción que había arrancado a la doncella del seno paterno.

Aquel bajo metal ha sido desechado para tal objeto desde hace poco más de un siglo. Tertuliano, é Isidoro, obispo de Sevilla, hablan del *annulus nuptialis sponsalitiis* de oro. Los hombres entonces no llevaban todavía más que dos anillos.

Según parece, el uso de estos no se hizo común sino en la época de Gneío Flavio, hijo de Annio. Habiendo merecido la confianza del pueblo, fué nombrado curale *edile* con Q. Anicius, que algunos años antes había ido contra Roma, quedándoles postergados C. Postilio y Domicio, cuyos padres habían sido cónsules. Al mismo tiempo fué hecho tribuno del pueblo, y siendo él un liberto, causó todo esto tal indignación á los patricios, que depusieron sus anillos y también sus *phalers* (collares).

Las funciones de tribuno militar, que duraban seis meses, llevaban el derecho á usar un anillo de oro, de cuyo privilegio eran extremadamente envidiosos los patricios.

El uso de los anillos debió de ser general entre las personas de clase elevada, después de la segunda guerra púnica, pues Aníbal envió á Cartago tres fanegas de ellos cogidos á los caballeros romanos.

Los sacerdotes de Júpiter solo podían llevar un anillo hueco de oro muy delgado.

Las sortijas que se regalaban á los amigos y parientes en los días de cumpleaños, contenían algún mote ó signos simbólicos.

El anillo de oro en el cuarto dedo, era la insignia de caballero, y distinguía la segunda orden, como el latíclave era propio del senador.

En el año de Roma, 775, siendo cónsules C. Asinio Pollion y C. Autistio Vetus, se fijó por medio de un decreto el derecho de llevar un anillo, á cuya disposición dio motivo un incidente al parecer insignificante. C. Sulpicio Galba, con la mira, cuando joven todavía, de granjearse el aprecio del soberano ejerciendo una vigilancia rigurosa de las tabernas, se lamentó ante el Senado de que los delincuentes se librasen con frecuencia del castigo por virtud del privilegio de sus anillos. Para remediar este abuso, se decretó que nadie pudiese llevar un anillo, á no ser libres él, su padre y su abuelo, y poseer cuatrocientos mil sextercios en tierras, con el derecho, según la *lex Julia* sobre teatros, de sentarse en la décimacuarta fila.

Con todo, la usurpación de este honroso privilegio se hizo tan frecuente, que Próculo denunció al emperador Claudio, censor entonces, á cuatrocientas personas acusadas de haber incurrido en ella.

En el reinado de Claudio se creó otra distinción, que consistía en un anillo de oro con la efigie del soberano. El derecho a llevarlo lo obtenían los libertos del emperador; pero eran tantas las quejas contra los que se lo abrogaban, que al fin Vespasiano las cortó de una vez, declarando que todos los súbditos tenían derecho á poseer la imagen del jefe del Estado.

Cuando Nerón cantaba en el circo, le servía un grupo de hermosos niños, de cabelleras flotantes y perfumadas, cada uno de los cuales llevaba un anillo de oro. Galba montó la guardia de su palacio con jóvenes de la orden de los *equites*, en lugar de los soldados que anteriormente habían hecho este servicio, y exigió que los individuos de la nueva cohorte poseyesen anillos de oro y un título que designase su origen.

Las clases inferiores del pueblo usaban anillos de hierro con piedras de bajo precio, tales como ágatas y cornerinas lisas, ó con cristales de colores, ó piedras artificiales imitando á las finas. Los amos presentaban á sus esclavos manumitidos con una túnica, un gorro y un anillo.

En señal de quedar cerrado un trato ó negocio cualquiera, bastaba sacarse el anillo del dedo.

Entre los romanos, cuando convenían algunos en tener una fiesta á escote, cambiaban recíproca y temporalmente los anillos, como en prenda del compromiso contraído.

La moda de los anillos se llevó finalmente hasta el ridículo en ambos sexos. Al principio bastaba un anillo en el dedo índice, después se introdujo otro en el cuarto dedo ó anular, posteriormente otro en el tercero, hasta que al fin se dio en cubrir con ellos el pulgar y los demás dedos, excepto el de en medio. Al de más valor se le colocaba en el meñique, y no se le empleaba nunca como sello- También se adaptaban sortitijas más pequeñas en la segunda falange de los dedos.

A veces se ostentaban tres anillos en un dedo meñique.

Luciano cuenta de un opulento romano que llevaba diez y seis sortijas, dos en cada dedo, excepto el de en medio, al que se tenía en una especie de reprobación.

Se introdujo la variedad de sortijas de invierno y sortijas de verano, designadas por Juvenal como *aurum semestre*, *aurum aestivum*, *annuli semestres*, en las cuales el peso y el color eran apropiados á la estación. La sardónica, la cornerina, el cristal de roca, el jacinto, figuraban en sortijas de verano, por considerárselas más frescas y ligeras que las otras piedras. Las más pesadas se usaban en invierno. Los anticuarios suelen poseerlas de estas, de más de una onza de peso.

Los griegos tenían sortijas semanales.

Heliogábalo nunca llevaba dos veces una misma sortija.

Los abogados no podían prescindir de tener puesta una sortija cuando defendían alguna causa, y si no poseían ninguna la alquilaban. Juvenal satirizó esta costumbre repetidas veces.

« Ideo conducta Paulus agebat

Sardoniche et que ideo plurisquam Cossus agebat

Quam Basilus. Rara m tenui facundia panno.»

Perseo ridiculizó también á los poetas que no sabían leer sus composiciones en público, si no llevaban la sortija como auxiliar de su elocuencia.

Otra de las modas adoptadas por los hombres, fue la de llevar sortijas con la testa de Harpocrates, ó de alguna deidad egipcia como Isis, Horus, Serapis, etc.

Los romanos tenían también sus amuletos ó anillos mágicos, en los que se veían grabadas una ó más estrellas, la cabeza de Anubís, un signo del Zodiaco, ó un pie humano.

La manía por los anillos dio origen a la ciencia de la *dactylomancia*, llamada así de dos voces griegas que significan *sortija* y *adivinación*, cuyos misterios eran en la práctica tan sencillas, que se creyó conveniente añadirles ciertas fórmulas para darles mayor significación. Sobre una mesa circular se suspendía con la mano un anillo por medio de un hilo delgado. En el **borde de** la mesa se colocaban las letras del abecedario en forma de bovedillas, y se hacía oscilar la sortija á manera de péndulo hasta tocar las letras y reunir el suficiente número de

ellas para componer la respuesta correspondiente á una pregunta hecha de antemano. El experimento iba, por supuesto, precedido y acompañado de ciertas ceremonias, y el anillo se consagraba con diferentes actos misteriosos. El operador que lo tenía suspendido, vestía un traje de hilo puro, llevaba afeitada la coronilla de la cabeza, y tenía en la mano un ramo de verbená. Antes de empezar el acto se dirigía á los dioses una plegaría.

Los griegos poseían anillos mágicos, para cuya fabricación consultaban la posición de los cuerpos celestes.

También poseían anillos mágicos los pueblos del Norte. En 1841 se halló un precioso resto de la más remota antigüedad sajona, cerca de Rockingham: un anillo de oro puro macizo, en el que en caracteres perfectamente conservados se leen dos inscripciones, una en el exterior que dice: «Guttu-Gutta-Madros-Adras,» y la del interior «Udro-Udros-Thebal” Se supone que es un *abraxis*, amuleto ó talisman.

En la Escandinavia se han encontrado también anillos con inscripciones, así como en los *barrois* sajones de la Gran Bretaña. Los romanos no introdujeron la moda de los anillos en los pueblos que conquistaron en la Galia y la Gran Bretaña, pues hallaron que ya estaban en uso entre ellos y que los llevaban en el tercer dedo de la mano izquierda.

En todos tiempos, y en la mayor parte de los pueblos, ha existido la creencia en los anillos mágicos ó encantados, sin otra diferencia que la de las ceremonias y de los nombres de los poderes invocados para infundirles sus virtudes. Consagrado por la invocación de una divinidad pagana, ó santificado en el nombre del Dios verdadero, dotado por la magia oriental de

supuestos efectos maravillosos, bendecido por el soberano Pontífice, ó ensalzado por el monarca de Inglaterra, el anillo era siempre considerado el medio por el cual se concedían al hombre la salud, la prosperidad y otros bienes temporales.

Los reyes de Inglaterra tenían la costumbre de bendecir los anillos el día de Viernes Santo, con lo que sus dueños se consideraban preservados de la epilepsia. Según Bospinian, esta costumbre tomó origen de la creencia de que un antiguo anillo que se conservaba en gran veneración en la abadía de Westminster, era eficaz contra los calambres y la epilepsia cuando se le ponía en contacto con los que padecían estas enfermedades. Esta sortija, traída de Jerusalén para Eduardo el confesor, era la misma que este había dado secretamente de limosna hacía mucho tiempo á un pobre por el amor de San Juan Evangelista, y añade la tradición que el santo mismo se la devolvió á aquel rey.

Los reyes de Inglaterra continuaron en la consagración de los anillos, hasta el advenimiento de la casa de Hannover.

Guillermo el Conquistador, cuando desembarcó en Inglaterra, traía una sortija bendecida por el Papa Hildebrando.

Rienzi Gabinii, el último tribuno romano, recibió de un cardenal un anillo bendecido, al que atribuía el sostenimiento de su unión con la ciudad imperial.

CAPÍTULO VII

De las sortijas.

Saepe velut gemmas ejus signumve probarem

Per causam memini, me telegisse manum."

TIBIOL. I IV IV.

El *sigalarius* ó anillo de sellar, aunque no el más rico, era entre los antiguos el más importante. Quinto Curcio refiere que Alejandro sellaba con su propio sello las cartas que enviaba á Europa, y las que remitía al Asia con el sello de Darío. A la hora de su muerte se supone que quiso designar á su sucesor al entregar el anillo á Perdicas.

Los grabadores más célebres, después de Pyrgoteles, que vivieron en la época de Alejandro, fueron Apollonides y Cromios y también Dioscórides, que grabó un retrato muy bueno de Augusto, efigie que después sirvió de sello á los emperadores romanos.

El dictador Sila usaba siempre un sello en el que estaba representada la traición de Jugurtha. César tenía en el suyo grabada la imagen de Venus; el de Polio, la de Alejandro, y el de Pompeyo una rana.

Los asesinos de Pompeyo al presentar la cabeza de éste á César, le entregaron también *su* anillo.

Augusto, entre las alhajas de su madre, se encontró dos anillos de sellar, exactamente parecidos, en los que se veía grabada una esfinge.

Sus partidarios, durante las guerras civiles, emplearon en ausencia suya uno de dichos sellos para sellar en su nombre ciertas cartas y decretos que las circunstancias exigieron, y aquellos á quienes concernían dijeron, que las tales esfinges debían encerrar algún enigma. Augusto, para evitar los sarcasmos, adoptó después por sello la efigie de Alejandro.

El sello de Mecenas causó una desagradable sorpresa representando la imposición de tributos.

Según las leyes civiles, los sellos eran indispensables para confirmar la validez de los documentos, y se exigían lo menos siete testigos para un testamento.

Entre los romanos, la sortija de sellar pertenecía á la mujer, y simbolizaba la prerrogativa de ésta de tener á su cargo todos los objetos de valor- Entonces no existían como ahora cerraduras y llaves en todos los muebles, y así los valores se guardaban en cajitas selladas por el ama de la casa.

Una viuda al morir entregó el anillo de sellar á su hija mayor:
"Annulum custodiae causa majori natu filia tradidit."

El anillo fue instituido como símbolo de unión espiritual, y como insignia de dignidad clerical en el siglo IV, en cuya época se le ve empleado en la ceremonia de la consagración de los obispos. Cuando en el año 633 el cuarto Concilio toledano decretó que se

devolviese el anillo á los obispos reinstalados en sus diócesis, de las que habían sido depuestos injustamente, no hizo más que confirmarse una ceremonia ya antigua en la consagración. En la fórmula de la bendición del anillo episcopal, esta ceremonia se considera como el sello de la fe y como señal de la protección divina. El anillo es el símbolo de la unión espiritual que existe entre el obispo y la Iglesia, y en esta idea están concebidas las palabras que pronuncia el prelado que oficia en la consagración al poner el anillo en el cuarto dedo del nuevo obispo.

A los obispos se les enterraba con un anillo, y Mateo París dice que Humberto, arzobispo de Canterbury, fue enterrado con su vestidura, el rostro descubierto, la mitra en la cabeza, con guantes, y un anillo al dedo, y todos los demás ornamentos propios de su ministerio.

Los obispos llevaban antiguamente el anillo en el dedo índice de la mano derecha: pero como se vieran obligados á trasladarlo al anular durante los sagrados ritos, la costumbre ha sancionado que se le conserve permanentemente en este lugar.

El anillo episcopal debe ser de oro con alguna rica piedra, generalmente una amatista, pera no grabada, según lo ordenó el Papa Inocencio III, la cual, sin embargo, no se ha cumplido estrictamente.

Los obispos de la Iglesia griega no usan el anillo, el cual está reservado para distintivo de los arzobispos. En la Iglesia romana, el uso del anillo se ha extendido de los obispos y arzobispos á los cardenales, quienes pagan al recibirlo una cierta suma *pro jure annuli cardinalitti*.

La facultad de llevar un anillo se extendió después á los abades.

El Pontífice soberano posee dos sellos diferentes: el primero es un grande anillo, *annulus piscatoris*. sello especial de los Papas, ya en uso en el siglo XIII, y según lo denota su nombre, tiene la efigie de San Pedro tirando de las redes. Este sello se emplea en los breves apostólicos y las cartas privadas, por el Papa mismo, o en su presencia con su consentimiento. Lo guarda el Papa, o éste lo confía al cuidado de uno de los miembros del Sacro Colegio.

El otro sello, empleado en las bulas, tiene la cabeza de San Pedro á la derecha, y á la izquierda la de San Pablo, y una cruz entre los dos apóstoles. El reverso contiene el nombre del Papa, y á veces, aunque muy raras, sus armas. El sello para los breves se aplica en lacre encarnado, y el de las bulas se fija en plomo. A la muerte del Pontífice reinante el cardenal chambelán rompe los sellos, y la ciudad de Roma regala los nuevos al sucesor elegido por el cónclave.

El anillo ha tenido gran importancia en la investidura de la dignidad real.

Offa, rey de los anglos orientales, designó a su sucesor con el mismo anillo con que fué investido al ascender al trono.

Ricardo II, obligado á deponer la corona de Inglaterra en manos de Enrique de Lancaster, lo hizo entregándole *su anillo*. Diéronle además á leer al humillado monarca un escrito, en el que, al par de reconocer su propia incapacidad para reinar y la justicia de su deposición, dispensaba libremente á sus súbditos de toda

obediencia, y juraba por los santos Evangelios de no obrar nunca en contra de su sucesor, añadiendo que, si se le hubiera dejado en completa libertad de nombrarlo, solo habría entregado el anillo á Enrique de Lancaster.

El anillo de la coronación de los reyes de Inglaterra, es sencillamente de oro con un grande rubí tabla, color violeta, en el que se vé primorosamente incrustada una cruz sencilla, ó la de San Jorje.

El anillo de la reina, es asimismo de oro, con un gran rubí tabla rodeado de diez y seis pequeños brillantes.

En conformidad con el antiguo uso recordado en la Escritura, la primitiva Iglesia cristiana adoptó muy luego la ceremonia del *Sponsalium annulus*, ó anillo nupcial, en el casamiento, como símbolo de la autoridad que el marido confiere á la mujer sobre las cosas de la casa y los bienes con que la dota.

Leobardo, el célebre santo de Tourt, habiéndosele persuadido á casarse en su juventud, dio á su prometida un anillo, un beso y un par de zapatos.

La costumbre entre los católicos de llevar el anillo en el cuarto dedo, fue establecida por la Iglesia cristiana. En el antiguo ritual del matrimonio, el marido colocaba primero el anillo en el dedo pulgar de la muger, diciendo: «en el nombre del Padre,» lo cambiaba después al índice, añadiendo: «en el nombre del Hijo,» en seguida al de enmedio, siguiendo: «y del Espíritu Santo,» y finalmente lo colocaba en el cuarto dedo, concluyendo: «Amen.»

Hace cosa de un siglo que, según parece, era costumbre llevar el anillo matrimonial en el dedo pulgar, aunque en la ceremonia nupcial se le colocaba en el cuarto dedo. Antiguamente se creía, como ya se ha dicho, que una arteria de corazón llegaba hasta aquel dedo, y de aquí el habersele adoptado para la colocación del anillo.

En la Armenia se promete en casamiento a los niños desde sus más tiernos años, á veces a los tres ó cuatro de edad, y otras en cuanto han nacido. Cuando las madres por uno y otro lado han convenido en casar respectivamente á su hijo ó hija entre sí, proponen el enlace á los maridos, quienes siempre aprueban la decisión de sus esposas. Entonces la madre del niño visita a los amigos de la niña acompañada de dos mujeres ancianas y un sacerdote, y hace á la infantil doncella el presente de un anillo de parte del futuro novio. Luego se presenta al niño, y el sacerdote, después de leerles algunos pasajes de la Escritura, les echa la bendición. Los parientes de la niña hacen al sacerdote un regalo según sus medios, se sirve un refresco á los concurrentes, y así concluye la ceremonia de los desposorios.

El novio, desde el día que en su nombre se entrega á su prometida el anillo, siquiera trascurren veinte años hasta el momento de reclamarla, le envía anualmente el día de la Pascua *de* Pentecostés un vestido con todos sus adherentes, según la posición social en que vive.

Entre las nupcias más famosas de que se ha hablado en el mundo, fueron las más singulares las que celebró el Dux de Venecia con el Adriático á mediados del siglo XII. Dícese que se originaron de haber regalado el Papa Alejandro un anillo á Sebastián Ziani por la derrota de la escuadra del emperador Barbarroja.

El Papa, á la vuelta de los victoriosos á Lido, se adelantó á recibirles, y tan luego como Ziani tocó la orilla, le puso en la mano un anillo de oro (antigua insignia romana de poder), diciéndole: «Toma este anillo, y con él acepta por mi autoridad al mar por súbdito tuyo.»

«Todos los años, en igual día, tú y tus sucesores recordareis á la posteridad que el derecho de conquista ha subyugado el Adriático á Venecia, como lo está la esposa á su marido.» Y todos los años el día de la Asunción, durante el largo período de seis centurias, la magnífica galera *El Bucentáuro* conduela al Dux á las riberas de Lido, cerca de la embocadura del puerto; y allí, dejando caer una sortija en el seno de su desposada, el novio recitaba el *Desponsamus te mare, in signum veri perpetuique domínu*. «Te recibimos por esposa, y te damos este anillo en señal de nuestra verdadera y perpetua soberanía.» La presunción era sin duda demasiada en cuanto a la duración del dominio: la unión de los Dux con el Adriático estaba tan sujeta á las eventualidades humanas como la de los mismos mortales, y la caída de la república fue el testimonio de la ruptura de aquel maridaje acuático y abolición del soberbio espectáculo á que daba lugar todos los años.

El anillo gemino es relativamente moderno y de origen francés. Se compone de dos anillos que, sí bien ambos están retorcidos, encajan el uno en el otro, de manera que forman uno solo. Cada arete está cerrado por una mano que se eleva un tanto sobre él, y al ajustarse los anillos la una mano se enlaza con la otra. Un arete solía ser de oro y el otro de plata, y se separaban el uno para el uso del amante y el otro para la dama. Benumont y Fietcher aluden á este anillo en su *Beggar's Bush*.

Estos pequeños anillos, emblema de la eternidad en su forma, simbolizaban la constancia del amor, así en vida como de ultratumba, recuerdos que los moribundos dejaban á sus amigos.

La moda de los anillos de luto es antigua. Shakspeare mandó en su testamento á sus *compañeros* Juan Henninge, Ricardo Barbage y Enrique Condell, «veintiséis chelines y ocho peniques á cada uno para sortijas.»

Antiguamente se regalaban anillos á todos los convidados á las bodas. El famoso filósofo Kelley, el día de la boda de una de sus criadas, regaló sortijas á los concurrentes por valor de cuatro mil libras esterlinas.

En la vida del infame Jeffreys se lee, que con ocasión de haber sido nombrado sargento el 17 de Febrero de 1668, regaló sortijas con este lema: «El, rey de Dios, y la ley del rey.»

El anillo en la Edad Media era el distintivo de los caballeros, como lo había sido de los equites romanos y servía de prenda ó seguridad del cumplimiento de las promesas. La palabra *bagues*, sortijas, en francés, era en ciertos casos sinónima de bagajes, efectos personales, de donde nació la expresión empleada en las capitulaciones, *sortir vic et bagues sauves*, que quiere decir salir libres con las sortijas, originada probablemente de la importancia dada á esta insignia. Se la vé usada con frecuencia en la historia de los siglos XIV y XV.

En todo tiempo se ha hecho uso de las sortijas para guardar en ellas secretamente algún mortal veneno. Demóstenes se envenenó con una pluma, o con algún tósigo contenido en un

anillo, como lo hizo el guerrero más insigne de su época. Ignórase qué clase de veneno fue el que pudieron emplear el griego y el cartaginés.

Bajo el tercer consulado de Pompeyo fueron robadas dos mil libras de oro que Camilo había depositado en el trono de Júpiter Capitolino. Arrestado el oficial de guardia, rompió con los dientes el engaste de su sortija y cayó muerto repentinamente, borrándose así toda huella del robo con la desaparición del único testigo.

Los enamorados romanos, según parece, se valían de los mismos amaños y ardides que los galanteadores modernos para lograr sus fines. Tibulo confiesa que bajo el pretexto de admirar los anillos de su dama, halló el medio de estrechar su mano.

Los anillos han servido frecuentemente de señales, salvoconductos, contraseñas, etc., y han sido tan eficaces instrumentos de salvación como de condenación. La presentación del anillo de María Estuardo suspendía la ejecución del condenado á muerte hallándose ya en el patíbulo. En las combinadas historias de aquella reina é Isabel su rival, se hallan casos innumerables de anillos que iban y venían, y que fueron un gran resorte en el interesante drama de sus vidas como recuerdos, expresiones de amor, avisos, pases, etc. La muerte de María se comunicó á su espectante sucesora por medio de un anillo esmaltado de negro que la reina llevaba siempre al dedo.

El anillo debía ser arrancado del cadáver, tan luego como lo fuese, por una de sus camareras, que tenía la orden de enviarlo á la princesa Isabel, por conducto de sir Nicolás Tbrockmorton.

Las astuta Isabel estaba muy lejos de imaginarse que en otra ocasión su propia muerte sería comunicada del mismo modo al que había de sustituirla. Cuando aquella ocurrió, una de sus damas sacó del dedo del cadáver un anillo de turquesas, y se lo tiró por la ventana á Sir Juan Harrington, quien partió con celeridad para entregarlo á Jaime II de Escocia.

Un anillo fue indirectamente la causa de la muerte de María Estuardo y de Isabel de Inglaterra. Otro de diamantes que la reina de Inglaterra envió á la pobre María como muestra de amistad y afecto, la indujo á ponerse en manos de su implacable enemiga, para perecer después en el cadalso.

La sortija que Essex envió á su regia dama, cuya posesión fue causa de que muriera él en el suplicio y ella de aflicción, no fue sino el instrumento de expiación de la que tan traidoramente había faltado á sus promesas en un caso semejante. Isabel regaló esta sortija á Essex como en seguridad de que podría contar con su favor en cualquier trance apurado. Condenado á muerte el desgraciado favorito, envió aquella prenda amorosa á la que únicamente podía salvarle, tirándosela por la ventana de la Torre á un muchacho que pasaba, dándole verbalmente y con precipitación el encargo. La sortija, por equivocación, fue entregada a la hermana de la señora que debía ponerla en manos de la reina, precisamente á la esposa del conde de Nottingham, que era el más implacable enemigo de Essex y ella la retuvo en su poder por consejo de su marido. Isabel, exasperada por lo que suponía perversa obstinación del que aun amaba, firmó el decreto de muerte. Cuando la condesa en sus últimos momentos reveló á Isabel el paso dado por Essex reclamando favor, se refiere que aquella sacudió furiosamente el brazo de la

moribunda exclamando: «¡Dios puede perdonarte, yo jamás! » Desde aquel momento la reina rehusó todo alimento, se sumió en la más profunda tristeza, y murió poco tiempo después.

Este fue el último de los ensangrentados anillos que tan activamente intervinieron en las intrigas de aquel reinado. Si no todos, muchos de estos mudos testigos de las torturas de grandes personajes deben existir todavía: ¿y quién sabe si volverán á representar aun algún día el papel de emisarios de la felicidad ó de la desgracia?

La duquesa de Saboya, prisionera del irritado duque de Borgoña, Carlos el Temerario, logró enviar su secretario á Luis XI reclamando auxilio. Estándola prohibido escribir, entregó al emisario, por vía de credencial, la sortija que aquel rey la regaló en su casamiento, y esta prenda hubiera sido suficiente sin duda para los efectos deseados; pero, desgraciadamente, el portador, cuando se presentó al rey, llevaba la cruz de San Andrés, y el suspicaz monarca, inclinado siempre á juzgar á los demás por la perversidad de su propio corazón, ordenó inmediatamente el arresto de aquel hombre, suponiéndole un espía del duque de Borgoña, que habría robado el anillo á su hermana.

El desgraciado secretario se hallaba en inminente peligro de ser ahorcado, cuando llegó el lord Rivarola a tiempo de salvarle, enviado por la duquesa para activar su rescate.

De la importancia que tenían los anillos en casos semejantes, se hallan algunas indicaciones en Shakspeare.

Hace poco se ha resucitado la antigua moda de las sortijas con alegorías, [notes](#) ó cifras.

Shakspeare consignó también algunas alusiones á estas dádivas amorosas.

Graciano, quejándose de la querella que Nerisa le promueve, dice que todo ello es:

«Por una miserable sortija de oro que me regaló con la dedicatoria «ámame y no *me olvides*”, a que después de todo es mercadería pública, como la que estampan los cuchilleros en las navajas.»

Estas alegorías se componían á veces con piedras preciosas. La palabra *regret* (pesar), por ejemplo, se expresaba con un rubí, una esmeralda, un granate, un rubí y un topacio; y el nombre Adela con una amatista, un diamante, una esmeralda, un lapis-lázuli y otra esmeralda.

Según Tavernier, los joyeros persas no fabrican sortijas de oro, porque estándoles prohibido por su religión el ostentar alhajas de este metal cuando se entregan á sus oraciones, se privan de él por evitarse la frecuente molestia de tener que quitárselas. Las piedras engastadas en sortijas de oro que Tavernier vendió al rey, fueron desmontadas y engastadas en plata por los joyeros persas.

Las sortijas han estado siempre en uso, si bien la moda lo ha extendido ó restringido en ciertas ocasiones. En el reinado de Enrique III de Francia, solían llevarse tres en la mano izquierda; una en el índice, otra en el dedo del medio, y la tercera en el anular.

Desde el tiempo de los romanos, nunca se usaron las sortijas con tanta profusión. como en Francia á fines del último siglo. El furor por los anillos y las cajas de rapé llegó á tal extremo, que un embajador de una de las cortes de Alemania tenía un anillo y una caja de rapé diferentes para cada día del año.

Las cajas se adoptaban ligeras ó pesadas, según la estación. Un escritor de aquella época dice que en 1783 se llevaban sortijas enormes. La mano de algunas señoras contenía una verdadera colección de sortijas.

Según todas las probabilidades, Carlos V debió á un anillo el haber salido satisfactoriamente de una de las posiciones más críticas de su vida. Habiendo pedido permiso á Francisco I para pasar por Francia, á fin de llegar lo antes posible á sus dominios de Flandes, donde era urgente su presencia, aquel rival, y poco antes prisionero suyo, no solo accedió a la petición, sino que le hizo una recepción brillante. Algunos de los consejeros del francés consideraron quijotesca esta conducta con tan astuto enemigo, y fueron de opinión de detener á Carlos hasta hacerle anular algunas de las duras condiciones que impusiera á Francisco por precio de su libertad. Entre las personas que así aconsejaban al rey se contaba su bella amiga la duquesa d'Estampes.

Carlos, informado del gran peso que se había echado en la balanza en contra suya, resolvió grangearse la voluntad de la influyente consejera: a este fin, un día al lavarse las manos para sentirse á la mesa, dejó caer un anillo con un diamante de gran valor, que la duquesa recogió; y al ir ésta á entregárselo, la dijo galantemente el emperador: «de ningún modo, señora; está demasiado bien en esas manos para que yo pueda recobrarlo.»

Desde aquel incidente, Francisco I no volvió á oír objeción alguna respecto á su caballerosa conducta hacia el que había sido con él tan implacable, y el emperador prosiguió libremente su viaje á Flandes.

En los tiempos modernos las sortijas han servido como de telégrafos ó indicadores amorosos. Sí un caballero desea casarse, lleva la sortija en el primer dedo de la mano izquierda; si está ya comprometido, se la pone en el segundo dedo; si es casado, en el tercero, y si se propone permanecer soltero, se la coloca en el cuarto dedo.

Del mismo modo, entre las mujeres, la que está libre lleva un anillo ó diamante en el primer dedo de la mano; si comprometida, en el segundo dedo; las casadas se lo ponen en el tercero, y en el cuarto las refractarias.

No comprendiéndose en esta regla á las viudas, es de presumir que les está reservada toda la mano derecha y el dedo meñique de la izquierda. Esta moda inglesa, será quizá una manifestación demasiado clara para las damas que no *gusten de* llevar el distintivo de la propiedad hipotecada.

La carta del Papa Inocencio a Juan, rey de Inglaterra, que transcribimos á continuación, referente al uso simbólico que se hacía en aquella época de los anillos y piedras preciosas, creemos que será la mejor conclusión de la reseña que hemos hecho de un adorno que tanto ha privado en todos los tiempos y países.

«PAPA INOCENCIO, A JUAN, REY DE INGLATERRA.

Entre las riquezas que los mortales consideran de más valor y estimación, ocupan el primer lugar, en nuestra opinión, el oro y las piedras preciosas. Aunque persuadidos de que V. M. no está necesitado de tales cosas, hemos creído conveniente enviarle cuatro anillos de pedrería, como una muestra de la buena voluntad que le profesamos. Os suplicamos el favor de tomar en consideración, más que su valor intrínseco, el misterio que se encierra en su forma, en la materia de que están compuestas, y en su número y color. Su forma circular, simbolizando la eternidad, que no tiene principio ni fin, debe induciros á elevar el espíritu de las cosas terrenas á las celestiales, y de los bienes temporales á los eternos.

El número cuatro, que es cuadrado, significa la firmeza de espíritu que debéis conservar siempre con igual intensidad, así en la desgracia como en la prosperidad, y esta perfección la adquirirá el vuestro, sin duda, cuando se vea adornado de las cuatro virtudes cardinales, justicia, fortaleza, prudencia y templanza. La primera os servirá en vuestros juicios, la segunda en la adversidad, la tercera en los casos dudosos, y la cuarta en la prosperidad. Por el oro se simboliza la sabiduría, que es el más excelente de los dones, como aquél es el más rico de los metales, según lo testifica el profeta en estas palabras: «El espíritu de sabiduría permanecerá en él,» y, en verdad, nada es más digno de un soberano. Así, Salomón, aquel pacífico rey, solo pidió á Dios la sabiduría para gobernar bien á su pueblo.

El color verde de la esmeralda, denota la fe; la transparencia del zafiro, la esperanza; la púrpura del rubí la caridad, y el color del topacio las buenas obras, acerca de las cuales el Salvador decía: «La luz ha de brillar en vosotros para que se vean vuestras buenas obras.» En la esmeralda, pues, considerad lo que habéis

de creer; en el zafiro lo que habéis de esperar, lo que habéis de amar en el rubí, y en el ópalo lo que habéis de obrar, para que de virtud en virtud logréis al fin la gloria de contemplar al Dios verdadero en Sion.»

CAPÍTULO VIII

Joyas pignoradas.

“¡ O, my prophetic soul ! ¡ My uncle !

No existe propiedad alguna que ofrezca recursos más efectivos é instantáneas que las alhajas, y especialmente los diamantes, en ciertos momentos de necesidad.

Esta no impone hoy á nadie el sacrificio de los objetos que encierran gratos recuerdos de familia, y que constituyen en ellas un verdadero vínculo, para procurarse algún miserable recurso, en cambio, de una riqueza inextimable. Basta salir al anochecer de su casa, entrar en otra a corta distancia y entablar un breve dialogo con el prestamista, para que el apuro metálico quede remediado, sin necesidad de abandonar para siempre la alhaja querida, y en la seguridad de que será custodiada como en vuestra propia casa. Este medio ofrece además el consuelo de que el secreto de vuestros apuros se conservará tan bien guardado como la misma prenda, y la esperanza de recobrarla siempre que dispongáis del dinero tomado sobre ella. Sí pudieran hablar los brillantes aderezos que se ostentan en las fiestas de los palacios, no hay duda que muchos de ellos, al parecer inocentes, revelarían alguna más ó menos larga reclusión en el Monte de Piedad, o en casa de algún usurero, en una ó más ocasiones de angustiosa penuria.

Se critica comunmente el despilfarro de nuestros antepasados, sin considerar que en los tiempos en que se carecía del progreso de los títulos de la Deuda pública, y cuando se tenía por infamante el oficio de prestar dinero, circunscrito casi exclusivamente á los judíos, no se conocía forma más conveniente de atesorar fondos, que el de emplearlos en vagilla y alhajas, convertibles en metálico fácilmente por medio de la venta ó el empeño.

Pero desgraciadamente, a la par de la pasión por la joyería, y en la proporción de las inmensas sumas que en ella se invertían, se alimentaban otros dispendios caprichosos y exagerados en trages y banquetes, de los que no quedaba residuo alguno ni resultaba ninguna utilidad, mientras que el dinero empleado en alhajas no hacía sino cambiar de forma, con opción á recobrar aquella sin gran detrimento en caso de necesidad.

Desde el siglo IX hasta el presente, se cuentan muy pocos soberanos que en algún periodo de su vida no se viesen en la precisión de empeñar sus joyas. Estas han sido siempre un recurso positivo durante los apuros del Tesoro público y de las fortunas privadas, por consecuencia de las invasiones, las guerras civiles o extranjeras, las revoluciones, las crisis de subsistencias, y el mal éxito o error en los negocios. Los judíos y los cambiantes lombardos; los altos dignatarios de la Iglesia; ricos ciudadanos, y hasta ciudades orgullosas como Venecia, Londres y Génova, fueron un tiempo los prestamistas de los reyes.

Aunque los antiguos no conocieron los cambiantes lombardos de la Edad Media, ni el Monte de Piedad moderno, recurrían, sin

embargo, a medios parecidos siempre que lo exigía su estado financiero. El emperador Augusto, á principios de su reinado, creó un fondo de los bienes confiscado á los criminales, para hacer préstamos sobre valores dobles, pero sin interés. Tiberio siguió este ejemplo, y prestó á los pobres sobre la propiedad territorial.

Cuando Vitelio obtuvo del emperador Galba el mando de las legiones alemanas, se hallaba tan pobre, que á fin de sufragar los gastos del viage, se vio obligado á arrendar su casa, dejando á su mujer é hijos en una reducida habitación, y a aceptar una gran perla que su madre se desprendió para dársela: *“Atque ex aure matris detractum unionem pigneraverit ad itineris impensas.”* (1)¹

Consultando la historia del siglo XI, nos encontramos con el famoso Cid Campeador, con cuya ascendencia se honran los reyes, empeñando sus cofres cerrados á los hijos de Israel, quienes, en alabanza suya se a dicho, fiando más que sus descendientes en la palabra de un cristiano, no insistieron en cerciorarse del contenido de aquellos bultos. Si, por desgracia, alguna morisca cimitarra hubiese cortado la gloriosa carrera de aquel guerrero antes de redimir el empeño, no hubiera quedado ciertamente del todo limpio su nombre al reconocerse un engaño que solo la fama de un héroe podía encubrir.

Enrique III de Inglaterra y su mujer, se veían con frecuencia reducidos a las situaciones más apuradas, y en una ocasión, á fin de poder pagar los haberes de los empleados de la capilla real de Windsor, dio la orden de que se empeñase la imagen de más valor que poseía de la Virgen, estipulando, sin embargo, la condición de que se la colocase en logar decente.

¹ (1) Suetonio.

En el largo reinado de Eduardo III, las joyas de la corona estuvieron casi siempre empeñadas, y *magnum coronam Angliis*, su corona imperial, lo estuvo tres veces, una en el extranjero y otra en poder del banquero sir Juan Wosenham, donde permaneció por espacio de ocho años, cuando menos. A principios de la larga guerra que emprendió, se vio precisado á empeñar la corona de la reina en Colonia por dos mil quinientas libras esterlinas. Poco después, sometido el pueblo a una contribución, no *sobre* la lana, sino *de* lana, se reunieron treinta mil sacas de ella, que se enviaron por el Rhin á Colonia para rescatar la mejor corona de Felipa.

Al año siguiente el poderoso Eduardo y su reina se vieron literalmente reducidos á la bancarrota. Ella había dado en prenda la corona y todas las alhajas que poseía a los mercaderes flamencos; pero creciendo cada día más y más los apuros de los regios esposos, el monarca de Inglaterra empeñó la persona de su bravo pariente el conde de Berby, quien se dio voluntariamente á prisión mientras Eduardo se fugaba con la reina y el infante a la Zelanda.

Al año siguiente Eduardo obtuvo recursos del Parlamento por medio de la amenaza de que si no podía rescatar su honra y a su primo, volvería a Flandes y se entregaría á sus acreedores. En contestación á este llamamiento la Cámara le concedió un vellón y un cordero de cada nueve en toda Inglaterra. Los súbditos ingleses según parece no andaban tampoco mucho más sobrados de metálico relativamente que sus soberanos.

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera,

y traducida directamente al castellano por J. F. y V." *La America*. Madrid 13 de Octubre de 1871, Año XV, Numero 19. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 11-14. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

El duque de Derby fué detenido y arrestado en la cárcel por Mateo Concaunen y compañeros de la firma del Leopardo.

El príncipe negro, según nos informa Walsingham, se vio obligado á empeñar su vajilla.

Enrique V, para hacer frente a los gastos de su expedición contra Francia, empeñó ó vendió todos los objetos preciosos que poseía, y entre ellos las mesas de plata y banquetas que le habían enviado de España. La magnífica corona llamada el Gran Harry, fue también pignorada. Aquel soberano agotó su propio tesoro, puso en bancarrota el Tesoro real, é inundó de sangre el continente con el vano intento de unir á Francia é Inglaterra bajo un solo cetro.

Aun llegó á mayor pobreza el soberano que le sucedió. Su prometida, Margarita de Anjou, empezó su carrera de reina de Inglaterra bajo auspicios poco lisongeros. A su paso por Rouen empeñó vajilla de plata *falsa* para remediar la necesidad de dinero en que se hallaba, y á fin de poder continuar el viaje. Al propio tiempo, su regio prometido empeñaba todas las alhajas y la vajilla de su casa para comprar bienes y otros efectos que requería la recepción. Dispuso además de una de las alhajas de la corona llamada «el rico collar,» dividiéndolo en tres piezas y empeñándolas á tres personas diferentes, de quienes nunca pudo rescatarlo por falta de recursos.

Cuando Ricardo II se casó con Ana de Bohemia, en 1331, las alhajas del ducado de Aquitaine, la corona florida, y muchos broches y agujas de diferentes formas, imitando animales, fueron empeñadas á los londoneses para proveer al novio de recursos. Rymer refiere que, al noveno año de su reinado, Ricardo empeñó ciertas alhajas á *la guise de cerfs blancs*.

Los príncipes y señores de la ribera francesa del Canal no eran ni más prudentes ni más económicos que sus primos ingleses. Cuando Felipe el Temerario preparaba sus nupcias con la heredera de Flandes, en 1369, el duque, tratando de presentarse con toda la magnificencia que consideraba necesaria en tal ocasión, reunió todas las perlas, diamantes, piedras y alhajas que pudieron comprarse. Enguerrad solo le vendió alhajas por valor de *once* millones de francos. Pero el duque había andado tan espléndido en todas las cosas, tan pródigo en sus gastos personales y tan generoso en los regalos, que cuatro días después de la boda, para poder regresar á su casa, se vio precisado á recurrir á un préstamo que le hicieron tres ciudadanos de Bruges

sobre las alhajas que le habían quedado. Sin embargo, antes de partir obsequió con otro magnífico banquete a los principales de la ciudad.

Este mismo duque, con motivo de la visita que hizo al Papa en Avignon, desplegó tal lujo é hizo tan ricos presentes al Pontífice y á los cardenales, que tuvo que dejar sus alhajas en prenda á un lombardo por 20.000 francos, que le tomó prestados para los gastos del regreso á su casa.

En todas partes se ve que existía la misma prodigalidad acompañada de una penuria constante. El duque de Berry se veía en la imposibilidad de defender la ciudad de Bruges, sitiada por el rey y el duque de Borgoña, no podía pagar á los soldados á pesar de haber empeñado ó vendido todas sus alhajas y vajilla.

Algunos días después, sin embargo, en una entrevista de ambos duques en la misma ciudad de Bruges, el de Berry se presentó espléndidamente ataviado. «Ambos duques tenían puesta una armadura. El de Berry, que pasaba de los setenta años de edad, era de noble y severo continente, la celada del yelmo, que llevaba levantada, estaba adornada de pedrería; lucía la blanca trena bordada de *margaritas*, y un puñal á la cintura y una hacha de armas en la mano, completaban su arreo marcial.» (1)²

En una representación dirigida al rey Carlos VI por la Universidad y municipalidad de París, con motivo del desorden y concusiones que se observaban en la administración de su hacienda, se acusaba á uno de los tesoreros de haberle defraudado en tan gran escala como lo acreditaban «los innumerables rubíes, zafiros y otras piedras preciosas que

² (1) *Histoire des Ducs de Bourgogne*, por M. de Barante.

poseía, así como también trajes magníficos, y el gran lujo con que vivía, pues tenía de plata todo el servicio de su casa en platos, fuentes, salseras, vasos y copas» Mientras que los empleados del rey vivían con tal suntuosidad, su infeliz señor no poseía un solo *dinero*, ni aun de las diez coronas que diariamente recibía Mauricio de Reuilly el cajero para el bolsillo del soberano.

Cuando hacían falta recursos para la guerra u otras atenciones, «entonces, continúa aquella representación, se busca con avidez á los mercaderes del dinero, á los que viven de la usura y la rapiña, y se les entregan las alhajas y vajilla de V. M. para obtener un préstamo de diez mil francos, que os cuesta diez y seis mil de interés.»

Los príncipes y señores prisioneros en Arincourt, empeñaron también todas sus alhajas y vajillas para pagar su rescate. Carlos, duque de Orleans, en 1417, vendió su vajilla para libertar á su hermano Juan, conde de Angulema, que se hallaba prisionero con él en Inglaterra. En 1436 el mismo príncipe ordenó la venta en Bruges de una cruz de oro con un rubí, y que el producto en metálico se entregase á Dunois «para la mejor dirección de sus negocios» (los del duque). Sobre trece años después, los negocios particulares del mismo Dunois debían hallarse en tan buen estado, que á la entrada de Carlos VII en París se presentó con una espada cuya vaina era de oro, adornada de diamantes y rubíes, por valor de más de quince mil coronas.

El generoso duque de Borgoña, Juan Sinmiedo, hijo de Felipe el Temerario, á pesar de las grandes rentas de que disponía, se veía precisado á empeñar su vajilla antigua siempre que trataba de adquirir otra nueva.

La Francia, durante el siglo XV, devastada continuamente por las guerras extranjeras y tumultos interiores, invadida por un extranjero despiadado, y despedazada por sus propios hijos, con un monarca prisionero y abatido en Inglaterra, otro loco por espacio de treinta años, y el tercero ocupado toda su vida en reconquistar el reino de manos del extranjero ó de la de los nobles, había llegado a una pobreza demasiado extremada para permitir á su rey el lujo extravagante en que vivían los grandes con el fruto de sus despojos. En 1422 Carlos VII vendió su gran diamante, llamado el Espejo, para poder hacer á sus cortesanos los regalos de costumbre en año nuevo. En 1435, otra vez Carlos tomó prestados del obispo de París doscientos *saluts* de oro, sobre una tablita de oro que representaba la Trinidad y Santa Margarita, adornada con una *grandísima perla* y dos grandes zafiros.

No obstante, la penuria de la corona, la bella favorita de Carlos, Ana Sorel, la dama de la hermosura, asistió al torneo que se dio en celebración del casamiento de Margarita de Anjou y Enrique VI, en traje de amazona, con su graciosa armadura y el caparazón de su caballo resplandeciente de pedrería. Ella, que con su noble consejo contribuyó poderosamente á rescatar el reino de manos de un tirano, tenía ciertamente mejores derechos á presentarse con aquella suntuosidad, que los que la ostentaban á precio de repetidas traiciones contra su rey y su patria.

El duque de Orleans, después Luis XII, el año 1493, empeñó en Lyon alhajas por valor de quinientas cincuenta coronas de oro. En aquel mismo año Isabel de York se hallaba tan exhausta de fondos, que aun después de haber empeñado su vajilla en quinientas libras esterlinas, su consorte Enrique VII tuvo que

prestarle dos mil libras más para solventar á sus acreedores. En la vida privada de aquella señora no hallará nadie, sin embargo, sino el cumplimiento extricto de la más severa economía en todo lo que se refería á sus necesidades personales; «sus vestidos se reformaban, se volvían y reparaban; se trasformaban de nuevo por cuatro peniques, y se volvían á ribetear cuando estaban rozados. Usaba zapatos de doce peniques con hebillas de latón ó de estaño.» (1)³. Pero su vida era una serie continuada de actos de caridad, y las dádivas con que correspondía á los humildes presentes que le hacían sus pobres súbditos, de guisantes tempranos, cerezas, pollos, flores, etc., eran de un gran valor relativamente al precio de los zapatos que usaba. Y sin embargo, durante el reinado de esta económica soberana, que pagaba al sastre Roberto Addington diez y seis peniques por componer ocho vestidos de diversos colores, á dos peniques por cada uno, las señoras llevaban trenzas, caperuzas, cofias y redecillas adornadas de pedrería y perlas.

Cuando en 1475 el rey Juan de Aragón se esforzaba por socorrer á Perpiñán contra el sitio de los franceses, no le quedaba ya una sola alhaja; todas absolutamente se hallaban empeñadas. Su penuria era tal, que llegó á empeñar el gabán forrado de avión para pagar a los muleteros que trasportaron sus efectos.

Enrique VIII dio en prenda alhajas por valor de veinte mil coronas.

Ana Bolena pignoró también las suyas, justamente antes de su casamiento, pues, aunque su regio amante la regalaba con una esplendidez desmedida, se hallaba siempre exhausta de dinero.

³ (1) Miss Stricklaud.

Jaime VI se procuraba con frecuencia el dinero que necesitaba bajo la hipoteca de sus alhajas antes de heredar la corona de Inglaterra. Pero la época en que más frecuentemente se echaba mano de este recurso en los apuros pecuniarios fue la de los reinados de los Estuardo ingleses.

A principios de la guerra civil, Enriqueta María, esposa de Carlos I, resolvió pasar á Holanda á vender ó empeñar sus alhajas para obtener recursos con que poder auxiliarle.

El desterrado Jayme y su reina lograron llevarse consigo una gran parte de las joyas de la corona, juntamente con las de su propiedad particular. María Beatriz empeñó y vendió una á una todas las joyas, que eran un rico tesoro, para el sostenimiento de la causa de su marido, y después de la muerte de éste para remediar a los leales amigos que compartían con ellos el destierro, hasta que no le quedaron más que los anillos de su casamiento y coronación. Cuéntase que en alguna ocasión se la vio arrancar los botones de diamantes, mandando venderlos para remediar las necesidades de alguna familia leal.

Aquellas alhajas no fueron rescatadas, y probablemente la mayor parte de ellas se hallarán en manos de personas totalmente ignorantes de su gran valor histórico.

Los ya más tranquilos y prósperos reinados de la casa de Hannover, no ofrecen ejemplo alguno de que los soberanos ingleses de aquel período se vieses reducidos, al menos de un modo manifiesto, á tal extremo de penuria. En Francia, el último caso que se cuenta de esta clase es el del *Regente*, empeñado por

Napoleón I al Gobierno de Batavia, por los fondos que fueron necesarios después del atrevido golpe del 18 Brumario.

Cuando Murat se refugió en Córcega, después de la caída del imperio, solo le quedaban 10.000 francos, siendo bien conocida la traición por la cual se despojó al ex-rey de Nápoles de la suma de otros 200.000. Aquella cantidad la llevaba consigo en un cinto; pero, por otro lado, el galón que adornaba su sombrero valía 90.000 francos, 50.000 francos una de sus charreteras, y juntamente con las monedas de oro, llevaba también en el cinto dos diamantes tasados en 200.000, uno de los cuales lo empeñó por 90.000 durante su corta permanencia en compañía del general Fransceschetti. Así, el gusto por las joyas que distinguió á aquel príncipe en sus días de prosperidad, le abasteció en la desgracia de todo lo necesario para una decorosa existencia.

Sí bien al presente los grandes poderes de Europa disponen de otro género de recursos para hacer frente á las apuradas circunstancias en que pueden hallarse sus tesoros, todavía, sin embargo, suele verse alguna que otra vez las coronas y las joyas de los soberanos salir á plaza para garantir algún contrato.

Tales casos, con todo, coetáneos como son, no es prudente someterlos á nuestras investigaciones, y los dejamos, por tanto, para materia de los cronistas futuros que podrán hacerlo con toda la independencia de juicio que el asunto requiere.

No hay duda que si pudiera penetrarse el tupido velo con que el Monte de Piedad de París oculta directamente sus transacciones, se descubrirían misterios por demás curiosos y picantes. Pero si bien aquel establecimiento guarda como debe el secreto de los casos escepcionales con que pudieran deleitarse los aficionados

al escándalo, así como el de la necesidad del más humilde de los que á él recurren, publica periódicamente un estado de sus operaciones que no deja de tener su elocuencia y significación para probarnos la vasta extensión que el lujo alcanza, y el considerable número de diamantes y piedras preciosas que se hallan distribuidas en las clases medias de la sociedad. La suma total de los préstamos sobre joyería es anualmente nada menos que de cuatro millones y medio de francos, y como solo se presta por los dos tercios del valor de los objetos, éste puede racionalmente computarse en siete millones de francos. Los préstamos se dividen en dos clases principales; los de 500 francos en adelante, cuyo total es de dos millones, y los inferiores á aquel tipo que ascienden á dos millones y medio de la misma moneda.

Si fuera dable discernir los acontecimientos que dan margen á la acumulación de esta masa de objetos preciosos en aquel vasto establecimiento, obtendríamos una curiosa fotografía de la vida íntima y de los recursos de la sociedad parisiense. La alta y la baja miseria se rozan en aquellos umbrales, y el disoluto artesano que entra por la puerta pública á empeñar sus herramientas, contempla con descaro al tímido señorito que sube á dejar el reloj en el *gabinete reservado*.

El vicio desenfrenado como los conflictos de la virtud, hallan en él igual refugio.

El agente reservado de un príncipe arruinado lleva allí los venerandos diamantes de los regios antecesores de su comitente; allí acude el emisario del *agente de Bolsa* ó del disipado hijo de familia a depositar los diamantes de la Chausée d'Autin recientemente comprados, ó las alhajas del Faubourg Saint Germain, de los que una esposa ó una madre se desprenden

generosamente para cerrar la boca de algún acreedor apremiante, ó solventar alguna deuda de honor, ú otra tal vez contraída en circunstancias que les serian aún más lamentables, ó por otra desgracia llegaran á conocerlas; allí las preseas, precio del amor de alguna frágil mujer, acosada de bruscos acreedores, o, en fin, la última prenda de cariño, ó tal vez la cruz de honor ganada en el campo de batalla, única memoria de mejores tiempos de la viuda ó la huérfana reducidas á la última miseria.

El Monte de Piedad de París, establecido el año 1777 por una real orden de Luis XVI, obtuvo tan buen éxito que casi siempre encerraba cuarenta cajas de relojes de oro empeñados.

El año 1783 el estado de depresión de los negocios en toda la Francia, y la crisis general se revelaron patentemente en el hecho de que el Monte de Piedad estaba literalmente atestado de alhajas, y los diamantes disminuyeron de valor hasta el punto de que los mejores no se pagaban á más de la cuarta parte de su precio antiguo.

Por muy útil que sea no obstante esta institución para todas las clases, desde el príncipe que empeña su corona hasta el menestral que da en prenda los instrumentos de su oficio, y a pesar del módico interés á que se hacen los préstamos, no podríamos aconsejar a nadie que dejase allí por mucho tiempo sus alhajas para no exponerse á las tristes consecuencias del caso que vamos á referir.

Una actriz, celebrada en su tiempo más por la belleza que por los talentos artísticos de que estaba adornada, y cuya fama llegó á su apogeo en la época del primer imperio, depositó en el Monte de

Piedad un cierto número de diamantes, regato de un soberano, por valor de veinte mil duros. Desgraciadamente la dama era tan pródiga como hermosa, y continuo la vida de despilfarro á que estaba acostumbrada, sin mirar que el tiempo había de marchitar sus encantos que el público vive del presente y es implacable en sus fallos; que las testas coronadas no se conquistan á todas horas, y lo que aún era de más importancia, que un préstamo de larga duración no podía menos de serle ruinoso, puesto que los intereses llegarían al fin a extinguir el capital. El resultado fue, en efecto, que no habiendo destinado, como pudo hacerlo, una parte de sus cuantiosas ganancias a la extinción de la deuda, trascurrieron de uno en otro irrecusablemente diez años, al cabo de los cuales, balanceados los intereses con el valor de la prenda, los diamantes fueron vendidos por el Monte de Piedad.

(Continuará.)

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 28 de Octubre de 1871, Año XV, Numero 20. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 10-11. Biblioteca Nacional de España.

JOYAS Y ALHAJAS. O SEA su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

(Conclusión.)

CAPÍTULO IX.

Grandes robos de alhajas.

« Their graces serve them but as enemies »

De todos los objetos preciosos que constituyen los signos representativos de la riqueza, las alhajas son, sin duda, los que contienen el más alto valor en un espacio más reducido, y de aquí el que se presten á ser más secretamente ocultas, y trasportadas con mayor seguridad que ningún otro. Estas ventajas peculiares de los diamantes y piedras preciosas, ha hecho á su vez que esta clase de riqueza fuese objeto de irresistible tentación para los ladrones en todos tiempos y países.

El instinto del robo, despertado por las alhajas, es tan poderoso en el esclavo semi-salvaje que oculta el diamante que se ha encontrado en la mina trabajando para su amo, como en el rey bandido que invade el territorio de su vecino para apoderarse del Koh-i-noor, o como en la que, bija de una civilización

perversa, roba el aderezo de su amiga y concluye por envenenar á su propio marido.

Las mujeres, extrañas comunmente á cierta categoría de crímenes, ceden con frecuencia fácilmente á la febril excitación que produce la vista de los diamantes en las naturalezas predispuestas para el mal. Son muy raros los robos de alhajas en cuya combinación no se halle complicada alguna mujer.

Es probable que tales robos se repetirían con mucha más frecuencia, si no fuese por la dificultad de dar salida á los objetos robados, ó por el inconveniente de usarlos. Su posesión va acompañada de mayor peligro é inquietud que el robo mismo, especialmente en estos tiempos en que la rapidez con que la electricidad y el vapor transmiten las noticias de un punto á otro, y la inmensa publicidad de la prensa, que difunde en todas direcciones la descripción minuciosa de los objetos robados, perturba la acción ulterior del criminal, y el fruto de la infamia suele permanecer estéril en sus manos.

La administración de justicia, con toda su penetración, no siempre ha podido sondear el misterio encerrado en los grandes robos de alhajas que registra la historia, ni su brazo ha podido dar alcance al culpable en todos los casos. A veces el secreto permanece oculto entre el orgullo y el amor de las familias robadas, y en otros casos, si bien raros, la muerte, una exquisita cautela, y la honradez proverbial de los ladrones entre sí, han cerrado el paso á toda luz para el descubrimiento del crimen.

La historia criminal registra algunos robos de alhajas que excitaban en su tiempo una gran curiosidad pública, y que la merecían aun hoy por el atrevimiento y singular destreza con

que se perpetraron, por el valor de las joyas ó la posición de los personajes robados, ó tal vez por todas estas circunstancias juntas.

El final del siglo pasado y el principio del presente, fueron testigos de diferentes robos de diamantes de gran cuantía, no ciertamente del género é incidentes que tanta celebridad dieron al del Collar, pero sí acompañados de circunstancias que les han valido el carácter de acontecimientos históricos, y que dejaron una impresión duradera en el ánimo del público. Creemos pues que será leída con interés la breve recapitulación de los más principales que ofrecemos á nuestros lectores, y que podrá servir al mismo tiempo de amonestación á los poseedores de ricas joyerías, para que no olviden las precauciones que requiera la segura custodia de tales tesoros.

El robo del *Guarda-muebles*, llamado así del nombre del edificio en que se guardaban las joyas de la corona y regalía de Francia, ocurrió en el año 1792, y es uno de los más importantes que se conocían. El velo de este atentado no ha podido descorrerse nunca, y después de más de medio siglo transcurrido, permanece todavía en el más profundo misterio, brindando á todo género de conjeturas, y ofreciendo vasto campo á las imaginaciones fecundas.

Antes de la revolución, las joyas de la corona se exponían á la vista del público el primer domingo de cada mes durante la primavera y el otoño. Después de los sangrientos días 1º de Agosto y 2 de Setiembre de 1792, se estimó prudente cerrar el gabinete, y la municipalidad de París mandó sellar las cajas que contenían la corona, el cetro, la mano de la justicia y otras insignias; la capilla de oro adornada de diamantes y rubíes,

regalada por el cardenal de Richelieu a Luis XIII; el famoso barco de oro, de peso de ciento seis marcos, y un gran número de otros objetos preciosos cuyo inventario, formando un volumen en 8.º, fué redactado por virtud de un decreto de la Asamblea constituyente publicado el año 1791.

Para custodiar aquellos tesoros, se nombró á un tal Sergent y á otros dos comisarios. Demasiado descuidados ó confiados estos guardas republicanos, una mañana descubrieron que había sido escalada la columnata que rodea el Guarda-muebles por el lado de la plaza de Luis XV, y que forzada una ventana habían penetrado en el interior del edificio. Las cajas en que se habían encerrado las joyas de la corona estaban vacías; pero con la circunstancia de que estando rotos los sellos de la municipalidad, las cerraduras no habían sido forzadas. Inmediatamente fueron detenidas diferentes personas en quienes recayeron sospechas; pero sin obtener resultado alguno, y empezaba ya la policía á desesperar de sus pesquisas, cuando un anónimo dirigido al ayuntamiento vino á revelar que una parte de los efectos robados se hallaba enterrada en una zanja de la Avenida de las Viudas, en los Campos Elíseos, paraje que era entonces de los más solitarios y de peor fama de París. Se hicieron inmediatamente exploraciones en aquel sitio, y se dio, en efecto, con el famoso diamante *El Regente* y el vaso de Ónix llamado *El cáliz del abate Suger*. La imposibilidad de dar salida á objetos tan preciosos y no menos conocidos del público, determinó sin duda á los ladrones á su restitución, sacrificando una parte para poder disfrutar del resto con mayor seguridad.

Las investigaciones judiciales, sin embargo, no se interrumpieron, pero no dieron mejores resultados. Cuanto mas profundo parecía el misterio de este negocio, tanta más viva era

la curiosidad que excitaba. Innumerables eran las conjeturas que se formaban; pero casi todas destituidas de fundamento. Cada partido político imputaba el crimen á su adversario. Según los realistas, Petion y Manuel fueron los autores del robo para con su producto sobornar al rey de Prusia y hacerle evacuar la Champaña; los republicanos por su parte acusaban á los realistas de haber utilizado aquella riqueza en el sostenimiento del ejército de los emigrados.

La única luz, y aun muy dudosa, que con el tiempo se logró en este asunto, vino de la causa que se formó en 1804, a varios individuos acusados de falsificación de billetes de Banco. Uno de los acusados, que ocultaba su verdadero nombre bajo el *de Baba*, con la esperanza de salvar su cabeza del fallo que iba á pronunciarse, hizo en pleno tribunal las más completas revelaciones acerca de la falsificación de que se trataba, y terminó su peroración causando gran sorpresa al tribunal y al público con la declaración siguiente. — «No es esta la primera vez que mis revelaciones habrán sido de utilidad para el público; y si se me condena, apelaré con toda confianza á la gracia del emperador; pues si no hubiera sido por mí, no estaría hoy en el trono. ¡A mí solo se debe el triunfo de la batalla de Marengo! Yo fui uno de los que robaron el Guarda-muebles. Yo ayudé á mis compañeros á enterrar en la Avenida de las Viudas el Regente y oirás alhajas bien conocidas, que podían haberles delatado, y bajo promesa de que sería perdonado — promesa que se cumplió fielmente — revelé el lugar de la ocultación, y los señores del tribunal saben perfectamente que aquel magnífico diamante fué empeñado por el primer cónsul al Gobierno de Batavia, para procurarse los fondos que tan necesarios le fueron después del 18 Brumario.»

Baba fué de nuevo perdonado, y quizá entonces hizo extensas revelaciones sobre el robo de los diamantes de la corona; pero si realmente las hizo, no llegaron nunca á conocimiento del público, y debieron de ser ya demasiado tardías para que pudieran servir de alguna utilidad.

Dos ó tres años atrás vivía aun un penado en uno de los presidios de Francia, que se jactaba de haber estado complicado en el robo de la alhaja más importante de la corona, y ¿cosa singular! aquel hecho le sirvió de título de consideración y le valió cierto prestigio entre sus compañeros de cadena.

Entre las joyas que en aquella ocasión desaparecieron para siempre se encontraba el simpar diamante azul.

Tres años antes que las revelaciones de *Baba* despertasen la atención pública hacia el robo del guarda muebles, había causado gran sensación en los círculos más elevados de la sociedad parisiense otro robo de diamantes, no menos interesante por su importancia que por la calidad de las personas afectas á él. Los diamantes estaban apreciados en 300.000 francos, y le fueron robados á la princesa de Santa Croce el año de 1801.

Esta señora era napolitana, viuda de un príncipe romano.

Afiliada al partido francés en Italia, se vio obligada á retirarse á París durante los reveses transitorios que sufrieron los franceses en aquel país.

La inmensa fortuna de la princesa juntamente con las relaciones políticas que sostenía, llevaron á sus salones la sociedad de sus compatriotas, entre los cuales se hallaba una tal Mad. Goyon des

Rochettes, francesa, pero casada, al menos así se la suponía, con el conde Lamparelli, de Sicilia. La condesa de Lamparelli ocupaba bajo este título el puesto de señora de compañía de Mad. de Santa Croce. Una noche, hallándose en la ópera con la princesa, fue desgraciadamente reconocida por el marqués de Loys, *emigrado* recién venido.

De una ojeada el marqués abarcó la hermosura de Mad. Lamparelli y los diamantes de la princesa, y concibió la idea de un crimen. Habiéndose conquistada la buena voluntad de la joven, y cuando la consideró suficientemente subyugada á la suya, la propuso descaradamente el proyecto de robar á su bienhechora «para procurarnos, como él la decía, una vida de amor y de felicidad en país extranjero. La pérdida de estos adornos superfluos, añadía el marqués, para ahogar del todo los escrúpulos de su querida, será de escasa importancia para la princesa, que por las victorias del primer cónsul, se verá muy pronto repuesta en la posesión de sus vastos dominios.»

Mientras el infame Loys empujaba á la condesa hacía el abismo, buscó por otro lado la cooperación de dos ladrones de oficio, y todo concertado, el crimen se perpetró una tarde que la princesa comía en la embajada española. Todas las pesquisas de la policía fueron vanas durante algún tiempo, y el marqués, envalentonado por la impunidad, tuvo la osadía de dirigir á la princesa un billete en estos términos:

«El tiempo, *signora*, *importa*. poco en el asunto. Con todo, no ha dejado de costarme mucho la partidilla que os he jugado. Consolaos, sin embargo, pues os queda *vuesrro patriotismo*.
El Imbuscable.»

El objeto de este billete era el de sugerir la idea de que el golpe reconocía por causa una venganza política, que, por otro lado, es presumible estuviese combinada con los depravados instintos del marqués. En aquellos tiempos, personas que en todo lo demás eran estrictamente honradas y escrupulosas, se hacían un mérito de salir á robar los correos y apoderarse por la fuerza de los fondos del Estado en los caminos reales; para los nobles no era denigrante el conducirse como bandoleros.

La policía estaba entonces organizada muy diferentemente de como lo fue en los días de anarquía y confusión, y ya nada se la escapaba.

Una de esas fortuitas y al parecer nimias circunstancias, que suelen a veces frustrar los planes más bien combinados, fue la que dio ocasión al descubrimiento del crimen del marqués de Loys. Como calavera y como caco de afición, éste fijó naturalmente su atención solo en los objetos de gran valor, mientras que para sus cómplices, caballeros de industria matriculados, el más pequeño accesorio tenía un valor intrínseco, y llevados de su codicia, se negaron a separar dos yardas y media de cordón de oro que por casualidad se encontraba con los diamantes.

Este cordón figuraba en el inventario de las alhajas robadas, cuyos grabados se circularon con profusión para conocimiento del público, y ávidos del mayor lucro posible los cómplices del marqués de Loys, entraron en la tienda de un tirador de oro para vendérselo. Reconociéndolo éste como idéntico al de la descripción publicada, se condujo de modo que consiguió se detuviese á los ladrones, quienes, para mejor escudarse,

revelaron la complicidad del marqués y de la condesa. Avisada ésta con tiempo, se refugió en una pequeña ciudad de provincia, desde donde tal vez hubiera podido pasar al extranjero; pero el conde Lamparelli, bien porque estuviese convencido de su inocencia, o tal vez con el fin de desembarazarse de tan buena pieza, la escribió en términos tales, que la obligaron a volver atrás a vindicar su nombre, y lo verificó con la esperanza de salir victoriosa de aquella dificultad, confiada, como estaba, en el silencio de su seductor; pero defraudada por las declaraciones de éste, no le quedó medio alguno de evadir la complicidad, y fué condenada á prisión por doce años, como él á cadena por igual tiempo. La misma pena se impuso á un joyero del Palais-Royal por haber comprado las alhajas robadas; y en verdad que la destreza que tuvo para defraudar á los ladrones, no le valió el perdón que promete el adagio consabido. Cuando aquellos le llevaron á vender los diamantes, les manifestó, después de haberlos examinado detenidamente, que todos eran falsos, y para probárselo, rompió á vista de ellos uno artificial que, con gran agilidad, supo poner en el lugar de otro de los verdaderos.

El robo que sigue en importancia á los que dejamos referidos, fué el que se hizo á mademoiselle Mars, celebrada actriz, poseedora de preciosas joyas bien conocidas del público parisiense por la frecuencia con que los ostentaba en sus representaciones más notables, las cuales solían anunciarse al público por medio de los periódicos con la indicación de que «la *señorita Mars luciría todos sus diamantes.*» Ya se suponía que aquella tentadora exposición de tales joyas había de aguzar el ingenio y estimular la actividad de los tomadores industriales que hacen de los teatros el de sus hazañas profesionales; pero aquel tesoro era para ellos totalmente inaccesible, y estaba reservado para que ejercitasen en él su destreza los simples aficionados.

El 19 de Octubre de 1827, la encantadora actriz estaba convidada á comer en casa de su amigo M. Armand, actor del teatro francés, que representaba con ella en la mayor parte de las obras de su repertorio. Salió de su casa y partió en carruaje a *las diez* de la noche. Por aquel tiempo, algunos artistas célebres, como Taima, Mlle. Duchesnoi, Horacio Vercet y nuestra Mlle. Mars, habían edificado hacía poco elegantes hoteles, cada uno el suyo, para su morada particular. El de la señorita Mars formaba ángulo en la calle de la Tour des Dames y en la de Larochefoucault, sitio que, sino desierto, estaba entonces muy distante del carácter que le distingue hoy día. Abundaban mucho en aquel barrio las habitaciones desalquiladas; las calles eran poco frecuentadas y escaso su alumbrado.

La señorita Mars nunca dejaba la casa sola, y aquella noche quedó guardándola una amiga suya de confianza, actriz también, que formaba parte de su compañía cuando salía á provincias, y además su doncella y criado, sin contar el portero y su mujer, que le merecían el mejor concepto. M. Vaiville, su padraastro, comía también fuera de casa aquella tarde, y no volvió a ella hasta las nueve y media da la noche. Constanza, la doncella, cuidadosa por el padraastro de su señorita, en cuyo buen tratamiento ésta se complacía, le estaba ya esperando en la portería, y saliéndole oficiosamente al encuentro, le ofreció el brazo y le alivió del bastón y el sombrero, dejando á M. Velville estupefacto de una solicitud tan extremada. Estando cerrada la entrada principal, le dejó al pie de ella, é internándose por una puerta de servicio, dio la vuelta, le abrió, y no bien hubo entrado, exclamó: — ¡Ay, Dios mío! Venid, señor, ¡se lo han llevado todo!

¡Las gavetas están vacías! ¡Los ladrones deben de estar en la casa!»

Una especie de presentimiento le hizo sospechar a M. Velville que ciertamente el ladrón debía estar en la casa, y se sintió tanto más inclinado á creerlo así, cuando por uno de esos movimientos involuntarios tan comunes á los criminales, oyó exclamar á Constanza: «¡A Dios gracias, contra mi no podrá probarse nada.» En lugar de buscar al ladrón, que él consideró no podría escaparse, creyó más procedente informar desde luego á su hijastra de la pérdida que acababa de sufrir, y á este fin corrió á casa da Mad. Armand y confió á su marido el encargo de transmitir la triste nueva a la señorita Mars con toda la precaución posible para atenuar sus efectos.

No obstante, esta prevención, y ser M. Armand un buen actor del género cómico, adoptó el tono trágico, y dirigiéndose á su bella colega la dijo: «Mi querida amiga, ¿te sientes con bastante valor?... ¡Mira que necesitas hacerte de él! Prepárate á saber... que te han robado todas tus alhajas!» «¿Y es esto todo lo que ocurre? Replicó la hermosa dama con filosófica resignación. Ya creía que ibas á anunciarme alguna gran desgracia'.» Y salió enseguida acompañada de sus amigos en dirección á su casa.

Acudieron los representantes de la ley y se tomaron declaraciones á todas las personas de la casa, de las que nada podía deducirse contra ninguna de ellas, no existiendo por otro lado la menor huella que indicase la entrada ni la salida del criminal. Sin embargo, el rostro descompuesto de la doncella llama, como á M. Velville, la atención de otras personas, y no pareciendo además satisfactorias sus respuestas, se acordó prenderla.

La señorita Mars recordó entonces la estremada solicitud que en su día había mostrado Constanza para entrar á su servicio, y el descuido imperdonable en que incurrió al recibirla, de no tomar informes acerca de ella y su marido. He aquí los que adquirió la policía en cumplimiento de su deber.

Francisco Eugenio Mulon, designado hasta en su registro bautismal con el sobrenombre de Escipión *el Africano*, era natural de París. Habiendo aprendido el oficio de grabador, marchó a Ginebra, y allí se casó con Constanza Richard, natural de Orbe, muchacha de cierto refinamiento de costumbres que desdecían de su verdadera posición. El, para satisfacer los caprichos de su mujer, puso en París un establecimiento que, aunque próspero al principio, concluyó por serles totalmente ruinoso, y obligados á buscar colocación, la obtuvieron ambos entrando ella á servir en casa de la señorita Mars, á quien presentó un certificado que más tarde resultó ser falso. Mulon visitaba con frecuencia á su mujer, y en algunas ocasiones se le permitía entrar en la casa, por lo que sin duda había podido ver alguna vez los diamantes de Mlle. Mars, y conocer el sitio donde se guardaban.

Se suponía, sin embargo, que Mulon estaba ausente de París cuando el robo se perpetró, pues quince días antes anunció que se iba á viajar con un irlandés rico, a cuyo servicio se había acomodado, y en este concepto se despidió de los criados de Mlle. Mars, recomendándoles que miraran por su mujer durante su ausencia. Ocho días después regresó diciendo que su amo había permanecido solo algunas horas en Londres, y que de paso por París se dirigían a embarcarse en uno de los puertos del Mediodía. Para corroborar estos antecedentes, Constanza enseñó

algunos días después una carta de su marido, procedente, al parecer, de uno de los puertos indicados.

Tres semanas después del arresto de Constanza, las autoridades de París recibieron la noticia de que Mulon había sido detenido en Ginebra y se había declarado autor del robo en cuestión. Manifestó que en las frecuentes visitas que hizo á su mujer había tenido ocasión *de* ver los diamantes de la señorita Mars y el mueble en que se guardaban, y que su vista le había tentado á robarlos, para lo cual, valiéndose de su propio oficio, había fabricado las herramientas y llaves de que hizo uso, sin necesidad de ningún cómplice, y que creyó llegado el momento oportuno de realizar su proyecto el 19 de Octubre, en cuyo día el ama de la casa estaba convidada á comer en la de sus amigos. Vestido con una blusa y un gorro de muletero, y provisto da una linterna sorda y las herramientas dichas, penetró en la sala, llegó á la alcoba, abrió el secreter y se apoderó de los brillantes y también da dos billetes de Banco de á mil francos cada uno que con ellos estaban: había entrado, dijo, sin que nadie se apercibiese de él, y salió á toda prisa sin hallar obstáculo, dirigiéndose al Faubourg Saint Germain. Allí tomó una silla de posta y partió para Lyon, pasando por la Borgoña, y encontrando en Sens la diligencia de las Mensagerias reales, tomó asiento en ella y despachó la silla de posta. Tal fue su declaración.

Mulon llegó a Ginebra el 23 de Octubre. Había desmontado los brillantes y fundido sus engastes, reduciéndolos a dos lingotes de 48 onzas de peso, operación que ejecutó en casa de un fundidor, para quien pasó por un comerciante en joyería.

Hasta ahí todo le fue perfectamente; pero no tardó mucho en dar contra el escollo en que naufragan la mayor parte de los criminales.

Fundido el oro lo llevó á vender á un platero, y no hallándose éste en la tienda, el dependiente le dijo que si quería dejar las barras para examinarlas podría volver al anochecer á saber la respuesta.

Mulon lo hizo así, y en aquel intervalo, recibiendo el platero la circular dirigida por la policía á todos los plateros y joyeros de Ginebra, creyó de su deber el prevenir como lo hizo á la autoridad de la venta de los lingotes que le proponía un extranjero.

No bien entró Mulon en la tienda, fué interrogado por un agente de policía, que ya le estaba esperando. Dio sus contestaciones con gran entereza de ánimo, pero cuando sacó el pasaporte, como se le había exigido, y no bien el agente hubo fijado la vista en aquel documento, le intimó que se diese preso por ladrón. Aunque aterrado en el primer momento, se recobró y juró por su inocencia; pero muy pronto sintió decaer el ánimo, viniendo al fin á confesar su delito. Dijo que había arrojado los diamantes al Rhin, pero, registrado, se le encontraron en un paquetito que llevaba metido en una de sus botas. Los diamantes, desmontados como estaban, se evaluaron en 88.000 francos, y con los lingotes de oro en 96.000.

El 19 de Marzo de 1828 tuvo lugar la vista de la causa, y fue tal interés que excitó en toda la Francia, que de un asunto privado que era, se convirtió poco menos que en materia política. La Audiencia estaba atestada de gente durante la vista, y el fallo fue

discutido y comentado con gran calor por el público, para cuyo interés concurrían varias causas. Aquella cumplida artista, merecía del público una gran deferencia, que se manifestó aún más viva al saber la magnánima resignación con que había sobrellevado la noticia de su enorme pérdida. Todos deseaban su aparición en la vista, y cuando lo verificó, demostró allí, como en todas partes, que era una perfecta señora, modelo de gracia y de buena educación.

Pero una de las principales causas de la excitación general era la singular tendencia que existía entonces en la prensa y en una parte del público de mostrar más simpatía por los acusados que por los acusadores, más por el criminal que por la víctima. La fiebre reinante en aquellos tiempos era la de ciertas ideas exageradas de libertad, de respeto á la defensa y de una filantropía fatalista por los criminales.

Los dos en cuestión se esforzaron por inspirarse en aquel principio. Mulon asumió el papel de rígido censor moralista, afectando el carácter de marido celoso por la honra de su mujer. Constanza por su parte inventó una fábula tan absurda y destituida de fundamento, que el ascendiente que en muchos encontrara solo puede explicarse por el furor político del momento que les dominaba.

Mulon desde su detención persistió siempre en afirmar que había obrado solo é independientemente de su mujer; que su objeto al anunciar que había entrado al servicio de un rico irlandés y que iba á partir, no fue sino el de asegurarse mejor de la conducta de su mujer mientras esta le suponía ausente, en la ansiedad en que le tenía el verla espuesta á toda suerte de peligros en casa de una actriz. Pero por desgracia suya, todos

estos puntos fueron victoriosamente refutados por las declaraciones de los testigos. El resultado fue que Mulon no habiendo podido entrar en la casa la noche del robo, este había sido ejecutado por Constanza, de cuyas manos lo recibió por la ventana de su cuarto; y que por lo demás aquella estaba tan segura y era tan respetada en casa de su ama, que su marido, no obstante, el sobrenombre de Escipión africano, no tenía el más leve motivo en que fundar el papel de Otelo, que se proponía representar.

Averiguados los antecedentes de Constanza, se halló que no era aquella la primera vez que tenía que habérselas con la justicia. Tres años antes, á la edad de los diez y siete, aunque ocupada en un humilde servicio en el café de *Saint-Honoré*, fue acusada por su amo de haberle robado alguna vajilla y diferentes monedas de plata y oro. *Es* verdad que salió absuelta de esta causa por falta de prueba suficiente; pero la acusación en sí y la ingeniosa y romántica defensa que hizo de sí misma en aquella ocasión, la colocaban en un predicamento desfavorable respecto del último suceso. La vida de esta mujer, según todas las apariencias, era un trasunto de las novelas que habían formado un pasto literario.

Era natural, según su propia relación en aquella defensa, de Suiza, hija de padres de una numerosa familia. Un día el carruaje de una gran señora se detuvo á la puerta de la casa de sus padres, y aquella, prendada de la cándida belleza de la niña, rogó se la entregaran para educarla, y á fin de que los padres accediesen á esta petición, les puso una bolsa llena de oro en la mano; mas antes de que volviesen de la sorpresa que les causara la vista de aquel pequeño tesoro, la señora, sin decir siquiera su nombre, desapareció llevándose á la niña.

Constanza misma, aunque permaneció algún tiempo á su servicio, no pudo saber nunca el verdadero nombre de su protectora, porque usaba de uno distinto en cada población donde se detenía. La misteriosa señora, después de una residencia tal cual prolongada en Lion, partió de allí en la época de los disturbios, que reprimió el general Cannel, y se dirigió á París. Al día siguiente de su llegada á esta ciudad, la benéfica desconocida, á quien todos nombraban solo *la señora condesa*, acompañada de su joven doncella, recorrió en carruaje la población con objeto de hacer algunas compras. Entraron en la tienda de un joyero de la calle de Richelieu, y mientras la señora escogía algunas alhajas, un caballero abrió la vidriera de la tienda, y afectando gran premura dijo que deseaba hablar á la condesa: esta salió inmediatamente de la tienda, y se entró en su carruaje seguida de aquel hombre, con quien se oyó que cruzaba algunas palabras duras al partir el coche á toda carrera.

«Abandonada en la tienda del joyero,» decía la acusada, próxima ya al fin de su historia, «me eché á llorar amargamente. En vano me preguntaban por el nombre de aquella señora y del hotel en que paraba, pues no solo los ignoraba, sino que ni siquiera podía hacerles la menor indicación que pudiera conducir á averiguarlos. El joyero y su mujer consintieron me quedase con ellos algún tiempo, y escribieron á mi familia una carta que no obtuvo respuesta. El dueño de un café, amigo del joyero, mostró compadecerse de mi situación, y me recibió á su servicio dispensándome consideraciones que ahora me hace pagar acusándome de una manera tan odiosa como falsa.»

A fin de añadir mayor interés y colorido histórico á todo este cuento, Constanza Richard apuntó que aquella misteriosa protectora podía ser nada menos que la reina Hortensia, y que

habría visitado á Lyon y á París de la manera que se ha dicho con el fin de organizar una vasta conspiración.

Semejante fábula se vé hoy en toda su desnudez; pero en aquella ocasión el público estaba dispuesto á dar asenso á los mayores absurdos, y cuando se anunció que la acusada quedaba absuelta de la demanda, resonó en la sala un prolongado aplauso, á cuya interrupción se siguió la solicitud de los más entusiastas para promover una suscripción, que se abrió allí mismo, con objeto de formar un pequeño *dote* con que aquella pudiera casarse y establecerse.

La nueva acusación contra Constanza Mulon era demasiado seria para que pudiese superarla con tales falsedades, y adoptando un tono y actitud muy diferentes repelió los tremendos cargos y las inflexibles declaraciones de los testigos con una energía y una lógica dignas de mejor causa, pero del todo ineficaces para librarla del castigo que tenía tan merecido, y marido y mujer fueron *casados* en la sentencia para sufrir la afrenta de la argolla y diez años de trabajos forzados.

Apenas habían trascurrido dos años de la vista de aquella causa, cuando los periódicos anunciaron el robo de las alhajas de la princesa de Orange, perpetrado con tanto arrojo como astucia en su propio palacio, y sin que quedara la menor huella que pudiera conducir al descubrimiento de sus autores.

La justicia anduvo morosa é indolente respecto de este suceso. El rumor público, sin embargo, designaba á los sospechosos del crimen, y aunque la ley se mostró remisa, la opinión los juzgó y pronunció contra ellos su fallo inexorable. Pero cargos de esta naturaleza, que no pueden discutirse ni admiten defensa,

pudieran muy bien constituir una calumnia, y en este concepto y careciendo de los elementos que debieran conducirnos á un fallo racional; creemos de nuestro deber abstenernos del asunto.

Aquellos de nuestros lectores que gusten de estas materias, podrán satisfacer su curiosidad sobre aquel suceso en la relación que de él se ha escrito en diferentes obras alemanas.

FIN.

“Joyas y alhajas, o sea su historia en relación con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. De Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.”. *La America*. Madrid 13 de Noviembre de 1871, Año XV, Numero 21. Fundador y propietario D. Eduardo Asquerino. Director D. Victor Balaguer, Madrid, 1871, Imprenta La América, pp. 9-10. Biblioteca Nacional de España.





Imágenes sacadas de internet.